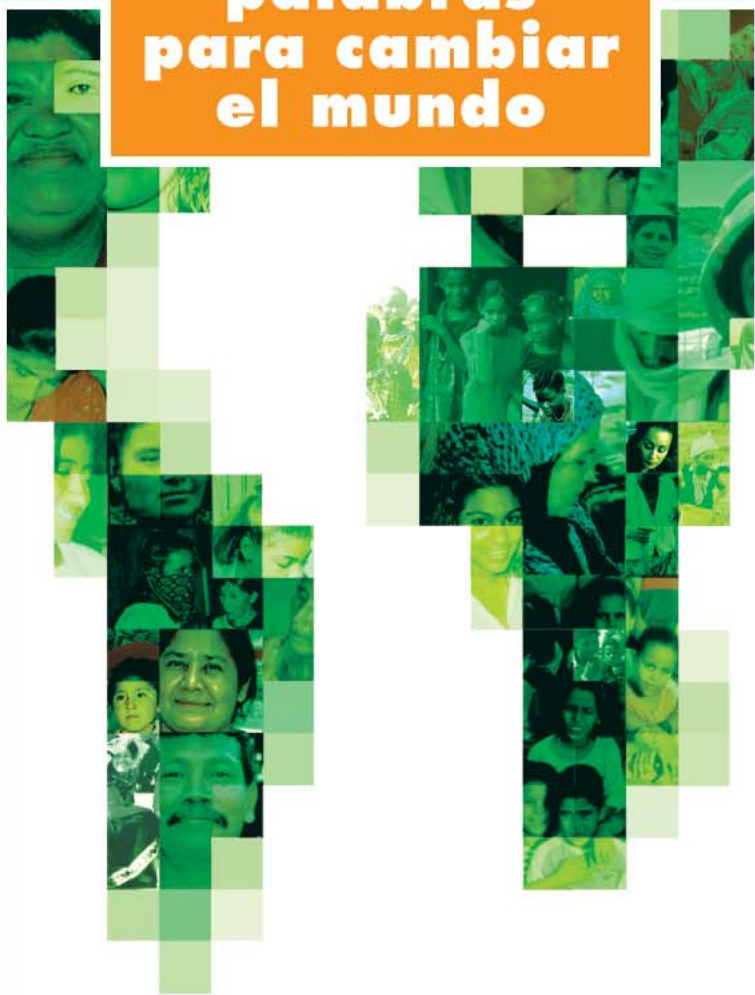


palabras para cambiar el mundo



PTM
mundubat

**29 AUTORES Y AUTORAS REFLEXIONAN SOBRE LOS CONFLICTOS
EN EL MUNDO DE HOY, LA PAZ Y LA SOLIDARIDAD**

GAK@A
LIBURUAK

palabras para cambiar el mundo

palabras para cambiar el mundo

**29 autores y autoras reflexionan
sobre los conflictos en el mundo de hoy,
la paz y la solidaridad**

Diseño de portada y colección: Publi-Rey
Diseño interior: Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa

© PTM-Mundubat
Sombrerería, 2- 3º 48005 Bilbao
Tel. 94 416 23 25
www.ptmmundubat.org

© de esta edición:
TERCERA PRENSA-HIRUGARREN PRENTSA S.L.
Peña y Goñi, 13, 1º - 20002 Donostia-San Sebastián
e-mail: hiruga01@sarenet.es

ISBN: 84-87303-77-3
Depósito Legal: SS-0667-04
Imprime: Michelena artes gráficas

Índice

| | |
|--------------------|----|
| Presentación | 11 |
|--------------------|----|

I Un mundo en conflicto

| | |
|---|-----|
| El uso de la fuerza militar en la modernidad | |
| Ion Arregi | 15 |
| ¿Existe la guerra justa? | |
| Antonio Dupla | 29 |
| Fanatismo religioso y conflicto | |
| Pedro Ibarra | 37 |
| Israel y la Ideología Religiosa-Militar Neo-Conservadora | |
| Sergio Yahni | 45 |
| ¿Se trata de un nuevo imperialismo? | |
| Luis Nieto y Carlos Girbau | 53 |
| Las guerras punitivas y la crisis de «sobreextensión geoes- tratégica» del imperio USA | |
| Jaime Pastor | 65 |
| El terrorismo y la guerra, dos caras de un mundo injusto | |
| Marta Harnecker | 73 |
| Imprescindible, incompetente, ¿irreformable? La ONU después del 11-S | |
| Miguel Romero | 81 |
| Colombia tras el 11 de septiembre | |
| Lourdes Castro | 97 |
| Los cuatro jinetes del Apocalipsis de la Intifada | |
| Julio de la Guardia | 107 |
| Relaciones UE-Cuba y hegemonía de Estados Unidos tras el 11 de septiembre | |
| Lázaro T. Mora | 117 |

II El reto de la paz justa

| | |
|--|-----|
| Mitopoiesis y jingoísmo tras el 11-S | |
| Antonio Casado | 133 |
| David frente a Goliat. Notas para la recreación del alfabeto de la esperanza | |
| F. Javier Vitoria | 143 |
| Una nueva cultura política para el cambio | |
| Mónica Baltodano | 151 |
| Los retos de los Derechos Humanos en el marco de las relaciones internacionales de comienzos del siglo XXI | |
| Mikel Mancisidor | 161 |
| La paz en Palestina | |
| Xabier Martí | 175 |
| Alternativas a la gestión de los conflictos violentos tras el 11 de septiembre: una experiencia vasca | |
| Gorka Espiau | 183 |

III La solidaridad como paradigma

| | |
|--|-----|
| Intervenciones humanitarias: de la intervención militar a la prevención de conflictos | |
| Juan Hernández | 199 |
| Los derechos humanos como núcleo fundante de la acción humanitaria | |
| Asier Martínez de Bringas | 211 |
| Ciudadanía universal, solidaridad y política de desarrollo internacional | |
| Juana Bengoa | 225 |
| ¿Desarrollo? Cómo, cuándo y dónde | |
| Tono Albareda | 235 |
| El estallido de las fronteras entre la solidaridad y la cooperación al desarrollo: ¿amenaza o nueva oportunidad para las ONGD? | |
| Javier Erro | 241 |

| | |
|--|-----|
| A vueltas con la dimensión política de las ONGD | |
| Teresa Burgui | 257 |
| Más allá del naufragio de la razón | |
| Maribel Montes-Wolf | 269 |
| Universalizar los derechos: de la globalización del dinero a la globalización de la solidaridad | |
| Imanol Zubero | 279 |
| La solidaridad como ideal universal, encuentro de civili- zaciones | |
| Iosu Perales | 289 |
| Otro Dios es posible | |
| María López | 299 |

Epílogo

| | |
|--|-----|
| El camino para la transformación: del conocimiento a los sentimientos | |
| Ángel Elías | 313 |

Presentación

El presente volumen es una obra polifónica. Voces distintas con tonos diferentes abordan temas tan apasionantes como los conflictos en el mundo de hoy, el reto de la paz justa y la necesidad de repensar la solidaridad y la cooperación. Son voces plurales, cada una de las cuales sólo es responsable de sí misma, como es obvio.

Esta polifonía compuesta de reflexiones tiene como objetivo pensar el mundo en que vivimos, explorando diagnósticos y proponiendo ideas y valores para cambiarlo, a sabiendas de que sólo la acción de las multitudes podrá llevar a cabo la gran obra de *otro mundo posible*. Se divide en tres partes, compuestas de un modo flexible, ya que algunos textos podrían ser clasificados en uno u otro lugar: en la primera se reflexiona desde distintos ángulos sobre la violencia internacional, considerando la influencia del 11 de septiembre; en la segunda se medita la cuestión de la paz, de la paz justa, como alternativa urgente a un mundo en guerra; la tercera parte se detiene en la cooperación y la solidaridad como ejes moral y político para extender redes activas de lucha contra la barbarie. Las dos primeras partes recogen los casos concretos de algunos países, en tanto que objetos de reflexión.

Este libro sostiene que los derechos humanos, la democracia, el desarrollo sostenible y la lucha contra la pobreza estructural son los verdaderos asuntos de la seguridad humana. Defiende que la paz frente a la guerra, la paz positiva, es mucho más que la ausencia de violencia. Propone una paz llena de símbolos, de gestos individuales y colectivos, estéticos y significativos que formen el cemento de una nueva cultura. Se plantea la idea de que la paz justa pasa hoy por el desarme general y por el actuar sobre la

raíz de los conflictos y no sólo sobre sus manifestaciones. Ello exige educar para un nuevo contrato social y ecológico. Educar para el fin del patriarcado. Educar para la ternura y educar para la indignación. Exige, cerrando el círculo virtuoso, educar para la paz.

Educar para la paz es hacer de la solidaridad un valor central para una nueva sociedad. La solidaridad no como acto unilateral compasivo del que tiene hacia el que no tiene, sino como comprensión de una nueva fraternidad basada en la igualdad, en las relaciones horizontales, en la asociación de todos para luchar por los derechos de todos. Así pues, de cómo está el mundo y de qué podemos hacer para cambiarlo trata este libro. En él afloran por momentos conflictos que no parecen tener solución, pero en el fondo es una llamada al optimismo, siguiendo el consejo de Eduardo Galeano de dejar el pesimismo para tiempos mejores.

Con este libro, PTM-Mundubat inaugura un fondo editorial propio. Es un pequeño paso más en el compromiso de esta ONG por hacer avanzar la solidaridad desde el pensamiento crítico y el mejor conocimiento de la época que nos ha tocado vivir.

I

Un mundo en conflicto

El uso de la fuerza militar en la modernidad

Ion Arregi

Recordar que el siglo XX ha sido señalado como el más sanginario y necrófilo de la historia puede que no sea un plato de buen gusto, podría incluso ser calificado de apocalíptico, pero sus 120 millones de muertos y la destrucción consiguiente son un drama contundente para los registros de la humanidad.

La primera y segunda guerras mundiales aportaron más del 50% de dicha mortandad, pero desde 1945, los procesos anticoloniales y otra variada gama de conflictos, han alcanzado el número de 160 –el 90% en países pobres– y han añadido otros 50 millones de muertos, 50 millones de personas desplazadas, 30 millones de mutiladas, 300 mil menores movilizados en armas en 30 países o 120 millones de minas esparcidas por 74 países.

En el año 2003 han sido unos 40 los conflictos armados y casi todos continúan activos en la actualidad.

La ética de la violencia

La imposición política y económica ocupa un lugar predominante en el esquema de actuación de los gobiernos de todas las latitudes. Según cuáles sean las circunstancias, los poderes públicos ejercen variados grados de violencia. Las legislaciones restrictivas o meramente dictatoriales para las libertades y los derechos humanos, la habitual inclinación al uso de medidas policiales y/o

la escalada hacia fórmulas de intervención militar o guerra abierta, son, desgraciadamente, prácticas demasiado extendidas. Tanto en el ámbito de los países reglados como democráticos, en otros formalmente legislados bajo estas fórmulas pero poco o nada democráticos y, no digamos nada, de la restante legión de dictaduras y regímenes corruptos, existen demasiadas coincidencias acerca del uso militar.

La archiconocida sentencia de Vegetius, *el que quiera la paz que se prepare para la guerra*, es una receta ampliamente invocada y puesta en práctica desde tiempos remotos. Pertrecharse para la guerra, nutrirse de armamento, organizar los ejércitos, prepararse para el combate, atacar, invadir, extender el imperio, colonizar, amenazar... De esta manera, básicamente, se ha entendido la construcción de los diversos sistemas sociales que se han desarrollado a lo largo de la historia. Así se formaron los imperios y de la misma manera fueron derrumbados o minimizados en su capacidad de influencia y así han sido construidos y desarrollados los estados modernos en una evolución de varios siglos.

La primera y segunda guerras mundiales fueron la forma de dirimir nuevos repartos mundiales de territorios y recursos. Dieron lugar a la caída de viejos imperios y a nuevos liderazgos en los que intervinieron EEUU o la URSS, como referencias de un nuevo mundo bipolar. Posteriormente asistimos a todo un corolario de guerras anticoloniales, de intervenciones militares e imposición de gobiernos tiránicos que llegan hasta nuestros días.

Si bien a finales del siglo XIX se desarrollaron las ideas sobre los derechos políticos –de una gran importancia para la posterior edificación de sociedades más libres–, los Estados y gobiernos han basculado hacia el enfrentamiento social y los conflictos armados. Esto sucede en los países más pobres y menos desarrollados donde la paz es un bien escaso, pero los países occidentales han impulsado los conflictos más terribles que quepa recordar debido a su papel fundamental en los modelos de sociedad que tenemos ante nosotros. Podemos concluir que la fuerza militar es el cemento de la actual fisonomía planetaria, que lo habitual de nuestra civilización ha sido la guerra y lo coyuntural, la paz.

Aún contando con lo relativo de la estadística mencionada anteriormente, qué duda cabe de que estamos hablando de una gravísima afección civilizatoria que no ha resuelto valores fundamentales como los que ha propagado: el bienestar y la justicia social para sus habitantes o la democracia y el respeto a los derechos humanos. Las luces del siglo XX han tenido sobresalientes desarrollos científicos y tecnológicos, se ha dispuesto de enormes fuentes económicas y estructurales que han beneficiado a partes considerables de su población -aunque sobre todo ha generado grandísimas riquezas para selectas minorías-, pero en los territorios de la marginalidad que alcanza al 80% de la población, se manifiestan repetidamente sus estremecedoras sombras: el hambre, la muerte, el analfabetismo, la guerra, la corrupción, la violación sistemática de derechos humanos o la ausencia de derechos políticos.

Carece de importancia para la ética del sistema político de la democracia occidental, que la ONU constate el fracaso más estrepitoso de las políticas de desarrollo señaladas por la Cumbre del Milenio, indicando que 54 países son ahora más pobres que en 1990, que en 21 hayan aumentado los porcentajes de personas que pasan hambre y en 34 la esperanza de vida se haya reducido, durante la década de los 90 casi la mitad de los menos desarrollados estuvo inmerso en un conflicto armado y de 25 países pobres 18 se encuentran en similar situación en la actualidad. El modo en el que se rige la economía acarrea gravísimos problemas sociales y no se detectan voluntades correctoras para evitar la mundialización de la miseria. Los hechos de concordia, justicia, solidaridad, paz, entendimiento, negociación, son realmente difíciles de distinguir tanto en las prácticas de las potencias desarrolladas como en los gobiernos de los países menos desarrollados.

Terminologías de uso cotidiano como la calificación de terrorismo, generan una enorme duda, puesto que si bien es cierto que muchos grupos armados insurrectos y gobiernos dictatoriales y semidemocráticos vulneran los derechos humanos, una somera mirada a la historia nos muestra que la violencia de los países desarrollados, sus guerras, intervenciones y ocupaciones milita-

res, su reparto del mundo, han causado y causan tragedias humanas de una magnitud muy superior a cualquier otra conocida.

En la actualidad la militarización cobra una gran importancia por los desmedidos recursos económicos que se le asignan, así como por la sofisticación letal y destructiva de los armamentos de los que hacen gala, en particular las cinco potencias más importantes, que son a su vez, los miembros con derecho a veto del Consejo de Seguridad de la ONU. Durante el año 2004, la suma de gobiernos planetaria destinará 1 billón de dólares a la defensa –del orden del 4% del producto nacional bruto mundial–, para mantener sus sofisticadas tecnologías militares y sus ejércitos de unos 30 millones de hombres y mujeres armados. De estas cifras, EEUU devorará el 50% y el resto de los principales países avanzados un 15% aproximadamente.

Guerra y conflictividad contemporánea

Las guerras modernas, tal como se desarrollaron en el siglo XIX o en la primera mitad del siglo XX, fueron guerras totales que incluyeron una amplia movilización de energías nacionales en todos los sentidos. En una práctica muy próxima a las teorías de Clausewitz la esfera pública integró a toda la sociedad y eliminó la distinción entre lo civil y lo militar, entre combatientes y no combatientes. Ambas guerras se cobraron 10 y 55 millones de vidas respectivamente, y de ellas, entre el 65% y el 90% fueron civiles.

Durante la Gran Guerra los objetivos económicos se consideraron blancos militares legítimos. En la 2ª Guerra Mundial el término genocidio entró a formar parte del lenguaje legal como consecuencia del holocausto judío. Millones de personas fueron movilizadas concentrando fuerzas que fueron empleadas para la aniquilación del contrario. En el bando aliado los bombardeos indiscriminados que causaron una destrucción de proporciones genocidas se justificaron por necesidades militares. De igual manera se justificaron los bombardeos atómicos sobre Japón

A lo largo de los últimos 50 años se han sucedido numerosas guerras e intervenciones militares. En ellas se han visto implica-

dos los actuales defensores del orden occidental y también el extinto bloque soviético, con no menos sanguinarias actuaciones. La salvedad de la ruptura de la alianza internacional en el caso de Irak, no puede ocultar las profundas responsabilidades militaristas de los estados francés o alemán, por no hablar de Rusia o China, su presencia en muy diversos escenarios de guerra y su permanente disposición a la construcción de sofisticados entramados armamentistas. Si bien no existe un único modo de actuación o interés común entre las potencias, como ha quedado demostrado en Irak, es notable su coincidencia en torno al tipo de sociedad que desean construir, que sigue basada en los desequilibrios, los privilegios y las injusticias por un lado y la permanente tendencia al uso de la fuerza por otro.

La Guerra Fría sostuvo una especie de psicosis de guerra permanente basada en la teoría de la disuasión, mantuvo viva la idea de la guerra al mismo tiempo que evitaba su realidad entre las potencias. Durante la misma los países occidentales fueron capaces de gastar miles de millones de dólares para mantener su estrategia nuclear. A mediados de los años 80 el arsenal nuclear alcanzó la cifra de 70.000 cabezas capaces de destruir el planeta varias veces consecutivas. Con el fin de respaldar la carrera nuclear se presentó el enfrentamiento como una lucha para defender la democracia y el libre mercado frente a la dictadura y la economía estatal.

A la par ha habido innumerables guerras civiles, las que se han dado en llamar *guerras olvidadas*, que obedecen a razones internas pero en las cuales también intervienen e influyen los países ricos del planeta. Complejas situaciones de enfrentamiento y de crueldad, guerras de signo inter-étnico, luchas por el poder, enfrentamientos religiosos, disputas para el control de recursos y riquezas, acaparamiento de tierras fértiles y ricas..., o de varias de estas razones combinadas, que alcanzan sobrecogedores niveles de violencia. Tan sólo la cuarta parte de los presupuestos militares empleados por los países del Tercer Mundo serviría para alimentar a las poblaciones hambrientas del planeta.

Una variante novedosa en muchos de los conflictos modernos es la diferenciación entre lo regular y lo irregular de los métodos

de la guerra. Referencia obligada es el tipo de guerra revolucionaria china que llevó a Mao al poder y un variadísimo mosaico guerrillero intercontinental posterior. En la actualidad los ejércitos profesionales toman parte en la acción pero surgen todo un enjambre de grupos organizados: mercenarios y agencias profesionales de la guerra, paramilitares, civiles organizados bajo fórmulas diversas por el Estado, bandas de mafias y grupos de delincuentes que hacen sus negocios y aterrorizan a la población. Se nutren de dinero gubernamental y de dinero oscuro, del narcotráfico, el saqueo, el control de la ayuda humanitaria internacional, negocios corruptos, etc., y no tienen como objeto la conquista de territorios a su oponente, si no más bien, la creación del pánico y el terror entre la población civil para obtener todo tipo de beneficios.

Al día de hoy las guerras están muy profesionalizadas, han ido quedando en manos de soldados especialistas y de ejércitos entrenados con alta tecnología. La población apenas toma parte entre los contendientes aunque se lleve la peor parte de los sufrimientos. La sofisticación tecnológica del armamento presenta grandes posibilidades y, en el caso estadounidense, le permite campañas militares de una elevada capacidad de destrucción, mientras que procura evitar al máximo las bajas propias y lograr el rápido control de la situación.

El eje del Bien vuelve a la escena contra el eje del Mal –en este caso contra el terrorismo internacional– tras el 11-S, alejándose de las construcciones ideológicas anticomunistas de la guerra fría y adaptándose a los tiempos. Las razones de las potencias se basan en la seguridad de la civilización occidental, el peligro de que ciertos países posean armas de destrucción masiva o de apoyar al terrorismo. Estos argumentos cuentan con una gran cobertura de medios de comunicación para la penetración de dichos mensajes entre la población y se promueven grandes alianzas internacionales bajo el aval de la ONU como fórmula de acumulación de fuerzas y legitimidad pública.

Desde la guerra de Vietnam, la presencia y el papel de los medios de comunicación en los escenarios de guerra ha quedado subordinado al servicio de la propaganda oficial. Se evita visualizar

los efectos de los bombardeos, la crueldad de los soldados asesinando a la población civil o destruyendo con napalm y agente naranja un país, se trata de controlar al máximo los efectos revulsivos que la información y las imágenes generan en la opinión pública. Las víctimas no tienen ni rostro ni nombre, se ocultan los efectos del uso del uranio empobrecido y mientras sea posible no hay muertos visibles ni destrucción observable. Se prohíben incluso las fotografías de los ataúdes USA repatriados.

Guerras humanitarias

Tras la caída del Muro de Berlín y el final de la Guerra Fría, en 1989, se produjo un importante cambio en las relaciones de poder en el mundo. La desaparición de la URSS así como la victoria militar en el Golfo en 1991 ofrecieron una coyuntura propicia a EEUU. El hecho más significativo acerca de la guerra del Golfo no fue la derrota de Irak sino la construcción de una gran alianza militar. Bush padre avanzó la idea de un *nuevo orden internacional* bajo el liderazgo exclusivo de EEUU.

Finalizado el mundo bipolar, la OTAN tuvo algunos momentos de cierta confusión que se saldó manteniendo y aumentando la ventaja del cualificado nivel técnico de su armamento –que ya lo era comparativamente– y lanzándose a la búsqueda de un nuevo enemigo que justificara su edificio bélico. La filosofía de la OTAN –creada en 1949– se ha modificado durante el último decenio y de ser un organismo teóricamente defensivo se ha convertido en otro marcadamente intervencionista. Ya en la Cumbre de Roma de 1991 se definió el Nuevo Concepto Estratégico como respuesta al final de la Guerra Fría y se teorizaron nuevas causas para la intervención, más allá de los artículos defensivos 5º y 6º. Las motivaciones de nuevo cuño serían: *gestión de crisis* –la guerra del Golfo–, *operaciones humanitarias u operaciones de mantenimiento de la paz* –los Balcanes o Somalia– y/o *la defensa de los intereses de los países miembros en el exterior*, es decir, toda una batería de argumentos para justificar el uso arbitrario de la fuerza, que tras el 11 S se ha ampliado a *las operaciones anti-terroristas y de seguridad*.

Tony Blair, en relación con los bombardeos de la OTAN contra Serbia y Montenegro proclamó el 19 de Abril de 1999 que, *hoy la nueva generación dicta las reglas: luchar por los valores, por un nuevo internacionalismo que no tolerará que se vuelva a reprimir brutalmente a ningún grupo étnico. El impulso ilustrado de varias generaciones de demócratas, la terrible experiencia de dos guerras mundiales y la evolución del mundo civilizado han causado que la humanidad reconozca al fin, que los seres humanos son más importantes que el Estado.*

Bil Clinton propuso, en un discurso en la base aérea de Norfolk, mientras elogiaba a las tropas de la OTAN en Macedonia, *una Doctrina Clinton de la intervención militar que se resume en lo siguiente: tiranos andad con cuidado; si alguien se dispone a perseguir civiles inocentes, si intenta masacrarlos en razón de su etnia, raza o religión y está en nuestras manos detenerlo, lo haremos. Hay ocasiones en que mirar hacia otra parte es, sencillamente impensable; si bien no podemos responder a cada una de las tragedias que suceden en el mundo eso no significa que no podamos hacer nada por nadie.*

Los líderes de las democracias liberales occidentales son quienes deciden a quién hay que apoyar en cada momento. Valores referidos a derechos humanos, desastres humanitarios, limpiezas étnicas, posesión de ADM, etc., están sujetos a una doble interpretación y moral y, por supuesto, conceptos ambivalentes como el de *guerras humanitarias* son empleados para cometer verdaderos desastres humanitarios.

Ahora bien, el propósito de fuerza que hacen unos no dejaría ver el mapa completo de la violencia, si obviáramos a fuerzas de oposición o insurgentes –laicas o religiosas– que, so capa de ofertar filosofías de liberación social, vienen dejando en sus múltiples acciones una enorme cantidad de muertos civiles, sin que se hagan constar sensibilidades por la grave vulneración de los derechos humanos que ello conlleva. Los atentados más emblemáticos para el mundo occidental como los del 11-S y el de Madrid –hay otros muchos en la geografía internacional, incluidos muchos de los que se dan en Irak, Palestina y otras latitudes más cercanas– así lo prueban y descalifican a sus autores por su desprecio hacia

la población civil. Nada exime de responsabilidades a estos grupos ni tampoco a gobiernos dictatoriales por el hecho de enfrentarse a las potencias ya que en sus actuaciones son incapaces de practicar una ética de respeto a los derechos de la población.

Seguridad a cambio de libertad

Convertida en la estrella de los discursos a partir de los atentados del 11-S resulta inquietante aunque no es novedosa. A lo largo de la historia, la seguridad nacional ha sido definida exclusivamente en términos militares. La invocación de la seguridad nacional o la defensa del territorio, han justificado, especialmente desde la 2ª Guerra Mundial, el incremento de las fuerzas armadas, el despliegue de armamentos sofisticados, la intervención en los asuntos de las naciones más débiles, el impulso a guerras e intervenciones bélicas de diversa intensidad y la violación sistemática de los derechos humanos.

El militarismo es una antigua doctrina que se apoya preferentemente en la perversión del argumento de la seguridad. La seguridad, cuando menos a lo largo del siglo XX, ha sido siempre interpretada en términos de fuerza militar. Casi ningún país se ha planteado las causas de las zozobras sociales del planeta ni coloca sus miradas en la construcción de naciones y continentes más humanos y habitables. Los argumentos para la paz son desplazados hacia contundentes ideas para la guerra y la confrontación, sobresalientes argumentos para iniciar conflictos. En los albores del siglo XXI los caminos que se abren apuntan peligrosamente hacia más de lo mismo y reiteran la defensa de intereses propios que son subrayados con la coletilla de vitales.

Es corriente la proclama de inspiración hobbesiana –una proclama atenta a los peligros y presta a la lucha por encima de legalidades y de justicias–, como contraposición al pensamiento kantiano preocupado por un mundo regido por la legalidad y en paz. El valor supremo e ineludible de la fuerza como forma de relación internacional es el soporte básico que rezuman tales teorías.

En el moderno discurso de los ideólogos ultraconservadores USA, que da cuerpo a las ideas de la Estrategia de Seguridad

Nacional del gabinete Bush y a la justificación de los ataques preventivos, su tesis central muestra una agria crítica a Europa por no enfrentarse a los problemas de la seguridad, la defensa y el fomento de un orden liberal, que irremisiblemente están dependiendo de la posesión y del uso del poderío militar. Según señala Robert Kagan, uno de estos ideólogos, *Europa se está trasladando, más allá del poder, a un mundo autosuficiente regido por normas de negociación y cooperación transnacionales, al tiempo que se adentra en un paraíso posthistórico de paz y relativa prosperidad, en la materialización de lo que Kant bautizó como paz perpetua. Europa, no ha realizado inversiones notables en defensa, ni posee capacidad militar para hacer frente a los retos de hoy. No han sido capaces en ninguno de los escenarios importantes tras la Guerra Fría. El pueblo norteamericano, dice, está dispuesto a más y más gastos militares desde el 11S y entre tanto, Europa se sostiene y se beneficia del paraguas USA.*

El brutal atentado del 11-M en Madrid ha sido contestado desde los gobiernos de la UE de manera equivocada. Toda una batería de medidas legales y policiales han sido aprobadas por el Consejo Europeo para hacer frente a posibles nuevos atentados. Limitaciones al uso de las libertades, restricción de garantías judiciales, control de las comunicaciones y la sospecha obsesiva hacia los emigrantes —particularmente provenientes del mundo islámico—, serán los resultados más visibles del reiterado mensaje de *seguridad a cambio de libertad*. De un modo similar a lo sucedido tras el 11-S, tales medidas pretenderían crear un cinturón defensivo inexpugnable en la metrópoli.

Los países avanzados tropiezan de nuevo con la misma piedra evitando reflexiones para abordar los problemas estructurales de nuestra sociedad. Faltan políticas que puedan resolver la inseguridad creada por la falta de recursos de las gentes pobres. La seguridad planetaria de las personas no requiere ejércitos, ni policías, ni leyes restrictivas de las libertades, y mucho menos intervenciones armadas, sino unas condiciones de vida dignas.

Palabras como las de Chirac y algún que otro gobernante europeo hablando de tratar el fondo de los problemas no casan con los hechos. El tren de la muerte de la alianza occidental ha reco-

rrido demasiadas estaciones, aunque haya sido diferente el caso de Irak. Pasó por el Golfo, por los Balcanes y Afganistán, eso sí, del lado de la legalidad internacional, mediante el aval de la ONU. Permite el expolio y el crimen que el gobierno israelí comete en Palestina, el genocidio ruso en Chechenia, y/o las participaciones militares occidentales en África, por ejemplo, y entre tanto son desconocidas actitudes europeas de firmeza a favor de la paz.

La mentira y el miedo

El *miedo*, en el sentido fuerte del término, va camino de convertirse en un factor clave del proyecto social y político presente en las ideas de los dirigentes políticos occidentales. El momento actual, tras el 11-S y el 11-M con la reproducción del miedo en el corazón de la civilización occidental, han sido ejemplos pero no cabe hacer reduccionismo con la historia. La manipulación de los miedos contra otros países, hacia los emigrantes, creando la psicosis de que vamos a ser atacados, agredidos, de que vamos a perder la identidad..., está atiborrando el morral de viaje que nos acompaña.

El miedo puede ser un arma contundente contra la opinión pública. El bienestar de partes importantes de la población de los países desarrollados puede venirse abajo, se dice. Los estragos observados en otras latitudes y en el mundo propio obran en la conciencia de las gentes, *vivimos en un planeta cargado de horrores, de zozobras que pueden alcanzarnos, que pueden llegar a barrer los bienes de que disponemos*. Estos pensamientos se están utilizando para el logro de opiniones domesticadas, para preservar planes de desarrollo armamentista y realzar afanes patrióticos de los que obtener réditos políticos.

Los trágicos atentados del 11-S fueron respondidos con la Estrategia de Seguridad Nacional y la venganza contra Afganistán. Posteriormente le llegó el turno a Irak con una fortalecida argumentación acerca de la seguridad. La teoría del ataque preventivo cobró muchísima fuerza y Sadam apareció como un dirigente cargado de armas peligrosísimas dispuesto a emplearlas y a poner en peligro los cimientos de la civilización occidental. Posteriormente

te todas las luces rojas se encendieron el 11-M y todo el futuro está interpretado en clave de temor a atentados similares.

El papel de los medios de comunicación en la divulgación y propaganda de tales ideas es clave: peligro para nuestra civilización, riesgo para nuestro modo de vida, el peligro siempre es inherente a los otros, a los desconocidos, a los Estados hostiles y terroristas, a los diferentes a nosotros. Por lo tanto es imprescindible adoptar el pensamiento del gobernante: o conmigo y la permisividad con la mentira y el armamentismo, o contra mí.

La mentira es la base de los argumentos más recurridos para distorsionar la realidad, presentarla como razón y excusa prioritaria para el ataque, y convencer a la opinión pública de lo inevitable de la acción como condición para una defensa sin riesgos.

Hoy tenemos un mundo islámico humillado por las intervenciones militares, acusado de terrorismo y buscados sus ciudadanos hasta los confines de la Tierra; la imparable sangría palestina; muchos miles de muertos a contar en Nueva York, Madrid, Afganistán, e Irak y demasiados los países gratuitamente superpuestos en el punto de mira del cañón preventivo del Vigía de Occidente.

Hay muchas voces a lo largo del mundo que destacan la mentira política de los agresores y no están claras las repercusiones futuras de la invasión de Irak para EEUU, su militarismo y su prepotencia en las relaciones internacionales. Bush y su equipo están ante unas elecciones salpicadas de escándalos que incluyen la probada inexistencia de ADM en Irak e incluso se han abierto grandes dudas sobre el comportamiento de la inteligencia de Estado, previo a los atentados de Nueva York. El peso de la opinión social mostró episodios de interés como factor de desestabilización de políticas intervencionistas, actuó también contra el gobierno Aznar derribándolo y está por verse el futuro político de Bush y Blair.

La presión belicista puede vérselas ante la necesidad de cambios por razones de rechazo de la opinión pública, pero también por la interacción de intereses de cúpulas políticas y económicas que juzguen desaconsejables los actuales comportamientos con la *vieja Europa*, Rusia y China. Las tendencias militaristas y neo-

liberales actuales, con ser fuertes, no son forzosamente unidireccionales ya que las realidades están cargadas de complejidades. El movimiento a favor de la paz, el movimiento contrario a la mundialización de la pobreza también juega contra las líneas gubernamentales más militaristas y neoliberales. También una serie de gobiernos han exigido nuevas relaciones a la Organización Mundial de Comercio con los países menos desarrollados. ¿Podrán prosperar actuaciones análogas en otros ámbitos, aunque hoy se vea difícil?

Cultura de paz y compromiso antibelicista

Una cultura integral por la paz, contra el armamentismo y el militarismo requiere una opinión pública que promueva un completo desarme y el desmantelamiento de los aparatos militares. Más allá de expresar su oposición a una u otra guerra en concreto, aspecto éste sin duda positivo como ha resultado serlo en el tema de Irak, exige una mirada más profunda sobre toda la cadena militarista que nos rodea y que es presentada por muchos políticos como imprescindible para conservar nuestra seguridad y bienestar. Tales ideas justifican los complejos militares productivos, la construcción de ejércitos modernos y las alianzas supranacionales. Concluyen, con una lógica aplastante, la necesidad de disponer y derivar fuertes recursos económicos al armamentismo, formar parte de los selectos clubes que disponen de ADM y emplearse a fondo contra el supuesto enemigo que nos amenaza. Ideas como estas logran hacer mella entre sectores de la población que da su apoyo a políticos belicistas, considera tales entramados bélicos como de utilidad social y con mucha más convicción apoya las intervenciones militares promovidas desde la ONU.

La guerra, con la ONU o sin ella, es la prolongación de la pobreza. Siempre y en cualquier caso lo es, es un adherido permanente de las miserias y de la ausencia de derechos humanos. La seguridad, en sentido estricto, como bien deseable para todas las poblaciones del globo, sólo tiene garantías si es considerada a partir del bienestar y el respeto a las habitantes. Se requiere un sistema global de desarme, eliminación de los aparatos militares,

riguroso control y paulatina eliminación de las ADM, reconversión de la industria militar en civil, volver todos esos recursos económicos y tecnológicos al servicio de la sociedad. La educación en el ámbito social y en los medios de comunicación requiere ideas de signo contrario a la aplastante locura militarista que envuelve tantos y tantos discursos y hechos oficiales.

La violencia estructural no ofrece las mismas oportunidades para todos, mantiene en circunstancias de secular pobreza, desigualdad e indignidad al grueso de los habitantes del globo y ha levantado toda una serie de mitos para hacer creer que la situación ha de ser inevitablemente así, mientras promueven la caridad y las falsas soluciones. Se evitan las explicaciones e informaciones sobre las profundas causas de explotación e injusticia que existen en el planeta y de las cuales se benefician los países ricos.

Son precisas reflexiones sobre una nueva sociedad de naciones, construida entre iguales y con capacidad para mediar equitativamente en los conflictos, que sustituya a la ONU de hoy, construida desde la desigualdad y al gusto de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial; una nueva óptica debe acabar con tanta hipocresía y arbitrariedad en torno al fenómeno de la guerra y hacer firmes los objetivos de la Declaración del Milenio relativos a la pobreza; es obligatorio universalizar los derechos humanos eliminando todas las leyes y prácticas que supongan su vulneración; ha de erradicarse la criminalización de los movimientos migratorios; la cuestión del petróleo ha de abordarse desde un prisma crítico a su actual explotación ya que la comunidad internacional necesita un consumo sostenible y la diversificación de las fuentes energéticas; se requiere el respeto medioambiental integral del planeta y poner fin a la explotación sin medida de sus recursos; en Oriente Medio son imprescindibles políticas de paz y descolonización, acuerdos que resuelvan el drama palestino; retirada de las fuerzas ocupantes de Irak, fin del saqueo, sufragar los gastos de la destrucción e iniciar una reconstrucción soberana y democrática.

¿Existe la «guerra justa»?

Antonio Duplá

La brutalidad de los acontecimientos en Irak (y en otras partes del mundo) invita, en estos primeros meses de 2004, a repensar la noción de guerra preventiva y justa. Este concepto, de rancio abolengo y triste actualidad, aparece ya en el contexto de la II Guerra Púnica, a fines del siglo III a e., cuando Roma se enfrenta a Cartago, su gran rival en el Mediterráneo occidental. Su desarrollo está directamente ligado a la expansión romana y, en relación con el *ius gentium*, evolucionará hacia una concepción patrimonial ligado al liderazgo romano. Desde esa perspectiva, independientemente de la posible existencia de un tratado de amistad o de alianza, la última decisión, permanente y unilateralmente revocable, estaba en Roma. El Estado romano, el «pueblo romano», podía disponer del territorio sometido en cualquier momento. Así aparece teorizado y reflejado en diversos autores antiguos, como Cicerón, Livio, Virgilio o Plinio. De todas maneras es en particular Cicerón, el famoso orador del s. I a. e., el primer autor de una reflexión explícita e importante sobre el tema, en obras como *La República* y *Los deberes* y en su correspondencia. El punto de partida es, como era de esperar, la superioridad absoluta, política y moral, de Roma frente al resto de pueblos conocidos. A partir de ahí se manifiesta la necesidad de su imperio y la preocupación por su defensa. En su tratado *La República*, si bien admite que la *iustitia* es irreconciliable con el dominio sobre otros, más adelante justifica que un pueblo moralmente superior domine a otro inferior.

Antonio Duplá es profesor de Historia en la Universidad del País Vasco-EHU.

Alude incluso Cicerón a cierta ley común de la naturaleza, que prohíbe que nada pertenezca a quien no sepa hacer uso de ello.

En esa misma línea argumental, las posibles dificultades para justificar el dominio de Roma sobre otros pueblos se resuelven por la distinción entre *bellum iustum-iniustum*, esto es, entre guerra justa o injusta. La primera sería defensiva para defender las fronteras del imperio, en ocasiones de forma preventiva, mientras la segunda obedecería a motivos ilegítimos. Cicerón aclara la distinción cuando establece que es legítima la guerra por la hegemonía, en especial cuando ésta, de la mano de Roma, supone la unificación de la civilización común bajo el poder romano. La argumentación se cierra al entender el imperialismo romano en función de su labor civilizadora, de orden superior. De esa manera, la guerra siempre es justa contra el bárbaro, incluso aunque pueda tener algún tratado de amistad con Roma. Lo que sucederá en todo caso es que variará el protagonista, y con ello la personificación del bárbaro-enemigo, conforme se vayan ampliando las fronteras del imperio.

Todavía hoy es objeto de discusión si las teorizaciones antiguas, por ejemplo las de Cicerón, incluyen alguna dimensión ética y moral o simplemente aluden a la necesidad de respetar unos procedimientos formales más o menos ritualizados para declarar un conflicto. Más tarde, en la Antigüedad tardía y en un nuevo contexto político y cultural, en particular con la nueva religión dominante, el cristianismo, Agustín de Hipona relacionará la guerra justa con la autoridad divina, abriendo así la puerta al concepto de guerra santa, de terribles implicaciones.

Algunos ejemplos concretos pueden ilustrar la fortuna posterior del concepto, siempre al servicio de la justificación de una política agresiva frente a poblaciones ajenas a Occidente y su tradición cultural.

En 1095, el papa Urbano II hace un llamamiento a la guerra santa, justa, contra los bárbaros-infieles y al grito de «Dios lo quiere» se inicia la era de las Cruzadas. En el ámbito peninsular, paralelamente y frente a los mismos bárbaros-infieles y con la misma legitimación, se puede hablar de nuestra Cruzada particular y local, la famosa «Reconquista».

En 1550 se debate en Valladolid la legitimidad de la conquista y esclavitud de los indios americanos. En la reunión, ordenada por el rey a instancias del Consejo de Indias, discuten juristas, teólogos y letrados. El jurista Ginés de Sepúlveda, cronista del emperador Carlos V, se enfrenta al dominico Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas. Sepúlveda, autor de un *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios* defiende la legitimidad de la guerra y la esclavitud apoyándose en la Biblia, Aristóteles y los Padres de la Iglesia. Los indios, sostenía Sepúlveda, podían ser, en términos de Aristóteles, «esclavos por naturaleza» por su idolatría, por ser gente servil y bárbara y por su violencia.

Ciertamente, en la modernidad, superadas las posiciones teóricas más extremas como las representadas por Sepúlveda, se enriquece progresivamente el debate con nombres ilustres como Francisco de Vitoria, Hugo Grocio y Francisco Suárez. La universalidad (teórica) del *ius gentium* y la distinción entre *ius ad bellum*, *ius in bello* y *ius post bellum* ilustran ese itinerario. Posteriormente, el surgimiento de la noción de tolerancia, por discutible que sea, significa un paso adelante y el fin de las guerras de religión en suelo europeo. La formulación de los Derechos del Hombre, sólo bastante más tarde Derechos Humanos, supone otro hito clave.

No obstante, la realidad histórica de la modernidad muestra que la guerra ha seguido siendo un mecanismo regular de relación entre los pueblos, evidenciando en particular las dificultades de la civilización occidental para entablar relaciones pacíficas y enriquecedoras con otras culturas. La guerra justa, ligada con frecuencia a procesos de unificación nacional y, muy en especial, a procesos de expansión colonialista, ha seguido estando a la orden del día, eso sí, siempre en aras de la «civilización», frente a pueblos o naciones más «atrasadas».

Si pasamos a nuestra época reciente, a la segunda mitad del siglo XX e inicios del XXI, encontramos tanto numerosas muestras de conflictos bélicos de todo tipo, como reflexiones importantes sobre la guerra justa.

Uno de los últimos hitos lo constituye la reflexión de Michael Walzer, sintetizada en una de sus obras, *Just and Unjust Wars*, recientemente traducida. Se trata de un clásico de la polemología y la teoría política y moral, escrito al calor de la intervención norteamericana en Vietnam y del movimiento antibelicista del que formaba parte el autor. El punto de partida es la voluntad explícita de integrar la idea de la guerra justa en la teoría moral y política, a partir de lo que denomina la moralidad tenue («thin»), esto es, un código moral mínimo universalmente compartido. El núcleo duro de la teoría, como apunta Rafael Grasa en su estudio introductorio a la edición española, es que en ocasiones la guerra puede justificarse moralmente. A través de la amplia relación de ejemplos históricos que ilustran cada uno de sus apartados, Walzer analiza el *ius ad bellum* según sus reglas tradicionales: causa justa, correcta intención, declaración pública de la guerra por una autoridad legítima, ser el último recurso, probabilidades de éxito y proporcionalidad. En el «Post-scriptum: La no-violencia y la teoría de la guerra», Walzer polemiza con las teorías pacifistas y no-violentas, pero limitadas al caso de la ocupación extranjera de un país y la resistencia no-violenta. En la segunda parte de su libro trata sobre la guerra preventiva y los ataques anticipatorios, que pone en relación con una norma de referencia no escrita: se trata del equilibrio de poder en el escenario internacional. Respecto a la guerra y la paz, Walzer dice que para lograr la transformación de la guerra en paz, hay que insistir en las reglas de la guerra y en su cumplimiento: *La limitación de la guerra es el comienzo de la paz*.

La reflexión teórica de Walzer cobra nuevo sentido ante la aparición, en febrero de 2002, pocos meses después del 11-S, de un manifiesto firmado por una serie de intelectuales estadounidenses, *Carta de América. Razones de un combate*, que viene a justificar la posible respuesta del Gobierno de Bush al ataque terrorista contra las Torres Gemelas y el Pentágono. En su línea argumentativa se advierte una clara conexión con los planteamientos de Walzer, firmante del escrito, en torno a la guerra justa y los ataques preventivos. El documento tiene particular interés a la vista de los acontecimientos que se han sucedido desde septiem-

bre de 2001 y la estrategia política y militar impulsada por el Gobierno Bush y sus corifeos, así como las justificaciones aducidas. Entre estas últimas, cabe aducir la postura mantenida por el anterior Gobierno español y, en particular, la nueva doctrina de seguridad que reivindicaba los ataques anticipatorios. José María Aznar exponía estos planteamientos en octubre de 2003 en la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas. Allí aludía de forma explícita a algunos de los criterios tradicionales de la guerra justa, esto es, justicia de los objetivos, proporcionalidad en los medios y respeto a los no combatientes, para justificar los nuevos parámetros antes las amenazas latentes en la situación internacional.

En este rápido apunte sobre la guerra justa, resulta pertinente realizar una crítica del manifiesto citado, como expresión actualizada de la misma, al mismo tiempo teórica y práctica. Nos remitimos para ello, en primer lugar, a uno de los últimos libros de Rafael Sánchez Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, donde en uno de sus capítulos somete a una crítica exhaustiva la que llama, remitiéndose a Adorno, «Indigna pieza». Ferlosio rechaza la autoapropiación de un universalismo moral por parte de los firmantes, contradictorio con la realidad de la actitud prepotente de EEUU en el mundo. Respecto a las disquisiciones de Walzer sobre guerras justas e injustas y su concreción en el manifiesto, Ferlosio plantea que no se trata tanto de un problema de derecho, cuanto de poder y cuestiona la misma idea de *ius in bello* (los medios legítimos para hacer la guerra), por el grado de contingencia que implican, contrario a la idea misma de *ius*, y por su vinculación a un horizonte, el de la victoria, inseparable de la ideología militar. Ferlosio, por tanto, no rechaza la normativa en cuanto tal, pero sí que se considere *ius*. Critica también el hecho de que EEUU se autoprocleme adalid de la verdad universal y campeón en la lucha contra quienes la combaten, transformando unilateralmente una agresión contra EEUU en una agresión contra la misma humanidad. Ferlosio va más allá y denuncia todos los elementos que acompañan a la guerra, a todas y a ésta en particular, en especial la industria de armamentos y su permanente carrera tecnológica, el peso de la burocracia militar en los Estados y el desafortado patriotismo que promueve. En acertada

frase, define este último como *droga euforizante que muestra a la patria como auténtica hija congénita de la guerra*. En otro trabajo crítico con la *Carta de América*, Javier Álvarez Dorronsoro cuestiona la reivindicación por sus autores de una teoría de la guerra justa en relación con una supuesta moral natural universal. Precisamente, esa pretendida moral natural general puede ser un horizonte deseable para la humanidad, pero hoy por hoy en absoluto es un principio unívoco, metahistórico y universalmente compartido. Por otra parte, como apuntaba también Ferlosio, para Álvarez Dorronsoro no cabe valorar la guerra en términos exclusivamente morales, sin reconocer que al mismo tiempo y de forma determinante se trata de un problema de poder, tal y como plantea la escuela realista sobre las guerras.

En ese sentido, ante la existencia hoy por hoy incuestionable de la guerra, resulta importante el esfuerzo teórico de pensadores como Walzer para introducir un horizonte moral en el análisis de las guerras y sus circunstancias. No obstante, cabe también seguir a Sánchez Ferlosio y hacer una enmienda a la totalidad al planteamiento general de Walzer, en especial ante la evolución de los conflictos bélicos tras la II Guerra Mundial. Desde ese punto de vista, le asistía toda la razón a Walter Benjamin cuando, a la vista del creciente impacto de las guerras sobre la población civil, afirmaba que ya no podía haber guerras justas, porque entre las víctimas sería imposible distinguir entre población civil y militar. La evolución de las últimas décadas le ha dado la razón a Benjamin y, en consecuencia, no parece una concesión a la demagogia o a la ingenuidad, sino un planteamiento legítimo, llegar a la conclusión de que la única guerra justa es la no-guerra.

El concepto de «guerra justa» y su pretensión de limitar y normativizar los conflictos bélicos no es rechazable sin más. Pero sí resulta cuestionable a la vista de un balance histórico que muestra sus insuperables limitaciones. La Convención de Ginebra no ha podido evitar el escándalo de Guantánamo ni las más recientes barbaridades del ejército estadounidense en Faluya, torturas incluidas. Con ello no se pretende decir que sobra la Convención de Ginebra, sino que posiblemente haya llegado el momento de asumir un cambio de paradigma en las relaciones internacionales.

El miedo, el «miedo justo» del que habla Walzer, ha podido justificar la tesis tradicional del imperialismo defensivo y de su correlato necesario, la «guerra justa», tanto para los antiguos romanos como para las potencias coloniales de los siglos XIX y XX y para los historiadores e intelectuales que las interpretaron y legitimaron. Sin embargo, hoy resulta inaceptable.

En última instancia, el problema es la asunción de la guerra como procedimiento válido para resolver las relaciones entre los pueblos. Quizá haya llegado el momento de cuestionar de forma radical la tradición heredada en Occidente sobre la cuestión e intentar plantear el problema de la paz en otros términos. Es posible que esta perspectiva obligue a una revisión profunda de nuestras tradiciones culturales y políticas: más todavía, a un cuestionamiento de la propia civilización occidental y sus valores dominantes, en particular el de la violencia. ¿Quizá lo prioritario hoy sea formular un «programa», como el que puedan plantear John Galtung y otros autores, que gire en torno a la paz como el mejor mecanismo preventivo de los conflictos? En cualquier caso, ese programa debería incluir necesariamente una historia crítica de la noción de «guerra justa».

Fanatismo religioso y conflicto

Pedro Ibarra

I Presentación del problema

Asistimos con perplejidad al fenómeno del fanatismo religioso. No acabamos de entender por qué la creencia religiosa es el motor, lo que da sentido a la muerte, a la masacre, al suicidio colectivo. Y a partir de esta primera perplejidad lo que se despliega es un informe conjunto de preguntas, que de momento sólo me siento capaz de ordenar. Quizás en algunas se puedan sugerir respuestas muy tentativas y en otras dar pequeñas pistas por donde seguir explorando (o seguir preguntando). Pero poco más.

Ordenar preguntas es, sobre todo, colocar preguntas; intentar situarlas en el punto adecuado de la cadena causal. Eso es lo que puede darnos la clave para responder a aquello que merece la pena de ser respondido. A aquello que nos explica –en nuestro caso– cuáles son los contextos, las frustraciones, las miserias, desesperanzas e injusticias humanas que impulsan a determinados seres a tomar esas fanáticas decisiones. Podemos saber, o al menos intuir, por qué una opción religiosa radical puede satisfacer el deseo, la pasión humana por la omnipotencia, por la pureza, por la autenticidad; y también (probablemente sobre todo) por la seguridad. Pero ya no es tan sencillo de conocer qué es lo que hace saltar esa pasión, qué es lo que mueve ese deseo.

Pedro Ibarra es profesor de Ciencias Políticas en la Universidad del País Vasco/EHU.

La pregunta complicada se sitúa, pues, en un punto alejado de la cadena causal. Podemos afirmar que todos los seres humanos tienen en potencia esas pasiones/deseos y que la opción fanático/religiosa los colma. Y tal como lo haremos a continuación podemos describir cómo en esa opción se colman esos potenciales deseos. Pero es mucho más arriesgado definir

a) Qué es lo que desencadena esas potencialidades hacia la búsqueda de su satisfacción,

b) Por qué esos deseos buscan para saciar su sed opciones tan radicales,

c) Y, finalmente, por qué esas opciones tienen que ser religiosas.

II Las «ventajas» del fanatismo

Lo que –al menos aparentemente– parece más evidente es que la opción fanático/religiosa puede colmar esas pasiones que antes señalábamos. El punto de partida podríamos definirlo como una mezcla entre una profunda desesperación y una no menor incertidumbre. Es esta situación de perplejidad desesperada la que promueve la opción por la Verdad, por la certeza Absoluta. Ésta se vive como una especie de deslumbradora revelación; la que afirma que debajo de tanta podredumbre y tanta confusión está lo Real, lo puro, lo auténtico. Es lo que está. Y al tiempo, abrazarlo es lo único que permite salir del estado de miseria e incertidumbre. Es revelación, hallazgo, consuelo. Es estar convencido de que sólo una vida –y una concepción de la vida– radicalmente cierta y radicalmente pura hacen posibles la desaparición del Mal y del Caos.

A partir de aquí empiezan las consecuencias de dicha opción y comienza de forma casi fatal el proceso de construcción del fanatismo y la extrema intolerancia.¹ El mundo se convierte en un auténtico campo de batalla entre el Bien y el Mal. Y el bien se define y conforma a través de un auténtico hombre y de una auténtica forma de vida. Como la certeza en la bondad de esa vida

¹ Aunque hecho desde un perspectiva algo diferente, aconsejo vivamente la lectura del folleto de Martín Alonso Zaldivar «Universales del Odio: resortes intelectuales del fanatismo y la barbarie» *Cuadernos Bakeaz* n°40; Agosto 2000.

descubierta (o redescubierta) es absoluta, absoluto es asimismo el deseo y la práctica de imponérselo a todos lo demás. El fanatismo es, sobre todo, una propuesta de homogeneidad. Tiene que serlo en cuanto que es una respuesta radical a una insoportable soledad. Para el fanatismo, el otro o es alguien que forma parte de la comunidad de los elegidos, de los que han descubierto el hombre nuevo, o vive en el mal. Frente esta segunda situación sólo es posible redimirlo de su ignorancia (o él mismo dejarse redimir de su ignorancia), o destruirlo si se opone a esa tarea de purificación o, por supuesto, si trata de combatir a aquellos que tienen la misión redentora.

El fanatismo es una opción por la omnipotencia. El fanatismo, frente a ese sentimiento de abandono, frente a esa sensación de vivir arrojado en el mundo y zarandeado por sus ocultas e incomprensibles fuerzas, proclama la ilimitada capacidad del individuo, su poder para transformar la realidad. Y el gran cambio, lo que caracteriza el poder absoluto del individuo (el poder sin reserva alguna sobre el entorno y sobre los otros) es la destrucción de la vida del otro. El individuo imbuido por la justificación, por el sentido que le da el pertenecer a esa comunidad misionera de los auténticos, lleva a su máxima expresión la pasión por la omnipotencia. Dispone, decide sobre lo fundamental, lo absoluto. Sobre la vida y la muerte.

Parecería que las creencias religiosas cimentan la opción por el fanatismo. Dos razones:

—Asientan en el más allá la certidumbre. La misma no depende de la voluble voluntad humana, sino de la trascendencia; de Alguien (o Algo) situado por encima de nuestras frágiles y corruptas certezas humanas.

—Ese Alguien es, al mismo tiempo, la máxima expresión de la omnipotencia. En la misma medida que a Él seguimos, también somos partícipes de su omnipotencia. Decidir sobre la vida y la muerte ya no es sólo pasión irresistible; es mandato divino.

Utilizo la expresión Alguien o Algo. Efectivamente, cuando el fanatismo asienta su estrategia en un concepto civil (nación, raza, etc.) se intenta divinizar el concepto, objetivarlo, extraerlo de la voluntad de los individuos, trascenderlo, situarlo fuera

del peligro de perecer en manos nuestros inconstantes deseos y caprichos. No es la nación, el sentido de pertenencia y mutua lealtad construido por la confluencia (siempre coyuntural, siempre cambiante) de un conjunto de individuos. Es la Nación. Aquello situado en la eternidad; aquello a lo que debemos veneración y obediencia. Si el fanatismo es una opción por una seguridad sin fisuras, el corazón de esa seguridad tiene que hallarse fuera del alcance humano.

III Los activadores del fanatismo

Volvemos ahora a la pregunta original; a las preguntas difíciles. ¿Qué es lo que desencadena esa opción por la certeza absoluta? Decíamos que la percepción del mal propio y ajeno, y la perplejidad ante el mismo, podrían ser los factores desencadenantes. Pero la pregunta sigue en pie. Parece que hoy en día hay un incremento de esa percepción del mal y de esa incertidumbre en la medida en que (también sólo parece) se extienden las respuestas fanáticas. La pregunta es: ¿por qué ese incremento? Como señalaba, lo que ahora sigue son sólo pistas y también, inevitablemente, nuevas preguntas.

La extensión objetiva de la miseria podría ser, vía extensión del Mal, un factor de incremento. Pero lo que provoca la respuesta no es tanto la miseria objetiva sino la percepción y el convencimiento de que la misma es injusta y que debe de ser superada. Aquí entra la frustración. Aquí es donde debemos hacernos algunas otras preguntas. ¿Qué contextos (nuevos, viejos) generan esa conciencia de insoportabilidad que lleva a la acción colectiva radical? ¿Existe un nuevo contexto de privación relativa? Veamos:

—La vivencia de la promesa de una vida mejor que ha sido incumplida. Existían unas expectativas que han sido frustradas. Es aquí donde debería incluirse el fracaso de la occidentalización de determinados países árabes. Es aquí donde se comprueba que la promesa del bienestar para todos, hecha desde la modernidad occidental, ha conducido al paro masivo, al infierno de las macrociudades, a la corrupción, etc. Frente al fracaso de los proyectos

occidentales –de los impíos proyectos del impío Occidente– se reclama la vuelta a la tradición, a la auténtica fe.

—La otra respuesta se introduce en el terreno de las certezas. Es una caída de las certidumbres lo que ha provocado la búsqueda de las certezas indiscutibles; agarrarse al asidero del fanatismo. Así, el fracaso material de la modernidad ha arrastrado consigo dos conjuntos de certezas.

—Una evidente. La referencia ideológica de la propia modernidad con todos sus apaciguadores horizontes discursivos: el progreso imparable, el bienestar generalizado, la igualdad, la justicia, etc.

—Otra algo más sutil. Las derivadas de la cotidianeidad. La cultura impulsada por la ideología dominante, consciente o inconscientemente, construye una cultura en la que se asientan (y de la que se nutren) unas prácticas solidarias, unos afectos y lealtades que generan un sentido de comunidad. Y a su vez esa comunidad, filtra/amortigua/modera las contestaciones a las preguntas generadas desde la incertidumbre.

La cultura occidental sin duda no ha construido una cultura comunitaria tan densa como las tradicionales/religiosas, pero sí ha otorgado unas ciertas claves de convivencia (derechos universales, tolerancia) que se han traducido en lazos² cooperativos y solidarios. Lazos a su vez impulsores de redes de afectos y de culturas moderadas; o más exactamente, de culturas moderadoras.

Parece sin embargo que la frustración, la desesperación generada por el fracaso material también ha arrastrado consigo a esta cultura cohesionadora; a estas vivencias compartidas. Parecería que la caída ha generado un dramático proceso de fragmentación social, de explosión de la soledad que se estima sólo puede ser frenado con la opción por una cultura holista, completa, sin fisuras. Fanática.

Lo dicho hasta ahora nos abre nuevas pistas; pistas que a su vez nos formulan nuevas preguntas

² Vividos más como algo que el sentido común exige, que como un imperativo ético dogmático.

a) Hemos dado por supuesto que las frustraciones descritas (incremento de frustraciones o nuevas frustraciones) y sus consecuencias sobre el sentido y sobre la identidad, generan respuestas fanáticas. Pero no existe ninguna razón convincente para darlo por supuesto. Por qué la respuesta puede ser, sin más, la pasividad. Y por qué, sobre todo, la respuesta puede ser perfectamente (de hecho, históricamente así lo ha sido en muchas ocasiones) una respuesta emancipadora. Una respuesta fuerte pero que no ha implicado el maniqueísmo destructivo (y autodestructivo) generado por la Verdad revelada y autosuficiente.

b) Enlazando con lo anterior se presenta otra pregunta. ¿Por qué estas respuestas radicales toman la forma religiosa, ¿por qué no se construyen mediante un referencia laica? (laica «mística», pero laica al fin y al cabo). Contestar a estas dos últimas preguntas es todavía mucho más un estricto (y desordenado) ejercicio de especulación.

—En demasiadas ocasiones, las fronteras entre estrategias emancipadoras radicales y fanatismos intolerantes, no han sido demasiado claras. No parece por tanto demasiado lícito contraponer estas dos opciones estratégicas.

—Por otro lado parece que la caída del socialismo —la caída de la ideología socialista— ha dejado el campo más libre a la ideología religiosa; le ha dado más oportunidades.³

—En la lucha que cada religión tiene en su interior; en la lucha entre la omnipotencia frente al otro y la consumación en el otro (volveremos sobre esta cuestión), el cristianismo por complejas circunstancias históricas que ahora no es momento de relatar, parece haber optado (¿definitivamente?) por la segunda posición. Lo que ha supuesto o el abandono de la militancia transformadora o ha implicado la opción por una estrategia liberadora muy poco agresiva. Por el contrario da la sensación que en el Islam se mantiene esta tensión y que desde el islamismo siguen surgiendo estas respuestas a favor de la omnipotencia.

³ Quizás esta caída también ha dado más oportunidades a la extensión del nacionalismo fanático. No es sin embargo, una conclusión evidente. Ese tipo de nacionalismo, también convivía con los socialismos.

c) Al margen de estas explicaciones más o menos coyunturales, tampoco está claro que el discurso fanático/religioso tenga una estricta relación causal con coyunturales frustraciones y caídas más o menos dramáticas. En este sentido, también deberíamos considerar que la religión como respuesta radical a nuestras incertidumbres, la religión como Certeza Absoluta es, en parte, una respuesta ahistórica. Una respuesta que tiene su propia lógica de desarrollo. Y que surge y resurge más allá de factores/ coyunturas alimentadoras.⁴

III ¿Pero por qué la religión tiene que ser un opción por la intolerancia?

O también ¿es posible construir un sentido laico de la vida, que dé sentido de pertenencia comunitaria y que no derive hacia el fanatismo? ¿Es posible encontrar un sentido laico para la vida que compita, en positivo, con los sentidos tradicionales ligados a fundamentalismos religiosos... ¿Cómo conjugar y armonizar las prioridades de distintas comunidades, entre las que se incluyen proyecciones de tipo religioso, como la que ha emergido en esta crisis y frente a la que se ha colocado otra que, pudiendo erigir otra lógica, actúa casi mimética mente, en nombre del Bien y del Mal? ¿Puede haber un sentido para el conjunto de la humanidad?

Demasiadas preguntas para este reducido acercamiento al tema. Por eso finalizo la reflexión con un par de breves apuntes

a) La religión no fanática es posible. Por supuesto. Recuerdo la reflexión de antes. En la tensión descrita, es posible optar no por la impositiva conversión del otro, sino por intentar estar en el otro. También el mandato de compartir (de ser-en-el-otro) es un

⁴ Si asumimos que la religión es también una ideología, no podemos olvidar, como dice Zizek (Zizek, S. et.al., 2000, *Contingency, Hegemony and Universality. Contemporary Dialogues on the Left*, Londres, Verso) que las ideologías se presentan como superadoras de la impleitud de la sociedad. Ciertamente no sólo tal impleitud es imposible de salvar sino que la misma ideología se presenta como imposible, como básicamente distorsionada. La ideología no puede superar la consustancial imposibilidad de lograr una plenitud social. A pesar de ello tal impleitud es también un reto (un reto que retorna una y otra vez); por lo que siempre existirán ideologías.

mandato religioso. Por tanto la religión es un motor de reconocimientos mutuos y de mutuas solidaridades. La religión puede romper la tensión, pero siempre tendrá la tentación de volver a la omnipotencia salvadora. Porque la garantía de verdad que otorga un Absoluto Trascendente es demasiado abrumadora como para no plantearse intentar una nueva cruzada. Sin duda es sólo un riesgo. Pero también es un riesgo consustancial a la creencia.

b) La comunidad laica puede generar sentido. Lo crea de hecho. Y puede construir un conflicto entre el bien y mal (en minúsculas) que no conduzca a la muerte. Puede y debe construir comunidad en base a valores compartidos, y puede y debe proponer esos valores a los otros. El problema ahora es el inverso. Al no tener referentes trascendentes, esta construcción en ocasiones sufre de debilidad, de delgadez identitaria; aparece como demasiado sujeta a nuestras cambiantes subjetividades. Probablemente sea consustancialmente débil. Pero también esa debilidad constituye un reto. Un reto que a lo mejor merece la pena afrontar.

Israel y la Ideología Religiosa-Militar Neo-Conservadora

Sergio Yahni

El apoyo económico, militar y político que Estados Unidos aporta a Israel es uno de los aspectos sobresalientes de la política norteamericana en suroeste asiático, ya que cualquier análisis superficial demuestra que estas relaciones subvierten la estabilidad de las alianzas norteamericanas en la región. Por ejemplo, a mediados de abril de 2004, durante una visita del premier israelí Ariel Sharon, el presidente norteamericano George W. Bush declaraba su apoyo al plan del premier israelí para la separación unilateral en la Franja de Gaza. Por primera vez la administración norteamericana reconocía públicamente a las colonias israelíes en la Cisjordania como legítimas. Tres días más tarde la fuerza aérea israelí asesinaba al dirigente palestino el doctor Abdel Aziz Rantizi. El asesinato, perpetrado inmediatamente al regreso del premier a Israel, dejaba claro que este país había recibido el visto bueno de la administración norteamericana. La reacción árabe no tardo en llegar: el rey Abdallah de Jordania, anuló una reunión con el presidente Bush y el presidente egipcio, Housni Moubarak en una entrevista con el cotidiano francés *Le Monde* declaró que nunca en el pasado hubo tal hostilidad en la opinión pública árabe con respecto a Estados Unidos.

Al principio de la invasión anglo-norteamericana a Irak muchos analistas, incluyendo el premier británico, Tony Blair, asumieron que la necesidad de crear un balance a la acción militar

Sergio Yahni es activista israelí de los DDHH. Exdirector de la organización mixta palestino-israelí Information Alternative Center.

llevaría a la administración de Bush a imponer una resolución al conflicto en Palestina. Estos analistas veían en la «hoja de ruta» adoptada por la administración y compartida con Europa y Naciones Unidas aquel balance tan esperado. Mas no fue así. Tampoco las quejas y las protestas de los aliados norteamericanos en la región, Moubarak, Abdallah, y la casa real Saudita moderaron la posición norteamericana.

Muchos interpretan este régimen preferencial como una expresión de la fuerza del lobby judío pro-israelí en Washington. El *New York Times*, por ejemplo, ha calificado a AIPAC, el comité americano-israelí de asuntos públicos, como la organización más importante que atañe a las relaciones norteamericanas con Israel. Esta interpretación se potencia con el hecho que importantes representantes norteamericanos en la región, tal como Martin Indik, anteriormente embajador norteamericano en Tel-Aviv y figura clave en las negociaciones israelo-palestinas durante la administración Clinton, han sido miembros de la organización. Sin embargo, un estudio detallado de la arquitectura de fuerzas en Washington demuestra que no es así. Joshua Reubner, el coordinador del trabajo frente al congreso de la «Campaña Norteamericana para Terminar con la Ocupación Israelí» dice que el peso de las organizaciones judías es secundario en la estructura política de apoyo a Israel en Washington. «AIPAC está calificado solamente en el lugar 42 de los grupos de intereses especiales en Washington; otros grupos de interés, como la industria armamentista y las congregaciones fundamentalistas cristianas tienen mayor peso en la estructura de apoyo a Israel», dice Reubner.

Es más, la suposición de que un grupo étnico que compone solamente el dos por ciento de la población tuviera tal peso en un área estratégica a la política exterior norteamericana parece irreal y presume prejuicios antisemitas sobre el poder judío. Por lo tanto, habría que buscar la lógica política que gobierna Estados Unidos para comprender las razones que producen las relaciones preferenciales con respecto a Israel. Esta lógica estaría relacionada con los intereses que conciernen las políticas de la industria energética y de la industria armamentista¹ en el suroeste asiático y también con la concepción del mundo que gobierna hoy Estados Unidos.

El militarismo neoconservador

En un artículo publicado en diciembre de 1999,² Samir Amin analiza que a fines del siglo XX, el lugar relativo de Estados Unidos en la economía global queda relegado frente al impulso de la Unión Europea y Japón. Según Amin, solamente en el ámbito militar se demuestra superioridad relativa norteamericana, y es ésta la base para la construcción de la hegemonía norteamericana en la era de la globalización.

En el año 2001 George W. Bush llegó al poder con un proyecto político-militar que respondía a la predicción de Amin: *The Project for a New American Century* (el proyecto por un nuevo centenario norteamericano)³ con el objetivo de establecer un régimen internacional basado en la superioridad comparativa de las fuerzas armadas norteamericanas. El proyecto fue creado en 1997, por personalidades que más tarde asumieron cargos claves en la administración Bush, y se transformaron en los diseñadores de la política de intervención militar: Dick Cheney, actual vice-presidente, Donald Rumsfeld, actual secretario de defensa y Paul Wolfowitz, actual vice-secretario de defensa.

En el año 2000, unos meses antes de las elecciones, el proyecto por un nuevo centenario norteamericano publicó un documento titulado *Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources for a New Century*, que establece las pautas para afianzar globalmente la *Pax Americana* (término utilizado expresamente). Según este documento, mantener, o restaurar, un orden favorable a los intereses norteamericanos en Europa, Medio Oriente y el este asiático, es una responsabilidad única en manos de las fuerzas armadas, por lo tanto «el pentágono tiene que comenzar a calcular las fuerzas necesarias para proteger, independientemente, los intereses norteamericanos en Europa, el este asiático y el golfo [árabe]».

¹ Sobre este tema es muy recomendado: Jonathan Nitzan and Shimshon Bichler, *The Global Political Economy of Israel*, Pluto Press (London: 2002)

² Samir Amin, «Not a Happy Ending», *Al Ahram Weekly*, N° 462, 30 diciembre – 5 enero, 1999.

³ El sitio web del proyecto es: <http://www.newamericancentury.org/>

El documento toma en cuenta que la tentativa de mantener la hegemonía militar norteamericana en la región euro-mediterránea frente al desarrollo de una identidad militar europea puede llevar a un encuentro con Europa y establece que «es importante que NATO no sea reemplazada por la Unión Europea, dejando a los Estados Unidos sin voz en asuntos de seguridad europea». Con respecto a la región del Golfo Árabe este documento instituye que «Estados Unidos por décadas exploró la manera de mantener un papel más permanente en temas de seguridad regional. Mientras que el conflicto no resuelto con Irak da la justificación inmediata, la necesidad de una presencia militar americana substancial en el Golfo trasciende el problema de la permanencia del régimen de Sadam Hussein».

Finalmente este documento prevé que la transformación necesaria de las fuerzas armadas para garantizar la hegemonía global norteamericana sería un proceso «prolongado a falta de un evento catastrófico y catalizador, tal como Perl Harbor».

Este documento es importante para comprender la política norteamericana posterior a los ataques del 11 de septiembre. Sobre todo, para comprender las motivaciones de una administración norteamericana que no ha dudado en utilizar el dolor y el miedo producido por los ataques en Nueva York y Washington para catalizar un proceso político-militar extraño a las declaraciones públicas de los dirigentes de este país y a las ansias de sus ciudadanos: llevar a este país a una guerra en el suroeste asiático y forzar la división política en el seno de la Unión Europea.

Israel, ubicada entre el Mediterráneo Oriental y el Golfo Árabe, es la única potencia militar en la región independiente de alianzas internacionales tales como NATO, la Liga Árabe y la Unión Europea. De tal manera que el actuar militar de Israel no está restringido por terceros, como en el caso de Turquía, y depende solamente del apoyo norteamericano establecido en acuerdos bilaterales. Esta especificidad de Israel en la región la transforma en todo lo que respecta a su capacidad militar en una semicolonía norteamericana.

El choque de civilizaciones

La caracterización de Israel como semicolonias se expresa no solamente en su papel en la estrategia militar neoconservadora en el suroeste asiático, sino también en la concepción política neoconservadora con respecto a la naturaleza del enfrentamiento global.

Ya en 1993, Samuel Huntington⁴ había señalado que el principal eje de la política mundial en la era de la posguerra fría es el enfrentamiento de civilizaciones. Huntington describe la civilización como «el más alto nivel de identidad cultural que diferencia entre los pueblos» viendo las diferencias entre las civilizaciones no solamente como reales, sino también como esenciales. Una civilización, según esta hipótesis, comprende elementos objetivos tales como lengua, historia, religión, costumbres e instituciones sociales y elementos subjetivos como la identificación de los miembros con la civilización. Mas la concepción de civilización expresada por Huntington, tanto en el artículo publicado en 1993 como en el libro publicado más tarde, el concepto de civilización se ve prácticamente reducido a una identidad religiosa específica.

Con este criterio Huntington identifica la civilización occidental como una civilización judeo-cristiana⁵ a la que corresponden valores éticos, actitudes políticas y ciertas formas científico-tecnológicas de concebir el mundo. Huntington previene que en la era de la posguerra fría «el principal eje de la política global serán las relaciones entre Occidente y el resto [del mundo]» y que estas serán conflictivas. «En el futuro inmediato», presiente, «el foco central de conflicto será entre Occidente y ciertos estados islámicos-confucianos».

Por más que la inmigración lleva el conflicto al corazón de Occidente, el eje de fricción entre las civilizaciones se da en las

⁴ Samuel P. Huntington, «The Clash of Civilizations», *Foreign Affairs*, Verano 1993, Vol. 72, No. 3. Ver también: Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, (Simon & Schuster, 1996), donde el autor desarrolla la teoría presentada en el artículo de 1993.

⁵ Por supuesto que esta categorización de Huntington más que nada representa un prejuicio por su parte ya que el judaísmo tanto desde una perspectiva religiosa, como cultural y lingüística está más cerca de la cultura musulmana que de la cultura cristiana.

fronteras geográficas de éstas y toma forma de colisión entre entidades estatales. Por lo tanto, la respuesta de Occidente tendría que ser primariamente en el ámbito militar y tendría como objetivos «limitar la expansión del poder militar de los estados confucianos e islámicos, moderar la reducción de las capacidades militares de Occidente y mantener su superioridad militar en Asia oriental y sur-occidental».

Si bien Huntington intenta formular una descripción original de las relaciones internacionales en la posguerra fría, retorna a convencionalismos que dan a las relaciones internacionales forma de conspiración ideológica. Durante la guerra fría era el comunismo, y en la posguerra son el Islam o el confucianismo. Israel, por su posición geográfica es un frente, de la misma manera que anteriormente fue un frente de combate contra el comunismo.

Si bien la administración norteamericana lo niega, a sus ojos el conflicto en Asia es una de guerra de civilizaciones. Por ejemplo el General William Boykin, encargado de inteligencia en el Pentágono, declaró que «el enemigo es un enemigo espiritual. Es llamado el príncipe de la oscuridad. El enemigo es un muchacho que se llama El Diablo». La respuesta del jefe del estado mayor norteamericano, el General Myers, fue que Estados Unidos está en guerra contra el terrorismo, y no contra el Islam. Mas las concepciones de Boykin son populares en la clase política norteamericana. Por ejemplo Tom Delay, representante republicano por Texas, y dirigente de la mayoría en la cámara de representantes, en un discurso ante al parlamento israelí, declaró que «la guerra contra el terrorismo es una batalla entre el bien y el mal, entre la verdad de la libertad y la mentira del terrorismo». Según Delay «la libertad y el terrorismo lidiarán hasta que la batalla se resuelva. Estos son los términos que la providencia ha puesto ante Estados Unidos, Israel y el resto del mundo civilizado».

El bien, el mal, el destino y la providencia expresan la concepción religiosa de una parte relevante de la clase política norteamericana: los cristianos vueltos a nacer. La base social de estos políticos cuenta con 60 ó 70 millones de personas en los estados del suroeste norteamericano. Ciertos analistas suponen que el

fundamentalismo cristiano en Estados Unidos podría llegar a tener el apoyo del 40% ó 50% de la población. Entre éstos se encuentran el presidente norteamericano que se define a sí mismo como cristiano vuelto a nacer y el Fiscal General, John Ascroft, que dirige misas en su oficina todos los días.

En la lucha entre el bien y el mal, el destino ha designado a Israel y Estados Unidos en el mismo lado de la trinchera. En diciembre de 2003, el Reverendo Pat Robertson refiriéndose a la guerra de Irak y al conflicto en Palestina comentó que «la lucha no es por dinero o territorio, ésta no es una guerra de la pobreza contra la riqueza, tampoco es un choque entre la tradición y la modernidad. No, esta lucha es para decidir si Hubal, el dios-luna de la Meca, también conocido como Alá, es el dios supremo, o si el judío-cristiano dios de la Biblia, Jehová, es superior».

La concepción política de esta alianza creada por la providencia transforma la oposición a la política norteamericana en una expresión de antisemitismo. Kenneth Timmerman,⁶ por ejemplo, ve en la conferencia mundial contra el racismo, celebrada en Durban, África del Sur, en septiembre de 2001, el «prologo ideológico» a los ataques contra las torres gemelas y el Pentágono el 11 de Septiembre. Según Timmerman, la conferencia fue elaborada por el gobierno de Irán como una emboscada antisemita, ya que en ésta las organizaciones no gubernamentales criticaban duramente la política israelí en los territorios palestinos ocupados. Con lógica orweliana Timmerman interpreta la crítica a la represión como apoyo al terrorismo, y la critica a Israel como antisemitismo, y concluye que «lo que empieza con los judíos, nunca termina con los judíos... tres días después de que se cerró [la conferencia de] Durban los terroristas atacaron Nueva York, Washington D.C. y estrellaron un avión en Pennsylvania. A través de Estados Unidos se vió en los televisores el horror que los israelíes viven día a día».

⁶ Kenneth Timmerman, Preachers of Hate: Islam and the War on America (Crown Forum: 21 octubre, 2003)

Resistir el modelo norteamericano de poder global

La lógica de las relaciones preferenciales de Estados Unidos con Israel se expresa en el encuentro del militarismo neoconservador y la concepción religiosa de la guerra de civilizaciones. Estas relaciones contribuyen a la formación de un régimen global de excepción y forman parte del concepto imperial que gobierna la política norteamericana.

Esta lógica tiene primeramente consecuencias regionales en el suroeste asiático. Mas estas consecuencias no se limitan a la región. La protección política norteamericana a la política militar israelí en las instituciones internacionales subvierte el régimen legal internacional creando un espacio de impunidad explotado por Israel en la represión del pueblo palestino. Al explotar este espacio de impunidad Israel crea los precedentes que más tarde serán utilizados por Estados Unidos. La barbarie norteamericana en Faluja tiene como precedente el actuar de Israel en Jenin, el «limbo» legal en el cual se encuentran los detenidos en Guantánamo tiene como precedente las detenciones preventivas ejecutadas por Israel y las ejecuciones extrajudiciales de dirigentes palestinos se transformarían en la forma de operación norteamericana en Irak, Afganistán o cualquier región del mundo donde Estados Unidos lo vea necesario.

Esta impunidad es posible no solamente por la protección que aporta Estados Unidos, sino también por el abuso por parte de Israel de la acusación de antisemitismo con el objetivo de paralizar las reacciones internacionales a la continua violación de los derechos humanos. El modelo neoconservador de la guerra de civilizaciones protege y adopta el régimen de excepción israelí para expandirlo a escala global.

De esta manera el suroeste asiático se transforma en el campo de batalla, no de una guerra del bien y el mal impuesta por la providencia, sino de una lucha en la cual la humanidad se defiende contra el régimen de excepción imperial que el militarismo neoconservador intenta imponer. En esta lucha, la defensa del pueblo palestino es esencial, porque la victoria palestina es la derrota de las raíces que originan la excepción.

¿Se trata de un nuevo imperialismo?

Luis Nieto Pereira y Carlos Girbau

Desde que la llamada globalización entró con fuerza en nuestras vidas, una buena parte de los pensadores, economistas y gentes de izquierda empezaron a buscar medios que les ayudaran a reconocer el fenómeno, a entender los posibles cambios que traía, a buscar el sentido de los mismos y a estudiar hasta qué punto tales cambios habían (han) transformado la «cantidad en calidad». En otras palabras, a discernir si la globalización y su desarrollo representan un nuevo imperialismo.

Además, el marco en el que comienza a hablarse de globalización o mundialización coincide al poco tiempo con el hundimiento del gigante soviético y con el giro cada vez más decidido del otro gigante socialista, China, hacia la llamada economía de mercado. Por tanto, no es de extrañar que dentro de este cuadro se extendieran rápidamente ideas que apuntaban hacia «la muerte-superación» del marxismo y con ello de todos los conceptos que, con mayor o menor fortuna, se consideraron aceptados, no sólo por la izquierda, sino por una parte nada despreciable de lo que podríamos llamar «intelectualidad bien pensante»

Perry Anderson, editor de *New Left Review*, señalaba acertadamente en una reciente conferencia en La Habana que con el fin de la Guerra Fría se extendió la idea de «*la promulgación del capitalismo, declarado como tal, no simplemente como un sistema socioeconómico preferible al socialismo, sino como el único*»

Luis Nieto Pereira y Carlos Girbau son miembros de la Asociación «Paz con Dignidad»

*modo de organizar la vida moderna concebible para la humanidad para siempre».*¹ Podemos concluir que en esos años, sobre todo los primeros tras la caída del bloque del Este, todos recibimos grandes dosis de doctrina (medicina) neoliberal amparada en hechos objetivos como la dificultad de «explicar» colapsos y cambios que apenas habíamos visto venir y que se han traducido en un crecimiento desconocido del control y beneficio de un grupo muy reducido de empresas (no más de 200) sobre la economía mundial.

A diferencia de ayer, los críticos de la globalización ganan hoy terreno. Ha llovido ya lo suficiente con respecto a esos primeros momentos resumidos por la cita de Anderson. Resaltaremos sólo dos hechos recientes que ya de por sí son suficientemente significativos: la guerra en Irak y el camino de destrucción que nos ha traído, y el crecimiento medio del PIB mundial en 2003, un escaso 0,08%, junto con la extensión irrefrenable en los últimos 20 años de la pobreza en el mundo (la diferencia de renta entre las naciones más pobres con respecto a las más ricas se ha multiplicado por dos en 40 años).² Ambas cosas hacen que ya nadie crea que todo son parabienes bajo este nuevo orden. De hecho, hasta conocidos antiguos defensores de la globalización como Joseph Stiglitz, Nóbel de Economía y en otro tiempo uno de los jefes del Banco Mundial, o el financiero multimillonario George Soros denuncian ahora abiertamente las consecuencias de una globalización y piden cambios en las instituciones internacionales en las que ésta se apoya.

En otras palabras, la furia globalizadora que ha alumbrado el llamado «nuevo orden mundial» encabezado por EEUU también está alumbrando los intentos de explicar lo ocurrido, de «volver a armar» un pensamiento coherente, de responder a los cambios habidos en el llamado «orden imperialista».

Tales intentos los podemos agrupar en dos grandes tendencias: aquellos que consideran que las modificaciones han dado paso a

¹ Perry Anderson, *La batalla de las ideas en la construcción de alternativas*.

² *Una Globalización Justa*. Estudio de la ONU en asociación con la OIT de febrero de 2004. En dicho estudio se resalta como en 1960 la diferencia de renta entre los países más pobres y los ricos era de un 53% (212 \$ contra 11.417 \$) y en el año 2002 fue de un 121% (267 \$ contra 32.339 \$)

un nuevo orden superador de las contradicciones del imperialismo, el «imperio», y aquellos que consideran, con muchos matices, que aún vivimos en una época imperialista. Como puede verse, responder por tanto a la pregunta de si «estamos ante un nuevo imperialismo», no resulta tarea sencilla y sería muy pretencioso pensar que es posible agotar toda la cuestión en estas líneas. Sólo queremos a través de ellas resaltar las «ideas fuerza», los rasgos fundamentales de los cambios que ha traído la globalización.

En el campo de las ideas, sobre todo por lo que respecta a las referidas a la forma de la superestructura, la propuesta de que el actual orden mundial sería algo así como una «Roma moderna» ha tenido un cierto éxito gracias al hecho de que la globalización ha representado, de alguna manera, una peculiar recuperación de ciertos rasgos de ese imperio. Así, los defensores de esta similitud se apoyan entre otras cosas en que: a) el cuerpo directivo de las multinacionales y las instituciones internacionales es plurinacional y pluriétnico, olvidándose de que fundamentalmente no es ni igualitario, ni democrático; b) en el papel de la ONU y c) la forma de ciertas coaliciones militares. El espacio de este artículo no nos permite detenernos demasiado en ello. Sólo diremos que como señala Walter Bello, «*la extensión de la soberanía universal nunca fue una herramienta del arsenal imperial americano*»³ y que como expone Claudio Katz al referirse a esas similitudes, «*Estas analogías subrayan la identidad de mecanismos de inclusión o exclusión de los grupos dominantes al centro imperial, la semejanza institucional (monarquía-Pentágono, aristocracia-corporaciones, democracia-Asamblea ONU) o decadencia común de ambos sistemas (caída de Roma-»pudrición» del régimen actual).*

Pero el capitalismo contemporáneo no está erosionado por una expansión territorial desbordada, ni está corroído por el estancamiento agrario, la improductividad del trabajo o el derroche de la casta dominante. A diferencia del modo de producción esclavista, el capitalismo no genera la paralización de las fuerzas productivas, sino un desarrollo descontrolado y sujeto a crisis cíclicas.⁴

³ Walter Bello, *Desglobalización. Ideas para una nueva economía.*

La globalización

François Chesnais señala que «*el adjetivo «global» surgió en los años 80, en las grandes escuelas americanas de administración de empresas, las célebres «business manegment schools» de Harvard, Columbia, Stanford, etc.*».⁵ A partir de ahí se fue introduciendo en el lenguaje corriente y apareciendo en diversos textos, en buena medida, porque no se sabía cómo explicar el giro que los sectores más poderos del capitalismo habían dado para responder a la llamada «crisis del petróleo de 1973». Ahora bien, a pesar del «éxito» de la palabra, Chesnais también nos indica que la misma no aclara el fondo del proceso del que se trata. Como término es demasiado general como para referirse de manera precisa al desarrollo que el capitalismo ha sufrido a lo largo de los últimos cinco lustros. Pero globalización, con ser un término impreciso, es a la par una palabra que expresa un modo de llamar a una realidad que ha cambiado y he ahí el valor que hoy todos le reconocen.

Chesnais en su libro *La mundialización del capital* aclara que de lo que estamos hablando es de una etapa particular del desarrollo del sistema de producción capitalista y no sólo de una política neoliberal llevada a término por un cierto número de gobiernos.

Veamos primero los rasgos fundamentales de ese desarrollo que es en definitiva el cambio con respecto a lo anterior para, más adelante, usar lo hallado como base para responder a la pregunta que nos formulábamos al principio. Muy resumidamente, diremos que, en general, se trata de una progresiva liberalización de los mercados, reducción del papel del Estado y de una creciente e intensa integración e internacionalización del capitalismo que en particular, se hace en beneficio de aquellas empresas y de aquellas zonas más desarrolladas y sobre la base de la opresión del resto. Tal evolución tiene por pilares:

A) Un crecimiento del comercio mundial por encima de la producción en una proporción de 3 a 1, lo que quiere decir que la producción mundial no puede crecer al mismo ritmo que lo hace la suma de valores que en un año cruzan las fronteras. Tal como

⁴ Claudio Katz, *El imperialismo del sigloXXI*.

⁵ François Chesnais, *La mundialización del capital*.

señala Arturo Van den Eynde: «*El destino obligado de la producción es atravesar un número cada vez mayor de fronteras nacionales para llegar a su lugar de consumo. Y cada vez es mayor el número de fronteras que tienen que cruzar los productos en el proceso mismo de su fabricación: hay cantidad de objetos cuyos materiales y componentes han tenido que viajar por varios países y sufrir en ellos varias transformaciones incompletas antes de convertirse en producto acabado. Se profundiza, en definitiva, la división internacional del trabajo*». ⁶ Además, la parte que más crece de ese comercio es el que se realiza dentro de la misma empresa, entre sus distintos centros y en el triángulo establecido entre Japón, Unión Europea y América del Norte.

B) Avance de la exportación de capitales por delante de la de mercancías. Tal y como indica Chenais, la Inversión Extranjera Directa (IED), que es el sistema mediante el cual las empresas y bancos crean o adquieren empresas o participaciones decisivas en empresas de otros países, «*suplantó al comercio exterior como vector principal en el proceso de internacionalización*» ⁷ De nuevo aquí, el flujo de IED, como antes el de comercio «*se concentró dentro de los países desarrollados, especialmente la tríada (EEUU, Japón y Unión Europea) a costa de los países en desarrollo*» ⁸ Este factor nos remite de nuevo a las transnacionales que, más que crear nuevos medios de producción, operan en toda esta etapa por fusión de los que ya existen previamente en varios países. Es decir, concentración (centralización) del capital. Los datos y ritmos de fusiones empresariales y el cruzamiento de acciones fueron escalofrantes desde mediados de los 80 hasta mediados de los 90. ⁹

⁶ Arturo Van den Eynde, *Globalización, la dictadura mundial de 200 empresas*.

⁷ François Chesnais, *La mundialización del capital*.

⁸ François Chesnais, *La mundialización del capital*.

⁹ Un ritmo que ha vuelto a crecer en este año a partir de la fusión entre Sanofi con Aventis, creando el tercer grupo farmacéutico mundial gracias a una operación de 49.000 millones de €. En 1997 y 1998 las fusiones más reseñables fueron la Boeing con McDonnell Douglas, que representó para la nueva compañía un control del 60% del mercado aeronáutico, la de Lockheed Martín y Northrop, creando la mayor compañía de armamento mundial, o la de los bancos suizos SBC y UBS formando, por aquel entonces, el segundo banco mundial. Fuentes: El País e informes de la OCDE.

C) Progresión geométrica de las operaciones financieras internacionales por encima de cualquier otro sector. De hecho, tal y como señalan varios informes de la OCDE, el comercio de capitales creció 4 veces más que el comercio exterior durante los años que van del 80 al 90. Lo cual quiere decir muchas veces más que la producción del mismo periodo. La mayor parte de esas operaciones son especulativas, centradas en el llamado mercado de futuros, cambio de moneda, deuda pública, propiedad del suelo... Unas inversiones que, tal y como se han encargado de demostrar los escándalos de Enron o Parmalat, tienen mucho de artificio contable. La globalización como proceso de un capital financiero ya consolidado, si algo ha hecho es «globalizar» la especulación. El mundo es un gran casino abierto 24 horas, desde Wellington a San Francisco. Hoy en día, el capital financiero (los bancos) gracias a los medios técnicos, controla cada euro de ahorro existente, colocándolo a través de las bolsas en manos de los grandes capitalistas.

Este entrelazamiento mundial del capitalismo arranca de manera definitiva tras la crisis del 73, alcanzando, con oscilaciones, ritmos de vértigo desde mediados de los 80 hasta finales de los 90. Este proceso se da, y he ahí otro dato fundamental para entender el músculo que ha hecho posible el cambio, en una fase histórica (1974-2004) marcada, en comparación con la que la antecedió (1950-1970), por un escasísimo crecimiento económico, por mercados saturados y con una cierta «tendencia crónica» a la recesión.¹⁰ Por tanto, la «crisis del petróleo» no fue una crisis más, sino un giro histórico en la marcha seguida por el capitalismo.

La multinacional, motor y beneficiario de la globalización

El motor que ha impulsado y se ha beneficiado como nadie la globalización es, a todas luces, la compañía transnacional. Ahora bien, las transnacionales de hoy no son ni las antiguas empresas «coloniales» (radicadas junto a las fuentes de materias primas),

¹⁰ Según la OCDE, durante los años 60 el crecimiento medio del mundo fue de un 5,30% anual. En los 70, de un 3,50% y en los 80, de un 2%. En los tres primeros años de los 90 creció un 1,65%. En 2003 el PIB mundial sólo creció un 0,08%. (Estudio: *Una globalización justa*).

ni empresas de transporte, que abrazan varios países sencillamente porque su negocio consiste en agilizar el mercado mundial. Tampoco son las empresas que Lenin mostraba en su folleto sobre el imperialismo, que devenían en multinacionales pero conservaban la vieja estructura industrial. La transnacional de nuestros días *«combina fuerzas laborales y productivas inmensas (mayores que muchos mercados nacionales) dentro de un plan centralizado de producción. Economiza y reúne para un fin productivo hasta el último céntimo. Asocia varias ramas de producción y, a veces, combina todo el proceso de elaboración, desde la materia prima en bruto hasta el producto más acabado. Vincula la producción al transporte. Funde la investigación con la producción. Potencias productivas que por sus dimensiones podrían ser naciones enteras, resultan así liberadas de cientos de miles de azarasas transacciones comerciales, quizá de millones de ellas que eran todavía necesarias hace 50 años para producir efectos similares. Y por tanto, esas potencias productivas resultan multiplicadas muchas veces.*¹¹ En ese proceso, que es un paso más en la socialización del trabajo bajo un régimen de propiedad privada, la multinacional descompone la vieja «cadena» de producción y «deslocaliza». Es decir, se desplaza a lo largo y ancho del globo a la caza y captura de todo ello, manifestando una gran capacidad de adaptación.

Un proceso que sigue abierto

La compañía transnacional nació para conquistar otros países a partir de la modificación de productos originarios y característicos de un país a las particularidades de la demanda de otros. Al principio, el objetivo de esta manera de funcionar era ganar mercado diversificando. Pero el avance le permite a la transnacional homogeneizar los mercados, facilitando una producción más y más uniforme para un mercado más y más mundial. Naomi Klein refleja con gran lucidez en su libro *No logo* hasta qué punto de refinamiento se llega en el camino de la homogeneización que llevan a cabo las multinacionales.

¹¹ A. Van den Eynde. *Globalización, la dictadura mundial de 200 empresas.*

Además, en todos estos años, hemos podido ver cómo las empresas transnacionales siempre han salido victoriosas de todos los pulsos que han mantenido con las grandes compañías de base nacional, ya fueran privadas o públicas. Empresas que llegaban a mandar en su país en un régimen de práctico monopolio incluso en las naciones más desarrolladas. El resultado es que, hoy, las 200 mayores transnacionales han ido tomando una porción cada vez mayor de la producción del globo, concentrando ya el 25% del PIB mundial,¹² y por lo tanto, poseen más riqueza acumulada que muchos Estados de la tierra. Por no hablar del número de sus empleados, mayor en múltiples ocasiones que el ejército de algunos países.

Este cambio en la multinacional es el cambio fundamental en el campo de la producción dentro de la etapa que nos ocupa. Un cambio sostenido, entre otras cosas, por los avances acaecidos en disciplinas como la telemática o la biología, y por el práctico monopolio de buena parte de la tecnología que su posición de privilegio le permite. Otro cambio importante es el salto en la división internacional del trabajo que ello representa, o el grado tan elevado de concentración, entrelazamiento e internacionalización de los grandes capitales. Estas variaciones, entre otras, han ido modificando al capitalismo en un proceso que está lejos de cerrarse en lo económico y en el estudio de sus consecuencias y realidades. Como decíamos antes, los datos demuestran que alrededor de 1973, el capitalismo no sólo sufrió una crisis «más» de sobreproducción, sino que entró en una senda de cambios, que es lo que hemos llamado globalización y cuyos rasgos más llamativos hemos intentado resaltar a lo largo de estas líneas.

Todo cambio necesita su ideología. Por consecuencia, la globalización también ha destilado la suya, el neoliberalismo. Digamos de paso que ese ropaje no es muy brillante, aunque sí efectivo, gracias al amparo y fuerza que le ha otorgado el poder descomunal de la empresa transnacional. Tal ideología se mueve a través de varios «espejos». No hay espacio para entrar a fondo en ellos, pero tampoco podemos pasarlos de largo sin citar brevemente aquellas cuestiones que se nos antojan más llamativas.

¹² Informe OCDE 1999.

A) El dominio de las multinacionales y la internacionalización del capital han abolido la base nacional de la dominación del mismo. Falso. No sólo el capitalismo sería impensable sin la base material y «popular» que representa el tejido enorme de pequeñas, medianas empresas y ciertas profesiones liberales que tienen claras componentes nacionales en su forma, desarrollo y estructura. Sino que entre únicamente 5 países (Estados Unidos, Japón, Francia, Alemania y Gran Bretaña) se reparten la base de 172 de las 200 mayores empresas transnacionales.¹³ Por tanto, las multinacionales tienen patria. Ciertamente forman entre ellas la red más extensa y tupida de canalizaciones económicas que ha conocido nunca la historia, pero el caudal de riqueza que por ellas discurre se va almacenando en un estanque formado en sólo cinco puntos del globo.

B) La globalización internacionaliza la libertad y los derechos humanos al hacerlo con los negocios. Falso. La globalización no sólo ha incrementado la diferencia entre ricos y pobres dentro del mundo, sino que también lo ha hecho dentro de las naciones más ricas. La deuda externa de los países pobres no ha dejado de crecer, como tampoco el movimiento masivo de mano de obra hacia las grandes metrópolis del norte. Ambas cosas demuestran por sí mismas lo contrario a una mejora de los más elementales derechos humanos. Por otra parte, el doble rasero en la política internacional ya se trate de Colombia, Israel o Irak, demuestra que el dominio de las grandes compañías, de esas 5 naciones, se hace sobre la base de la opresión y pérdida de derechos de las del resto del globo.

C) La globalización potencia la democracia al engrandecer el papel de las organizaciones internacionales. Falso. El desarrollo, nacimiento o cambio de papel de organizaciones como la ONU, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o la OMC expresa justamente lo contrario. En ellas hay derecho de veto de los poderosos, ya sea por términos políticos (Consejo de Seguridad de la ONU), ya sea por peso de aportación económica (BM,

¹³ F. F. Clairmont y J. Cavanagh, *Bajo las alas del capitalismo planetario*, Le Monde Diplomatique.

FMI). Sólo en la OMC hay un voto por Estado. Y allí es, precisamente, donde no avanzan las cosas tan deprisa o bien lo hacen sobre la base del chantaje y la compra de voto de los más débiles (cumbre de la OMC en Cancún o acuerdo bilateral de comercio de EEUU con El Salvador).

Lenin en la base del debate y de la conclusión

Muchos autores abordaron a lo largo del pasado siglo XX el problema del imperialismo pero, sin duda alguna, el folleto de Lenin editado en 1916 titulado *Imperialismo, fase superior del capitalismo* es donde de manera más clara se definen buena parte del pensamiento y de las categorías establecidas a la hora de explicar la forma particular en la que el capitalismo se había transformado. Muy probablemente, el triunfo de la revolución rusa en 1917 y el enorme terremoto que este hecho representó sean la clave del éxito e influencia de sus tesis. Es tal su peso que, de hecho, el fondo del debate gira aún hoy en buena medida alrededor del análisis de hasta qué punto las tesis de Lenin deben ser revisadas y hasta qué punto pueden ser defendidas.

Para el revolucionario ruso, el imperialismo es una forma de organización del capitalismo. No es un sistema distinto, ni se diferencia por contradicciones especiales, ni obedece a leyes distintas de desarrollo. En resumen, es capitalismo. Ahora bien, un capitalismo que se define por que: 1) las asociaciones monopolísticas tienen una importancia decisiva en la economía y política; 2) hay una fusión del capital bancario con el industrial (capital financiero); 3) existe exportación masiva de capitales; 4) el reparto colonial del planeta está concluido; 5) comienza el reparto económico del mundo entre las grandes corporaciones capitalistas.

¿En qué medida y sentido la globalización modifica esos rasgos económicos considerados por la izquierda como los principales del capitalismo de nuestra época? El capitalismo como «entidad viva» no deja de modificarse. Como hemos señalado, la globalización ha representado y sigue representando uno de esos cambios importantes que tal vez esté lejos de enseñar todos sus

frutos. Ahora bien, hasta ahora, todos esos cambios aún no han representado que los tres primeros rasgos, los fundamentales (los dos otros se refieren al tiempo histórico) de los señalados por Lenin, hayan cambiado tanto que ya nos situemos en otra etapa distinta a la anterior. Más bien, todo nos indica que seguimos en la misma, para ser más exactos, que estaríamos en una «subetapa» en la que se agravan los aspectos fundamentales ya indicados por el revolucionario y en la que se dejan ver otros que parecían ocultos en el marco de un salto en la división internacional del trabajo bajo el dominio y gobierno de la oligarquía financiera.

Para seguir los puntos del esquema de Lenin diremos: 1) que el peso de las asociaciones monopolistas surgidas del mercado, pero capaces de dominar el mismo, es más grande que nunca y sigue creciendo aceleradamente; 2) que la fusión del capital bancario e industrial es ya un proceso consumado, incluso en aquellos países en los que logró mantenerse durante años una cierta independencia entre ambos; 3) que la exportación masiva de capitales es ya más que eso, es un entrelazamiento del gran capital a escala mundial de una densidad extraordinaria.

Las guerras punitivas y la crisis de «sobreextensión geoestratégica» del imperio USA

Jaime Pastor

El momento histórico en que nos encontramos en la actualidad, con la centralidad que están alcanzando los conflictos en Oriente Medio, obliga a una reflexión profunda sobre el «nuevo desorden global», lo que está en juego en esa zona del planeta y los motivos por los cuales la superpotencia estadounidense se halla tan directamente implicada, pese a las reacciones adversas que su actuación está desencadenando no sólo en esa región sino también en su propio país y en sus relaciones con las potencias aliadas de «Occidente».

Para ello es obligado empezar refiriéndonos a la visión que ofrecía Zbigniew Brzezinski del «gran tablero mundial»¹ a comienzos de la década de los 90 del pasado siglo. Su constatación de que tras el colapso de la URSS, EEUU se convertía en «la única e, indudablemente, la primera potencia realmente global», iba seguida del pronóstico de que «Eurasia es, pues, el tablero en el que la lucha por la primacía global sigue jugándose, y esa lucha involucra a la geoestrategia: la gestión estratégica de los intereses geopolíticos». Dentro de Eurasia se encontraría una gran zona califi-

Jaime Pastor es profesor de Ciencia Política en la UNED y miembro de Espacio Alternativo de Izquierda Unida.

¹ *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, Barcelona, 1998.

cada como «los Balcanes euroasiáticos», la cual abarcaría la Europa sudoriental, Asia Central y partes de Asia del Sur, el área del Golfo Pérsico y Oriente Próximo; la misión de EEUU sería competir con Rusia en torno a los accesos a los recursos energéticos en esa gran región. La Guerra del Golfo de 1991 aparecía en ese contexto como una «ventana de oportunidad» para EEUU, ya que le permitiría ir convirtiendo esa zona en «un coto vedado militar», tal y como se ha esforzado en lograrlo desde entonces.

Sin embargo, más allá de las diferencias interpartidarias, EEUU se vio en la necesidad de insertar la importancia geoestratégica de esa zona dentro de una nueva definición de las amenazas que emergían en el mundo de la postguerra fría. Fue John P. White, colaborador del Presidente William Clinton, quien concretó para la OTAN aquéllas en «los Estados gamberros que ignoran las reglas del derecho internacional, la extensión de las armas de destrucción masiva, el establecimiento de barreras comerciales artificiales y la interrupción del aprovisionamiento en recursos críticos como el petróleo». Como vemos, a comienzos de los 90 todavía el «terrorismo» no aparecía claramente asociado a esas «amenazas». Pero sí, en cambio, se extendía la tesis de que, como sostendría Michael Kantor, también asesor de Clinton, «nuestra seguridad militar y nuestra seguridad económica no pueden ser separadas»; una fórmula, por cierto, que aparecería más claramente en «A Manifesto For A Fast World», de otro «think tank», Thomas Friedman, publicado en marzo de 1999 y en cual su autor sostenía que «la mano invisible del mercado no marchará nunca sin un puño oculto (...). El puño oculto que garantiza un mundo seguro para las tecnologías y Silicon Valley se llama el Ejército, las Fuerzas Aéreas, Navales y Marines de Estados Unidos»; y en el mismo documento insistía en que «la globalización no elimina la geopolítica. Por eso una globalización duradera requiere todavía una estructura de poder geopolítica estable que no puede ser simplemente mantenida sin el compromiso activo de Estados Unidos (...). McDonalds no puede crecer sin McDonnell Douglas, el constructor del F-15».

Esa asociación tan estrecha entre globalización económica y globalización armada quedaría ratificada más tarde en otro documento de la administración Clinton, de junio de 2000, en el cual por defensa de la globalización se entendía «el mantenimiento de la estabilidad y la viabilidad de los sistemas globales principales que son las redes comerciales, financieras, de transporte y de energía y del medio ambiente».

En ese marco general en el que lo económico, lo geopolítico y lo militar se interpenetran cada vez más estrechamente cabe entender también la intervención estadounidense no sólo en el Golfo Pérsico sino también en Bosnia y en Kosovo, ya que estos conflictos ayudan a cubrir otro de los objetivos importantes durante los años 90: evitar el ascenso de una potencia hegemónica regional o global en la zona «liberada» de Europa del Este y penetrar en ella para establecer «protectorados» bajo el manto de la OTAN; en ambos casos se cubría ese propósito mostrando la debilidad de la Unión Europea y neutralizando a Rusia. La diferencia con la etapa posterior de Bush junior está en que Clinton trató de hacer todo esto en el marco de la ONU y de la OTAN mediante un discurso basado en el –muy discutible y arbitrario– derecho de «ingerencia humanitaria» y en la aspiración a instaurar una «gobernanza global» junto con las Instituciones Financieras Internacionales y la OMC; obviamente, quedaba fuera del mismo la respuesta a la constante vulneración de resoluciones de la ONU por parte del régimen israelí y a la extensión de los «Estados fallidos» como consecuencia de las políticas dictadas por el llamado «Consenso de Washington».

Mientras tanto, se han ido produciendo también las guerras mal llamadas «primitivas», especialmente en el África subsahariana, a las que no es ajena la lucha por el control de los recursos mineros y su comercio por parte de las grandes potencias y las multinacionales. El caso más escandaloso ha sido el de Ruanda, en donde en pleno genocidio prosiguieron las actividades mineras y petroleras de grandes compañías. Dados los nuevos descubrimientos de reservas petrolíferas en esa zona, como ocurre con Guinea Ecuatorial, no es casual que su interés geoestratégico para EEUU sea cada vez mayor en detrimento de Francia.

Paralelamente, hemos visto aparecer distintos discursos ideológicos destinados a justificar el «triunfo de Occidente» y el papel de EEUU como «nación indispensable»: primero fue el «fin de la historia», de Francis Fukuyama; luego, el del «choque de civilizaciones», de Samuel Huntington y, sobre todo, el de la «globalización», presentada como algo inevitable. Todos ellos se han visto sometidos a la prueba de los hechos y han sufrido profundas críticas y reacciones, especialmente desde el mundo «no occidental»: en éste se ha ido desarrollando lo que Fred Halliday ha denominado un «rencor global», caldo de cultivo del que se alimentarían grupos integristas armados; porque, como subraya este experto en relaciones internacionales, «Si hay un hecho que toda la opinión occidental informada debe tener en cuenta es lo que cabe denominar ‘rencor global’, la enorme y creciente brecha existente entre el mundo occidental desarrollado y las extensas zonas de crisis y rabia que nos rodean, no sólo en Oriente Medio sino también en América Latina, África y Asia».²

El 11-S de 2001 marca la irrupción trágica de esos grupos armados atacando símbolos de la «globalización made in USA» e inaugura lo que se ha definido como la «post-postguerra fría». Se pasa entonces a una visión del conjunto del planeta como territorio de una «guerra preventiva e indefinida» contra el «terrorismo» (cuya definición sigue siendo, sin embargo, objeto de controversia en la ONU) y a una concreción mayor de los principales «Estados canallas» dentro del «Eje del Mal» (Irak, Irán y Corea del Norte), iniciando así la guerra de Afganistán, territorio considerado refugio de Al Qaeda y lugar ubicado dentro del «corazón continental» que históricamente ha sido objeto de ambición por parte de las grandes potencias.

El relativo éxito de la operación bélica, legitimada por la ONU, contra el régimen talibán de Afganistán se convierte en un estímulo para el núcleo dirigente de la Casa Blanca para iniciar los preparativos de la guerra contra el régimen de Sadam Hussein en Irak, esta vez con o sin legitimación de la ONU. El desencadena-

² «Terrorismo y perspectivas históricas: comprender y evitar el pasado», *Vanguardia Dossier*, nº 10, 2004

miento final de esa guerra, el 20 de marzo de 2003, supone una confirmación de la doctrina adoptada en la «Estrategia de Seguridad Nacional» de Bush de 2002, según la cual se volvía, junto con las concepciones de prevención y compulsión, a la idea de guerra total, principalmente centrada en un «arco de inestabilidad» que se extendería, según el «halcón» Paul Wolfowitz, desde el hemisferio occidental hacia África del Norte y el litoral de Asia Oriental y que incluye áreas con Estados fallidos que son caldo de cultivo del terrorismo.³

Mucho se ha debatido sobre las razones de la decisión final de emprender esta guerra por parte de Bush junior, pese a que previamente no hubiera logrado, al menos, neutralizar a potencias aliadas como Francia y Alemania, por no mencionar a Rusia y a China, la gran potencia en ascenso del siglo XXI, desoyendo así los consejos que diera Brzezinski en la obra antes citada. Desde mi punto de vista, podría destacarse las siguientes motivaciones: una es la que tiene que ver con la geopolítica, es decir, con la necesidad de EEUU de demostrar su disponibilidad para afirmarse como la única gran potencia capaz de poner orden en los «Balcanes euroasiáticos», obligando a las demás a resignarse ante ella (es lo que se ha denominado «efecto demostración»); otra es la que tiene que ver con la geoestrategia y la lucha por el control de recursos energéticos básicos en esa zona, con sus derivaciones en la competencia con Europa en torno al dólar y al euro como divisas «globales»; otra, en fin, es la que tiene que ver con la búsqueda de autolegitimación interna por parte de Bush junior ante una sociedad estadounidense afectada por el «síndrome de vulnerabilidad», reforzando además ante ella la carga religiosa integrista de su mensaje. Este conjunto de razones (y no las que fueron ejes sucesivos del «discurso» oficial: la existencia de armas de destrucción masiva, los vínculos de Sadam con Al Qaeda, la «liberación» del país o, en fin, la promesa de contribuir a una solución del conflicto palestino-israelí) es el que hace de este conflicto

³ David García Cantalapiedra, «Peace through Primacy: La Administración Bush, la Política Exterior de EEUU y las bases de una Primacía Imperial», *UNISCI Papers*, 30, Madrid, 2003.

una guerra «elegida», y no inevitable, ante los ojos de la opinión pública internacional, con su consiguiente deslegitimación incluso por parte de otras grandes y medianas potencias.

En realidad, con Bush junior se refleja una combinación más estrecha si cabe entre «Seguridad Nacional» y «Seguridad Energética», concentrada en su obsesión por reordenar el «Gran Oriente Medio» mediante la futura creación de un «pivote político-militar y en el ámbito energético» mediante «un triángulo Turquía-Israel-Irak».⁴ El relativo triunfo militar en la guerra propiamente dicha y la posterior legitimación de la ocupación del país por parte del Consejo de Seguridad de la ONU parecían dar un respiro a la administración Bush frente a la extraordinaria movilización contra la guerra que se había producido en todo el globo, simbolizada en la jornada del 15 de febrero de 2003. Pero muy pronto se ha podido comprobar que no sólo los «neocons» estadounidenses y sus aliados de las Azores habían mentido descaradamente sino que la resistencia iraquí ha ido creciendo hasta el punto de reavivar en la sociedad estadounidense el «síndrome de Vietnam» y generar un «efecto boomerang» en distintos ámbitos, derivado de ese «rencor global» al que se refería Halliday, ahora más justificado si cabe ante el escándalo de las torturas con que el ejército ocupante somete a los presos iraquíes. Porque cada vez es más evidente que las consecuencias de esa guerra y de la actual ocupación son una mayor desestabilización de la zona, una nueva escalada del «terrorismo» internacional (cuya última manifestación trágica ha sido el 11-M en Madrid) y un renacimiento de un nacionalismo árabe e islamista, de amplia influencia entre la población inmigrante de los países del Norte, con mayor razón cuando se recrudece la represión contra el pueblo palestino.

Nos encontramos, por tanto, en un momento especialmente crítico para la vocación imperial de la hiperpotencia estadounidense y, sobre todo, para la asunción por la misma de los riesgos que comporta lo que algún analista ha definido como un decisionismo «ocasionalista» que tiene que ver más con Carl Schmitt que con Locke y que, carente del «consentimiento» intraélites

⁴ David García Cantalapiedra, *art. citado*.

mínimo, podría abrir una crisis difícilmente reversible en su voluntad de permanecer como fuerza ocupante en la zona más turbulenta del mundo; salvo que hubiera un relevo –y un giro hacia la recomposición de ese consenso– en el seno de la administración estadounidense o que, ya sea en el marco del Consejo de Seguridad de la ONU o del G-8, se pasara del unilateralismo estadounidense a un multilateralismo interesado en gestionar conjuntamente –al menos, entre EEUU y la UE– el control del «Gran Oriente Medio». Sin embargo, incluso esta opción alternativa chocaría con la persistencia del foco de conflicto permanente que supone la obsesión del régimen israelí por echar de su tierra al pueblo palestino, con toda la carga simbólica que esa confrontación significa para los pueblos árabes y musulmanes y, cada vez más, a escala global.

Se abre así el interrogante sobre si asistiremos a la clásica crisis de sobreextensión geoestratégica que afecta a todo Imperio cuando quiere intervenir y controlar más zonas de las que su infraestructura económica, social y política puede soportar; o, por el contrario, si finalmente su fuerza militar se impondrá pese al creciente déficit de legitimidad que está sufriendo no sólo en Oriente Medio sino también en el interior de su propio país. En esta cuestión compartimos la opinión de David Harvey cuando afirma: «Sólo el tiempo dirá si tengo razón, pero es vital que se considere la posibilidad y las eventuales consecuencias de un inminente declive de Estados Unidos como potencia hegemónica».⁵ Quizás suene demasiado optimista y el propio Harvey se cura en salud frente a esa posible interpretación, pero mirando más allá del corto plazo y en medio de una transición histórica como la que estamos viviendo lo que parece ingobernable para los propios intereses de sectores significativos del capitalismo es la tendencia actual a la inestabilidad global en que nos encontramos, fomentada sin duda por el neoliberalismo pero agravada por la «cara dura» que muestra el belicismo neoconservador estadounidense. El problema está, no obstante, en que esa tendencia va más deprisa que las posibles contratendencias que puedan frenarla

⁵ *El nuevo imperialismo*, Prefacio a la edición en castellano, Akal, Madrid, 2004.

debido a la vieja dialéctica entre el *ya no* y el *todavía no*: en efecto, por un lado, «estamos ahora en un mundo caótico en donde EEUU es probablemente demasiado débil para ganar a escala global, mientras que los europeos occidentales y los del sudeste asiático son demasiado débiles y están demasiado divididos para cambiar el rumbo de la política mundial en un sentido más pacífico y socialmente incluyente»;⁶ y, por otro, el «movimiento de movimientos» contra la guerra, el neoliberalismo y el racismo es, también, todavía demasiado débil para forzar una salida de esta situación que conduzca no sólo al declive del unilateralismo estadounidense sino también a una nueva fase que permita ir sentando las bases de un mundo justo, solidario y democrático en una Tierra que siga siendo habitable. Son, por tanto, tiempos de incertidumbre, pero también de revueltas y resistencias que nos emplazan cotidianamente a luchar contra las constantes manifestaciones de una injusticia global.

⁶ Peter Gowan, «U.S. Hegemony Today», *Monthly Review*, vol. 55, nº 3, julio-agosto 2003.

El terrorismo y la guerra, dos caras de un mundo injusto

Marta Harnecker

1. Cuando todavía tenía presentes en mí las imágenes transmitidas por el noticiero cubano de televisión de la Moneda en llamas, producto del bombardeo de la aviación golpista a la casa presidencial que albergaba a Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, aparecieron otras imágenes de edificios en llamas, esta vez las torres gemelas desmoronándose luego del ataque terrorista suicida. Estados Unidos, cuyo gobierno había alentado el golpe militar en Chile, era objeto del primer ataque contemporáneo en su propio territorio, y no de un ataque cualquiera, sino de uno muy bien dirigido que tenía como objetivo destruir los símbolos del poder financiero, político y militar del imperio más poderoso del mundo.

2. Gracias al control de los medios y a la manipulación de la información las imágenes del golpe militar en Chile pasarán al olvido mientras quedarán grabadas para siempre en la memoria de millones de espectadores en todo el mundo las imágenes de este audaz e inesperado atentado.

3. El repudiable acto terrorista que costó miles de vidas inocentes entre las que se contaban cientos de latinoamericanos que allí trabajaban, vino como anillo al dedo al gobierno estadounidense para explotar el crimen y reducir al silencio tanto a los que desde dentro como desde fuera se oponen a sus ambiciones imperiales.¹

Marta Harnecker es economista y periodista chilena. Autora de numerosos libros y ensayos.

4. Mediante una hábil campaña mediática se creó una verdadera psicosis colectiva que debía preparar el terreno para una gran «cruzada» mundial contra el terrorismo.

5. Era necesario crear condiciones para que tanto los países del Sur como los del Norte aceptasen como algo natural hechos que en otras circunstancias serían repudiados. Por una parte, la acentuación de los procesos de control policial de los ciudadanos, indispensables para mantener el orden mundial dominante² crecientemente amenazado por una resistencia popular en ascenso. Por otra, una guerra absolutamente desigual, llevada a cabo por la más poderosa potencia militar mundial y, apoyada por aliados cada vez más numerosos, contra un país pobre, Afganistán, sometido a sequías devastadoras, sin industrias, cuyos habitantes practican todavía la agricultura de subsistencia, destruido por 20 años de guerras intestinas.³ El pretexto: albergar a Osama Ben Laden, supuesto autor intelectual de los atentados del 11 de septiembre.

6. Ya en los años 30 una hábil campaña mediática logró transformar a un pueblo austero en un empedernido consumidor;⁴ hoy se trata de transformar a un pueblo de tradiciones democráticas y cuyos grupos sociales más progresistas sienten un instintivo repudio a la guerra, en un pueblo que acepte mecanismos de control policial extremos y vea con regocijo cómo se vengán sus muertos en una guerra cuya víctima fundamental es un pueblo entero.

¹ Henri Alleg, «Entretien sur les attentats aux États Unis et la guerre en Afghanistan» en *L'empire en guerre. Le monde après le 11 septembre...*, Les Temps des Cerises, Paris, noviembre, 2001, p.125.

² Georges Labica, «Mots de septembre» en *L'empire en guerre. Le monde après le 11 septembre...*, *op. cit.* p.11.

³ Miguel Urbano Rodrigues, «O terrorismo de estado norteamericano e o perigo da ditadura militar planetaria», ponencia preparada para el *Seminario Internacional «No a la guerra imperiaslista y a la amenaza neofascista»*, durante el II Foro Social Mundial, Porto Alegre, 2 de febrero 2002.

⁴ Marta Harnecker, *La izquierda en el umbral del Siglo XXI. Haciendo posible lo imposible*, Siglo XXI, Madrid, 3ª.ed. 2000, pp. 181-182.

Un frente único contra el terrorismo

7. Cuando el gobierno estadounidense plantea crear un frente único contra el terrorismo, lo que tiene en la mira no son las organizaciones y grupos terroristas que existen en diversos países –muchos de ellos infiltrados y en algunos casos hasta financiados por los servicios de inteligencia estadounidenses, como lo fuera el propio Ben Laden–, sino destrozarse e intimidar al movimiento que se opone a la actual globalización capitalista, que ha ido creciendo en proporción geométrica desde Seattle.

8. Ha nacido –como dice Samir Amin– *un nuevo macartismo*. Éste pretende satanizar toda oposición a los dictados del capital dominante en nombre de la ‘seguridad interior’ y de la ‘guerra contra el terrorismo’⁵ y satanizarla de una manera *continuo, permanente*.⁶ Se trata, como dice Chesnais, de crear *una nueva Santa Alianza contrarrevolucionaria mundial*.⁷

9. En nombre de la seguridad se plantean restricciones a las libertades y garantías constitucionales a las cuales los ciudadanos estadounidenses otorgan mucha importancia: se podrá controlar la correspondencia y las llamadas telefónicas; no hay que asombrarse si una persona es vigilada como si fuera un sospechoso, sobretodo si tiene algún rasgo oriental o se ha pronunciado públicamente contra la actual política del gobierno de Estados Unidos. Se ha llegado al extremo de recomendar que todos se transformen en colaboradores de la policía para denunciar cualquier individuo sospechoso. Existe una severa censura que *selecciona lo que el público debe o no saber de la guerra [...] Sólo se difunden «imágenes autorizadas»*.⁸

10. Todas estas son medidas que revelan que en este país se está poniendo en práctica lo que Henri Alleg denomina *un fascis-*

⁵ Samir Amin, «Les attentats du 11 septembre», en *L'empire en: guerre Le monde après le 11 septembre...*, op. cit. p.49.

⁶ Op. cit. p.51.

⁷ François Chesnais, «Nous sommes en face de deux ennemis, nous devons reconstruire une perspective internacionaliste», Op. cit. p. 161.

⁸ Henri Alleg, «Entretien sur les attentats aux États Unis et la guerre en Afghanistan», op. cit. p.126.

*mo a la americana*⁹ cuyo objetivo es preparar al país para aceptar no solamente la guerra contra Afganistán e Irak sino todas las otras imaginadas por Bush y los suyos para un futuro próximo. El castigo infligido a estos países y la imposición de gobiernos fantoches, luego de meses de salvajes bombardeos a sus principales ciudades, algunas de ellas reliquias culturales de la humanidad, y que ha dejado muchas más víctimas civiles que los atentados en territorio estadounidense, son el primer paso de una ambiciosa estrategia de dominación universal y perpetua que, por su dinámica, apunta a la militarización de la tierra, o –como dice Miguel Urbano Rodrigues– a una dictadura militar atípica ejercida por Estados Unidos sobre la totalidad del planeta, a la que califica de neofascista.¹⁰

11. ¿Acaso el denominador común de todos los fascismos no ha sido un nacionalismo irracional y agresivo, con un componente racista, la tentativa de imponer una contracultura y la creación de aparatos de represión tipo Gestapo.¹¹

12. Esta policía política pasa a ser un Estado dentro del Estado [...], está autorizada a investigar en todo el territorio nacional cualquier actividad ‘peligrosa’ para el Estado, quedando exenta de toda posible inspección de sus actividades por parte de tribunales normales y depende directa y exclusivamente del jefe del Estado.

13. Basta con esgrimir el principio indeterminado, arbitrario y pervertible de la «prevención» para que no haya límites ante la pretensión totalitaria de vigilar, perseguir y aniquilar cualquier tipo de enemigo potencial.¹²

14. Es sintomático que la Unión Europea haya atendido el pedido de Bush de que todos los países aliados a Estados Unidos elaboren listas de organizaciones ‘terroristas’ en su propio terri-

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Miguel Urbano Rodrigues, «O terrorismo de estado norteamericano e o perigo da dictadura militar planetaria», *op. cit.*

¹¹ *Op. cit.*

¹² Marta Harnecker, «Fascismo y dependencia» en *América Latina y fascismo* (ago 1977), separata de Chile Informativo 123-124, Boletín Oficial de la Secretaría Ejecutiva para América de Solidaridad con el Pueblo Chileno, Comité Chileno de Solidaridad, La Habana Cuba y Casa Chile en México, pp.13-14.

torio, prohíban el apoyo a dichas organizaciones, refuercen el aparato policial y judicial mediante medidas represivas como la detención preventiva sin límite de tiempo. El gobierno británico ha sido el primero en presentar un proyecto de combate al terrorismo en este sentido que contradice explícitamente el artículo 5 de la Convención Europea de Derechos Humanos.¹³ Ese mismo día Bush firmaba una orden militar que permitía «el juicio de supuestos terroristas, de nacionalidad extranjera, por una corte militar especial y no por jurisdicciones civiles». Los argumentos de la acusación podrán permanecer secretos, los acusados no podrán acogerse a ningún recurso y, como escribe el *New York Times*, «los derechos de la defensa serán severamente limitados».¹⁴

15. En este contexto, Afganistán era sólo el primer capítulo de una guerra sin cuartel contra el terrorismo. Luego vino el capítulo Irak. Y por qué no pensar que esas mismas bombas que destruyeron las ciudades afganas e iraquíes pueden mañana explotar en las selvas de Colombia o en territorio venezolano ¿Acaso los grupos guerrilleros colombianos (FARC-EP y ELN) no formaron parte de un primer listado de grupos terroristas aparecido en los primeros días de iniciarse la campaña? ¿Acaso no se está lanzado hoy toda una campaña mediática para acusar al gobierno de Chávez de violador de los derechos humanos y de tener acuerdos secretos con los movimientos guerrilleros colombianos, mientras el gobierno de este país se pertrecha de tanques de guerra que desplaza a la frontera con el Estado Zulia, Estado gobernado por la oposición al proceso bolivariano?

Una guerra previamente planificada

16. Hay muchos elementos que hacen sospechar que la guerra declarada como reacción a los atentados del 11 de septiembre es una guerra que venía preparándose de mucho antes. Entre ellos el testimonio de Niaz Naik, ex canciller Pakistání, y quien sostiene que ya a fines de julio fue informado por funcionarios estadouni-

¹³ Michel Collon, «La guerre globale a comencé» en *L'empire en guerre. Le monde après le 11 septembre...*, op. cit. p.229.

¹⁴ *New York Times*, 14 noviembre 2001, citado por Michel Collon, op. cit. p.229.

denses que existiría un plan de ese país para lanzar una acción militar a realizarse a más tardar a mediados de octubre para derrocar al gobierno talibán y colocar allí un gobierno de afganos más moderado.¹⁵

17. Con el pretexto de los atentados o sin él, lo cierto es que esta guerra sin límites permite crear las condiciones para que Estados Unidos pueda lograr objetivos altamente acariciados desde hace ya varios años. Entre estos objetivos se señalan los siguientes: El control del petróleo y gas de Asia Central y las rutas que permiten exportar sus enormes reservas, siendo Afganistán uno de los corredores estratégicos en este sentido.

18. Imponer su presencia militar en la frontera Sur de la Rusia asiática para impedir que en este continente surja un bloque hostil. El control de Euroasia es clave según Brezinski para la política extranjera estadounidense: allí vive el 75% de la población mundial y se encuentra el 60% de las riquezas económicas y naturales.¹⁶ De esta manera se consigue impedir el surgimiento de una alianza antihegemónica China-Rusia y su acercamiento al mundo musulmán. De hecho ya se había esbozado el grupo de Shanghaï que reunía a China, Rusia y a 4 repúblicas de Asia Central: Kazakistán, Tajikistán, Kirghizistán y Uzbekistán y cuyos propósitos eran *la cooperación contra el terrorismo islámico y la colaboración económica*.¹⁷ Nuevamente aquí Afganistán, situado en el centro de Asia, puede servir de base para futuras acciones contra Rusia, Irán o China.

19. Militarizar la economía estadounidense para paliar la crisis recesiva en que había caído el país y que ya no se podía ocultar más. Con ello se perseguía reemplazar la demanda de consumo privado en claro descenso por demandas públicas de armamentos y sus derivados, lo que engloba a grandes transnacionales, empresas de alta tecnología.

¹⁵ BBC, 18 de septiembre 2001, citado por Michel Collon, «La guerre global a comencé» en *L'empire en guerre. Le monde après le 11 septembre...*, op. cit. p.212

¹⁶ *Op. cit.* p.215.

¹⁷ *Op.cit.* p.217.

Un frente mundial contra la guerra y la injusticia social

20. El terrorismo no podrá ser eliminado creando un frente unido contra el terrorismo, como trata de imponer a rajatabla el gobierno de Estados Unidos, país que por lo demás ha fomentado durante décadas y donde ha podido esta forma de accionar, cuando sus intereses geopolíticos han estado en juego. Lo único que podrá acabar para siempre con el terrorismo será la eliminación de sus causas y por ello sería más coherente lo que propone Samir Amin: un frente único contra la injusticia internacional y social que, de concretarse, pudiera tornar inútiles, y, por lo mismo imposibles, los actos desesperados de las víctimas del sistema.¹⁸

21. Si Marx sostuvo que la violencia era la partera de la historia, no fue porque él fuese partidario de la violencia, constataba simplemente la dinámica de las sociedades cuyos pueblos eran sometidos a la explotación y opresión. Si sectores de la izquierda formados en sus análisis han debido recurrir a las armas no ha sido porque amen la guerra, sino porque se han visto obligados por las circunstancias a empuñarlas cuando luchaban pacíficamente por cambios sociales que permitiesen resolver los problemas de explotación, opresión o liberación nacional.

22. Contribuyamos con más fuerza a edificar ese frente internacional contra la injusticia y contra la guerra que ya ha empezado a construirse reuniendo a militantes del Sur y del Norte con objetivos precisos: intentar impedir las guerras en preparación y desenmascarar las campañas que pretenden satanizar calificando de terroristas, tanto a los movimientos de liberación nacional y de combate contra la explotación y la miseria en el Tercer Mundo, como a los movimientos antiglobalización en los países del Norte.¹⁹

23. Trabajemos en la base, esforzándonos por aglutinar a sectores crecientes de la población a través de un lenguaje sencillo y concreto; hagamos un esfuerzo por relacionar el combate contra la guerra y la intervención extranjera con las preocupaciones cotidianas de la gente, que son necesariamente diferentes en las diversas realidades nacionales; sepamos unir el entusiasmo de los jóvenes con la experiencia de las generaciones precedentes.

¹⁸ Samir Amin, «Les attentats du 11 septembre», *op. cit.* p.49.

¹⁹ Michel Collin, *op. cit.* p.234.

Imprescindible, incompetente, ¿irreformable? La ONU después del 11-S

Miguel Romero

Los atentados del 11 de Septiembre de 2001 abrieron una nueva etapa en la larga crisis que la ONU viene incubando desde comienzos de los años 90, cuando precisamente se proclamó que podía al fin desempeñar su papel fundacional de representación de la «comunidad internacional», en un mundo unificado tras la caída del Muro de Berlín.

La guerra al terrorismo, sin límites de espacio ni de tiempo, declarada por el presidente Bush, como una decisión soberana de EE UU, expresión de su derecho de «autodefensa», fue avalada por la ONU bajo la conmoción creada por los atentados. En realidad, significaba la completa autonomización de la política exterior de la única superpotencia existente respecto a cualquier regulación internacional. A medida que la guerra se fue desarrollando, las consecuencias de la incompetencia de la ONU para influir en su curso de una manera significativa, creó una situación paradójica: por una parte, la ONU es invocada sistemáticamente como el único marco en el que podrán encontrarse soluciones a las amenazas del desorden internacional; por otra parte, por acción y omisión, el papel efectivo de la institución, especialmente en los conflictos más graves: Afganistán, Irak, Israel-Palestina... es irrelevante o desastroso.

Miguel Romero es periodista. Trabaja en la ONGD ACSUR-Las Segovias.

En estas condiciones, proliferan las propuestas y los llamamientos para reformar la ONU y en general el sistema de Naciones Unidas, desde líderes políticos y religiosos, organizaciones sociales, estudiosos del derecho internacional... y también desde dentro de la propia institución. La celebración de su 60 aniversario el próximo año 2005 será seguramente la ocasión para que se multipliquen propuestas para un nuevo «consenso internacional» y alcancen relevancia en los medios de comunicación; es bastante más dudoso que la alcancen en la práctica.

Porque, considerando la actual situación internacional, ¿las reformas que se presentan como «realistas» o «viables» de la ONU pueden resolver los problemas reales que la institución padece? En esta cuestión, como en tantas otras de la globalización neoliberal, los cambios posibles parecen inútiles, y los que podrían ser útiles no parecen posibles.

Este texto quiere contribuir al debate sobre estos temas.

La otra «década perdida»

A comienzos de 1990, Bush senior proclamó el «nuevo orden mundial», después de la Guerra Fría. Leído catorce años después, su discurso queda como una pieza de referencia en lo que John Berger llama la «usurpación de las palabras»: «Una nueva era más libre de la amenaza del terror, más fuerte en la demanda de la justicia y más segura en la búsqueda de la paz. (...) Un mundo en el que el reino de la ley reemplace a la ley de la jungla. (...) Un mundo en el que los fuertes respeten los derechos de los débiles». En este paraíso, la ONU debía desempeñar un papel fundamental.

Las Cumbres que se organizaron sucesivamente sobre los grandes temas internacionales (Río, medio ambiente, 1992; Viena, derechos humanos, 1993; Copenhague, desarrollo social, 1994; Beijing, derechos de las mujeres, 1995; Estambul, hábitat, 1996...) querían mostrar una voluntad de «gobernación global» y de colaboración con la «sociedad civil», pero no alcanzaron resultados prácticos significativos. La ONU se mostró en ellas como un organismo productor de discursos, pero sin autoridad política sobre los objetivos y las estrategias generales de lo que se empezaba a llamar «globalización».

Lo que caracterizó en realidad el «nuevo orden» fue el reguero de guerras, que se inició en 1991 con la operación «Tormenta del Desierto» contra Irak. Tres de ellas tuvieron un impacto especialmente importante en la ONU y permiten comprender el desarrollo de su crisis.

—Se cumplen ahora diez años del genocidio de Rwanda, perpetrado por el régimen del general Habyarimana, sostenido activamente desde 1973 por Francia, Bélgica y Suiza y financiado generosamente desde comienzos de los años 80 por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Mientras eran exterminados un millón de ruandeses, tutsis en su inmensa mayoría, el responsable del Departamento de Operaciones de Mantenimiento de la Paz y subsecretario general de la ONU, Kofi Annan, miraba a otro lado. Sólo se estableció un ineficaz embargo de armas cuando ya el genocidio estaba en marcha. Ahora, coincidiendo con el décimo aniversario, se han escuchado algunas suaves autocríticas («pude y debí hacer más para que sonara la alarma», ha dicho Annan) y se ha nombrado «un asesor especial en materia de prevención de genocidios», nombramiento cuya utilidad más clara es ilustrar la impotencia de la institución.

La conmoción internacional producida por los acontecimientos ruandeses influyó probablemente en la adopción por el secretario general Boutros Ghali de una posición relativamente autónoma, y por ello crítica, respecto a la política exterior de EEUU (especialmente en Bosnia) y de Israel (exigiendo que se hicieran públicos los resultados de una investigación que acusaba a la artillería israelí del asesinato de 100 civiles refugiados en el campamento de la ONU en Kanaa, al sur del Líbano). Como consecuencia de ello, EEUU vetó en el Consejo de Seguridad la ratificación de Ghali para un segundo mandato. El portavoz del Departamento de Estado escribió su epitafio en el *Financial Times*: «Ghali era incapaz de comprender la importancia de la colaboración con la primera potencia mundial». Hubo quien lo comprendió: su principal colaborador, Kofi Annan, presentado como «el representante de África», que será el más subordinado a EE UU de todos los secretarios generales.¹

—La intervención norteamericana en la ex-Yugoslavia, sin la cobertura jurídica de la ONU, pero bajo la cobertura política y militar de la OTAN, fue otra de las experiencias reveladoras del orden internacional realmente existente. La Administración Clinton utilizó la crisis de los Balcanes para avanzar en el principal objetivo estratégico de EEUU, definido con precisión por el que fue Consejero de Seguridad del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski: conquistar la hegemonía en Eurasia.² Clinton no admitió el menor condicionamiento por parte de la ONU. Su secretaria de Estado lo expresó muy claramente en una frase que se hizo célebre y que se ha difundido en diversas versiones: «Con la ONU si es posible; sin ella si fuera necesario». La OTAN se mostró como un instrumento multilateral mucho más fiable, especialmente porque en él los gobiernos europeos actúan con una disciplina de cuartel ante la «comandancia en jefe», sin mostrar las distancias diplomáticas que aparecen frecuentemente en el marco de la ONU.

La intervención en los Balcanes merece recordarse también por dos características innovadoras en política internacional: el establecimiento de «protectorados» estables, basados en estrategias de «construcción nacional» de los países ocupados para hacerlos funcionales al «nuevo orden»³ y, especialmente, el desarrollo de las doctrinas de la «guerra ética» y el derecho, o deber, de «ingerencia humanitaria». Estas doctrinas, utilizadas como coartadas de intervenciones claramente imperialistas, tenían como objetivo complementario eliminar el debate y la justificación política, considerada irrelevante respecto a los imperativos mora-

¹ La cita del Financial Times está tomada de: Alexander Cockburn, «Servant in Babylon», *Counterpunch*, 30 de agosto de 2003. Sobre los acontecimientos en Ruanda, ver Eric Toussaint, *Ruanda, los acreedores del genocidio*, www.cadtm.org. Sobre Annan, ver también, James Petras, «Buscado: un secretario general de la ONU íntegro». *Rebelión*, 18 de agosto 2002, www.rebellion.org).

² Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero*, Paidós, Madrid, 1998. Fue reseñado en *Viento Sur* 55, marzo 2001.

³ Sobre los «protectorados», ver Catherine Samary, «Protectorados, un callejón sin salida», en *Le Monde Diplomatique*, mayo 2003. También en *Le Monde Diplomatique*, diciembre 2003, hay un interesante dossier sobre las políticas de «construcción nacional».

les. En estas condiciones, la ONU, cuya función es precisamente buscar acuerdos o compromisos políticos en los conflictos internacionales, quedaba obviamente marginada.⁴

—Tampoco hubo cobertura jurídica de la ONU para los bombardeos sistemáticos de Irak decididos por la Administración Clinton en 1998. Sí la hubo en cambio para el saqueo del país, calculado en más de 300.000 millones de dólares en concepto de «indemnizaciones de guerra», acompañados por programas de «ayuda humanitaria»: el resultado de estos programas mostró una extrema manipulación política, que desacreditó a la ONU ante los pueblos de la región. El coordinador del programa, Denis Halliday declaró al presentar su dimisión: «He recibido el mandato (del Consejo de Seguridad de la ONU) de aplicar una política que corresponde a la definición de genocidio: es decir, una política deliberada que ha matado efectivamente a mucho más de un millón de personas, niños y adultos». Su sustituto, Hans von Sponneck, llegó a la misma conclusión poco después.⁵

Éste fue el prólogo multilateral al unilateralismo de la Administración Bush.

¿ONU versus unilateralismo?

La crisis de la ONU posterior al 11-S se presenta frecuentemente como una consecuencia del «unilateralismo» de Administración Bush; en consecuencia, la solución a la crisis partiría de un enfoque «multilateral» de los problemas internacionales, que se atribuye a las administraciones de Partido Demócrata y, sobre todo, a la Unión Europea. No estoy de acuerdo con este punto de vista.

Los fundamentos de la política exterior de EEUU deben ser entendidos siempre como «bipartidistas», es decir, políticas de Estado sobre las que demócratas y republicanos sólo tienen diferencias, cuando las tienen, de carácter táctico.

Peter Gowan destaca que en la orientación fundacional de Naciones Unidas establecida por el presidente Roosevelt, coexis-

⁴ Daniel Bensaid, *Le nouvel internationalisme*, Textuel, Paris, 2003, pp.123-138.

⁵ Declaración del MPS, Lausana, 5 de marzo de 2003, www.alencontre.org).

ten dos objetivos el primero de carácter universalista, orientado a la preservación de la paz y con una función legitimadora; el segundo, constituir el marco para la política de poder de la potencia hegemónica.⁶ Es este segundo objetivo el que ha determinado la política de EEUU hacia la ONU; el primero ha tenido un carácter instrumental, no porque los gobiernos de EEUU desprecien la legitimación de sus políticas, sino porque orientan esa legitimación hacia su propio pueblo, y la influencia en ella de la ONU es, en general, mínima.

Así se ha constituido un sistema geopolítico, que Samuel Huntington llama sistema uni-multipolar: «(...) un sistema híbrido con una superpotencia y varias potencias mayores. La resolución de los asuntos internacionales clave requiere la actuación de una única superpotencia, pero siempre en conjunción con alguno de los otros Estados relevantes; la única superpotencia puede, sin embargo, vetar la actuación conjunta de otros Estados sobre cuestiones clave».⁷ Esta caracterización permite comprender mejor la política exterior de Bush jr. que el anatema «unilateralista». Lleva razón Roberto Montoya cuando afirma que: «George W. Bush ha retomado en definitiva en el siglo XXI el largo camino del unilateralismo extremo que ha marcado momentos clave de la política exterior estadounidense del siglo XX».⁸ La alternativa en la dirección del sistema internacional no es «unilateralismo/multilateralismo», sino «oligarquía/democracia».

En realidad, lo nuevo tras el 11-S no es el método «unilateral», sino el contenido mismo de la estrategia: es decir, la guerra contra el terrorismo, un enemigo sin ubicación precisa, multiforme, definido de una manera metafísica como el mal absoluto. En esta «guerra de civilización» no caben las políticas de alianzas, sino

⁶ Peter Gowan. «Estados Unidos/Naciones Unidas» en *New Left Review* 24, Enero-Febrero 2004, Akal, Madrid.

⁷ S. P. Huntington, «The Loney Superpower», *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1999, (edición on line), www.foreingpolicy2000.org Citado en Alex Callinicos, *Un manifiesto anticapitalista*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 78.

⁸ Roberto Montoya, 2003, *El imperio global*. La esfera. Madrid. El libro incluye en su capítulo 2º, pp 57-133, una lista abrumadora de «acciones unilaterales» de Estados Unidos, bajo diversas administraciones.

únicamente la dialéctica exacerbada amigo-enemigo: en ella, la «comunidad internacional» son «los amigos», frente a las variantes de Estados «golfos», «fallidos», etc.

La ONU se ve obligada a tomar distancias respecto a esta estrategia para conservar su sentido. Por eso, incluso un funcionario tan sumiso como Kofi Annan ha declarado que: «Debemos cuidarnos de no confundir a la ONU con EEUU». Pero se trata de una distancia elástica y muy pequeña. Como señala Tariq Alí sobre las perspectivas en Irak: «Algunos gobiernos europeos solicitarán a buen seguro que la ONU se haga cargo de los territorios conquistados por EEUU (...). Se ha hablado mucho de la ayuda humanitaria, de la necesidad urgente de aliviar el sufrimiento de la población civil y de que la comunidad internacional debe volver a unirse. Siempre que no se ceda un poder real a la ONU, Estados Unidos se beneficiará mucho de la bendición ex post facto concedida a su agresión, como ocurrió en la guerra de Kosovo».⁹

En estas condiciones es especialmente interesante considerar cómo la Administración Bush sigue buscando, y encontrando, terrenos de colaboración con las «potencias mayores». Dentro de la ONU, en primer lugar, por medio de las resoluciones del Consejo de Seguridad sobre la guerra y la ocupación de Irak, especialmente, la 1511 que avaló al gobierno títere, considerándolo «ampliamente representativo», y la instalación en el país de una «fuerza multilateral» bajo el mando de EEUU. Pero también fuera de la ONU: en este sentido hay que destacar la propuesta del Gran Oriente Próximo, un proyecto de enorme alcance, que abarcaría además de a los países árabes, a Afganistán, Irán, Pakistán, Turquía e Israel, con el objetivo de lograr «una transformación económica de una dimensión similar a la emprendida por los ex-países comunistas de Europa central y oriental». Bush presentó el pasado 26 de febrero esta propuesta ante un auditorio muy apropiado: el American Enterprise Institute, la «patronal» americana, pero comprometiéndose a negociarla en la reunión de junio del G-8 en Sea Island y en el marco de la OTAN.¹⁰

⁹ Tariq Alí, *Bush en Babilonia*, Alianza Editorial, 2004, Madrid.

¹⁰ Gilbert Achcar. «El proyecto estadounidense de un 'Gran Oriente Próximo'». *Le Monde Diplomatique*, abril 2004.

Por el momento no parece existir ideas claras en la élite política de EEUU sobre cómo organizar el sistema «uni-multipolar» en la situación post-11 S, especialmente porque las alternativas que se ensayan no terminan de funcionar bien. Recordemos que el Pentágono hizo un balance muy negativo de la acción de la OTAN en Kosovo. Parecía pues que la tradicional «caja de herramientas» de la política exterior norteamericana iba a quedar desplazada. Pero se está utilizando de nuevo en Afganistán, con resultados mediocres respecto a la estabilización del país (y, por supuesto, desastrosos desde el punto de vista de su democratización, como han denunciado entre otros, la RAWA, Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán¹¹) pero con interesantes efectos secundarios, dado que gobiernos, como el español, que se oponen a la intervención en Irak, aceptan en cambio la de Afganistán por estar realizada «bajo los auspicios de Naciones Unidas»; así se invita a la Administración Bush a restablecer un consenso sobre Irak a bajo coste, del tipo que prevé Tariq Alí.

En este contexto, cobra sentido que el secretario de Estado Colin Powell haya defendido en un artículo llamado precisamente «Una estrategia de partenariados», «el papel vital de la OTAN y otras estrategias de Estados Unidos, incluyendo a la ONU». Por supuesto es significativo que la ONU aparezca nombrada una sola vez en el artículo y con la coletilla «incluyendo», pero también lo es que el más «europeísta» del equipo de Bush reafirme a la OTAN como instrumento privilegiado de la alianza político-militar con la UE; el Pacto de Seguridad UE-OTAN de marzo de 2003 significa una reacción positiva por parte europea que en Washington habrán sabido valorar.¹²

Lo que sí parece estar claro es que la ONU en su configuración actual, es decir, con el sistema oligárquico basado en la dirección ejecutiva del Consejo de Seguridad, es un marco inadecuado para la política de alianzas que necesita la estrategia exte-

¹¹ «Afganistán no es un país liberado, se ha convertido en un auténtico infierno», *Rebelión*, 7 de septiembre, 2003. Ver también Tariq Alí, *El choque de los fundamentalismos*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

¹² Colin L. Powell. «A Strategy of partnerships». *Foreign Affairs*. Enero-Febrero 2004.

rior de EEUU, que no por casualidad se llama «Estrategia de Seguridad Nacional» en el célebre documento de septiembre de 2002. No parece ésta una particularidad de la Administración Bush. El candidato presidencial Kerry acaba de declarar que «prefiere un gobierno estable a un gobierno democrático en Irak», coincidiendo con las opiniones del *guru* de la política exterior republicana Henry Kissinger.¹³ «Gobierno estable» es un eufemismo para un protectorado sostenido en una ocupación militar garantizada por las tropas de EEUU.

Es muy problemático gestionar esta situación desde el actual Consejo de Seguridad.

Precisamente por eso, algunos analistas estadounidenses, partidarios de que la ONU y el Consejo de Seguridad, siga ocupando un lugar central en la dirección del sistema internacional, recomienda a los críticos de EEUU, que colaboren en la creación de «un nuevo marco internacional que reemplace a la deteriorada estructura del Consejo de Seguridad», evitando la imagen deformada de las relaciones de poder internacionales —«como un espejo de caseta de feria»— que habría dado el Consejo durante el invierno pasado, en los momentos cruciales de la crisis iraquí. El criterio básico de este «realismo» sería, la capacidad de «proteger y promover los intereses nacionales de EEUU», más allá de consideraciones militares.¹⁴

¿ONU versus neoliberalismo?

Los conflictos de la ONU con la política exterior de la Administración Bush tras el 11-S son pues significativos, pero en mi opinión, no son los más importantes en la crisis de las instituciones internacionales. De acuerdo con la lógica general del neoliberalismo, el factor fundamental no hay que buscarlo en la política, sino en la economía.

¹³ Henry Kissinger, «EE UU. Valores democráticos y política exterior», *Tribune Media Service*, abril 2004, www.red21.cl/documentos/globaliz.pdf La opinión de Kerry fue recogida en una crónica de Andy Robinson en el periódico *La Vanguardia* el 26 de marzo de 2004.

¹⁴ Michael J. Glennon, «Why the Security Council Failed», *Foreign Affairs*, Mayo-Junio 2003.

En los mismos días en que Bush sr. lanzaba su salmodia sobre el «nuevo orden internacional», John Williamson creaba una fórmula mucho más verdadera: el Consenso de Washington, resumen de la ortodoxia económica neoliberal, aplicada por las instituciones «duras» del sistema de Naciones Unidas, el FMI y el BM, bajo la dirección, llamada aquí «consenso» de la Secretaría del Tesoro de EEUU. Los estragos sociales provocados por estas políticas en los países del Sur, que han sido sus principales víctimas, han motivado cambios en las modalidades de aplicación y en las coberturas ideológicas (la supuesta adopción por parte del FMI y del BM de los Objetivos del Milenio es la más reciente), pero no en los fundamentos que siguen plenamente vigentes.

Como dictaminó el comentarista del *New York Times*, Thomas L. Friedman, en una frase justamente célebre: «La mano invisible del mercado nunca funcionará sin la ayuda de un puño oculto». Es evidente que la ONU no puede cumplir ese papel. Por el contrario, como señala Peter Gowan refiriéndose a las «libertades» que exigen los flujos de beneficio de las transnacionales (libertad sin límites a los operadores financieros externos, el derecho sin límites de las empresas extranjeras a comprar las industrias domésticas y protección sin límites de las rentas monopolistas de la propiedad intelectual), «la Carta de la ONU no garantiza ninguna de esas libertades sino que, al menos teóricamente, se opone a ellas».¹⁵

Se llega a conclusiones similares a partir de la tesis de Samir Amin sobre los «cinco monopolios» que aseguran el poder de la «Tríada» (EEUU, UE, Japón) y definen «el marco en el que se expresa la ley del valor mundializada»: los monopolios que operan en el ámbito de la tecnología, del control de los flujos financieros de alcance mundial, del acceso a los recursos naturales del planeta, de la comunicación y de las armas de destrucción masiva.¹⁶

En el marco de las actuales relaciones de fuerzas internacionales, las contradicciones entre la globalización neoliberal y una organización democrática de las relaciones internacionales, que estaría codificada en la Carta de Naciones Unidas, se resuelven

¹⁵ Peter Gowan, *op. cit.*, p. 24.

¹⁶ Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil*, El Viejo Topo, Barcelona, 2003.

por medio de una creciente presión del «mercado» sobre la ONU, no sólo por medios de las instituciones especializadas, el FMI y el BM, sino a través de toda la estructura del sistema y particularmente de la Secretaría General.

En efecto, desde finales de los años 90, Kofi Annan está abriendo todas las puertas de la ONU al «sector privado». En 1999, presentó en el recinto apropiado, el Foro de Davos, su propuesta de «Contrato Global», dirigido a las empresas transnacionales, que obtienen el aval de Naciones Unidas a cambio de nueve compromisos de «transparencia» y «buenas prácticas», sin ningún alcance práctico y ninguna posibilidad de control efectivo. Posteriormente, en especial a partir de la Cumbre de Johannesburgo, se lanzó la idea del «Partenariado Público Privado», como marco de colaboración entre gobiernos y transnacionales, con la participación marginal de algunas ONGs, en proyectos de desarrollo Norte-Sur. La ocupación de Irak está ayudando a entender las dimensiones reales de este «partenariado» como instrumento de negocios y de privatización de bienes y servicios, incluyendo a las fuerzas armadas.¹⁷

Estos procesos tienen efectos destructivos para la ONU, en cuanto a su autoridad moral y a su capacidad de representación. No es posible servir a la vez al mercado y al derecho internacional. Autonomizar al sistema de Naciones Unidas de la sumisión mercantil debería ser el objetivo fundamental de cualquier reforma democrática.

¿Reforma o rebelión?

Las críticas a la ONU, incluso las más radicales, se sitúan en general en el terreno de las «reformas», aceptando que pese a todas sus miserias y fracasos, el mundo sería aún peor sin ella. Hay muchas iniciativas y propuestas de reforma. El debate está en la profundidad y la orientación de los cambios que se consideran necesarios.

¹⁷ He tratado estos temas en el artículo «El ciclo del 94. Trayectorias de los actores sociales críticos de la globalización», publicado con el título *El futuro de la sociedad civil* en José Vidal Beneyto (director). Hacia una sociedad civil global, Taurus, Madrid, 2002, pp. 126 y ss. Ver también, Alex Callinicos, op. cit. pp. 92-96.

La Campaña Mundial para la profunda Reforma del Sistema de Instituciones Internacionales, www.reformcampaign.net, cuenta con el apoyo de numerosas personalidades internacionales (Samir Amin, Noam Chomsky, Danielle Mitterrand, José Saramago, Boutros Ghali, Mario Soares, Vandana Shiva, José Vidal Beneyto...) y organizaciones (Foro del Tercer Mundo, France Libertés, la organización europea de Justicia y Paz...). La Campaña tiene como objetivo «la gobernabilidad democrática de la globalización», y para ello, reforzar y democratizar la ONU poniéndola «en el centro de un sistema de instituciones internacionales» en el que se incluirían, también reformadas, «todas las otras organizaciones multilaterales globales (FMI, BM, OMC, etc.)». Está todavía en una fase de recogida de firmas su manifiesto. La experiencia merece apoyo y atención.

La mayoría de las propuestas concretas conocidas se limitan a reformar el Consejo de Seguridad. No cabe esperar que el Panel de Expertos constituido a propuesta del secretario general y que preside Fernando Henrique Cardoso y que entregará su propuesta a finales de este año vaya mucho más lejos, en cuanto a las medidas con efectos prácticos significativos; la retórica será, por supuesto, mucho más ambiciosa.

El ministro de Asuntos Exteriores británico Jack Straw ha propuesto una fórmula que pretende alcanzar el consenso «unimultipolar»: mantenimiento del derecho de veto de los cinco (EE UU, Rusia, Gran Bretaña, Francia y China), pero ampliación a diez de los miembros permanentes, más nueve miembros rotatorios. La fórmula permitiría incluir a algunos «países emergentes» (Brasil, India, Sudáfrica...), a Alemania y quizás a otra potencia menor europea, pero sin comprometer el derecho de veto oligárquico. La posición de Michael J. Glennon a que nos hemos referido antes, y que parece próxima a la de la Administración Bush, considera imprescindible que el Consejo responda a las «reales relaciones de fuerzas mundiales»: es decir, se podría aceptar una ampliación muy selectiva de los miembros permanentes, sin derecho de veto, pero se cuestiona el status de «miembro rotatorio».

Estamos, en todo caso, ante normas oligárquicas más o menos rígidas. Hay que buscar una alternativa democrática. Pero, ¿puede haber una organización democrática del sistema internacional?

La jurista francesa Monique Chemillier-Gendreau plantea de una manera muy clara los términos del problema: «En el marco nacional, el orden jurídico se basa sobre la articulación entre dos niveles: el contrato y la ley. (...) El contrato es el reflejo de las desigualdades. En efecto, las dos partes que negocian no están en posición igual. Esta transacción entre dos polos considerados en una relación de fuerzas desigual se traduce en obligaciones del contrato que no corrigen la desigualdad original. Los contratos son un elemento del orden jurídico, pero es muy importante que en una sociedad dada, exista otro nivel: la ley, de alcance universal, a través de la cual se expresan los valores sociales de un momento dado. No se puede idealizar la ley, que resulta también de una relación de fuerzas, pero está más distanciada de las fuerzas brutales, representa más una síntesis, y así fija límites a lo que puede ser concluido por contrato. Pero en el derecho internacional, todo es contrato. (...) La Carta de Naciones Unidas proclama la igualdad de los Estados, pero la naturaleza contractual del derecho internacional estimula las desigualdades»¹⁸

Estas ideas ayudan a entender la crisis del sistema internacional, especialmente cuando el 11 S ha exacerbado la expresión brutal de las relaciones de fuerzas entre Estados, y por ello mismo, ha reducido radicalmente las posibilidades de arreglos contractuales. En este sentido, más que una «violación» del derecho internacional, lo que estamos viviendo es su ausencia, hasta que se restablezca un reequilibrio de las relaciones de fuerzas que permitan nuevos «contratos».

Pero la conclusión de este razonamiento es que el sistema internacional sólo podría funcionar sobre bases democráticas cuando las relaciones entre Estados estuvieran constituidas por la cooperación pacífica, la cual sí podría estar sometida a leyes de alcance universal. Obviamente, esta situación no es posible bajo el

¹⁸ Entrevista con Monique Chemillier-Gendreau, *Derecho internacional y democracia mundial*. www.lcr-rouge.org/cc0/166/chemigen.html

capitalismo. En la sociedad capitalista la organización política del estado nacional puede ser democrática. Pero por abajo, en las relaciones sociales y laborales, y por arriba, en las relaciones internacionales, la democracia no puede existir.

Sería un disparate doctrinario que la consecuencia de esta idea fuera el abandono de la acción a favor de reformas del sistema internacional, y particularmente, de la ONU. También en este punto, Monique Chemillier hace propuestas muy razonables: «No tengo ilusiones sobre el papel del derecho, pero es un instrumento entre otros para ir en ese sentido (hacia una sociedad justa). Los que rechazan el desorden mundial engendrado por el liberalismo deben trabajar sobre el derecho, como trabajan sobre alternativas económicas o sociales. Y raras veces es así. Por ejemplo, en el último encuentro de Porto Alegre, se ha hablado mucho de derechos, pero no hubo un taller sobre el derecho internacional; es significativo».

De hecho, la principal vía de acceso de las organizaciones y movimiento sociales a estos problemas es el debate y la adopción de objetivos que pueden significar reformas democráticas efectivas de la ONU. Algunas están muy claras: por ejemplo, el desplazamiento del poder de decisión a la Asamblea General y la supresión del status de «miembro permanente», y por tanto el derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Otras son mucho más discutibles: por ejemplo, la creación de una «segunda cámara» de representación económico-social, con autoridad sobre las instituciones financieras internacionales.

Estos objetivos pueden ir acompañados de iniciativas concretas: por ejemplo, reclamar el recurso a la Asamblea General cuando se producen situaciones de bloqueo en el Consejo de Seguridad, un recurso que por cierto EEUU utilizó más de una vez en la época de Guerra Fría.

Además hay ya experiencias positivas en el apoyo y la propuesta de tratados internacionales, «contratos» por tanto, que aún con mucha dificultad, pueden desempeñar un papel positivo para afrontar aspectos parciales de los problemas internacionales: el protocolo de Kyoto o el Tribunal Penal Internacional son ejemplos recientes interesantes en este sentido.

En cualquier caso, es claro que para conseguir cambios significativos en la ONU haría falta una conmoción internacional, esta vez de carácter positivo, es decir una rebelión frente al sistema «uni-multipolar». Danilo Zolo la imagina como la retirada de la ONU «de uno o varios de los países más relevantes del Tercer Mundo, para obligar a un cambio en el status y la composición de Consejo de Seguridad y un desplazamiento claro de poder a la Asamblea General».¹⁹ Desde luego, no es ésta una posibilidad que esté cercana, ni mucho menos, pero muestra bien, a la vez, la dificultad y la naturaleza del desafío.

Porque este tipo de actos rebeldes sólo pueden nacer como efecto de movimientos sociales potentes, capaces de cambiar las relaciones de fuerzas en la base de la sociedad, con plena autonomía respecto al sistema de Naciones Unidas y con sus propias respuestas a los grandes temas internacionales.

La primera de estas respuestas ya la tenemos: «El mundo no es una mercancía». La rebelión democrática de Naciones Unidas tendría que basarse en ella.

¹⁹ Danilo Zolo, *Cosmopolis*, Cambridge, 1997, p. 170. Cita en Peter Gowan, op. cit. p. 26.

Colombia tras el 11 de septiembre

«...reducir todas las diferencias, las oposiciones, y las confrontaciones a una sola diferencia, una sola oposición, una sola confrontación; es tratar de negar los conflictos internos y reducirlo a un conflicto externo; con el enemigo, con el otro absoluto: la otra clase, la otra religión, la otra nación; pero éste es el mecanismo más íntimo de la guerra y el más eficaz...»

Estanislao Zuleta ¹

Lourdes Castro

El 11 de septiembre de 2001 ha marcado el inicio de una nueva época, sin duda nefasta para los demócratas, los defensores de los derechos humanos y de la paz con justicia social y los promotores de un desarrollo humano sostenible.

El atentado a las torres gemelas ha puesto en evidencia –dado el profundo contenido simbólico que entraña–² el clima de inseguridad que caracteriza al mundo de hoy. Inseguridad que tal y

Lourdes Castro es jurista defensora de los DDHH y Responsable de la oficina del Grupo Sur Europeo en Bruselas.

El Grupo Sur Europeo es una alianza política entre ONG europeas, con objetivos y características estratégicas comunes del que forman parte ACSUR–Las Segovias, Action Solidarité Tier Monde ASTM, Cooperació, Cooperazione Internazionale COOPI, Comité Griego de Solidaridad democrática Internacional EEDDA, Grupo di Volontariato Civile GVC, Movimondo, Oxfam Solidarité, Paz y Tercer Mundo PTM, Terre des Hommes Francia.

¹ «La guerra es una Fiesta» en *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva, Gámbito de torres, dos caras del terrorismo*, FICA, octubre 2001, p.183.

² Para Mary Kaldor «tanto la violencia simbólica como la estratégica pueden entenderse como una forma de movilización política» en *Terrorismo Global*, <http://www.fuhem.es/cip/Terrorismo>

como afirma *Mary Kaldor* en su estudio sobre el «*Terrorismo Global*», irrumpe con la globalización y la sensación de impotencia que genera que las decisiones que afectan la vida cotidiana se tomen cada vez más lejos. Con la inseguridad derivada del declive del Estado del bienestar y sus profundos cambios estructurales, que se traducen entre otros, en la flexibilización laboral, criminalización de la economía informal, migraciones masivas y que ha posibilitado la generación «*desde abajo*» de nuevas ideologías entre las que se cuentan «*los movimientos nacionalistas y religiosos que ofrecen sensación de certeza en tiempos de incertidumbre, seguridad en momentos inseguros, y una retórica que aporta bienestar psicológico cuando se ha perdido el bienestar material*». ³

La marginación y la exclusión se encuentran entonces al origen del surgimiento de nuevos movimientos y la radicalización de otros ya existentes, siendo para unos y para otros el uso generalizado de la violencia que se materializa en ataques contra civiles, un rasgo determinante.

Además de la inseguridad global, la incertidumbre de futuro y la diseminación de la violencia, otros rasgos también caracterizan esta nueva época: la introducción del concepto de guerra global indefinida para combatirla y el impulso de retóricas totalitarias neoconservadoras, ⁴ que aunado al declive del concepto de multilateralismo, colocan en condiciones de fragilidad el derecho internacional y más particularmente, el derecho internacional de los derechos humanos y el derecho internacional humanitario. Con lo cual se pone de manifiesto una ostensible regresión histórica, en términos de la utilización de prácticas y métodos que se consideraban ya superados. ⁵

³ *ibídem.*

⁴ Para Eduardo Subirats en su artículo *El mundo tras el 11-S: una regresión histórica*, las retóricas totalitarias de hoy: «del eje del bien contra el mal» evocan las de las cruzadas medievales contra el islam.

⁵ No puede considerarse sino como una regresión histórica: el dejar de lado el derecho internacional y la más mínima concepción ética para implementar la guerra como estrategia de lucha contra el terrorismo e incorporar el concepto de guerra preventiva; las condiciones de los prisioneros de Guantánamo; las operaciones de castigo que ejerce sistemáticamente Israel contra el pueblo palestino. Son tan solo algunos ejemplos.

En el proceso de implantación del concepto de «guerra global contra el terrorismo», los dispositivos de manipulación mediática y de trastocamiento de la memoria histórica han sido recursos utilizados de manera recurrente. El sociólogo *Ricardo Vargas* anota: el uso del término terrorismo global «*de un lado oculta motivaciones políticas detrás de los hechos de terror con sus dramáticas consecuencias. Como resultado se evita la especificidad de los escenarios de conflicto con los cuales se relacionan los hechos y que generalmente envuelven a múltiples actores, posiciones disímiles y en general complejidad de relaciones que sólo se desvelan en la recuperación de la memoria histórica. El término tiene una carga de «presente» que desconoce la trayectoria de fenómenos de alto nivel conflictivo. Hay un trastoque del tiempo. El presente se erige como tribunal racional: lo que existe es la culminación de lo que la razón ha construido bajo una acepción de aceptabilidad inevitable y de legitimidad indiscutible.*»⁶

De otro lado, anota *Vargas*, se confunde «*el terror*» como método de guerra irregular por el fin en sí mismo. «*Los conflictos no se reconocen tanto en sí mismos, en su naturaleza política y militar, sino que se asumen por lo que puedan significar como generadores de terror*» por esta vía los conflictos se homogeneizan peligrosamente y se legitiman las soluciones de fuerza.⁷

En el mismo orden de ideas, *Nicolas Sartorious* plantea: *El drama es que al actual Gobierno de EEUU no le interesan estas matizaciones, porque donde no aparece una amenaza global no se justifica un poder mundial. Para justificar el rearme, el recorte de libertades o la intervención allí donde se crea oportuno tiene que existir una amenaza de naturaleza mundial –similar a la que significó el comunismo en el pasado– y no amenazas parciales, aisladas, cada una de su padre y de su madre, cuyo tratamiento no es precisamente ‘la guerra’ con barcos, aviones, misiles, etcétera. La manipulación y la pirueta se han visto con claridad en el caso de Irak –como ya antes en el de Afganistán. Como no*

⁶ Ricardo Vargas, *Después del 11 de septiembre. La Nueva era mundial: amenazas e incidencias sobre el caso colombiano*, Transnational Institute TNI, www.tni.org/ drogas

⁷ *Ibídem.*

se puede bombardear o invadir al 'terrorismo mundial', pues carece de un territorio concreto, se seleccionan algunos países débiles, desafectos y, si es posible, con petróleo, y se les declara el 'eje del mal' o los representantes de ese supuesto terrorismo global.»⁸

Es en este contexto que complejos conflictos de vieja data, son transformados en *«parte del proceso de guerra contra el terrorismo»* tal y como anota Alain Joxe, Director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, citando como ejemplos paradigmáticos Palestina y Colombia

La reinterpretación del conflicto colombiano en clave antiterrorista

Tanto los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, como la ruptura del proceso de diálogo y negociación con las FARC en febrero de 2002, marcan actualmente la pauta de lectura del conflicto colombiano.

Como antecedente inmediato, no se puede perder de vista el hecho que a partir de 2000, Colombia pasa a ser, mediante el llamado Plan Colombia, el tercer país receptor de ayuda militar estadounidense después de Egipto e Israel. La puesta en marcha del Plan Colombia ha conllevado una profunda transformación de los escenarios del conflicto y de búsqueda de la paz, tanto en el campo militar, como en el campo político, económico, social y diplomático.

En este orden de ideas, quizás el efecto más inmediato del nuevo escenario post-11 septiembre para Colombia, ha sido el de poner en evidencia la verdadera naturaleza contrainsurgente del Plan Colombia, hasta entonces presentada bajo el ropaje de ayuda antidrogas y darle rienda suelta tras la ruptura del proceso de paz. Con lo cual el involucramiento directo de Estados Unidos en el conflicto, resulta evidente. *«En términos prácticos el entrenamiento, equipo y el apoyo de inteligencia para los programas y operaciones antinarcóticos estarán ahora disponibles, previo estudio y aprobación de cada evento por parte de la Embajada, para apoyar a Colombia en la campaña unificada contra el tráfi-*

⁸ Nicolás Sartorius, «Sobre la guerra y el terrorismo», *El País*, 19 de septiembre de 2002.

co de narcóticos y las organizaciones terroristas...» señala textualmente la carta enviada en octubre de 2002 por la Embajadora estadounidense Anne Patterson al gobierno de Colombia, con ocasión del «levantamiento oficial» de las restricciones de la ayuda.⁹

A partir de entonces se ha ido tejiendo todo un entramado para que el conflicto colombiano sea «*reinterpretado en clave antiterrorista*», tal y como anota la analista del Centro de Investigaciones para la Paz, *Mabel González*.¹⁰

En este proceso de reinterpretación es importante ubicar tres planos diferentes:

—Un primer plano lo constituye sin duda la redefinición por parte de Estados Unidos de su esquema de seguridad hemisférica, de la mano del Plan Colombia y de la Iniciativa Regional Andina y que va intrínsecamente ligado a su aspiración de lograr el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas ALCA. No en vano la embajadora estadounidense en Colombia *Anne Patterson* pocas semanas después del 11-S expresaba: «*El plan Colombia sigue siendo la estrategia antiterrorista más efectiva que podríamos diseñar*». ¹¹

—Un segundo plano de carácter interno, lo constituye la política de gobierno del actual Presidente Álvaro Uribe Vélez, denominada de «*seguridad democrática*» y caracterizada fundamentalmente por la implementación de una estrategia de resolución del conflicto por la vía militar, el involucramiento cada vez mayor de la población civil y el desmonte progresivo del Estado de derecho. La política de seguridad democrática guarda una estrecha sintonía con los postulados de la Casa Blanca y además goza de un amplio respaldo de opinión nacional.

—En un tercer plano se sitúa el recambio de la política europea frente a Colombia caracterizado por un debilitamiento de su discurso en materia de derechos humanos, una pérdida de iniciativa en la búsqueda de una salida política negociada al conflicto y un apoyo

⁹ Cita tomada de *Lazos Visibles senderos posibles, El impacto del Plan Colombia en la región andina: realidades y desafíos para la Unión Europea*, publicación ALOP-Grupo SUR, Antropos, noviembre 2003, p. 50.

¹⁰ En *Del 11-S al 11-M. Antes y después de la guerra de Irak*, Rueda de prensa celebrada en el CIP, <http://www.fuhem.es/cip/madrid11-m.html>

¹¹ Cita tomada de Ricardo Vargas, *op. cit.*

explícito y reiterado a la política gubernamental. Proceso liderado, entre otros, por el gobierno saliente del estado español, formado por Partido Popular.

La superposición de estos planos –en el de por sí complejo contexto del conflicto colombiano– ha determinado un significativo retroceso en términos de las posibilidades de consolidar un escenario de negociación que posibilite construir un proceso dirigido al logro de la paz con justicia social, con participación de sectores representativos de la sociedad civil como actores de paz y bajo los auspicios de la comunidad internacional. En contraposición, se da un agravamiento de la crisis humanitaria y de derechos humanos, aunado al incremento de la polarización social.

Si se mira entonces el nuevo contexto imperante de «*guerra global contra el terrorismo*» en términos de los efectos para el conflicto colombiano, habría que entrar a considerar el impulso y dinamismo que este nuevo escenario ha proporcionado a los esfuerzos por desnaturalizar el conflicto, internacionalizarlo e institucionalizar la guerra mediante el desmonte progresivo del Estado de derecho, incorporado a la política de gobierno del actual presidente Uribe Vélez.

El porqué de esta sumatoria, sólo es comprensible desde la óptica de la importancia geoestratégica que tiene Colombia, no solamente en términos de los intereses económicos y de seguridad nacional de Estados Unidos, sino también hacia futuro, como «modelo democrático» para Latinoamérica.

La tendencia a desconocer la naturaleza política del conflicto armado colombiano

«*La degradación del conflicto colombiano*», es una afirmación frecuentemente escuchada en alusión al mismo. En efecto, el conflicto armado colombiano puede considerarse degradado desde varios ángulos: por el desgaste derivado de la duración misma del conflicto, la imposibilidad de obtener una victoria militar y las cada vez más recurrentes y repudiables infracciones al derecho internacional humanitario en que incurren los actores armados.

No obstante y a pesar de ello, el conflicto colombiano conserva su naturaleza política. La existencia del movimiento guerrillero colombiano está cimentada en causas estructurales aún no resueltas. La violencia y la exclusión han sido históricamente en el seno de la sociedad colombiana la respuesta a las luchas sociales y reivindicativas por la tenencia de la tierra, la inequidad económica, la desigualdad social, la intolerancia política, la impunidad, etc. Tal y como anota el analista mexicano *Mario Álvarez*: «...viejos, renovados y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe demuestran que, en contextos de extrema pobreza y exclusión, y en situaciones de polarización y de violencia, el factor principal que desencadena las rebeliones armadas, sigue siendo de carácter político. Por tanto, la naturaleza y solución de los nuevos conflictos armados están relacionadas con la solución a la crisis de las sociedades políticas, pero no porque ello baste, sino porque son necesarias para resolver las otras agendas y causas».¹²

Expresiones como «narcoguerrilleros», «terroristas», «narcoterroristas» son frecuentemente utilizadas en y por los medios de comunicación masivos para desvirtuar el carácter político de las guerrillas colombianas y por ende, la naturaleza política del conflicto. La utilización de dispositivos de manipulación mediática y de distorsionamiento de la realidad histórica, como la utilización de estos «clichés», se han convertido para el actual gobierno del Presidente Uribe Vélez, en una herramienta de uso recurrente en sus apariciones públicas. Su utilización ha llegado a niveles tan sorprendentes como el de expresar que en Colombia no es aplicable el «principio de distinción» entre combatientes y no combatientes —pilar fundamental del derecho internacional humanitario— dado que no hay combatientes sino terroristas.

De la misma manera, su uso se encuentra plenamente incorporado a su estrategia político-diplomática, aprovechando la ventaja que ofrece el que tanto la guerrilla de las FARC, como la del ELN y los paramilitares de la AUC, hayan sido incorporadas a las listas de or-

¹² Mario Álvarez, «Sociedad civil y construcción de la Paz desde América Latina», Taller n°1, *La paz en Colombia es paz para toda América Latina*, Foro Social Mundial 2003, Porto Alegre.

ganizaciones terroristas de Estados Unidos y de la Unión Europea. «*La decisión del gobierno es de derrotar al terrorismo, a las buenas o las malas*». «*El objetivo de Colombia es cero terrorismo. En Colombia no hay guerra, no hay contendientes legítimos, es un Estado democrático con el desafío terrorista...*»¹³ expresaba el Presidente Uribe a un cúmulo de periodistas congregados en Bruselas con ocasión de su primera visita oficial a las Instituciones Europeas.

La tendencia hacia la internacionalización del conflicto

Lucha contra el narcotráfico y contra el terrorismo, aportan la justificación política a la estrategia estadounidense conocida como Iniciativa Regional Andina. En este marco, el reforzamiento de la imagen de Colombia como amenaza para la estabilidad regional, contribuye a reforzar la percepción de que el conflicto colombiano es cada vez menos interno y más internacional y por ende, no solamente constituye una amenaza de seguridad nacional para Estados Unidos, sino también para el resto de países de la región. Ricardo Vargas anota al respecto: «*La calificación y el uso simbólico de la situación colombiana como desestabilizadora de la región aporta a la creación de condiciones políticas que busca legitimar el nuevo enfoque de seguridad y involucramiento creciente de Washington en el conflicto armado interno*».¹⁴

Los efectos de esta tendencia hacia «*la internacionalización del conflicto*» comienzan ya a percibirse.

De un lado, algunas señales de una recomposición militar de los ejércitos de la región. La movilización de fuerza hacia la frontera con Colombia por parte de Ecuador, la ampliación de los términos del acuerdo entre Estados Unidos y Ecuador sobre la base de Manta, los Acuerdos con Perú para la realización de operaciones conjuntas en materia antinarcótica y contrainsurgente, el ejercicio militar conjunto con fines de paz, denominado «caba-

¹³ *EL TIEMPO*, «Álvaro Uribe pidió a Europa presionar a las FARC para que libere a los secuestrados», 9 de febrero, 2004.

¹⁴ Cita tomada de *Lazos Visibles senderos posibles, El impacto del Plan Colombia en la región andina: realidades y desafíos para la Unión Europea*, publicación ALOP, op.cit, p. 50.

ñas 2002», realizado en Chile en octubre de 2002, bajo los auspicios del Comando Sur y con la participación de personal militar de Chile, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Estados Unidos, así lo ilustran. Paralelamente, el empeño del actual gobierno colombiano de lograr cooperación militar por parte la Unión Europea, con el pleno respaldo del gobierno saliente del estado español, quien había avanzado bastante en la concreción de la misma por parte de España.

De otro lado, en el campo político-diplomático, también vale la pena destacar algunas señales en la misma dirección como:

—**La adopción de la llamada «Declaración de Panamá»** en febrero de 2003, por los presidentes centroamericanos de Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Panamá, y el Canciller de Argentina, con el propósito de declarar a las FARC como organización terrorista y aunar esfuerzos para combatirla;

—**La adopción de la Resolución 837 de 12.02.2003 por parte de la OEA** que tras condenar los actos terroristas en Colombia, con ocasión del atentado del Nogal, pide dar aplicación a la resolución 1373 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas referida a la lucha contra el terrorismo;

—**La iniciativa del Consenso de Cuzco** en el que los Países Miembros del Grupo de Río reunidos con ocasión de su XVII Cumbre celebrada en mayo de 2003, definieron incorporar en su declaración final un polémico párrafo con relación al conflicto colombiano. Polémico, ya que si bien insta al Secretario General de las Naciones Unidas a utilizar sus buenos oficios para impulsar un proceso de paz, deja la puerta abierta a buscar «*otras alternativas de solución*», si este esfuerzo fracasa;

—**La Declaración de la Presidencia en nombre de la Unión Europea del 12 de febrero de 2003**, con ocasión del atentado del Nogal en la que pide la acción regional y ayuda concertada de los países vecinos de Colombia en *el «combate común contra el terrorismo y el tráfico de drogas»*, emprendido por el presidente Uribe.¹⁵

¹⁵ Lourdes Castro, «Algunas claves sobre el papel de las Naciones Unidas en la solución política negociada al conflicto colombiano», *Conferencia Colombia: caminos para salir de la violencia*, Frankfurt 27 y 28 de junio de 2003.

La tendencia hacia la institucionalización de la Guerra

El diez de diciembre de 2003 el Congreso colombiano aprobó una reforma constitucional considerada necesaria por el actual gobierno para dar paso a un nuevo estatuto antiterrorista.¹⁶ Si se considera que dicha reforma implica la remoción de algunos pilares jurídicos propios de un sistema democrático, con el objeto de adaptar el marco legal a las necesidades de la guerra, entonces resulta válido considerar la existencia de una tendencia promovida desde el propio gobierno de institucionalizar la guerra.

Para el analista colombiano *Camilo Castellanos* «*La arbitrariedad se ha hecho texto constitucional*», gracias a la percepción, entre otros de los militares, de la legalidad como obstáculo para alcanzar los logros esperados en la lucha contrainsurgente. En este orden de ideas, señala *Castellanos*: «*El raciocinio es simple y contradictorio: las Fuerzas Armadas están constituidas para defender la democracia y la libertad (esenciales del orden constitucional). Sin embargo, las garantías a las libertades se constituyen en un estorbo para que las FFAA. cumplan las tareas para las que han sido constituidas. Se hace necesario, por tanto, suspender las libertades de los ciudadanos para que éstas puedan ser defendidas*». ¹⁷

Como si esto no fuera suficiente, está en trámite un proyecto de reforma de la justicia que busca acabar con el principio de la división de poderes, consustancial a la democracia, para convertirla en un instrumento más, en manos del ejecutivo, para implementar su política de seguridad. En este orden de ideas resulta evidente que el contexto internacional tras el 11-S no sólo ha significado para Colombia, un retroceso para las posibilidades de Acuerdos de paz y un cierre de espacios para las iniciativas de la sociedad civil por la defensa de los DDHH y en favor de la paz; sino también la puerta de acceso hacia una profunda reconfiguración del Estado, que tras un proceso de remoción de los pilares de la Constitución del 91, aprovecha el terreno abonado, para la implementación de un régimen de corte autoritario, sustentado en el discurso de la seguridad.

¹⁶ Camilo Castellanos, *Un marco legal apropiado para la guerra*, www.actualidadcolombiana.org/boletines/378

¹⁷ *Ibidem*.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis de la Intifada

Julio de la Guardia

Ningún dirigente político mundial supo instrumentalizar a su favor los hechos acaecidos el 11 de septiembre de 2001 de la misma forma que lo hizo el primer ministro israelí, Ariel Sharon. Después de superar el shock inicial, dado que los atentados perpetrados contra las torres gemelas de Nueva York podrían haber sido igualmente lanzados contra las torres Azraeli de Tel Aviv (el principal símbolo comercial y financiero del país), Sharon y sus asesores se dieron cuenta de que las reglas de juego habían cambiado radicalmente. Si hasta ese momento habían estado remando contra la corriente internacional que les pedía que retomaran las negociaciones con los palestinos, a partir del 11-S llegaron a la conclusión de que podían acabar *manu militari* con la segunda Intifada.

Si hasta la fatídica fecha la mayoría de los dirigentes israelíes pensaban que la solución a la cuestión palestina sólo podía ser política, desde ese momento los estrategas conservadores interpretaron que, por fin, les había llegado la ocasión de someter a los palestinos por la vía militar. Para ello, desarrollaron una agenda gradual, adaptable a la dinámica de los acontecimientos que se advenían a nivel regional y global. Los componentes esenciales de esta estrategia serían cuatro: la neutralización del líder histórico del movimiento nacional palestino, Yaser Arafat; la multiplicación y sistematización de los llamados *asesinatos selectivos* de los cabecillas de la Intifada; la reocupación las áreas autónomas

de Cisjordania; y la construcción de una barrera de separación como prolegómeno de la *desconexión unilateral* y la imposición de su modelo de Estatuto definitivo.

La neutralización de Arafat

La emergente y siniestra figura de Osama Bin Laden se proyectó inmediatamente sobre el triple presidente del movimiento Al-Fatah, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y la Autoridad Nacional Palestina (ANP). A pesar de que Yasir Arafat se apresuró a posar ante las cámaras, haciendo una donación de sangre para que ésta fuera enviada a las víctimas de los atentados en Estados Unidos, este gesto—arriesgado para algunos, dada su avanzada edad y delicado estado de salud, patético para otros, debido a su afán mediático— no le sirvió de nada.

Multitud de políticos israelíes y comentaristas de los medios de comunicación establecieron una correlación directa entre la figura del magnate saudí que había planificado el 11-S con Arafat, al que calificaron como el «nuevo Bin Laden». De esta forma, cuando el Gobierno hebreo tomó la decisión de enclaustrarlo en la Mukata de Ramala después de un doble atentado suicida registrado el 2 de diciembre de 2001 en el centro de Jerusalén Oeste, la mayoría de los ciudadanos israelíes se mostraron conformes. Asimismo, la Administración Bush aprobó tácitamente esta medida de *aislamiento* de un dirigente al que la Administración Clinton había apoyado efusivamente (no en vano fue el dirigente extranjero que más veces pisó la Casa Blanca durante el período 1992-2000) hasta que fracasaron las negociaciones de Camp David y cayó en desgracia ante el *amigo americano*.

Con la dinámica de la Intifada no faltaron las voces que en una u otra ocasión pidieron públicamente su cabeza. Entre ellas, por ejemplo, la del líder del Partido de Unidad Nacional, Avigdor Liebermann. Éste, que desempeña la cartera de Transportes en el actual Gabinete israelí, sugirió que las fuerzas aéreas debían bombardear el edificio de la gobernación de Ramala en el que permanece recluido Arafat. Antes de ser ministro pero siendo ya diputado en la Knesset, Liebermann había pedido previamente que los

F-16 lanzaran misiles contra la presa de Asuán en Egipto después de tener un altercado diplomático con El Cairo, lo que provocó una reacción a la contra por parte de la opinión pública. Sin embargo, cuando planteó aplicar la misma receta para solucionar el problema del «Bin Laden palestino», nadie le llamó la atención a este político que aglutina gran parte del voto ruso en Israel. De potencial estadista, Arafat volvió a encarnar la figura del «architerrorista», tal como los israelíes le habían considerado durante las décadas de los 70 y 80 del siglo XX.

Desde su fecha de enclaustramiento, el *Rais* (presidente) palestino sólo llegó a salir dos veces de la Mukata, ambas a principios de mayo de 2002 y fruto del efímero acuerdo que logró desbloquear el asedio a la Basílica de la Natividad en Belén, poniendo entre rejas a los presuntos asesinos del ministro israelí de Turismo, Rejavam Ze'evi (ocurrido el 17 de octubre de 2001). Durante la primera, Arafat visitó varias instituciones dentro del término municipal de Ramala, entre ellas el hospital central, la sede del Consejo Legislativo (Parlamento interno de la ANP) y el cuartel general del Servicio de Seguridad Preventiva (que había quedado hecho trizas después de 16 horas de bombardeos ininterumpidos, hasta que su entonces director y actual titular del Consejo de Seguridad Nacional, Yibril Rayub, rindió el fuerte y entregó a los milicianos que tenía encarcelados en su interior). En la segunda, Arafat tuvo la oportunidad de desplazarse en un helicóptero de las fuerzas aéreas jordanas (dado que los suyos propios habían sido destruidos previamente en operaciones de represalia) hasta las ciudades de Belén, Nablus y Yenín, donde se reunió con sus gobernadores y alcaldes. También quiso entrar en el campo de refugiados de esta última localidad del norte de Cisjordania, cuya parte central había sido arrasada por el ejército israelí en el transcurso de la operación *Muro protector*, pero los residentes del campo sabotearon el acto tras haberse sentido abandonados a su suerte por la ANP.

Pero un nuevo atentado suicida volvió a ponerle en *cuarentena* dentro de la Mukata, de donde no se ha movido desde entonces. Cuando más bajos estaban sus índices de popularidad, una

incursión de castigo contra la Mukata -efectuada en represalia por otro atentado suicida- registrada en septiembre de 2002 se convirtió en el mejor balón de oxígeno político para el líder palestino. La magnitud de la operación provocó la indignación internacional, que hasta se concretó en una resolución condenatoria del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que conminó a Israel a abandonar la Mukata y los territorios reocupados durante la campaña *Muro protector*. Cuando el Gobierno hebreo se dio cuenta de que había generado el efecto contrario de lo que originalmente pretendía, se retractó, y comenzó a aplicar una estrategia encaminada a *neutralizarle* políticamente.

Descartado el asesinato, al menos de momento, y dado el gran riesgo de matarle o herirle que conllevaría una operación de comandos para desterrarle a la franja de Gaza o al exilio, el Gobierno israelí ha optado por negarle cualquier movimiento y restringirle toda visita diplomática de importancia. Acostumbrado durante los años de Oslo a codearse con primeros ministros, presidentes y monarcas, Arafat debe contentarse ahora con las visitas esporádicas de los cónsules y representantes acreditados ante la ANP. La única figura con una cierta entidad autorizada a verle durante los últimos meses ha sido el director general de los servicios de inteligencia egipcios, Omar Suleimán. Ejemplo del funcionamiento de esta estrategia es que el que fuera su excepcional valedor ante las chancillerías occidentales y le visitara en la Mukata aún en contra de la voluntad israelí cuando fue enviado especial de la Unión Europea en Oriente Próximo, Miguel Ángel Moratinos, probablemente no se atreverá a hacerlo ahora como nuevo ministro español de Exteriores, so pena de sacrificar con ello toda interlocución con el Ejecutivo hebreo.

La política de *asesinatos selectivos*

Otra de las ramificaciones que el 11-S tuvo sobre la segunda Intifada fue la sistematización de la llamada política de *asesinatos selectivos* practicada por el Ejército israelí contra los cabecillas del levantamiento. Pues si antes de esta fecha había algunos precedentes, es a partir de ella cuando Ariel Sharon y su ministro

de Defensa, Saúl Mofaz, se sienten finalmente libres para aplicarla según su criterio, conscientes de que EEUU la condenará verbalmente, pero no le pondrá grandes obstáculos para su ejecución, desde el momento en que también pasaría a convertirse en un instrumento más del presidente estadounidense, George W. Bush en su autoproclamada «guerra global contra el terrorismo».

Paradójicamente, el Ejército israelí comenzó ejecutando a dirigentes de las organizaciones radicales laicas, a pesar de que la autoría de los grandes atentados había sido reivindicada por las islamistas Hamás y Yihad Islámica. El primer *asesinato selectivo* de la segunda Intifada fue el perpetrado contra el dirigente de Al Fatah en el área autónoma de Tulkarem y funcionario del ministerio de Sanidad de la ANP, Thabet Thabet, el 24 de diciembre de 2000. Y el más sonado de entre los efectuados antes del 11-S fue el del que era secretario general del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), Abu Ali Mustafá, quien resultó pulverizado por el impacto directo de dos misiles mientras se encontraba en su despacho de Ramala, el 27 de agosto de 2001. Los servicios de seguridad israelíes le achacaban la planificación de varios atentados con coche-bomba, que provocaron heridos de diversa consideración, aunque no víctimas mortales.

Si los atentados del 11-S, el comienzo de la guerra en Afganistán y su enclaustramiento forzoso obligaron a Arafat a decretar una tregua de toda actividad armada a mediados de diciembre de 2001, el asesinato del dirigente de las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa en Tulkarem, Raed Karmi, ocurrido el 14 de enero de 2002, vino a dinamitar el primer alto el fuego impuesto por la ANP. La fecha elegida para liquidar a Karmi, que murió como consecuencia de la deflagración de un artefacto detonado por control remoto, no resultó casual, al coincidir con la llegada del general estadounidense Anthony Zinni. Esto hizo que la capacidad de mediación de Zinni quedase totalmente cercenada, y que el *Plan Tenet de pacificación* (elaborado por el director de la CIA, George Tenet) pasara a convertirse en papel mojado. Al igual que ocurriera durante el proceso de Oslo con la ejecución mediante un teléfono móvil explosivo del llamado «Ingeniero» de Hamás,

Yaiye Ayyash, el asesinato de Karmi desencadenó una serie de atentados suicidas que se cobraron decenas de víctimas israelíes en los meses de febrero y marzo.

Las subsiguientes invasiones de las áreas autónomas -ocurridas en tres olas durante los meses de abril, julio y septiembre- provocaron a su vez un receso de los *asesinatos selectivos*, desde el momento en que el Ejército controlaba la práctica totalidad de Cisjordania (con la excepción de Jericó) y podía arrestar a los dirigentes buscados. Fue precisamente en esta fase cuando detuvieron en Ramala a los secretarios generales de Al Fatah, Maruán Barguti, el Frente Popular, Abdel Rahim Mahluoj, y de Hamás, Hasan Yosef. Pero una vez que el *Tsahal* (Ejército israelí) se retiró de los centros urbanos para colocarse en la periferia de las ciudades, desde donde efectuaba incursiones puntuales, y una vez «pacificada» Cisjordania gran parte de la actividad militar se trasladó a la franja de Gaza, entonces volvió a reactivar la *guerra sucia* contra los dirigentes de la Intifada. La mayoría de las veces mediante helicópteros de combate, aunque también en ocasiones mediante tanques, como fue el caso del asesinato de Mahmud al-Titi, uno de los fundadores de las Brigadas de los Mártires de Al Aksa, quien fue alcanzado por un obús cuando se encontraba en el cementerio del campo refugiados de Balata, en la zona de Nablus.

Otro aspecto clave dentro de esta estrategia sería la sincronización de los asesinatos. Al igual que algunos atentados suicidas palestinos –como por ejemplo el ocurrido en Netanya el 28 de marzo de 2002, que coincidió con la reunión de la Liga Árabe en Beirut para discutir la llamada *Iniciativa de Paz Saudí*– el momento elegido para perpetrar algunos asesinatos parece tener una lógica política ulterior. Si este atentado «de Pascua» –que causó 29 muertos y un centenar de heridos, desencadenando la *Operación Muro Protector* en toda Cisjordania– tuvo como objetivo real sabotear la Cumbre de Beirut, algunos asesinatos selectivos también tuvieron aparentemente objetivos políticos que trascendieron las acciones en sí mismas.

Por ejemplo, el asesinato a finales de julio de 2002 del dirigente de la rama militar de Hamás en la Franja de Gaza, Salah

Shehade, que abortó un segundo intento de tregua, promovido en esta ocasión por la Unión Europea y Egipto. La ejecución de Shehade –efectuada mediante un misil de una tonelada de peso, que causó la muerte a 15 civiles palestinos y heridas a otro centenar– logró sabotear una tregua cuya declaración ya había sido consensuada por el equipo de Miguel Ángel Moratinos con varios dirigentes del movimiento Al Fatah e incluso con el ala moderada de Hamás, que entonces representaba Ismael Abu Shanab. Si la *Hoja de Ruta* (el plan de paz elaborado por el *Cuarteto* formado por EEUU, UE, Rusia y Naciones Unidas) hizo posible la reforma institucional de la ANP, como fórmula para crear un liderazgo alternativo al de un presidente, Yasir Arafat, rechazado por Israel y parte de la comunidad internacional, la *eliminación* de Abu Shanab vino a dar la puntilla final al nuevo Ejecutivo dirigido por el laureado primer ministro, Mahmud Abbas, popularmente conocido como *Abu Mazen*. Al asesinar a Ismael Abu Shanab el 22 de agosto de 2003 como reacción a otro atentado suicida ocurrido en el interior de un autobús en el barrio de Mea Shearim de Jerusalén, el Ejército israelí liquidó la tercera tregua, que había logrado formalizar *Abu Mazen* gracias a la mediación egipcia. Pocos días después, éste presentó la dimisión ante el colapso de su Gobierno.

Tras asesinar a otros dirigentes de segundo nivel del Movimiento de la Resistencia Islámica durante el otoño e invierno de 2003, las ejecuciones extrajudiciales de los dirigentes palestinos alcanzaron su paroxismo con la muerte del jeque Ahmed Yasin. Co-fundador y líder espiritual de Hamás desde su creación en 1987, Yasin era junto a Arafat, el principal símbolo del movimiento nacional palestino. Tetrapléjico desde temprana edad debido a un accidente deportivo, Yasin se desplazaba en una silla de ruedas y necesitaba de ayuda externa hasta para las más pequeñas tareas. Aunque el Gobierno hebreo emitió un comunicado oficial justificando la operación, dada su presunta participación en la planificación de atentados, es difícil de creer que dadas las grandísimas limitaciones fisiológicas y de comunicación del jeque, éste fuera más allá de los discursos que pronunciaba en las mezquitas o ante los medios de comunicación, en los que en ocasio-

nes llamaba a la lucha armada y justificaba los atentados alegando que «dejaremos de matar a sus civiles cuando ellos dejen de matar a los nuestros». Participara de forma directa en los atentados o no, lo que está claro es que la imagen de su silla de ruedas destrozada y ensangrentada, después de haber sido alcanzado por un misil aire-tierra, exacerbó la ira de millones de musulmanes contra Israel y también contra EE UU, al que perciben como su aliado y protector. Como en otras ocasiones, la UE condenó el asesinato mediante un comunicado oficial, pero tampoco tomó ninguna medida de cara a intentar prevenir nuevos asesinatos, lo que dejó la puerta abierta para el siguiente: el del sucesor de Yasin en la dirección del movimiento, Abdel Asís Rantisi. Y el Ejército suma y sigue con sus asesinatos de dirigentes, reservándose a los que tiene encarcelados –Barguti, Mahlouj y Yosef– como moneda de cambio para unas eventuales negociaciones de paz con las diferentes facciones del espectro político palestino –la institucional, la marxista y la islamista, respectivamente.

La escalada militar

Una vez que EE UU y sus aliados invadieron Afganistán y comenzaron a hacer sus preparativos para hacer lo propio con Irak (según aseguran el ex-asesor para Contraterrorismo de la Casa Blanca, Richard Clarke,¹ y el reputado periodista Bob Woodward,² la decisión de derrocar el régimen de Sadam Hussein se tomó sólo días después del 11-S) Ariel Sharon y Saúl Mofaz se liberaron de cualquier freno exterior a la hora de aplicar la fuerza para reprimir la Intifada. Si hasta ese momento habían tenido que navegar contra la corriente de condena internacional por su «uso excesivo y desproporcionado» del poder militar, a partir de ese momento se colocarían con el viento de espaldas, aumentando progresivamente la intensidad de la represión. La gota que colmó el vaso en Cisjordania fue el ya mencionado atentado de Netanya, por el que el Ejército puso en marcha sus planes de contingencia

¹ Richard A. Clarke, *Against all enemies*, Free Press, Nueva York, 2004.

² Bob Woodward, *Bush at war*, Simon & Schuster, Nueva York, 2002.

e invadió casi simultáneamente todas las áreas autónomas con la excepción de Jericó, ciudad que dados los intereses económicos de algunos inversores extranjeros e israelíes sólo fue rodeada.

A partir de abril de 2002 Sharon y Mofaz dejaron de echar el freno del que es uno de los Ejércitos mejor preparados y equipados del mundo, para pisar el acelerador de los tanques y vehículos blindados, y lanzarlos contra una guerrilla más fragmentada e indisciplinada. En cuestión de pocos días Cisjordania quedaba tal como estaba antes de los Acuerdos de Oslo, ocupada militarmente y bajo intermitentes toques de queda. La puesta en marcha de una campaña de gran magnitud dentro la franja de Gaza, similar a la *Operación Muro Protector*, llegó a ser contemplada por el mando militar a finales de 2003, aunque luego se optó por efectuar incursiones puntuales, dado el alto número de víctimas civiles que podía conllevar una ofensiva a gran escala. Además de para detener a ciertos milicianos buscados y destruir los talleres en los que presuntamente se producían los morteros y proyectiles de fabricación artesanal, el Ejército aprovechaba así para crear nuevos hechos sobre el terreno. Es decir, para demoler cientos de viviendas y arrancar miles de árboles junto a la frontera con Egipto, en los alrededores de los asentamientos y a lo largo de las carreteras que conectan éstos con el territorio israelí.

La desconexión unilateral

El último elemento esencial para acabar con la segunda Intifada, donde el 11-S volvió a tener un efecto catalizador, fue el llamado plan de *desconexión unilateral* de los palestinos, dentro del cual la construcción de la barrera de separación de Cisjordania juega un papel primordial. Definida a través de un amplio abanico terminológico, que oscila entre el *Muro del Apartheid* (como lo llaman las ONGs palestinas) hasta la *Valla Antiterrorista* (como lo denomina el Ejecutivo israelí) esta barrera (término acuñado por la organización de derechos humanos *Betsalem*) permitirá al Likud y sus socios de la extrema derecha lograr –si nadie lo remedia– aquellos objetivos que ya se marcaron cuando devolvieron toda la península del Sinaí a los egipcios a finales de los años 70.

Esto es, que la independencia de los palestinos sea meramente nominal, y que ese futuro Estado palestino –que se contempla como un mal necesario, en el caso de no poder evitarlo debido a las presiones de la comunidad internacional– sea territorialmente discontinuo y económicamente dependiente. Para ello, la barrera de separación –cuyo diseño inicial de 350 kilómetros ha pasado a tener un trazado de más de 700, de cara a incluir una gran parte de las colonias– pretende anexionarse al menos un 10% de la parte este de Cisjordania, donde además se encuentran los terrenos de cultivo más fértiles y los principales acuíferos subterráneos. Y por si fuera poco, amenaza con anexionarse igualmente el Valle del Jordán, lo que a su vez supondría al menos un 20% adicional.

A pesar del revés sufrido en el referéndum del pasado 2 de mayo, en el que la mayoría de los militantes del Likud votó en contra de la evacuación de las 21 colonias y las bases militares ubicadas en la franja de Gaza, Ariel Sharon ha asegurado que reformulará su plan de *desconexión unilateral*, de forma que éste pueda ser aprobado tanto por el Gobierno como por la Knesset. Dado que las últimas encuestas demuestran que más del 70% del electorado apoya el concepto y que cuenta con el apoyo explícito de EE UU y la UE –que le han pedido al nuevo primer ministro palestino, Ahmed Qureia, que lo acepte– lo lógico es que el plan sea refrendado próximamente. La aplicación de su plan de salida de la franja de Gaza a cambio de poder aferrarse a Cisjordania le permitiría a Sharon imponer no sólo sus famosas 14 reservas a la *Hoja de Ruta*, sino también determinar cual será el modelo de Estatuto Definitivo. Esto es, cuáles serán las futuras fronteras entre Israel y Palestina; controlar todos sus accesos terrestres, así como el espacio aéreo y marítimo; circunscribir el derecho del retorno de los tres millones de refugiados al pequeño y discontinuo Estado palestino; anexionarse la mayor parte de los asentamientos de Cisjordania y las carreteras que los conectan entre sí; y, por último, mantener la soberanía única sobre Jerusalén, la que según su particular cosmovisión constituye la «capital única, eterna e indivisible del Estado de Israel».

Relaciones UE-Cuba y hegemonía de Estados Unidos tras el 11 de septiembre

Lázaro T. Mora Secade

Cuba fue la última nación latinoamericana en desembarazarse de la dominación colonial española a finales del siglo XIX y la primera en romper con los lazos neocoloniales que la sometían al dictado de Washington. En ambos casos tuvo que pagar un altísimo precio por hacer valer su derecho a la independencia y la soberanía nacional.

Fueron las vicisitudes históricas, las que prepararon al pueblo cubano para emprender el camino de la ruptura con el pasado de dependencia externa, pobreza, discriminación y luchar al precio que fuese necesario por un futuro mejor.

Con la victoria de la Revolución liderada por Fidel Castro en 1959, Cuba rompió con el fatalismo geográfico, que negaba la posibilidad de hacer una revolución social profunda en el hemisferio occidental y mucho más a sólo 90 millas de las costas de Estados Unidos, demostrando además, con su práctica, la falsedad de la tesis de que una revolución solo podía hacerse con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra un ejército entrenado, apoyado y asesorado por las Fuerzas Armadas de Estados Unidos.

El pueblo cubano ejerció a partir de entonces, su derecho a recobrar sus riquezas naturales, comenzando por la tierra, que entregó a los campesinos que la trabajaban. Nacionalizó los gran-

Lázaro Mora es miembro del Centro de Estudios Europeos de La Habana, Cuba.

des latifundios norteamericanos que abarcaban el 42% de la tierra cultivable del país, los servicios básicos (electricidad, teléfonos, ferrocarriles, etc), la banca y el comercio exterior.

Tuvo que enfrentar la suspensión de la cuota azucarera norteamericana, –que era el principal ingreso económico del país–, el corte del suministro de petróleo y la prohibición de utilizar el dólar estadounidense como moneda de pago en sus transacciones internacionales. Medidas coercitivas que se transformaron a partir de 1962 en un bloqueo económico, comercial y financiero que dura ya más de 42 años.

La Revolución Cubana rompió con el mito de que el bienestar de la población, el disfrute de los derechos económicos sociales y culturales y el derecho al desarrollo eran sólo una aspiración que podría alcanzarse únicamente cuando se produzca un determinado nivel de crecimiento económico. Ha demostrado que si se aplica una política de equidad por parte del Estado en el reparto de las riquezas, es posible garantizar el derecho a la educación, a la salud, al empleo, a la seguridad social, a la dignidad plena del hombre, y lo ha hecho aún en las más difíciles condiciones.

A pesar de ser Cuba un país pequeño, pobre, con un PIB per cápita inferior al de varios países del hemisferio occidental y muchos otros del llamado Tercer Mundo, mostró su capacidad desde el triunfo de la Revolución de ofrecer solidaridad a otros pueblos en lucha contra la dominación colonial, por su independencia nacional, en África y Asia y contra la dominación neocolonial norteamericana en América Latina. Cuba contribuyó también con su apoyo al gobierno del MPLA en Angola, a la SWAPO y al ANC, a romper el mito de la invencibilidad de las fuerzas sudafricanas que sostenían el Apartheid y pretendían extender su dominio a todo el cono sur de África.

La Revolución Cubana deshizo la campaña que presentaba a Cuba como un satélite de la URSS, que existía sólo gracias a las llamadas «subvenciones soviéticas» y a su protección militar. Hizo trizas las esperanzas de la mafia cubano-americana de Miami y del gobierno de los Estados Unidos de América que esperaban, que cual fichas de dominó, se derrumbara la Revolución poco

después de la caída del Muro de Berlín y de la desintegración de la URSS.

Ante la pérdida repentina del 85% de su comercio exterior, sus fuentes de financiamiento y de tecnología, frente a la caída de un 35% de su PIB entre 1989 y 1993, se vio obligada a adoptar medidas drásticas para sobrevivir, reinsertarse en nuevos mercados y reestructurar su economía, pero no lo hizo según las recetas de los Programas de Ajuste Estructural del FMI, recortando los presupuestos destinados a los servicios básicos a la población, sino realizando el mayor esfuerzo por salvaguardar las principales conquistas sociales alcanzadas por el pueblo cubano en los años de revolución y en consulta democrática con los ciudadanos. Tampoco acudió a la privatización de las empresas y servicios públicos.

Contra todo pronóstico, la Revolución Cubana continúa existiendo, a pesar de que a partir de 1992 y hasta nuestros días, se ha hecho más férreo el bloqueo y más agresiva la política norteamericana contra nuestro país, lo que representa, una muestra palpable de que otro mundo es posible, que el poder de los Estados Unidos de América no es ilimitado, que es posible enfrentarse a su política hegemónica, resistir y vencer, pero muestra también, que la independencia, la soberanía y la dignidad nacional tienen un alto precio y hay que estar dispuesto a pagarlo o resignarse a vivir sin ellas.

Su propia historia y la de otros procesos revolucionarios ha enseñado al pueblo cubano, que su fortaleza, su capacidad de resistir y de vencer aún en medio de grandes carencias materiales y amenazas externas, por grandes que éstas sean, depende de su unidad, del compromiso consciente del pueblo con el sistema político, económico y social que libremente ha adoptado, del cual es actor, y de la convicción de que lo que está en juego es su independencia, soberanía, dignidad nacional y existencia como nación, que son valores intangibles, que no pueden medirse como la mortalidad infantil, la esperanza de vida, el acceso a la educación, etc., pero que tienen un valor por el que vale la pena arriesgarlo todo.

Como es conocido, cuando el gobierno norteamericano llegó a la conclusión de que no ocurriría el derrumbe de la Revolución cubana, decidió recrudecer el bloqueo a través de las conocidas leyes «Torricelli» en 1992 y «Helms-Burton» en 1996, ambas de alcance extraterritorial y repudiadas por la comunidad internacional.

Con la Ley Torricelli, entre otras medidas coercitivas, se prohibió a los barcos que tocasen puerto cubano, entrar a puertos norteamericanos en los siguientes 180 días, encareciendo considerablemente el transporte marítimo a Cuba; se prohibió el Comercio con Cuba a las subsidiarias de empresas estadounidenses radicadas en terceros países, la mayor parte de ellas en países europeos y además, se estableció la adopción de medidas contra aquellos países que ofrezcan a Cuba créditos y cooperación para el desarrollo.

La Ley Helms Burton por su parte, codificó todas las medidas coercitivas adoptadas anteriormente contra Cuba y como hecho insólito, diseña el ordenamiento jurídico futuro de la Cuba con que sueñan los gobernantes estadounidenses. Cualquiera que lea esa ley, se percata del futuro que quiere imponer Estados Unidos a Cuba. Este engendro imperial, que en sus títulos III y IV intenta imponer a terceros países que participen de su política de aislamiento y estrangulamiento económico de la Revolución Cubana, en sus títulos I y II, determina cómo debe estructurarse y organizarse el estado cubano para levantar el bloqueo económico, comercial y financiero que le ha impuesto Estados Unidos desde hace más de 4 décadas.

La Ley Helms-Burton es grotescamente ilegal a la luz del derecho internacional y su existencia representa un peligro para la soberanía de cualquier Estado que entre en conflicto con los intereses de Estados Unidos.

Los gobiernos europeos, al igual que la inmensa mayoría de los Estados miembros de la ONU, votan a favor de la Resolución que Cuba presenta cada año en la Asamblea General, instando a Estados Unidos a levantar el bloqueo y eliminar sus leyes de alcance extraterritorial, pero hacen en sus explicaciones de voto la

salvedad, de que actúan así por lo inaceptable del carácter extraterritorial de los títulos III y IV de la mencionada Ley, mientras caracterizan como un problema bilateral el de las relaciones Cuba-Estados Unidos. Con lo cual, dejan claro que no están defendiendo a Cuba ni el derecho a la autodeterminación y soberanía de los pueblos, sino sus intereses específicos.

Desde su establecimiento oficial en 1988, las relaciones entre la Unión Europea y Cuba han estado caracterizadas por un alto grado de vulnerabilidad, tanto debido a la acción de factores externos como coyunturales. Este rasgo ha contribuido a conceptualizarlas como relaciones de relativa fragilidad.

Históricamente las relaciones entre la UE y Cuba estuvieron fuertemente influidas por el carácter de las relaciones Este-Oeste durante el período de la Guerra Fría y tanto entonces como después de la desintegración de la URSS, por el de sus relaciones con Estados Unidos.

Es importante tener presente en el análisis de esta problemática, que los gobiernos de los Estados Miembros, así como la propia Unión Europea, aunque en ciertos aspectos se han opuesto a la política agresiva, de aislamiento y bloqueo del gobierno de los Estados Unidos de América contra Cuba, tampoco comparten los principios sobre los cuales se asienta la sociedad cubana.

Ellos, al igual que el gobierno de Estados Unidos, siempre han deseado que haya cambios en Cuba que favorezcan transformaciones económicas y políticas que conduzcan a una estructura basada en una economía neoliberal de mercado y el multipartidismo político. Es decir, persiguen el mismo fin de liquidar la Revolución Cubana.

La diferencia esencial que podía apreciarse hace algunos años entre europeos y estadounidenses en las políticas hacia Cuba, consistía en líneas generales, en que los norteamericanos, han aplicado todo el tiempo una política de fuerza, de aislamiento, exigencias y condicionamientos encaminada a rendir por hambre, a doblegar y hacer renunciar por la fuerza a las autoridades y al pueblo cubano a su proyecto revolucionario alternativo, mientras que los europeos, en mayor o menor medida, sostenían la

tesis de que el desarrollo de las relaciones económicas, comerciales, culturales y políticas con Cuba sería el factor decisivo para estimular las transformaciones y cambios, que desean se produzcan en forma pacífica y ordenada.

A partir de esa percepción, los gobiernos europeos utilizaron una forma de relacionarse con Cuba diferente a la de los norteamericanos, pues para aplicar la política que habían delineado, les era imprescindible mantener relaciones relativamente normales con el gobierno cubano y un cierto nivel de diálogo con sus autoridades y en esa dirección parecían orientarse sus acciones inicialmente, pero en la práctica, esa política se ha ido modificando.

Por supuesto que la política y las relaciones de la UE con Cuba, nunca han estado exentas de solicitudes, recomendaciones, y condicionamientos, más o menos velados o abiertos, —unas veces debido a intereses propios y otras al manejo de sus relaciones estratégicas o coyunturales con los norteamericanos—, pero expresados por lo general en un tono y un contexto que dejaban casi siempre un margen a la negociación o al diálogo a partir de su reconocimiento expreso al derecho a la autodeterminación independencia y soberanía del pueblo cubano. Pero poco a poco la UE se ha ido apartando en la práctica de esta concepción, aproximándose sistemáticamente a las posiciones norteamericanas.

Una muestra palpable de ello, fue la forma en que como consecuencia de las presiones norteamericanas, fue abortada a principios de 1996 la posibilidad de negociar y suscribir un Acuerdo Marco de cooperación con Cuba, como lo tiene la UE con el resto de los países latinoamericanos, al plantear la UE condiciones políticas previas al gobierno cubano, para iniciar las negociaciones.

Como principal instrumento de presión hacia la UE, los norteamericanos han utilizado desde 1996 la suspensión consecutiva cada semestre del capítulo III de la Ley Helms-Burton, y la aplicación discrecional del capítulo IV, que de aplicarse facultarían a los tribunales norteamericanos a sancionar a las firmas europeas que mantengan relaciones comerciales o inversiones con Cuba y negar la visa para ingresar a Estados Unidos a los ejecutivos de esas empresas y a sus familiares allegados.

El gobierno español, presidido por José María Aznar, con conocidos vínculos con la mafia cubano-americana de Miami, inmediatamente después de su toma de posesión, suspendió la cooperación oficial con Cuba y llevó al seno de la UE una propuesta de Posición Común que representaba los intereses de esa mafia y del gobierno norteamericano, la cual modificaba esencialmente la política de la UE hacia Cuba. Después de álgidas negociaciones en las que fueron eliminados algunos de los elementos más agresivos, como el de la designación de funcionarios en cada una de las misiones diplomáticas de los Estados Miembros en Cuba para la atención y apoyo a la llamada «disidencia» interna, el Consejo de la UE aprobó el 2 de diciembre de 1996, en Dublín, una «Posición Común sobre Cuba» para «favorecer un proceso de transición hacia una democracia pluralista y el respeto de los derechos humanos y libertades fundamentales».

Con aquella decisión, la UE se apartó institucionalmente de su posición tradicional, acercándose más a la política de Estados Unidos para Cuba, al establecer oficial y públicamente condicionamientos de carácter político, para el ulterior desarrollo de sus relaciones, demandando concesiones que bajo el ropaje de la promoción de la democracia y de los derechos humanos, no pueden ocultar la intención de cambiar el sistema político, económico y social del país. El gobierno de Estados Unidos, como era de esperar, presentó al Congreso y la opinión pública este paso de la UE como un avance importante en las gestiones que estaban en curso para actuar concertadamente con relación a Cuba.

Por otra parte, presionada por sus empresas y la opinión pública europea, la UE no tuvo otra alternativa que llevar a la OMC el diferendo sobre la ilegalidad de la Ley Helms-Burton, por su carácter extraterritorial, que afecta la soberanía de sus Estados Miembros y viola los principios de la libertad de comercio universalmente aceptados.

Esta reclamación, en la que la administración norteamericana tenía todas las de perder, fue retirada posteriormente de la agenda de la Organización Mundial del Comercio en una nueva concesión de la Unión Europea al gobierno norteamericano, después

que se firmara el «Entendimiento de Birmingham» el 18 de mayo de 1998 el cual fue ratificado por el Consejo Europeo al día siguiente.

En el mencionado Entendimiento, la Unión Europea se comprometió a no brindar servicios oficiales a inversiones de empresas privadas de los Estados miembros de la UE en Cuba. Explícitamente aceptó en ese documento, que las nacionalizaciones de propiedades norteamericanas hechas en Cuba a partir del 1° de enero de 1959 «parecen ser ilegales» y se comprometió a incluir el acuerdo logrado, en el Acuerdo Multilateral sobre Inversiones que se estaba negociando entre un estrecho número de países desarrollados en el marco de la OECD.

Todo ello, a cambio de que la administración norteamericana realizara gestiones para modificar los capítulos III y IV de la Ley Helms-Burton, compromiso tan absurdo e irreal, dada la composición del Congreso de ese país, que no puede todavía 8 años después, mencionarse una sola gestión del gobierno norteamericano para honrar su compromiso.

La Posición Común y el Entendimiento de Birmingham fueron en realidad, trampas tendidas por los norteamericanos y sus más cercanos aliados en el seno de la UE en las que Europa cedió todo a cambio de nada.

La Posición Común, se convirtió en una camisa de fuerza que impidió desde su adopción, el desarrollo de la cooperación entre el gobierno cubano y la UE, pues una vez adoptada, aunque una mayoría de países, poco tiempo después, estuviesen convencidos de que esta era contraproducente, no podría modificarse o eliminarse sin la necesaria unanimidad que impone la regla del consenso.

Posteriormente, promovida por los países caribeños y apoyados por los países ACP² se desarrolló el proceso de ingreso de Cuba en los ACP y su participación como observador en las negociaciones que condujeron a la adopción del Acuerdo de Cotonou.³

² ACP. Son los países de África, Caribe y Pacífico con los que la UE tiene relaciones preferenciales.

³ Suscrito en 2000

A petición de los países ACP, Cuba solicitó su adhesión al Acuerdo, pero se vio forzada a retirarla ante la amenaza del inicio de otro proceso de tensiones como consecuencia del planteo de precondiciones políticas, lesivas a su soberanía que proponían algunos gobiernos miembros de la UE exigir de manera discriminatoria al gobierno cubano.

Cotonou fue, desde mi punto de vista, la oportunidad de la UE para rectificar su política hacia Cuba, sin perder la cara, sacarse la camisa de fuerza de la Posición Común y normalizar las relaciones con la isla, pero la UE no fue capaz de actuar en esta dirección, a pesar de que la mayoría de sus Estados Miembros estaban a favor de la adhesión de Cuba, la cual tenía además el respaldo de los ACP, debido a la presencia en su seno de países que privilegiaban sus intereses trasatlánticos por encima de los intereses genuinamente europeos.

La distensión en las relaciones entre la UE y Cuba que significaron los pasos emprendidos durante la Presidencia belga en el segundo semestre de 2002, quedaron congelados durante la presidencia española en el primer semestre de 2003.

El incremento de la agresividad contra Cuba del gobierno norteamericano encabezado por George W. Bush, con fuertes vínculos y deudas políticas con la mafia cubano americana de Miami, evidenciada claramente con la inclusión de Cuba en su lista de Estados que protegen a terroristas, las absolutamente infundadas acusaciones por parte de altos funcionarios de esa administración de que Cuba podría estar fabricando armas biológicas, la promoción de la inmigración ilegal de ciudadanos cubanos hacia Estados Unidos, fueron conformando una situación de acondicionamiento de la opinión pública internacional para una agresión militar contra Cuba que no podía escapar a la percepción de los gobiernos europeos.

Tampoco podían pasarles inadvertidas las acciones del señor James Cason, Jefe de la Sección de Intereses de Estados Unidos en Cuba, encaminadas a organizar con financiamiento de diferentes agencias del gobierno norteamericano, «partidos» y grupúsculos de oposición interna. Acciones que no podían dejar de tener una respuesta del gobierno cubano.

Los representantes diplomáticos de los Estados Miembros de la UE en Cuba, tenían que saber que el gobierno cubano, en uso de su derecho irrenunciable a defender al país contra una agresión externa, aplicaría las leyes previstas en la legislación nacional.

Ellos sabían también que los «disidentes» procesados y juzgados en marzo-abril de 2003, fueron condenados por trabajar al servicio de una potencia extranjera hostil a nuestro país, no por supuestos delitos de opinión o de asociación, pero la UE y sus Estados miembros, prefirieron secundar a su aliado trasatlántico en su campaña contra el gobierno cubano. No hicieron uso del diálogo político acordado con el gobierno cubano durante la presidencia belga, sino que se unieron al coro de condenas y exigencias orquestado desde Washington y Miami y además, adoptaron sanciones contra Cuba, que tampoco el gobierno cubano podía dejar sin una adecuada respuesta.

La Guerra de Irak dejó claramente al descubierto que hay países en el seno de la UE que privilegian la relación trasatlántica por encima de los intereses de Europa, que éstos son los mismos que obstruyeron el proceso de adhesión de Cuba al Acuerdo de Cotonou, los mismos que invitaron a los llamados «disidentes» cubanos a sus recepciones por la Fiesta Nacional antes de que la UE adoptara esa decisión a instancias de ellos y los mismos que continúan presionando por un incremento de las presiones contra Cuba.

La UE se ha metido en un callejón sin salida en su política hacia Cuba. No es posible vislumbrar un camino posible para salir de él y normalizar las relaciones, sin desandar los pasos dados. Están ante una situación muy parecida, pero más cerrada que significó la adopción de la Posición Común, sólo que ahora no se les ofrece la posibilidad de salida que significó la posible adhesión de Cuba al Acuerdo de Cotonou.

¿Qué sentido tiene esta política de la UE hacia Cuba?

Si Cuba no ha aceptado en 45 años las presiones y amenazas de 10 sucesivos gobiernos de Estados Unidos, que mantiene un bloqueo económico, comercial, financiero desde hace más de 4 décadas, que tiene la capacidad, desde su propio territorio conti-

mental, de agredir militarmente a nuestro país, y además ha mostrado claramente en reiteradas ocasiones que tiene la voluntad política de hacerlo. ¿En qué cabeza cabe la posibilidad de que se las aceptaría a una Europa que se ha mostrado incapaz de enfrentar por sí sola las crisis de los Balcanes o condenar la agresión norteamericana a Irak?

Cualquier observador imparcial, que haya seguido la política exterior de Cuba sabe que nunca el gobierno cubano aceptará los condicionamientos políticos que la UE pretende imponer a Cuba, pues éstos son selectivos y discriminatorios y además constituyen una ingerencia inaceptable en sus asuntos internos.

Su apoyo a la Resolución sobre la situación de los Derechos Humanos en Cuba que cada año promueve en las Sesiones de la CDH el gobierno norteamericano, y hace aprobar utilizando brutales presiones sobre los países en desarrollo, por una exigua mayoría, no podría ser aprobada sin los votos en bloque de los países miembros de la UE. Todo el mundo sabe que es éste el pretexto fundamental que tiene Estados Unidos para explicar a la opinión pública la existencia del ilegal bloqueo contra Cuba, y la UE es de hecho cómplice de ello, aunque vote a favor de la Resolución contra el bloqueo en la ONU.

Pero, en la última sesión de la CDH, violando incluso la recomendación del Parlamento Europeo, los miembros de la UE hicieron todo lo posible porque no se tratara en la Comisión el tema de los más de 600 prisioneros en la base naval de Guantánamo que ilegalmente mantiene Estados Unidos en Cuba, ciudadanos de más de 40 países entre éstos, varios que pertenecen a la UE, que no han sido sometidos a proceso judicial, que no tienen asesoramiento legal alguno, privados del contacto con sus familiares, y que están sometidos a tratos inhumanos y degradantes, todo lo cual está debidamente documentado.

Los países miembros de la UE en la CDH en el año 2002 se opusieron a que hubiera una sesión especial sobre el respeto a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario al desencadenarse la guerra en Irak, respaldando al agresor cuando diariamente a través de la televisión todo el mundo era testigo de los

bombardeos a las ciudades y de las víctimas civiles y en el año 2003, permitieron que desapareciera la figura del Relator Especial sobre las violaciones de los derechos humanos en Irak, cuando las víctimas civiles del conflicto pasan de 15.000 y aparecen reportajes sobre los tratamientos inhumanos, torturas y maltratos a los detenidos y las víctimas civiles de los bombardeos y otras acciones militares contra la resistencia continúan incrementándose.

¿Cómo es posible que la UE viole impunemente los principios que dice defender?

¿Hasta dónde llegan sus compromisos trasatlánticos?

Resulta paradójico que mientras el Consejo, la Comisión y el Parlamento Europeo aprueban unas tras otra Resoluciones y Declaraciones ingerencistas e insultantes sobre Cuba, el gobierno norteamericano ha fracasado en las dos ocasiones en que ha tratado de aprobar en la OEA Resoluciones de condena a Cuba. En América Latina y el Caribe, pese a las presiones norteamericanas, crece la oposición a su política contra Cuba y a sus acciones para reafirmar su hegemonía en la región.

Paralelo al incremento de la agresividad contra Cuba de la administración de George W. Bush, se ha estado desarrollando en el seno de Estados Unidos un proceso, en el que es evidente el fortalecimiento de las posiciones de aquellos que se oponen a la continuación de la política agresiva y de aislamiento de la isla, pues el bloqueo no sólo afecta al pueblo cubano, sino que viola derechos constitucionales de los ciudadanos norteamericanos al limitarles su libertad de viajes y de comercio.

Se ha conformado un lobby bipartidista en el Congreso de Estados Unidos, que hizo aprobar una enmienda, tanto en el Senado como en la Cámara de representantes que tenía como objetivo eliminar las restricciones a los viajes de los norteamericanos a Cuba, eliminar el tope establecido a las remesas de los cubanos residentes en Estados Unidos a sus familiares residentes en Cuba y eliminar restricciones al intercambio y las relaciones entre los pueblos. No fueron incorporadas a la Ley porque no contaban todavía con una mayoría de 2/3 y el presidente Bush amenazó con vetarlas, pero este tema queda pendiente para un futuro no lejano.

Más de 80 mil ciudadanos norteamericanos visitaron Cuba el pasado año, a pesar del endurecimiento de los controles, multas y sanciones a los que viajan a Cuba.

Contrario a lo que se pretende hacer creer al mundo a través de los medios masivos de desinformación controlados por las trasnacionales norteamericanas, Cuba no está aislada. Tiene relaciones diplomáticas o consulares con 189 Estados y tiene 133 representaciones en 109 países entre las que figuran Embajadas, Consulados Generales, una Oficina Diplomática y dos Oficinas de Intereses, mientras que en Cuba están representados 87 países a nivel de Embajada, existen 3 Consulados Generales, 7 Consulados Honorarios y una Sección de Intereses. Se fortalecen sus relaciones en el seno de la comunidad internacional y sus innegables logros sociales, que son una aspiración para la inmensa mayoría de los países en vías de desarrollo, no pueden ser ocultados, crece el movimiento internacional de solidaridad con Cuba y la admiración por la defensa del pueblo cubano de su soberanía e independencia en tan difíciles condiciones.

¿Esperará la UE para dar pasos constructivos que posibiliten la normalización de sus relaciones con Cuba a que el gobierno de turno en Washington levante el bloqueo a la Isla y normalice sus relaciones?

¿Llegará algún día a materializar su proclamada aspiración de tener una Política Exterior y de Seguridad Común propia?

Éstas y muchas más preguntas nos hacemos desde Cuba y se hacen hoy muchos ciudadanos europeos, sobre todo, aquellos que desde la sociedad civil luchan a favor de que la construcción europea conduzca a Europa a constituirse en un baluarte de la Paz y el Desarrollo, la Solidaridad y el respeto a los principios del Derecho Internacional y de los derechos humanos para todas las personas en todo el mundo.

Pero ello no es suficiente. Los que creemos que un mundo más justo y equitativo es posible, estamos obligados a actuar para revertir la actual tendencia, que constituye un peligro para los intereses de los propios ciudadanos europeos.

II

El reto de la paz justa

Mitopoiesis y jingoísmo tras el 11-S

Antonio Casado da Rocha

We don't want to fight, but by Jingo if we do
we've got the ships, we've got the men
we've got the money, too!
(de un *music hall* londinense de 1878)

Blessed are the legend-makers with their rhyme
of things not found within recorded time.
(del poema *Mythopoeia* de J. R. R. Tolkien)

De la mitopoiesis en América

En un artículo sobre dónde queda la ética tras el 11-S, el filósofo Norbert Bilbeny nos invita a pensar sin falsos antagonismos: «Ès fàcil, ara mateix, contraposar els símbols de la Torre rampant i de l'Avió demolidor. Abans s'arribaren a oposar entre elles icones com el sol i les cadenes, l'olivera i el fussell, la creu i la mitja lluna, el dòlar i la falç i el martell. Però ara seria un error contraposar, amb les noves icones de l'11 de setembre, i des del cantó occidental, la raó i la fe, la llibertat i el fanatisme, la globalització i les identitats. Així com, des de l'altra riba, seria erroni posar els uns contra els altres, els fidels i els infidels, la veritat i el poder, la història i el progrés.»¹ Es fácil también contraponer narración mítica y emancipación política, pero igualmente falso; al menos es lo que muestra la actividad literaria de Wu Ming: la mitología

Investigador en la Universidad del País Vasco/EHU

¹ «Els valors ètics després de l'11 de setembre de 2001», *Transversal. Revista de cultura contemporània*, nº 18 (2002), p. 91. www.revistatransversal.com.

tanto puede esclavizarnos como liberarnos, eso depende de quién y para qué la fabrique, pero la cultura de masas produce mitos colectivos y estas creaciones simbólicas no son simples mentiras para los pobres de espíritu, sino ese «material con el que se hacen los sueños» que tan bien conocía Shakespeare.²

Este colectivo de escritores más o menos anónimo (no en vano Wu Ming significa «sin nombre» en chino mandarín), que se define como un «ejército de desobediencia cuyas historias son armas»,³ inscribe su actividad política y literaria en una comunidad en lucha y construcción permanente: la multitud del «movimiento global», cuya imagen es «un número incalculable de personas que se ponen en pie y pretenden ampliar el ámbito de decisiones sobre las cuestiones de interés planetario».⁴ De ahí que Wu Ming se dedique precisamente a la *mitopoiesis* o creación de mitos que acompañen y den sentido a la multitud en su autoinstitución como comunidad democrática: a confeccionar artesanalmente una literatura para la resistencia global en la que la multitud sea tanto autor como héroe y lector.

En una entrevista,⁵ Wu Ming hace seguir a esta narración fundamental del «levantamiento contra los Grandes de la Tierra» la imagen de una asamblea constituyente mundial donde se concretarían las líneas maestras de ese otro mundo posible (pensemos por ejemplo en el Foro de Porto Alegre). Pero aquí tampoco deberíamos caer en un falso antagonismo Europa versus América. Wu Ming nació en 1999, el año de Seattle, el lugar donde puede

² Amador Fernández-Savater, «Wu Ming, las historias como hachas de guerra», prólogo a *Esta revolución no tiene rostro*, Madrid, Acuarela, 2003. Este libro del colectivo Wu Ming agrupa cuentos, investigaciones sobre «formas de vida», relatos pegados a la acción política del «movimiento global», cartas de circunstancias a periódicos italianos, panfletos, manifiestos, declaraciones, etc.

³ *Esta revolución no tiene rostro*, p. 111.

⁴ Junto a muchos otros textos de y sobre Wu Ming, el texto íntegro de sus novelas *Q* (en castellano y bajo el nombre de Luther Blissett: Barcelona, Mondadori, 2000), y *54* (en castellano: Barcelona, Mondadori, 2003) puede encontrarse en su página web: www.wumingfoundation.com.

⁵ La entrevista de Amador Fernández-Savater con Wu Ming sobre «mitopoiesis y acción política» fue publicada en el periódico Molotov y puede consultarse en www.altediciones.com/t62.htm.

decirse que surgió el actual movimiento global, y un movimiento nacido allí difícilmente podría ser «anti-americano». A juicio de Wu Ming, sólo si en Estados Unidos se recupera esa ruptura del «frente interno» será posible poner en crisis el modelo de la guerra permanente. Por eso, añade, resulta mucho más importante e interesante redescubrir los mitos de esa cara oculta de la luna que es la «otra América», los mitos de la historia libertaria de ese país, desde su revolución anticolonial al «derecho a la felicidad», de Toro Sentado a la IWW, de Martin Luther King a Malcolm X, de la brigada Lincoln a los Beatniks.

Una breve historia del jingoísmo

A esta lista de norteamericanos ilustres podríamos añadir el nombre de Edward Abbey (1927-1989), el inclasificable escritor que hoy inspira a buena parte del ecologismo radical, y sobre todo el de una de sus principales influencias: Henry David Thoreau (1817-1862). Creo que una lectura de las obras de Thoreau resulta muy relevante precisamente ahora, siglo y medio después de escritas, pues su feroz crítica social todavía puede aplicarse en cierto sentido a nuestro tiempo.⁶ Los EEUU de Thoreau sufrieron una expansión de la economía y las comunicaciones que permitió unir Maine con Texas aunque, como escribió en *Walden*, Maine y Texas no tuvieran nada que decirse, pero también una ampliación de la brecha entre Norte y Sur que paralizó el sistema político y amenazaba con dividir la nación. La revolución industrial, el abaratamiento de los transportes y los nuevos movimientos sociales (abolicionistas y sufragistas, sobre todo) transformaron la sociedad del Norte, pero estos fenómenos no afectaron mucho a los estados esclavistas contiguos y nada en absoluto al Sur profundo. En definitiva, Thoreau vio cómo su país se iba «globalizando» a pequeña escala, convirtiéndose en la avanzadilla de lo que todo el mundo es ya hoy. Reparó en la rápida desaparición de los indios,

⁶ En su artículo «La obediencia al Derecho y el imperativo de la disidencia» (*Sistema*, nº 70 [1986], pp. 39-40), el filósofo Javier Muguerza explica así su predilección por Thoreau: «veo en él el otro rostro –frecuentemente tan oculto como lo estuvo en un día la otra cara de la luna– de su país».

las pésimas condiciones laborales de los irlandeses, la expansión de la esclavitud, la guerra con México y la tala masiva de árboles, convertidos en casas, postes de telégrafo y traviesas para el ferrocarril, y concluyó que «el angloamericano [...] no puede conversar con el espíritu del árbol que abate, no puede leer la poesía y la mitología que se retiran conforme él avanza.»⁷

Los textos de Thoreau siguen siendo objeto de encendido debate. Tras las primeras semanas de la invasión de Irak, en una publicación especializada sobre Thoreau, hubo quien condenó «la confusión presente en muchos reportajes sobre las protestas contra la guerra» por «perpetuar la idea de que Thoreau era un pacifista, algo que estaba lejos de ser».⁸ Puede que Thoreau no fuese un pacifista radical, algo que ni siquiera Gandhi fue,⁹ pero eso no quiere decir que no estuviese en contra de todas las guerras que conoció (exceptuando quizá la guerra de Secesión, ya al final de su vida). Sin riesgo a equivocarnos, podemos calificar su posición de antibelicista,¹⁰ y a este respecto su oposición a la guerra de EEUU con México (1846-48) es especialmente reveladora. En estos días en que la factoría Disney lanza con poco éxito otra película más sobre El Álamo, merece la pena recordar que la invasión de México fue el primer acto de jingoísmo clamoroso en la historia de EEUU. Thoreau no pudo conocer la expresión «jingo», que tiene su origen en la cancioncilla que cito al principio («No queremos luchar pero, / por Jingo,¹¹ que si lo hacemos, /

⁷ Citado en una «breve antología insumisa» incluida en mi ensayo *La desobediencia civil a partir de Thoreau*, San Sebastián, Gakoa, 2002, p. 112.

⁸ *The Thoreau Society Bulletin*, nº 243, Spring 2003, p. 14.

⁹ Un sorprendente botón de muestra: «No tengo ningún reparo en decir que, cuando sólo es posible elegir entre la cobardía y la violencia, hay que decidirse por la solución violenta.» M. K. Gandhi, *Todos los hombres son hermanos*, Salamanca, Sociedad Educación Atenas, 1984, p. 151.

¹⁰ Podríamos decir que el pacifismo equivale a enfrentarse a la violencia sin usar la violencia, a la que se considera siempre ilegítima, mientras que el antibelicismo equivale a enfrentarse a la violencia sin usar normalmente la violencia, pero admitiendo situaciones excepcionales, limitadas y defensivas en las que sería legítimo recurrir a su uso. Cf. Pablo Ródenas, «Repensar la guerra (legitimidad y legitimación de las nuevas formas de violencia bélica)», en B. Riutort (ed.), *Conflictos bélicos y nuevo orden mundial*, Barcelona, Icaria, 2003, pp. 9-52.

tenemos los barcos y los hombres / y también tenemos el dinero») y que, entre otros, fue aplicada a los que defendieron la «liberación» de Cuba en 1898. Desde entonces, «jingoísta» ha entrado en nuestros diccionarios como «partidario de una política exterior agresiva» y su doctrina como «patriotería exaltada que propugna la agresión contra las demás naciones».¹²

Aunque no conoció la palabra, Thoreau reconoció perfectamente sus primeras manifestaciones. Es más: su oposición a la guerra de México nos ha dejado otro fruto, pues estuvo en el origen de lo que hoy conocemos como *desobediencia civil*. Esta clase de desobediencia fue para Thoreau un deber ético, una cuestión de principios; tenía que observar, en cualquier circunstancia, que no se prestaba al mismo mal que condenaba. Ese mal era, por supuesto, la esclavitud, una cuestión que amenazaba con fracturar el país y provocaba enfrentamientos constantes tanto en el Norte como en el Sur, donde los intereses económicos de la industria del algodón exacerbaban el nacionalismo expansionista de EEUU. Con la excusa de que el dios de la Biblia les había destinado para extender el Imperio de la Libertad (así lo llamaban ya esos apologistas del Destino Manifiesto), los creadores de opinión habían repetido la vieja doctrina Monroe de *América para los americanos* hasta lograr que el presidente Polk ordenase la ocupación militar de un área disputada con México entre el río Nueces y el río Grande. En poco tiempo, la superioridad militar de los estadounidenses se impuso de forma aplastante sobre la numérica del ejército mejicano, pero aunque el Congreso aprobó la declaración de guerra el trece de mayo de 1846, muchos veían a Polk como un mero usurpador de tierras; en particular, los abolicionistas insistieron en que la guerra obedecía a un plan fraguado en las plantaciones de esclavos para aumentar su poder cuando se creasen nuevos estados esclavistas en las tierras mejicanas anexionadas.

¹¹ El Oxford English Dictionary recoge una hipótesis no confirmada sobre el origen de esta exclamación, que podría haber entrado en la lengua inglesa en el s. XVII procedente de la empleada para decir «dios» por los pescadores vascos: Jainko o Jinko.

¹² Ver la introducción de J. J. Coy a Thoreau, *Desobediencia civil y otros escritos*, Madrid, Tecnos, 1987, p. xx y siguientes.

El mito Thoreau

Como es sabido, Thoreau se negó a pagar ciertos impuestos como forma de protesta ante esa guerra, fue encarcelado por ello y, una vez en libertad, procedió a explicar las razones de su conducta en varias conferencias públicas, que acabaron por cristalizar en el ensayo que hoy conocemos como *Civil Disobedience*. En él describió la guerra de México como una «obra de relativamente unos pocos individuos que usan el actual gobierno como instrumento a su servicio; pues, de entrada, el pueblo no habría consentido esta medida.»¹³ Pero la crítica de Thoreau a las guerras de rapiña (por el algodón en su caso, pero cabe imaginar lo que pensaría acerca del petróleo) no se limitó a ese genial ensayo; lo hizo también en los dos libros que publicó en vida y en las páginas de su diario íntimo. Basta leer «Irak» donde Thoreau escribe «México» para comprobar la clarividencia de las siguientes citas: «Resulta que no deseo asociarme con Massachusetts, ni en la trata de esclavos ni en la conquista de México.»¹⁴ «La única América verdadera es aquella donde tienes la libertad de poder llevar una vida que te permita prescindir de esos artículos [de lujo], es decir, donde el Estado no trate de obligarte a mantener la esclavitud y la guerra y otros dispendios superfluos que, directa o indirectamente, provienen de su uso.»¹⁵ «México se ganó con menos esfuerzo y menos valentía de lo que se necesita para segar el heno cada temporada en Nueva Inglaterra. El primer trabajo fue hecho por aquellos que decidieron hacer novillos y escaquearse del segundo.»¹⁶

En 1982, el biógrafo Leon Edel publicó un ensayo en el que denunciaba las estancias en Walden y en la prisión de Concord, los dos sucesos que según él configuraron el «mito Thoreau», como una fabricación, mera pose, y afirmaba también que «la imagen de Thoreau que hemos recibido es mayor que el personaje que conocieron sus contemporáneos. Su mito de una vida soli-

¹³ *Sobre el deber de la desobediencia civil*, 2ª edición (Irún, Iralka, 2002), p. 2.

¹⁴ *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* [1849], Princeton University Press, 1980, p. 130.

¹⁵ *Walden* [1854], Princeton University Press, 1971, p. 205.

¹⁶ Apunte de su diario correspondiente al 17 de agosto de 1851.

taria en los bosques, del hombre contra la sociedad, ha proporcionado a los modernos reflexiones sobre su propia situación en un mundo en el que los árboles desaparecen y el aire está contaminado: un mundo alienado, enajenado de la naturaleza.»¹⁷ Estas críticas parecen restar importancia a su pensamiento social aduciendo que Thoreau estaba demasiado apartado de la sociedad como para saber de lo que estaba hablando; pero si fuese cierto que Thoreau vivió una vida solitaria (y no fue así), ello tampoco le descalificaría como crítico social. De hecho, cierta separación podría incluso ser una ventaja, al permitir una observación más imparcial y desapasionada que la de quien se encuentra inmerso en las batallas del día a día.

Una vida cotidiana en la que, hoy, inmersos en una cultura de masas asfixiada por los monopolios televisivos y de Internet, cada vez es más difícil preservar la individualidad y la complejidad. En su colección de ensayos *Cómo estar solo*, el novelista Jonathan Franzen relaciona este problema con la erosión de la vida pública y la dignidad privada en la América postmoderna, ésa que algunos llaman Imperio; hay quien le ha comparado con Thoreau por ello. En este libro, Franzen admite que hay muchos motivos para estar furioso y asustado en EEUU tras el 11-S. Escribiendo antes de la invasión de Irak, denuncia que «nuestra sed nacional de petróleo, que ya nos ha costado dos presidencias Bush y una fea Guerra del Golfo, amenaza ahora con llevarnos a un conflicto a largo plazo y de consecuencias impredecibles en Asia Central. Aunque uno nunca hubiera pensado que fuese posible, los americanos parecen estar haciéndose menos preguntas sobre su gobierno que en 1991, y los principales medios de comunicación sueñan aún más monolíticamente jingoístas que entonces.»¹⁸

Del mundo de Thoreau al nuestro

Para terminar, muchas preguntas: ¿Qué mitos son necesarios para luchar contra el jingoísmo? ¿Cómo influir en ese «mar inquieto y

¹⁷ Citado en mi biografía *Thoreau*, Madrid, Acquarela, 2004, en prensa.

¹⁸ *How To Be Alone*, Londres, Fourth State, 2002, p. 6. Hay edición española: *Cómo estar solo*, Barcelona, Seix Barral, 2003.

bullente»¹⁹ que es la multitud? ¿Qué responsabilidad social tienen los escritores? ¿Quién construye el imaginario de otra realidad global? ¿Hasta qué punto las construcciones sociales pueden prevenir los conflictos a gran escala que estamos viviendo? ¿No hay en el uso de mitos un peligro de irracionalismo? ¿No hay ya demasiada mitomanía? Comprender que nuestra acción, aun aquella que llamamos racional, está siempre teñida por creencias y emociones no equivale a estar dispuesto a aceptar todo, sino más bien a evitar falsos antagonismos dualistas. El recurso al mito no puede convertirse en un recurso a lo retóricamente bien maquillado, a lo ya promocionado por los medios de masas; se trata más bien de activar otra mitología, de luchar contra los monopolios informativos con sus mismas armas, emplear una cuña de su misma materia para detener los engranajes de la máquina, jugar la partida del mito con el fin de minar la autoridad de mitos como Dios, Patria o Rey.²⁰

Y un dato: sólo en EEUU ya hay más musulmanes que episcopalianos.²¹ Para seguir la recomendación de Wu Ming y romper el «frente interno» en ese país, los europeos hemos de recuperar los mitos emancipadores de América y emplearlos para articular un imaginario alternativo que traiga consigo una política preventiva capaz de sustituir la presente guerra global. Una relectura de la vida y obras que constituyen el «mito Thoreau» puede ayudarnos en dos sentidos. Primero, porque sus escritos estimulan la participación política en las instituciones democráticas a escala local, incluyendo la desobediencia civil como parte de la cultura política liberal de EEUU. Segundo, porque las razones de su desobediencia civil pueden universalizarse: las razones de Thoreau son las que impulsan la resistencia ante el totalitarismo; las que legitiman la democracia liberal, siempre que en ésta se protejan y ejerciten tanto la soberanía popular como los derechos humanos;

¹⁹ *Esta revolución no tiene rostro*, p. 96.

²⁰ Cf. «Mitología: El novecientos bajos los pies», del libro *Totó, Pepino e la guerra psichica, colección de materiales recogidos en el proyecto Luther Blissett* (Bertiolo, AAA Edizioni, 1996), disponible en www.lutherblissett.net.

²¹ Jonathan Moreno, «Bioethics after the Terror», *The American Journal of Bioethics*, vol. 2, n° 1 (Winter 2002), p. 64.

las de la defensa de las libertades ciudadanas, incluida la libertad de conciencia; las que rompen fronteras en pos de una sociedad civil cada vez más global.²²

Hay quien piensa que estas palabras son retórica ya caduca y que el foro público es peso muerto para la resistencia cívica: que no queda ya nada de valor en las calles, pues no se necesita controlarlas para manejar eficientemente las instituciones mundiales.²³ Con todo, creo que esto no invalidaría la necesidad de una desobediencia civil clásica. El poder legítimo todavía necesita presentarse retóricamente ante los ciudadanos para recabar su acuerdo. El hecho de que se continúen celebrando reuniones de jefes de Estado muestra esta necesidad suya de presentarse ante la opinión pública. Como en el cuento de Hans Christian Andersen, la vanidad del emperador le expone a la multitud de sus súbditos; al mismo tiempo, le expone a la desconstrucción narrativa de sus mitos. En otras palabras, le hace vulnerable a las historias que circulan por la calle y cuentan la verdad desnuda.

²² Cf. *La desobediencia civil a partir de Thoreau*, p. 52 y siguientes.

²³ Véase al respecto el artículo «Electronic Civil Disobedience», presentado en 1994 en el congreso *Terminal Futures* del Institute of Contemporary Art en Londres, y disponible en Internet en la dirección www.critical-art.net/books/ecd/ junto con otros textos bajo licencia copyleft.

David frente a Goliat

notas para la recreación del alfabeto de la esperanza

F. Javier Vitoria Cormenzana

El desigual combate entre David y Goliat

Davos es una pequeña ciudad suiza. Desde 1970 todos los inviernos los 2.000 líderes globales del planeta, es decir, jefes de Estado, banqueros, financieros, patrones de las grandes empresas transnacionales y unos cuantos intelectuales invitados, se reúnen allí para ver cómo va la economía de mercado, el librecambio y el pensamiento único. El Foro Económico de Davos pretende orientar nuestro desbrujulado mundo. Intenta poner un poco de orden dentro del caos que él mismo alimenta y trata de dar sentido definitivo a la globalización. Davos es un escaparate de la escatología hiperliberal. Nos ofrece lo definitivo: el reino del mercado mundial y los valores del individualismo competitivo, adaptado y consumista. Su espíritu es el del neoliberalismo. Éste, como toda práctica dominante, no se contenta con ser mundial sino que quiere penetrar todas las realidades hasta ser cuasi-divina y omnipresente. Su despliegue produce climas culturales que convierten el mercado único y el pensamiento único en sociedad única. Una trinidad que tiene sabores y reminiscencia sacras y divinas. Davos representa el Poder y su figura bíblica es Goliat.

Porto Alegre es una ciudad brasileña. En ella miembros, delegados y simpatizantes de las más importantes organizaciones sin-

F. Javier Vitoria Cormenzana es teólogo y vicepresidente de PTM-Mundubat.

dicales y movimientos sociales del mundo, hasta alcanzar la cifra de 85.000 personas, se han reunido en tres ocasiones para evaluar la injusticia globalizada y ver cómo salir de ella. El Foro Social Mundial nacido en Porto Alegre es un movimiento que busca construir una alianza amplia entre gentes de todas las creencias, colores y orientaciones sexuales con el fin de luchar contra la concentración de la riqueza, la proliferación de la pobreza y la destrucción de nuestro planeta, es decir, contra el huracán de la globalización depredadora que todos padecemos. El espíritu de Porto Alegre es la solidaridad global; su lema escatológico: «*otro mundo es posible*»; la diversidad de sus componentes, su fuerza. El Foro Social se organiza a partir de las resistencias y luchas contra un sistema mundo, basado en el patriarcado, el racismo y la violencia, que privilegia los intereses del capital sobre las necesidades y las aspiraciones de los pueblos.

Los participantes en él se sienten habitantes de un mundo sin rumbo (I. Ramonet). La Tierra es un «planeta en entredicho» con un problemático futuro, donde todos los seres vivos, absolutamente todos sin excepción, se encuentran bajo la influencia del radio de acción de aquel descontrol. Además la atmósfera vital de nuestras sociedades está viciada por la incertidumbre y la opacidad. Padece los síntomas de la ambigüedad y los puntos ciegos de la globalización. Se puede percibir con nitidez las consecuencias de su carácter de conquista y de su condición de ideología encubridora (F. Hinkelammert). Su impostura idolátrica se evidencia en su violencia sacrificial que victima y excluye de la vida misma a millones de seres humanos. La sentencia de R. M. Solow, premio Nobel de economía, «*la globalización es una maravillosa excusa para muchas cosas*», parece más que plausible. Mirado el fenómeno de la globalización desde los intereses últimos y confrontado con la utopía de la familia humana, da como resultado que la reclamación de un movimiento mundial a favor de los *derechos civiles económicos* es el único camino racional para luchar contra «la barbarie» del mundo libre.

El año 1997 el Frente Zapatista de Liberación Nacional convocaba «*a todos los que, sin importar colores, razas o fronteras, hacen de la esperanza arma y escudo [...] al primer encuentro*

intercontinental por la humanidad y contra el neoliberalismo». Con una cierta ingenuidad no exenta de pathos utópico la declaración continuaba: «*lo de menos es saber la fecha exacta de ese encuentro. ¡Lo importante es saber que esta resistencia es permanente, poética (=creativa), política y eternamente en favor de la vida!*». El llamado parece que ya tiene lugar y fecha exactas. Porto Alegre representa la Utopía de la familia humana y su figura bíblica es David.

Porto Alegre frente a Davos. David se enfrenta a Goliat en desigual combate: con el «tirachinas» de los movimientos y organizaciones populares pretende plantarle cara a la mastodóntica maquinaria de la globalización neoliberal. Cualquier mente sensata exclamaría: ¡problemática empresa la de vencer a Goliat! Ya se sabe: generalmente «el personal» sólo suele estar con David, cuando los hechos han pasado y los avatares de la batalla le han convertido en vencedor. Sólo entonces es parte de la memoria que conviene conservar. Mientras los hechos transcurren la gente está casi siempre con Goliat. Supone que el Poder va a ganar en la desigual batalla con los débiles, con los siervos, con el proletariado o con los pobres. David es un recuerdo en las mentes de los pobres y oprimidos que no le conocieron. Ese recuerdo quiere decir: «podríamos volver a intentarlo». El que casi nadie crea en David al empezar la batalla es algo que la mitología popular tiende a ocultar. Con la mejor de las intenciones, eso sí. El teórico del «volver a empezar» de los de abajo sospecha que esta unilateralidad es lo único que la visión de los derrotados puede oponer a la historia oficial reconstruida por los triunfadores.¹ Pero lo cierto es que David ha fracasado demasiadas veces en la historia en su intento de derribar al coloso de una certera pedrada en la frente.

Indignación, movilización social y nuevas formas de lucha

De pronto la realidad que representa Porto Alegre ha desmentido ese rumor desmovilizante, «*no hay nada que hacer*», que ha atornado constantemente en la vida de las organizaciones populares.

¹ Véase F. Fernández Buey, *La barbarie de ellos y de los nuestros*, Barcelona 1995, 270-280.

Los actores sociales habían sido astutamente sugestionados por el mito de la ausencia de alternativas globales. La acción política está atrapada por **TINA** («*There Is No Alternative*»). No hay alternativa, exclama la derecha como coartada. No hay alternativa, repite la izquierda convencional como excusa. Poco a poco «*una filosofía pesimista de la historia que estimula más el retraimiento y la resignación que la rebelión y la indignación, y que, lejos de movilizar y politizar, sólo puede contribuir a aumentar los temores xenófobos*» había ido adueñándose de la escena política. Y se ha acrecentado «*la sensación de que el mundo ha escapado del control de la mayoría de los mortales se conjuga con la impresión de que –un poco a la manera del deporte de alto nivel, que abre una brecha semejante entre sus practicantes y los espectadores– el juego político es cosa de profesionales para estimular, especialmente en las personas menos politizadas, una desvinculación fatalista, evidentemente favorable a la conservación del orden establecido*».² El cansancio, la parálisis y el desánimo provocados han resultado peores aliados que las dudas ante la enormidad de las dificultades objetivas.

En este mundo tejido de componendas y habilitado para no tomarse nada totalmente en serio a no ser el propio interés, se ha podido contemplar y admirar a miles de personas que, a pesar de las derrotas y los fracasos, continúan siendo beligerantes con la injusticia. Ellos testifican que ser humano, y humano comprometido y fiel hasta el final con la causa de los empobrecidos es posible. «*Nos recuerdan que el hombre sólo cabe en la utopía*» (Ernesto Sábato). Evidentemente poseen la «potencia de lo débil». Pero, cuando ésta se inserta en la realidad como incansable «*aguijón escatológico*», nos despierta y nos moviliza ante «*el escándalo de la diferencia cualitativa*» (H. Marcuse) existente entre los crucificados de la tierra y los que los crucifican o cómplicemente pasan de largo. Seguramente todas sus realizaciones «*son cosas chiquitas –como diría Eduardo Galeano–. No acaban con la pobreza, no nos sacan de la espiral de la violencia, no socializan*

² Véase P. Bordieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, Barcelona 1999, 105.

los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizá han tenido la capacidad de desencadenar la alegría de hacer y de traducirla en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable»³.

Una de las incógnitas que despejará el futuro, será comprobar si quienes participan del espíritu de Porto Alegre sabrán mantener una dosis suficiente de indignación como para alimentar permanentemente su rebeldía. Si no es así no habrá mañana para las víctimas del sistema. La indignación es imprescindible, pero insuficiente. Siempre resultan enormemente aleccionadoras las reflexiones de Primo Levi, hechas desde su experiencia en los campos de exterminio nazi, acerca de la fragilidad humana y de la insuficiencia de la buena voluntad y la valentía para salir del cautiverio. «*Quien se enfrenta a puñetazos con el mundo entero recupera su dignidad, pero la paga a un precio altísimo, porque está seguro de que será derrotado*».⁴

La sorprendente capacidad de los nuevos poderes para absorber, asimilar y neutralizar toda propuesta que cuestione –incluso potencialmente– el orden establecido, provoca la necesidad de idear nuevas militancias y nuevas formas de lucha. Hoy estamos en condiciones de asimilar una dura y dolorosa lección de nuestro pasado reciente. La historia no puede ser construida desde el mero esfuerzo por prometeico que sea, ni desde el voluntarismo por heroico que sea, ni desde la sola política por necesaria que sea, ni desde la eficacia por imprescindible que se la crea. Todas esas actitudes, que parecen indispensables, no hacen más que envenenar de raíz lo mismo que intentan construir. La construcción de la historia parece requerir dosis importantes de respeto, de gratuidad, de receptividad, de contemplación, de una serie de actitudes que, curiosamente, dan la sensación de ser pasivas y muy poco constructoras.

El futuro de la lucha por un nuevo orden mundial dependerá mucho de la capacidad de dar cuerpo organizativo a la coalición con las víctimas, de la voluntad de «enredarse» de las pequeñas

³ *Ser como ellos y otros artículos*, Madrid 1992, 84-85.

⁴ *Los hundidos y los salvados*, Barcelona 1989, 117.

organizaciones en favor de la vida y en contra de la muerte. Sin esta ecumene en favor de las víctimas no habrá honda de David en nuestro tiempo. Pero para impulsarla en la dirección de la profundización de la democracia necesitamos desactivar la presión ejercida por la racionalidad burguesa en la totalidad del escenario social. Es quimérico —¡que no, utópico!— y engañoso pensar que será posible superar la actual situación de desigualdad nacional e internacional ganando todos y no perdiendo ninguno. A corto y medio plazo esto es literalmente imposible. El dilema que se plantea es el siguiente: perpetuamos la situación actual con leves retoques —y entonces «David» se suicida o se prostituye— o bien pierden los que más tienen en beneficio de los empobrecidos.

Así, pues, nada de lo que pretende el «David» de Porto Alegre será posible sin un nuevo estilo cultural, sin reforma intelectual y moral de la sociedad civil, sin cambios en los estilos de vida. Como recuerda R. Díaz Salazar, *«no es posible establecer políticas extensivas de solidaridad sin sociedades civiles con cultura solidaria. No podemos aspirar a gobiernos rojiverdes sin tener sociedades verdirrojas. El internacionalismo no puede avanzar fuertemente desde el gobierno sin un arraigo de éste en la sociedad... Las sociedades civiles configuradas por los valores antropológicos del capitalismo terminan deseando gobiernos afines a esa cultura socio-económica... La sociedad civil que queda impregnada por los valores del individualismo posesivo dificulta enormemente la adopción de determinadas políticas socialistas afines a la cultura de la solidaridad... Para superar el techo electoral de la izquierda no basta con cambiar los programas, es imprescindible romper el cemento cultural que asegura el consenso ciudadano imperante y hacer que crezca el número de ciudadanos regidos por la cultura de la solidaridad... Su crecimiento es el que otorgará la viabilidad socio-cultural para políticas más radicales contra la desigualdad nacional e internacional. Si no existe este crecimiento, se establecerá un desencuentro entre las demandas y expectativas de la mayoría de los ciudadanos y las propuestas y prioridades de las organizaciones de izquierda que postulan como objetivo político la lucha contra la exclusión social en el norte y el empobrecimiento en el sur»*⁵.

Mística y política: la aportación de la tradición religiosa cristiana

Esta monumental empresa está reclamando unas reservas muy importantes de energía moral, cultural y vital. ¿Existen todavía fuentes de energía espiritual en nuestra cultura o se han agostado definitivamente? Aunque no corran buenos tiempos para ellas, sigo creyendo en el potencial místico de las tradiciones religiosas. Especial atención me merece el cristianismo a pesar de la ambigüedad de su institucionalización y de sus tergiversaciones históricas.

El cristianismo originario de Jesús de Nazaret, recuerda permanentemente la autoridad de aquellos que sufren, de las víctimas de la historia. El cristianismo comenzó su andadura histórica como recuerdo y seguimiento de alguien que miró de frente el sufrimiento del otro. La primera mirada del judío Jesús no fue sobre el pecado de los seres humanos ni sobre la identidad cultural o pertenencia comunitaria, sino sobre las existencias humanas rotas por el sufrimiento. La mística cristiana no patrocina ningún viaje gratuito al Olimpo de los dioses, sino, paradójicamente y desmintiendo el sentido etimológico de la palabra,⁶ se constituye como una «mística de ojos abiertos» (J. B. Metz) que dilata, como si de un colirio se tratase, las pupilas de los ojos para ver y comprender el sentido de la historia. Su secreto consiste en la pretensión de servir a Dios en el enorme dolor del mundo.

La memoria de Jesús es capaz de suscitar hombres y mujeres, expertos en la ética herida de la compasión, diestros en la promoción de una acción social de resistencia que convierta en realidad parcial y anticipativa el mundo alternativo en el que el Nazareno soñó. La primacía de los últimos crea una sensibilidad e interés en favor de la mejoría de sus condiciones de vida y vincula el mandato del amor a la lucha por la justicia. Pero además se convierte en un punto crítico que denuncia la actual cultura de la satisfacción y ayuda a liberarse de la cultura de la ceguera y del

⁵ *La izquierda y el cristianismo*, Madrid, 1998, 331.

⁶ La palabra *mystikós* proviene del verbo griego *myo* que significa cerrar.

olvido en la que nos sumerge el actual sistema socio-económico. Esta cultura samaritana aporta dosis de energía a la construcción de ese otro mundo posible, en cuanto diseña la urgencia de que los pobres sean objeto y sujeto de discriminación positiva, da prioridad a las políticas de solidaridad internacional, reclama la práctica de un nuevo pacifismo, alienta la búsqueda de una democracia económica, propugna la regulación ecológica de la sociedad y del comportamiento humano. Su propuesta de pobreza (o de opción por los pobres) no está vinculada a voluntarismo ascético/moral, sino a un camino en el que el «homo absconditus», enterrado tras el egoísmo posesivo de la cultura dominante, se desvela como un ser humano guiado por el principio misericordia, sensible al sufrimiento de los otros y feliz de y por compartir su ser y sus bienes con los desposeídos.

El cristianismo originario es portador de una fe siempre abierta en las posibilidades de la historia, que le invita a explorarla paciente y tenazmente, y le urge a explotar al máximo el rico filón de lo todavía inédito, pero *ya* viable de la utopía de la familia humana universal. Creer como Jesús de Nazaret es dejarse encantar por el sueño de que esta historia también en el s. XXI puede dar de sí algo diferente y alternativo (es decir, que puede, como pedía I. Ellacuría, revertirse). Lleva a recobrar la libertad de disentir de la opinión mayoritaria («sólo podemos aspirar a ir tirando») y a romper con la evidencia común («el futuro que nos aguarda será más de lo mismo»). Hasta aquí la mística de la misericordia es de una radicalidad absoluta.

A partir de aquí, la acción intrahistórica (política, económica, cultural, social, personal) ha de revestirse con un realismo posibilista. Con la misma terquedad el cristianismo originario se opone a cualquier conato de interpretación optimista del progreso de la historia. Con demasiada frecuencia las señales y las anticipaciones del futuro acaban intrahistóricamente mal: en el rechazo, en la persecución e incluso en el fracaso y en la cruz de la derrota. La permanencia en la lucha nuevamente se motiva gratuitamente. Solamente por amor a los pobres, por la autoridad divina que poseen las víctimas.

Una nueva cultura política para el cambio

Mónica Baltodano

Desde la planetaria necesidad del cambio social, ¿donde encontrar los trazos comunes que nos anticipen una nueva cultura y acción colectiva que lo aliente y lo estimule? ¿Quiénes son los portadores de un nuevo Ethos?

En esta búsqueda, una primera reflexión nos conduce al análisis de la categoría y la práctica de los *MOVIMIENTOS SOCIALES*. ¿Quiénes constituyen movimiento social? ¿Desde ellos es posible soñar con algo distinto? ¿Cómo delimitarlos? Aquí una sugestiva cita:

«En muchos aspectos, todos nos parecemos un poco a los seis famosos ciegos hindúes en la parábola clásica. Cada uno de ellos colocaba su mano en una parte diferente del elefante y en consecuencia describía un animal distinto». (Joseph Gusfield)¹

Los movimientos sociales (agentes de cambio) como forma de acción colectiva, se han construido y deconstruido a lo largo de la historia, como expresión del conflicto siempre presente, entre el sistema dominante y aquellos a quienes domina. Expresan el desarrollo de la conciencia colectiva de grupos, sectores, cuerpos

Mónica Baltodano es socióloga. Fue vice-ministra en Nicaragua en el gobierno sandinista de la década de los ochenta.

¹ Joseph Gusfield, (1994) «La Reflexividad de los movimientos sociales: revisión de las Teorías sobre la sociedad de masas y el comportamiento colectivo» en E. Laraña y J. Gusfield (eds), *Los nuevos Movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de investigaciones Sociológicas, 221-249.

sociales. Los movimientos sociales, coinciden todos los enfoques, son expresión de la necesidad de *explicitar* el conflicto.

Pero estos cuerpos sociales devienen en movimiento social, únicamente cuando son capaces de construir identidades, imaginarse una situación distinta y actuar rompiendo los límites impuestos por el sistema dominante, para conseguir cambios sociales.

A partir de los movimientos sociales de los años 60-70 (ecologistas, feministas, pacifistas, movimientos gay, movimientos por los derechos de los negros, por los derechos humanos, etc.) se desarrolla una visión que reivindica el fin de las ideologías, y proclama la posibilidad de hacer cambios, hacer transformaciones, particularmente en la esfera cultural y jurídico-política, a partir de la acción generalmente pacífica de aquellos.

Pero aquí nos referiremos a las experiencias de los movimientos que surgen desde mediados de los 80 y que expresan otro nivel de los conflictos y por supuesto innovadoras y novedosas formas de cultura y acción política.

Connotados teóricos de los nuevos movimientos sociales, (Alain Touraine, y Alberto Melucci entre otros) nos permiten acercarnos a una demarcación.

—Un movimiento social es una forma de acción colectiva que apela a la solidaridad, (Melucci), lo que sugiere que tenga capacidad para compartir una acción colectiva. Sus miembros se reconocen unos a otros como similares, como actores que tienen los mismos problemas, porque pertenecen a un determinado segmento social,

—Por otra parte, un movimiento social hace evidente un conflicto social. Los movimientos sociales por lo tanto son cuestionadores de una forma de dominación social, y,

—Un movimiento social rompe los límites del sistema en que se producen.

Los movimientos sociales son pues, sujetos activos en una realidad social determinada. Pero su constitución no es sólo el resultado de esa realidad determinada, sino que requieren además, como condición, la construcción de una voluntad colectiva, es decir una direccionalidad racional. La definición concreta de un fin hacia el cual se orientarán las acciones del colectivo.

El movimiento social es Sociedad Civil pero actuando por cambios sociales, y arrancándolos, construyéndolos, a partir de la ruptura de los límites del sistema.

Es muy importante también destacar que no es un concepto inmóvil, que grupos, redes y asociaciones de acuerdo a la evolución de sus compromisos, pueden convertirse en movimiento social, y por el contrario, que organizaciones otrora movimiento social, pueden asimilarse al sistema y terminar siendo su contrario.

Es lo que ha ocurrido por ejemplo con formidables movimientos sociales cuyos dirigentes han sido cooptados por gobiernos y se han convertido en «colaboradores» del sistema, o de movimientos que por medio de la cooperación externa se han *oenegeizado*, a veces por necesidad del sostenimiento económico de sus burocracias, terminando por reducir su accionar al *projectismo*, y no ya a explicitar un conflicto y para luchar por los cambios sociales.

En el caso de América Latina, el impacto del derrumbe de los paradigmas tradicionales, la propaganda y la emergente hegemonía cultural del neoliberalismo, la claudicación de una buena parte de la intelectualidad progresista y los efectos materiales desestructurantes de esas políticas, terminaron por configurar un escenario, en el que las luchas sociales pasaron a ser consideradas como «acciones desestabilizadoras». Las ilusiones y promesas de la nueva era, debilitaron temporalmente el movimiento.

No pocos coinciden en que en muchos países, el tránsito de una economía productora de bienes dominada por el sector industrial a una productora de servicios dominada por el sector terciario; que los cambios de la nueva distribución ocupacional, la emergencia del trabajo informal, el declive y crisis de la agricultura, la desvalorización de los medios productivos, la revalorización de la información, la tecnología y el conocimiento, trastocaron los referentes subjetivos y objetivos que habían constituido el basamento del movimiento social en muchas partes. Ello no sólo debilitó la fuerza social tradicional, peor aún, dejó a los dirigentes tradicionales con las siglas históricas, pero sin base social beligerante.

Dice James Petras, que «en las marchas convocadas en Brasil, por los Sin Tierra (MST) aparecen sólo dos mil funcionarios de la CUT (Central Única de Trabajadores) cuando esta central obrera tiene 15 millones de afiliados. No tienen poder de convocatoria, son un gigante con pies de barro. (...) En Argentina, en los levantamientos de Diciembre de 2001 Víctor De Gennaro (máximo dirigente de la Central de Trabajadores de Argentina, CTA) estaba «haciendo consultas... para ver si era o no legítimo comprometer el sindicato. Están inmovilizados, mientras otros se mueven», concluye Petras.

Pero felizmente estas reglas también tienen sus excepciones. Un dirigente del MST me comentaba en Brasil el año pasado, que con la victoria de Lula, algunos dirigentes del movimiento ganaron diputaciones. El movimiento les sustituyó en sus responsabilidades, para que no contaminen ni mediaticen las luchas. «Siguen siendo amigos, militantes del MST, pero no pueden tener rol de dirigentes», me decían.

Sin duda el movimiento más emblemático de finales del siglo XX lo constituye el Movimiento de los Sin Tierra (MST) cuya fundación oficial se produjo en 1984, pero cuya conformación fue resultado de un largo proceso que se inició con las tomas de tierra de un pequeño lugar y que fue adquiriendo paulatinamente las dimensiones de un formidable movimiento en un inmenso país: Brasil.

Se destaca el cuidadoso proceso de construcción de identidad a través de la concientización y organización, el desarrollo de sus propias formas de relación, su autonomía frente a los partidos políticos y la esmerada atención que dedican a la labor de formación política.

Los Sin Tierra se convierten en un referente obligado, cuando hablamos de los movimientos sociales. Efectivamente ellos son una formidable acción colectiva, fundada en la solidaridad. La solidaridad y el colectivismo se ha convertido en forma de vida entre sus militantes (así se autollaman: «*militantes*»): desarrollan el trabajo de forma colectiva, se dirigen colectivamente, luchan porque no se personalice la dirección del movimiento.

Expresan y explicitan el conflicto social, teniendo como centro «la democratización de la tierra». El conflicto es tan evidente que ha dado lugar a represión y violencia, y decenas de muertos. El conflicto lo plantean no sólo a nivel político sino también a nivel cultural. Están tratando de cambiar la manera como la sociedad brasilera analiza el conflicto que ellos explicitan. Y lo han ido consiguiendo. Al principio de la lucha tenían un amplio rechazo en la población. Ahora, la sociedad respalda su lucha y sus métodos: las tomas de tierra, las marchas, plantones, etc). En encuesta del año 2000, 80% de la población se manifestó a favor de sus luchas.

Afianza cada día la identidad colectiva, no sólo alrededor de la tierra sino la necesidad del cambio estructural. Por ello el MST ha llegado a formular colectivamente la vocación de construcción de otro tipo de sociedad, y se declaran abiertamente socialistas.

La diferencia con los sujetos tradicionales, es que no apuestan todo a la toma del poder, para hacer luego los cambios, sino que consideran que los cambios deben hacerse «aquí y ahora», y el movimiento por la tierra no es más que el inicio de un proceso del cambio social integral.

Sus experiencias no pretenden universalizarlas como nueva construcción teórica, o recetas para todos los males, incluso para el mismo Brasil. Como ellos mismos dicen «no debemos tomar decisiones por todos, hay que crear espacios en donde la opinión de los diferentes actores campesinos aporte al debate y, en el diálogo común se definan los caminos. No aceptamos la idea de que un movimiento tiene que ser hegemónico en sus planteamientos...»

Finalmente, hay que destacar que las transformaciones culturales las trabajan en primer lugar entre sus afiliados, de manera permanente, y han ido construyendo sus propios ritos y formas de comunicación que los fortalecen. Las llamadas «místicas» del MST, son la combinación de cantos, poesía, teatro, uso de los elementos simbólicos, sus banderas, sus tradiciones, que sirven para desarrollar el imaginario colectivo, de lo que debe construirse ya, para cambiar la sociedad.

Cuál escenario ¿Globalización o imperialismo?

El desempeño de estos movimientos no está exento de grandes ambigüedades. Así, de globalización hablan Fidel Castro y Bush. Los indígenas combativos de Bolivia y Ecuador y los capos de las grandes transnacionales que se reúnen en Davos o más discretamente en el selecto Club de Londres. Hablan de Globalización los magnates como Bill Gates, y dirigentes campesinos como Bové al estrellar su tractor contra la transnacional MacDonalD, en Francia.

Entonces, cuál es el verdadero marco referencial. ¿A cuál globalización o sociedad global referimos? ¿Aquella, «etapa superior», en la que todos seremos culturalmente homogenizados, estandarizados?, como denunció proféticamente el poeta Rubén Darío:

«¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?

«¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

O bien, el movimiento social puede lucir retardatario si nos referimos al enfoque encantador de un Anthony Guiddens, quien desde el laborismo inglés nos explica que la globalización, es sencillamente «la intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo, por la que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia, o viceversa»² (Mellón José Antonio: 81)

Quizás podrían asumir las elocuentes explicaciones post-modernas de tal suerte que lo esencial es comprender que ya no vivimos en las ciudades industriales de la primera mitad del siglo XX, sino en la sociedad «financiera», que ésta ya no tiene centro ni puesto de mando, que ya no tiene rostro, ni jefes y que por lo tanto tampoco tiene responsables. Que la sociedad que compartimos ahora, es básicamente «la internacionalización de los mercados financieros, del comercio de bienes y servicios, que ha creado ya un espacio de competencia internacional, que se extiende por todo el globo».

El término globalización usado en estos últimos años por mormones y cristianos, por amos y esclavos, tiene seguramente una enor-

² Joan Antón Mellón, *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Ariel, 2002.

me ventaja. Todos creemos o por lo menos damos la impresión, o nos quieren dar la impresión, de que nos estamos refiriendo a la misma cosa.

¿No sería mejor asumirlo, para que quede más clara la mundialización e imposición del modelo capitalista, ahora bajo su forma neoliberal? ¿Es o no verdad que este imperialismo tiene como su centro de mando unos cuantos Estados, quienes usan su poder económico, político, mediático, propagandístico, y últimamente sobre todo militar, para imponerse a otros Estados? ¿No será mejor hablar de la dinámica de nuestras sociedades sometidas a los impulsos de ese poderío?

¿No será mejor hablar del afán de dominación del mundo, por un conjunto de naciones? Para señalar que desde ahí se organizan las medidas de protección de los intereses de las grandes corporaciones, la propagación y defensa de sus intereses comunes, la conquista de nuevos mercados, la recolonización de naciones enteras; relaciones de dominación que luego se imponen a nuestros países por múltiples rutas?

¿No resultaría dicha categoría más exacta para explicar por qué desde esos Estados se organizan las invasiones y las guerras contra otros Estados, como la de Afganistán, Irak, Haití, e intervenciones solapadas a procesos como el de Venezuela, el bloqueo a Cuba, el apoyo a fuerzas represivas en Colombia y el aplastamiento del pueblo palestino? ¿No nos permitirá acaso, entender mejor la denuncia del Unilateralismo y el peligroso debilitamiento de Naciones Unidas y del Orden Jurídico Internacional?

Desde esta perspectiva comprometida se vuelve mas comprensible que «el 85 % de las multinacionales, empresas y bancos están en manos de Estados Unidos y Europa, y que entre las 50 empresas más grandes del mundo dos tercios son norteamericanas». Nos permite entender por qué Estados Unidos tiene hoy tropas en 180 países y bases militares en 120 naciones del planeta. (J. Petras)³

³ J. Petras, *Globalización, imperio e imperialismo, un debate contemporáneo*, charla brindada en la Cátedra Ernesto Ché Guevara de la Universidad Madres de Plaza de Mayo, Marzo 2004. Publicada en Rebelión <http://www.rebelion.org>

Con estas breves referencias, lo que se quiere indicar, es que el concepto imperialismo, nos permite mayor transparencia en la lectura de la realidad, incluso la actual. Por otra parte dicha perspectiva permite también indicar, el carácter y la dirección de la Resistencia nuevamente librada por una parte de la humanidad y explica –en buena medida– la naturaleza de la acción y no pocas de las nuevas modalidades de los movimientos sociales.

Partidos Políticos y Movimiento Social

Hay que decir con toda claridad y honestidad que de nuestros males, no todo es culpa, ni atribuible al neoliberalismo. Hoy resulta incuestionable, observando el accionar y la práctica cotidiana de no pocas organizaciones sindicales y partidos de izquierda, que la reducción de la acción política al ámbito de las negociaciones, a la política parlamentaria, al electoralismo y la privilegiada búsqueda de espacios de poder institucional, no sólo han hundido en la claudicación a otrora dirigencias revolucionarias sino que arrastran consigo a los dirigentes de las organizaciones populares y sociales. Para estos últimos, abundaron y abundan en muchos casos la asignación de butacas en parlamentos, consejos, ministerios y candidaturas de toda suerte. Y lo más dramático, estos últimos, se niegan a ceder sus responsabilidades en el movimiento social a los cuadros que realmente permanecen comprometidos en él.

No pocos partidos de izquierda han pretendido reducir a las masas, a la obligada transacción con las instituciones. Los movimientos sociales incluso han sido fundamentales para que algunos partidos y personas lleguen al gobierno y una vez en él, abandonan sus «promesas electorales», para terminar administrando las políticas dictadas por los organismos financieros internacionales.

En algunos sectores de los movimientos sociales existe un discurso antipartido. Algunos analizan este fenómeno con preocupación porque se identifica con los esfuerzos por despolitizar a la sociedad y trasladar todo al mercado. (Privatización de la política). Pero en buena parte de los movimientos sociales, hay con-

ciencia de que los cambios sociales requieren la convergencia de todo el que se quiera sumar a la resistencia permanente contra el sistema. La mejora de las relaciones partidos-movimientos sociales es un desafío en el que los partidos tienen la mayor responsabilidad.

Está demostrado que en sociedades donde impera el desempleo y pocas posibilidades de movilidad social, uno de los mecanismos con que opera el sistema para «su estabilidad» es la cooptación de los dirigentes de las luchas a través de los espacios institucionales, los buenos salarios y las «buenas butacas».

Tomemos la experiencia de los indígenas de la CONAIE, que contribuyeron directamente a la victoria de Lucio Gutiérrez, en Ecuador, señalaban autocríticamente que el ubicar como funcionarios estatales a dirigentes del movimiento, les había debilitado el movimiento. Cuando Pachacutik rompió su alianza con Gutiérrez, debido a que este gobierno ha enfilado su administración en la más absoluta subordinación a Washington y las instituciones financieras, decidieron entonces retirar a los dirigentes que habían asumido cargos de Ministros y otras tareas (a través de una renuncia masiva) pero no pocos de los dirigentes intermedios prefirieron quedarse gozando de «las mieles del poder»

A manera de Conclusión

El mundo del capitalismo, en plena madurez, con el control casi unipolar del planeta, en medio de su arrogancia, de su indiscutible fuerza económica y comercial, de su hegemonía cultural, con el dominio y control de la ciencia y la tecnología, del poderío ideológico que se desprende de su gran poder mediático, en fin, de su poder militar, que le permite imponer su dominio, a través del uso de la fuerza o de la amenaza del uso de la fuerza, de la subordinación de la institucionalidad internacional y del orden jurídico mundial a sus intereses, todo ello en el contexto de la nueva sociedad global, aún y a pesar de semejante poderío, el mundo, al decir del jefe de turno, el Sr. Bush, «el mundo hoy, es mas inestable, inseguro».

Esa mundialización-globalización ha ampliado en millones a los excluidos y ha elevado dramáticamente los conflictos objetivos de millones y millones de seres humano, que hoy se niegan a callar.

Los movimientos sociales han sido hasta hoy la expresión más dinámica de ese conflicto. De los niveles de conciencia y organización alcanzado por los excluidos. Pero quizás más relevante que eso, es el hecho de la emergencia de un nuevo sujeto transformador, que asume multiplicidad de formas de lucha y resistencia, que nos obligan a pensar que los cambios, la transformación, se expresa ahora, a través de un sujeto más colectivo, más dinámico, más plural y multifacético.

Si el optimismo que nos inspira el movimiento social, tiene algo de justificado, ello podría significar entre otras cosas, la emergencia de una nueva oportunidad, para una nueva teoría de la organización revolucionaria, una nueva cultura política y una nueva práctica en el camino de la transformación social.

Por último y quizás más relevante aún, los verdaderos movimientos sociales, han puesto al orden del día, la lucha por los cambios *aquí y ahora*. Marcando una decisiva diferencia frente a dirigencias partidistas sometidas al pragmatismo y a la claudicación.

Los movimientos sociales han rescatado y reivindicado para los sectores populares, la virtud de la política, tan desacreditada por tantos luchadores de ayer. Y nos llaman a comprender, cuanta razón tenía Bolívar cuando pedía. «LO IMPOSIBLE HAGÁMOS-LO HOY, QUE LO POSIBLE LO HAREMOS MAÑANA.»

Los retos de los Derechos Humanos en el marco de las relaciones internacionales de comienzos del siglo XXI

*«Sólo los dioses tienen certeza sobre lo invisible,
así como sobre lo mortal;
a los hombres sólo les ha sido concedido el conjeturar.»*
Alcmeón de Crotona

Mikel Mancisidor de la Fuente

Los Derechos Humanos como *realidad histórica*

En un reciente curso un participante me hizo una interesante observación: demasiado a menudo presentamos los Derechos Humanos y el sistema internacional que los protege como una red formal de instituciones, normas y procedimientos cristalizados, como si hubiesen sido creados ya completos por un conjunto de sabios en Ginebra o Estrasburgo. Si así fuese, estaríamos hurtando uno de los enfoques más atractivos y propios de los Derechos Humanos: su esencia política e histórica.

No es éste el lugar para hacer un recuento épico de la historia de los Derechos Humanos, pero sí me interesa para empezar la idea de que el *hoy* de los Derechos Humanos es el resultado de un *ayer* de disputas y conquistas, el resultado de un proceso histórico de ideas, sueños y duras luchas de pueblos, organizaciones e individuos.

Mikel Mancisidor es jurista y coordinador del Departamento de Derechos Humanos PTM-Mundubat.

El enfoque histórico no debe llevarnos a la ficción de imaginar el presente como el punto final de una historia lineal. Los Derechos Humanos que conocemos no son un resultado predeterminado o el final de una historia que otros han vivido con la intención de hacernos disfrutar del escenario terminado, sino un momento contingente en un proceso histórico que podría haber llevado caminos muy distintos y, lo que es más importante, nos puede conducir en el futuro próximo por impredecibles y desconocidas sendas. La historia del siglo XXI no está escrita y puede estar plagada de sorpresas de cualquier signo.

Y hablo del siglo XXI porque no es éste un artículo de historia, sino en todo caso de *realidad histórica* en el sentido que, heredero de Marx y Zubiri, defendía Ignacio Ellacuría: «La verdad de la realidad histórica no es lo ya hecho: eso es sólo una parte de realidad. Si no nos volvemos a lo que se está haciendo y lo que está por hacer, se nos escapa la verdad de la realidad». Así la *realidad histórica* que son los Derechos Humanos habla de pasado, pero también de presente y de futuro, y sobre todo llama a nuestra participación en ese presente y en ese futuro. Es de este camino de construcción de la historia abierto a insospechadas posibilidades, es de esa *realidad histórica* en sentido *ellacuriano*, que queremos tratar en este artículo.

La internacionalización de los Derechos Humanos

El *hoy* de los Derechos Humanos se caracteriza, entre otras cosas, por su internacionalización (que constituye el enfoque central de este artículo): por un lado existe un Sistema Internacional de Promoción y Protección de los Derechos Humanos y, por otro, los Derechos Humanos están en la agenda de las relaciones internacionales (no cabe hablar de relaciones internacionales o diplomacia sin conocer el *factor Derechos Humanos*).

Mucho se podrá discutir si ese sistema internacional de protección sirve más o sirve menos, pero el hecho es que existe y que nunca antes habíamos conocido algo parecido. Mucho se puede debatir sobre si la presencia de los Derechos Humanos en la agenda

internacional es o no hipócrita, es más útil o menos útil, pero el hecho es que están presentes y que nunca antes lo habían estado.

Pasaron años discutiendo si esa internacionalización tenía, a pesar de sus evidentes insuficiencias, entidad como para ser valorada y defendida o si, por el contrario, frente al horror del sufrimiento humano en que a veces convertimos el mundo, resultaba tan ineficaz (tanto para la prevención de las violaciones masivas como para su punición) que se convertía en un mecanismo despreciable y legitimador de unas relaciones internacionales fundamentalmente injustas. Quizá no fueran sino dos actitudes personales de ver las cosas... o quizá había detrás diferentes objetivos políticos. El caso es que en ese debate estábamos en los años 80 cuando de pronto nos encontramos ante una nueva era histórica.

La historia troceada

Las eras no nacen de la noche a la mañana, no existe un instante inaugural a partir del cual una época terminó y otra comienza. Sin embargo, tomamos hechos simbólicos, a veces míticos, a los que les damos el significado de hito para mostrar que una época marcada por determinadas características termina y otra, con carácter en parte propio y en parte común, comienza. Asumimos la parcelación de la historia como *convención* a efectos prácticos, sin pretender que la vida de las personas o la vida social cambian de pronto.

El historiador británico Eric Hobsbawm escribió una combativa historia dividida en eras. El siglo XIX es largo y está dividido en tres eras: «La Era de la (doble) Revolución», política e industrial, que nace con la francesa y termina con las de 1848; «La Era del Capital» nace en 1848 y termina en torno al año 1875, en que comienza «La Era del Imperio» que acaba en 1914. Ese año comienza el corto siglo XX que terminaría con la caída del muro de Berlín en 1989. ¿Qué comienza en 1989?, ¿cuáles son las características de esa nueva era en que vivimos?

Si la nueva era comienza en el 89

Estas preguntas no se pueden contestar desde la ciencia histórica, sino desde el análisis político y, si se me permite, con un poco de juego prospectivo. Se ha dicho muchas veces que tras la caída del Muro de Berlín comenzaba una época de esperanzas e ilusiones. Y, sin caer en estúpidas ingenuidades, lo cierto es que en parte fue cierto. A pesar de los problemas, conflictos y sufrimientos de los años 90, decenas de Estados mejoraron sus estándares democráticos y de libertad, integraron en sus sistemas constitucionales mecanismos de defensa de los Derechos Humanos y se sumaron a los sistemas internacionales de protección que pudieron así recibir un importante impulso. El nacimiento del Tribunal Penal Internacional sólo 10 años después fue otro hito importante.

El fin del enfrentamiento ideológico este-oeste permitió que surgiera el debate norte-sur. La Cumbre del Milenio, con sus Objetivos 2015, fue uno de los mejores compromisos de la historia de las relaciones internacionales, tal vez su mejor momento. El dilema internacional más polémico de los 90 fue, significativamente, el de la intervención humanitaria que, aún con todos sus abusos y contradicciones, recogía una vieja esperanza humanitaria y tenía pretensiones de legalidad.

Me dirán que idealizamos, en comparación con lo que vino después, el mundo nacido en el 89. Puede ser cierto, pero las bases de esa idealización, como se ve, no son del todo falsas y en tanto nos sirva para entender, por comparación, este mundo de hoy, la admitiremos.

Si la nueva era comienza en 2001

Hubo otro acontecimiento, pocos años después del 89, que alcanzó una fuerza simbólica y un impacto visual comparables a la caída del muro de Berlín. Un acontecimiento que reclama, como la caída del muro, su condición de hito. Todos sabemos que me refiero a la mañana del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York.

Corrigiendo al viejo maestro Hobsbawm, muchos pensadores atribuyeron a este 11 de septiembre la condición de hito que mar-

caba el verdadero final del siglo XX y el nacimiento de una nueva era. Lo hemos oído y leído tantas veces que resulta fatigoso recordarlo. Pero si fuera cierto que con ese evento referencial comienza una nueva era, de nuevo deberíamos hacernos las mismas preguntas, ¿qué empieza en 2001?, ¿cuáles son las características de esta nueva era?

Su contenido diferenciador estaría pivotando sobre una serie de conceptos que monopolizan hoy las relaciones internacionales: el terrorismo internacional, la seguridad, el cuestionamiento de Naciones Unidas, la confusión entre lo público y lo privado, y el uso preventivo de la fuerza, entre otros.

Es evidente que estas preocupaciones no aparecen de la noche a la mañana en 2001. Las características de la era post 11-S venían de atrás y se habían ido haciendo fuertes durante los 10 años anteriores. Cierto, pero no menos cierto es que su momento llega cuando la pareja Bush-Cheney se hace con el poder en EE UU de una forma tan irregular que obliga al novelista-historiador norteamericano Gore Vidal a referirse a ellos como la «Junta Bush-Cheney».

El 11-S permite a la Junta Bush-Cheney desplegar toda su batería ideológica aprovechando primero una reacción de solidaridad, justificada pero acrítica, de la comunidad internacional y abusando posteriormente de esta solidaridad para imponer sus intereses y su agenda bajo el nefando «conmigo o contra mí».

Lo que la Junta Bush-Cheney viene a defender es que el equipo del presidente Clinton fue incapaz de comprender la misión y el destino de la superpotencia que dominaba el mundo unipolar tras la caída del muro de Berlín. El multilateralismo, el concepto mismo de comunidad internacional, era ilusorio y debía servir al cumplimiento de esta misión. En tanto el derecho o la comunidad internacional o sus instituciones no sirvieran, EE UU debía hacer prevalecer su ley, su *derecho*, su realidad de única superpotencia. El *ilusorio derecho convencional* que surge de la comunidad internacional no puede limitar ese otro *real derecho natural* que da la fuerza, que da concebirse a uno mismo como cabeza del eje del bien. Ni Naciones Unidas, ni el Derecho Internacional podían ser un obstáculo que se interpusiese en esa misión histórica concretada en la política exterior norteamericana.

IRAK, paradigma de la era 2001

La operación sobre Afganistán fue rápida y en ese momento de solidaridad con Estados Unidos que cerró muchos ojos y creó muchos silencios. Pero, como dijo un filósofo, cuando las cosas pasan por segunda vez es que son de verdad, y la crisis de Irak, la agresión y su posterior ocupación han terminado de configurar las características de esta nueva era:

1.- El terrorismo como justificador. La agresión contra Irak debía hacerse para combatir el terrorismo. Era una afirmación que se sostenía a sí misma. No requería de demostración. Nadie supo explicar qué relación concreta tenía el régimen de Sadam con el terrorismo internacional ni para qué serviría la agresión. «Estaban cegados por la ideología», dijo con rabia John le Carré. Y es cierto, bastaba la ideología, bastaban las ganas de creer, bastaba la afirmación gratuita de que la guerra era contra el terrorismo para justificarla y condenar a los disidentes como irresponsables, cómplices o blandos con del terrorismo. La declaración de contraterrorismo, tenga o no contenido objetivo, se convierte así en una moderna «patente de corso» que puede llegar a autorizar el crimen.

2.- El desprecio a las normas internacionales. El Derecho Internacional es válido para ordenar el comportamiento de la generalidad de los Estados, pero no puede encorsetar la misión de la potencia global y sus aliados. La agresión contra Irak fue ilegal y el esfuerzo por defender su legalidad fue mínimo y desplegado por EEUU sólo en la medida en que podía facilitar el apoyo británico, no por convicción de que la legalidad internacional supusiese plus alguno a sus pretensiones. Así como en los 90 se debatía sobre la legalidad y legitimidad de la intervención humanitaria, en 2003 sin embargo la justificación radicaba en los intereses y las «profundas convicciones», en la lucha del bien contra el mal. Defender la legalidad de la guerra preventiva resultaba superfluo, las justificaciones presentadas eran mera creación ideológica que se sostenía en la fe, no en la razón y mucho menos en el derecho.

3.- Cuestionamiento de Naciones Unidas. Ya nos lo advirtieron durante las primeras semanas de 2003: la guerra se haría con

o sin la ONU. Naciones Unidas no era un actor político determinante, sino, a lo sumo, un actor humanitario posterior. Naciones Unidas sería relegada a la condición de mastodóntico organismo que es mejor tener a favor, pero que en todo caso tiene sus atribuciones limitadas (poco más que consultivas) y puede despreciarse por inútil (la Casa Blanca llegó a calificarla de «irrelevante»).

4.- Los Derechos Humanos se convierten a veces en un lujo frente a la seguridad. El disfrute de los Derechos Humanos se puede limitar en aras a un bien superior, a facilitar objetivos pretendidamente antiterroristas. Así se explican desde las irregularidades judiciales británicas al limbo jurídico de Guantánamo.

5.- Confusión de lo público y lo privado. La red de intereses empresariales del equipo de la Junta en el sector petrolero, militar y logístico directamente implicado y beneficiado por la agresión contra Irak es tan tupida que excede las predicciones que pudiera haber hecho con antelación el más desconfiado de los cínicos. Los contratos son adjudicados a dedo (por motivos de seguridad y eficacia, se dice), el seguimiento es prácticamente nulo (nótese que por el momento las irregularidades han sido detectadas por la prensa, no por la administración contratante) y el incumplimiento impune. Ni con la mejor de las intenciones se puede evitar concluir que dos más dos son cuatro y que la sospecha razonable se convierte en certeza moral: los intereses privados influyeron decisivamente en la agresión. Pero la confusión de lo privado y lo público se extiende al mismo hecho militar: mercenarios, empresas de seguridad, servicios privados de prisiones, de investigación, de «obtención de confesiones»... Todo lo cual permite, al tiempo, la transferencia económica directa de lo público a lo privado-amigo y la evasión de la responsabilidad internacional clásica reclamable de la potencia ocupante.

6.- El conflicto político se remodela como conflicto entre civilizaciones o religiones. Hace ya 10 años el Profesor Huntington presentó su famoso artículo *The Clash of Civilizations*. En aquel artículo venía a decir que en los años por venir los conflictos más graves y numerosos no serían ya entre Estados (como hasta la Primera Guerra Mundial), ni entre ideologías (como hasta la Se-

gunda Guerra Mundial), ni entre superpotencias (como hasta el 89), sino entre civilizaciones definidas por la cultura y la religión. En Irak se ha destrozado la principal estructura estatal laica de la zona y se humillan los sentimientos religiosos y las sensibilidades culturales y nacionales, con el resultado práctico de fomentar liderazgos fundamentalistas y reacciones de radicalización islamista, debilitando las organizaciones laicas y las sensibilidades cosmopolitas. Si esa política resultase exitosa, el conflicto iraquí dejaría de presentársenos como un conflicto político (sobre soberanía, agresión, potencias ocupantes, minorías, derechos y obligaciones, principios democráticos, seguridad regional, etc.), es decir, como un conflicto resoluble en términos de negociación política y de respeto a los principios básicos de la comunidad internacional, para convertirse en un conflicto religioso o de civilizaciones, entre islamismo (árabe) y judeocristianismo (occidental), es decir, un conflicto innegociable e irresoluble, un conflicto de esencias, de ser o no ser, de vencer o morir. El conflicto de Irak era hace un año un conflicto, todo lo grave que se quiera, pero fundamentalmente político. Hoy es un conflicto sin duda mayor y al que además se le han sumado importantes componentes religiosos y culturales que lo remodelan. Como profecía autocumplida, las previsiones de Huntington, convertidas en ideología agente de la Junta, se van realizando.

¿Dónde estamos? ¿Dónde nos colocamos?

Retomemos el juego de las eras. Si estamos en la era que nació en el 89, marcada, con todos los matices e insuficiencias que queramos, por la extensión formal del sistema democrático y de los sistemas de protección de los Derechos Humanos, las características derivadas del 11 de Septiembre serían sólo un bache temporal que superar antes de retomar el sendero principal. Si por el contrario de 1989 a 2001 vivimos los estertores del siglo XX, con todos sus extremos y contradicciones capaces de lo mejor y de lo peor, la nueva era nacería en 2001 y sus características, las hemos estudiado, no podrían ser peores.

¿Es nuestra era la que nace en 1989 o la que nace en 2001? No lo sabemos. No lo sabemos porque, afortunadamente, la historia

no nos viene hecha. No pasamos, como humanidad, como pueblos, como organizaciones y como individuos, por ella, sino que la construimos. Es aquí donde adquiere sentido la visión de los Derechos Humanos como *ellacuriana realidad histórica* en construcción que defendíamos en los primeros párrafos de este artículo.

La derrota de Aznar ha sido un pequeño paso y en las próximas elecciones norteamericanas nos jugamos otro poco. Pero la labor de construcción de los Derechos Humanos la tenemos también en nuestras manos, por medio de su defensa y promoción diarias.

Los retos

Concretando, ¿cuáles son los retos específicos que en materia de Derechos Humanos se nos presentan para escribir con cierta dignidad esta historia del siglo XXI?

Hay muchos retos, pero yo quiero aquí llamar la atención sobre cuatro. Los dos primeros (DESC e impunidad) me parecen avances que el sistema internacional de Derechos Humanos estaba consiguiendo y que quedaron truncados con la llegada al poder de la Junta. Retomarlos resulta perentorio. El tercero (derecho e instituciones) exige recomponer un campo y unas reglas de juego que han sido cuestionadas y debilitadas. El cuarto (seguridad) me parece relativamente nuevo y en él nos jugamos mucho. Veámoslos.

1.- La exigibilidad de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales (DESC). Desde su llegada al poder, la Junta Bush-Cheney instruyó a sus embajadores para defender que los DESC no debían ser considerados como Derechos Humanos, serían a lo sumo expectativas sociales que alcanzar en un futuro ideal gracias al éxito del libre mercado. Sólo la solidaridad post 11-S pudo permitir que una teoría tan retrógrada ganara terreno en Naciones Unidas. España incluso cedió a Estados Unidos por dos años su representación ante la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra para que se defendieran semejantes teorías. Hoy las cosas han empeorado y los relatores de Naciones Unidas sobre los DESC han advertido en la última Comisión de 2004 que estamos en un

momento crítico para su defensa. Pero a pesar del camino retrocedido, los DESC son Derechos Humanos y como tales deben tener sus mecanismos de exigibilidad, de denuncia y de obtención de remedios eficaces. Es momento de recuperar el consenso sobre los DESC y avanzar hacia su perfeccionamiento como Derechos Humanos protegidos (el proyecto de Protocolo Facultativo al Pacto DESC es uno de los objetivos inmediatos).

2.- La lucha contra la impunidad. El Tribunal Penal Internacional fue, con todas sus limitaciones, uno de los grandes avances de la dignidad humana. Si bien el gobierno Clinton no fue, ni mucho menos, un entusiasta del proyecto, al menos no se empeñó en abortarlo. La Junta Bush-Cheney ha impuesto humillantes cláusulas de excepcionalidad a terceros países. El TPI pierde así fuerza, pero sigue siendo un importante hito que debemos proteger. Otras formas de lucha contra la impunidad desde la Jurisdicción Internacional (caso Pinochet) adolecen de carencias aún mayores y distan mucho de ser perfectas, pero aún así han cubierto importantes huecos del sistema de punición internacional y pueden seguir cubriéndolos en el futuro cercano en tanto se consoliden remedios mejores.

3.- Defensa del Derecho Internacional y de las Instituciones Internacionales. Las organizaciones de Derechos Humanos debemos ser críticas con la ONU y debemos trabajar por su reforma. Somos críticos con las carencias del Derecho Internacional. Pero partimos de la base de que sólo su existencia con peso normativo y político puede servir para trabajar por un mundo mejor y que no puede haber país o autoridad que se declare por encima de normas e instituciones.

4.- Articulación de un concepto válido de Seguridad. La seguridad es una demanda social real, justa y razonable. Los Estados tienen no sólo el derecho, también la obligación, de procurarla. Las organizaciones de Derechos Humanos no hemos sabido dar respuesta a estas preocupaciones y hemos permitido que se introdujera con éxito la idea de que hay una relación de suma cero entre la seguridad y los Derechos Humanos, que hay un equilibrio que conseguir, que hay un sacrificio de libertad y derechos humanos que hacer si queremos mayor seguridad.

No pocos países han aprovechado así la demanda de seguridad para recortar derechos y libertades (paradigmática es la política de *seguridad democrática* de Uribe en Colombia). No se debe dar la sensación de que al defender los Derechos Humanos se menosprecia la seguridad. Sin seguridad no hay Derechos Humanos y los defensores de los Derechos Humanos son los primeros interesados en un clima de seguridad.

¿Se acuerdan de las armas de destrucción masiva de Irak? El riesgo que suponían —que siguen suponiendo allá donde las haya— no era un juego de niños, pero precisamente por eso había que tratar el asunto con enorme responsabilidad. La frivolidad con que Bush, y por detrás Aznar como corista, manejó el asunto, su necesidad fanática de mezclar todo con sus propias obsesiones y prejuicios, la obviedad en la manipulación, la colisión de intereses particulares y política públicas, todo ello contribuía a aumentar el riesgo porque confundía a la opinión pública, dividía a los gobiernos y vaciaba de contenido a Naciones Unidas, donde debería haberse mantenido el asunto, en lugar de tirar dos años ya perdidos para el trabajo de verdad. Fueron ellos, Aznar y Bush, quienes jugaron con nuestra seguridad y no, como ellos pretendían, quienes reclamábamos —y seguimos exigiendo— rigor en el tratamiento de un asunto tan serio.

Lo mismo sucede con el terrorismo. La ciudadanía demanda seguridad y el gobierno debe facilitarla. Pero precisamente por eso debe emplear siempre medidas dirigidas a la solución de los problemas, no a su enquistamiento, a la reducción de los riesgos, no a su aumento. Precisamente porque nos preocupa el terrorismo y la seguridad, estamos interesados en combatirla con normas, con rigor, con efectividad.

La peregrina teoría aznariana de que el terrorismo no tiene causas es significativa. Estamos de acuerdo en que el terrorismo es injustificado e injustificable, que el fanatismo no es razonable ni, en términos generales, se puede negociar o transigir con él. Pero de ahí no se colige que el terrorismo no pueda tener caldos de cultivo favorables y causas complementarias o adicionales al delirio que hay que combatir. El fanatismo se combate con democracia, derecho y razón, desde luego con mucho rigor y dureza,

pero nunca con más fanatismo, más crímenes o saltándose las normas. La seguridad que nos interesa no es esa fantasía momentánea que conseguimos participando en crímenes internacionales, creando rencor y odio. Esta política, como la que Sharon practica en Israel, centra toda la atención en la seguridad para finalmente, de forma paradójica, traer más inseguridad. La paradoja de este fanatismo de la seguridad lo hemos vivido recientemente en Atocha.

Las organizaciones de Derechos Humanos debemos interesarnos por la seguridad, ser propositivos y dar alternativas a la sociedad, no ir siempre por detrás únicamente denunciando excesos. La sociedad debe detectar que hay alternativas más eficaces para su seguridad que la vulneración de los derechos de otros. La seguridad que nos interesa es otra y más eficaz. Es la seguridad que conseguimos tomando todas las medidas de protección y de punición, por supuesto, pero es la seguridad que empieza con la promoción de la justicia, con el tratamiento de los conflictos, con el disfrute generalizado de los Derechos Humanos, con el respeto a las instituciones internacionales. Algunos la han empezado a llamar, probablemente con acierto, *Seguridad Humana* (PNUD, Amartya Sen o Sadako Ogata)

La seguridad en el siglo XXI o es global, es decir, para todos los ciudadanos y pueblos del mundo o no será más que un privilegio ficticio y frágil, mantenido a un coste insostenible, progresivamente fallido y crecientemente cruel. Si otro mundo es posible ese otro mundo debe ser seguro. Seguro para todos, en el norte y en el sur. Esta seguridad no viene de Las Azores, viene del entendimiento entre culturas, viene de la seguridad alimentaria para todos, de la seguridad medioambiental, de la seguridad jurídica que sólo puede dar la comunidad internacional y sus instituciones legítimas, viene del disfrute de todos los Derechos Humanos por todos los humanos y viene de la mano de los objetivos de la Cumbre del Milenio de Naciones Unidas (Objetivos 2015). Ésta es la seguridad de verdad, por la que hay que luchar en este inicio de siglo XXI. Que no nos roben la lucha por la seguridad. Si nos ganan la batalla por la seguridad en las sociedades nacionales y en la comunidad internacional, habrán dado el primer paso para ganarnos el siglo XXI.

Comentario bibliográfico

No se trata de incluir una bibliografía, siquiera somera sobre la materia, sino de reconocer las fuentes que menciono en el texto o de las que he tomado directamente cosas útiles.

El esquema de las eras nos lo ha sugerido la obra de **Eric Hobsbawm**. Sus libros, todos interesantes, están traducidos al castellano y publicados por Crítica. La expresión «Junta Bush-Cheney» la tomamos del ensayo *Dreaming War: Blood for Oil and the Cheney-Bush Junta* de **Gore Vidal**, que en España ha publicado Anagrama. Sobre la política de la actual administración también resulta útil el siempre documentadísimo **Noam Chomsky** en su último libro *Hegemonía o supervivencia*, editado por Ediciones B.

Para todo lo relativo al Sistema Internacional de Protección de los Derechos Humanos, me remito al reciente y magnífico manual de **Carlos Villán Durán**, *Curso de Derecho Internacional de los Derechos Humanos*, que es lo más completo que he conocido. Une un impecable manejo teórico con una apabullante experiencia práctica. Es un Curso de recomendable lectura y de permanente consulta para quienes tratamos estas cuestiones. Lo ha publicado Trotta. Sobre la lucha por los DESC me remito a las publicaciones del **Observatori DESC** de Barcelona (www.descweb.org) y a las obras de **Terre des Hommes** publicadas en castellano, en el marco del trabajo del **Grupo Sur**, por Icaria, *El derecho a exigir nuestros derechos* y *El derecho a la equidad*. Sobre la Jurisdicción Internacional y la impunidad, su fundamento, sus límites y sus potencialidades recomiendo vivamente el muy riguroso y progresista *El caso Pinochet. Los límites de la impunidad*, de **Antonio Remiro Brotons**, publicado por Biblioteca Nueva.

El concepto de realidad histórica de **Ignacio Ellacuría** lo he tomado de su *Filosofía de la realidad histórica*, también en Trotta. El artículo de **Samuel P. Huntington** se publicó en la revista *Foreign Affairs* y ha sido publicado en libro en castellano por Tecnos. También se puede encontrar íntegro y gratuito, en su versión original inglesa, en www.alamut.com. Para

localizar los artículos sobre Seguridad Humana de **Amartya Sen** y **Sadako Ogata** o profundizar sobre este concepto emergente, ver www.humansecurity-chs.org.

Para todo lo referente a las cuestiones legales relativas a la agresión contra Irak voy a citar un trabajo propio junto a **Eoin McGirr**, *Dictamen. La legalidad internacional del uso de la fuerza contra Irak (con especial atención a la posición española)* que fue publicado, bajo el auspicio de la Federación de Asociaciones de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos y de la Plataforma 2015, por PTM-mundubat. Puede encontrarse íntegro en www.ptmmundubat.org, dirección en la que, si se prefiere, puede solicitarse el envío de un ejemplar gratuito.

Y para terminar, el inicio. La cita del pitagórico **Alcmeón de Crotona** (530-470 a.c. aprox.), que quiere anunciar el tono no dogmático del artículo, la descubrí en el libro *Historia de la Filosofía Griega*, de **W. Capelle**, traducido por el sabio maestro **Emilio Lledó** y publicado, cómo no, por Gredos. Posteriormente he encontrado otras traducciones de este fragmento, pero ninguna tan rica en matices y tan bella.

La paz en Palestina

Xavier Martí

La paz es un concepto abstracto y sobre el que se pueden hacer diversas aproximaciones. La paz se puede entender como un mero cese de la violencia. La paz puede venir como resultado de la capitulación de uno de los contendientes. La paz puede ser considerada justa para unos e injusta para otros. El concepto de paz, en definitiva, lleva parejo dos elementos que, potencialmente, pueden poner en entredicho su bondad: su carácter efímero y su interpretación. Así, la paz suele llevar asociada un calificativo: justa, injusta, posible, viable, duradera, segura, etc. En este sentido, el objetivo de los acuerdos de resolución de conflictos no debiera ser simplemente *alcanzar la paz*, sino que debiera tener en cuenta *qué paz*, es decir, un acuerdo que, en la medida de lo posible, se sustentara en el tiempo y en el que ambas partes percibieran que sus reivindicaciones son mayormente atendidas. De otra manera, la paz difícilmente será paz si no es duradera ni justa.

La difícil consecución de este fin último necesita transitar, a mi entender, por la reconciliación. Más allá de la firma de documentos, de imágenes de manos estrechadas y de toda la simbología que envuelve a los acuerdos de paz, debe haber una reflexión propia sobre la historia del conflicto, sobre los motivos y los hechos, sobre las responsabilidades y las culpabilidades. El acuerdo no es el puerto de llegada, sino que debe ser el paso hacia la reconciliación. Si no es así, éste será sólo la expresión de una relación de poder, y ahí residirá su fragilidad.

Xavier Martí es profesor de economía en la Universidad Autónoma de Barcelona y experto en el conflicto palestino-israelí.

Dado que ese ejercicio de reconocimiento es un proceso de largo recorrido, resulta necesario que los acuerdos a los que se llegue transmitan señales claras de que existe un compromiso sincero de las partes de avanzar en ese camino. Igual o más importante que el cumplimiento de los términos del acuerdo es el respeto al espíritu de dicho acuerdo.

Este esquema de resolución de contiendas, de consecución de la paz, está lejos de ser aplicado en el conflicto entre palestinos e israelíes, un conflicto que se extiende desde hace ya más de un siglo. Efectivamente, los sucesivos procesos de paz que se han venido proponiendo a lo largo de la historia se han basado siempre en la lógica de la relación de poder entre las dos partes, avalada a su vez por la comunidad internacional, que nunca ha actuado como árbitro imparcial, sino obedeciendo a sus intereses. En definitiva, nunca estos procesos han venido acompañados de una voluntad de reconciliación, de reconocimiento de responsabilidades. De ahí que todos los intentos hayan fracasado.

Acuerdos de paz

La gran mayoría de propuestas de paz planteadas por los diversos actores y organismos internacionales para resolver el conflicto entre palestinos e israelíes se han centrado principalmente en la dimensión territorial. Los procesos desarrollados a lo largo de la década de los noventa (Acuerdos de Oslo) obedecían claramente a ese parámetro: «paz por territorios». Los israelíes ofrecían la devolución de territorios en Cisjordania y la Franja de Gaza, ocupados en 1967, a cambio de la renuncia de los palestinos a la violencia contra Israel. Pero esta ecuación esconde además otra renuncia de mayor calado para los palestinos, más allá de las posibles divergencias sobre las fronteras y territorios a devolver. Ésta es la renuncia al retorno de los millones de refugiados palestinos dispersados por todo Oriente Medio, fruto de la expulsión practicada tras la guerra de 1948 y que supuso la creación del Estado de Israel. Este hecho es conocido por los palestinos como *Al Naqba* (el Desastre).

Si se entiende que la identidad palestina forjada a lo largo del siglo pasado incorpora un fuerte elemento diaspórico (de la mis-

ma manera que la diáspora judía ha jugado un papel esencial en la identidad del israelí) y que, a su vez, la cultura de la resistencia (representada por el deseo de los refugiados a volver y a no ser naturalizados en los países de acogida) es un vector esencial de la cultura palestina, se comprenderá la centralidad de la figura del refugiado en la causa palestina. Ésta engloba todo un conjunto de reclamaciones (territorios, capitalidad de Jerusalén, agua, fronteras, etc.). El derecho al retorno es quizás la más importante, no sólo por afectar a un gran número de palestinos (más que la población palestina que actualmente reside en Cisjordania y Gaza) sino, sobre todo, por su simbología y trascendencia en la vertebración de la conciencia palestina.

Todo ello conlleva la necesidad de revisar el parámetro de la dimensión territorial. La búsqueda de la paz debe ampliar su espacio para incorporar otros aspectos que pertenecen al ámbito de lo intangible, es decir, el derecho al retorno de los refugiados en tanto que componente fundamental de la memoria colectiva palestina.

La no aceptación, hasta el momento, de este marco de trabajo por parte de Israel no es una cuestión menor que obedezca a determinadas estrategias de negociación, sino que entronca con motivaciones mucho más profundas que nos sitúan en la raíz misma del conflicto.

Por un lado, aceptar el derecho al retorno supone para Israel tener que enfrentarse a la historia y reconocer su responsabilidad en la creación del drama de los refugiados, hecho que siempre ha negado e ignorado. Tradicionalmente, la historiografía oficial israelí ha construido un discurso que se sustenta en atribuirse la condición de víctima frente a la constante agresión externa representada por los pueblos árabes de la zona. Como cita el historiador israelí Ilan Pappé, este hecho «se consideraba fundamental y necesario para facilitar la socialización de los judíos en el país».¹ Efectivamente, la condición de víctima ha actuado (y actúa) de elemento aglutinador y conformador de la identidad israelí, más allá de la propiamente judía. Por lo tanto, intercambiar los roles y trasladar esa condición a los palestinos y asumir la de agresor

¹ Ilan Pappé, «Una aproximación al conflicto palestino-israelí», en *Informe sobre el Conflicto de Palestina*, Ignacio Álvarez-Osorio (ed.), Ediciones del oriente y del mediterráneo, Madrid, 2003.

podría implicar consecuencias traumáticas para una sociedad, la israelí, cohesionada en gran parte entorno a este mito.

Por otro lado, el retorno de millones de refugiados palestinos a Israel desmontaría el proyecto sionista, y su pretensión de constituirse como un estado etnocéntrico (judío). De hecho, los diferentes gobiernos israelíes no dudan en explicitar su rotunda negación a la vuelta de los refugiados aduciendo que, de esta manera, se vería amenazado el carácter judío de Israel.

Israel, como Estado, es la punta de lanza del Sionismo,² doctrina que lleva implícitos los objetivos de la exclusividad judía y la expansión territorial para abarcar lo que denominan la Tierra de Israel (Eretz Israel), que se corresponde con la Palestina histórica. Para ello ha practicado toda una serie de políticas que van desde la desposesión y apropiación de los recursos palestinos (tierra y agua), a la destrucción de la economía e instituciones palestinas, pasando por la ya citada expulsión sistemática de población.

Por tanto, el retorno aparece como incompatible con este proyecto. De hecho, el rechazo a este derecho de los palestinos constituye una de las líneas rojas establecidas por Israel en cualquier proceso negociador que se inicie, y cuenta con un amplio consenso dentro de la clase política y sociedad israelí.

De esta manera, Israel se aferra a la fórmula de paz por territorios, que deja de lado, entre otras cosas, este espinoso asunto. Consciente de que la comunidad internacional presiona para alcanzar algún tipo de acuerdo que suponga la pacificación de la zona, Israel ha tenido que modular el objetivo sionista para dar cabida a algún tipo de autonomía palestina sobre parte de los territorios. La visión más pragmática del laborismo israelí (dispuesta a sacrificar soberanía territorial a cambio de mantener el carácter judío de Israel, frente a la visión más maximalista del Likud, que es reacia a ceder soberanía) es la que lideró el proceso de paz de Oslo de los años noventa. Así, la nueva Autoridad Palestina, creada en el marco de estos acuerdos, asumió las competencias civiles (Zonas A y B) y de seguridad (Zonas A) de una porción muy

² Movimiento nacionalista judío surgido en el siglo XIX que proclama que Palestina (Eretz Israel) es y será siempre la tierra del pueblo judío.

pequeña de los territorios que, por otro lado, incorporaba a la mayor parte de la población palestina de Cisjordania y Gaza. Israel conseguía así un doble objetivo: bajo la apariencia de haberse logrado un acuerdo de paz, Israel seguía manteniendo su soberanía sobre la mayor parte de los territorios palestinos (Zonas C), apenas habitados por población palestina. Esto está acorde con los ejes de la doctrina sionista: mayor soberanía judía sobre el territorio y que éste cuente con el menor volumen de población no judía como sea posible.

De hecho, todas las tentativas de solución del conflicto, tanto en el pasado como en el presente, se fundamentan en un mismo principio impuesto por Israel: 'cada uno en su casa'. Más allá de las divergencias existentes sobre cuál es la 'casa' (territorio) de cada uno, el objetivo es la separación, la exclusividad judía de la mayor parte de Eretz Israel, y no la coexistencia (compatible con dos Estados).

En el fortalecimiento de esta idea juega un papel importante otro de los elementos que ocupa un claro protagonismo en las políticas israelíes: la seguridad. La necesidad de seguridad, derivada de su condición de víctima, lleva asociada en Israel el concepto de *frontera*. Como dice el escritor judío-israelí Michel Warschawski: «la frontera es un concepto central en la vida de todo israelí, es un elemento conformador de nuestras vidas, delimita nuestros horizontes, sirve de línea de demarcación entre la amenaza y el sentimiento de seguridad, entre enemigos y hermanos».³

El Muro

La solidificación de esa idea de frontera viene hoy representada por el muro que Israel viene construyendo en Cisjordania desde el verano de 2002. Israel justifica el proyecto como una medida que persigue evitar los ataques palestinos en su territorio. En realidad, detrás del muro subyace la idea de la separación y, de nuevo, la seguridad no es el objetivo sino el argumento para avanzar en ese propósito.

³ Michel Warschawski, *Sur la frontière*, Ed. Stock, París, agosto 2002; p. 17.

Los episodios de violencia continua, incluso los sucesivos fracasos en los intentos para alcanzar algún tipo de acuerdo, parecen haber ido conformando un sentimiento general de que es necesaria la separación de los contendientes. Se aduce que es la única manera de frenar esta espiral de violencia e invertir, con el tiempo, el odio que parecen profesarse ambas comunidades.

Pero esta reflexión se sustenta sólo en la lógica de la seguridad. En cambio, la separación está fuertemente arraigada a la ideología sionista y, en particular, a la laborista, quien ha liderado todas las propuestas de acuerdo con los palestinos, basadas, como se ha repetido antes, en el principio del 'cada uno en su casa'.

El muro es, por tanto, la realización de esa idea. De ahí que apenas sea discutido en el seno de la sociedad israelí. La izquierda sionista (representada por el Partido Laborista y el Meretz) critica las formas adoptadas por el gobierno de Sharon para su ejecución y apuestan por la activación de las vías diplomáticas, que acompañen esta medida con el mantenimiento de las conversaciones y una cierta tutela de la comunidad internacional. Pero el muro en sí no es discutido como tal.

Por su parte, el Likud y la derecha nacionalista israelí, paradójicamente, han tenido que aceptar la construcción del muro aunque, en parte, vaya en contra de su imaginario. En consonancia con la ideología sionista, la Tierra de Israel debe estar bajo soberanía judía, por tanto no debiera ser dividida. Pero la presión de la sociedad israelí, que reclama medidas efectivas contra los ataques de activistas palestinos, ha hecho que lo acabe aceptando. A cambio, se ha reservado el derecho a establecer unilateralmente su trazado que, lejos de seguir la Línea Verde,⁴ se adentra significativamente en el territorio de Cisjordania para anexionar a Israel la mayor parte de las colonias judías y las principales fuentes de agua.

La izquierda y derecha sionista encuentran en el muro un nuevo punto de conexión. Para la primera representa la separación y es acorde al discurso sobre el carácter etnocéntrico de Israel, por eso no se oponen. Por su parte, para la segunda, el muro actúa como una herramienta más para quebrar el movimiento nacional palestino.

⁴ Línea de armisticio tras la guerra de 1948.

En su objetivo de crear y consolidar un hogar para el pueblo judío en la que consideran su tierra, los diferentes gobiernos de Israel a lo largo de su historia han puesto en práctica un mecanismo sistémico dirigido a eliminar las señas de identidad y de la presencia de los palestinos en ese territorio por el que compiten. Las circunstancias del momento y la coyuntura internacional han marcado los *tempos* de este proceso pero nunca ha dejado de funcionar, a veces más ruidosa y otras más silenciosamente. Las medidas utilizadas incluyen: la expulsión directa de palestinos (como ocurrió en 1948), la propia ocupación de Cisjordania y la Franja de Gaza, la confiscación de tierras y propiedades, la sustitución de los nombres de las antiguas poblaciones árabes por otros que se corresponden con la memoria del pueblo judío, la división del pueblo palestino clasificándolo según su condición (palestino refugiado, palestino de los Territorios Ocupados de Gaza y Cisjordania, palestino de Jerusalén, palestino de Israel) y, en definitiva, con el debilitamiento del movimiento nacional de resistencia palestino (a través de la violencia practicada, los arrestos masivos y los castigos colectivos, o la desestructuración social y económica). El Likud y la derecha nacionalista israelí entienden la construcción del muro como un paso más en este proceso.

Conclusiones

El muro contribuye a desviar más la posible solución del conflicto del camino de la reconciliación, proceso que necesariamente debe acompañar a cualquier propuesta de negociación. La reconciliación obliga a una relectura de la historia por parte de cada una de las sociedades y, por tanto, del reconocimiento de responsabilidades. Pero no sólo por constituir un deber frente al contendiente sino por propia higiene de uno mismo. Sólo así, aunque sea un proceso largo y penoso, la paz se basará en la coexistencia y en el reconocimiento del otro, que es la mejor garantía para que ésta perdure. Y la coexistencia es compatible con dos Estados, si es que no se cree conveniente optar por la solución de un único Estado binacional, como defienden algunos autores y activistas.

Por el contrario, la dimensión territorial en cualquier proceso de paz parece haberse convertido en dogma. De esta manera, un compromiso territorial alcanzado por ambas partes supondría el fin de la ocupación y, por tanto, el fin del conflicto. A esta lógica responden todas las propuestas presentadas, desde Oslo hasta la Hoja de Ruta (2003), pasando por Camp David (2000) y Taba (2001). De ahí que cuando no se logró un acuerdo en Taba, la gran mayoría de la sociedad israelí consideró que, en realidad, los palestinos no deseaban la paz. No podían comprender cómo éstos rechazaban una propuesta que, entendían, suponía satisfacer la mayor parte de sus reclamaciones territoriales. El llamado campo de la paz israelí que englobaba a un amplio espectro de la izquierda sionista, intelectuales y movimientos sociales se sintió decepcionado y traicionado por esa decisión de los palestinos que atribuyen al escaso compromiso de Arafat para con la paz, lo que ha llevado a su desmovilización.

Como de nuevo nos recuerda Pappe, la fragilidad de ese dogma, también vertebrador de los Acuerdos de Ginebra (que hoy se presentan como la gran esperanza), radica en considerar que el conflicto se resuelve con el fin de la ocupación israelí de Cisjordania y la Franja de Gaza. El conflicto trasciende esa dimensión y se adentra por otros senderos menos tangibles. La solución pasa, para los palestinos, por la restitución de su memoria como pueblo. De ahí que cualquier solución que se proponga debe incorporar a todo el pueblo palestino, a los de los territorios ocupados, pero también a los refugiados y a los palestinos que se quedaron en Israel.

Por tanto, aceptar esta visión implica que Israel debe reconocer que la creación de su Estado supuso la división del pueblo palestino. El *Naqba* es el hecho que viene marcando, en gran medida, la identidad del palestino desde 1948.

Este reconocimiento por parte de Israel supone hacer una lectura crítica del movimiento que le ha llevado a constituirse como Estado, tal como se define. En definitiva, implica repensarse fuera del Sionismo. Si no es así, el conflicto permanecerá, aunque haya terminado la ocupación territorial.

Alternativas a la gestión de los conflictos violentos tras el 11 de septiembre: una experiencia vasca

Gorka Espiau

Introducción e hipótesis de trabajo

En los últimos tiempos asistimos a un aluvión de cambios políticos, sociales y económicos justificados en base a la búsqueda de mayores cotas de seguridad. El atentado del pasado 11 de marzo en Madrid forma parte ya de la historia más dolorosa y sangrienta en nuestro imaginario colectivo.

Seguramente, el punto de partida a este nuevo ciclo político internacional debemos encontrarlo en los sucesos del 11 de septiembre. La respuesta de la única superpotencia a estos brutales atentados ha arrastrado, primero a sus aliados más cercanos, y después al resto del mundo en la búsqueda de la seguridad como bien máspreciado y prioridad número uno de la agenda internacional. Seguramente, ni en el mejor de los escenarios que los autores de estos atentados previeron para sus intereses, se encontraba un cambio de paradigma sobre la seguridad tan profundo.

No es el objetivo de este artículo explicar las dinámicas que han hecho posible estos cambios, ni las consecuencias que previsiblemente van a tener. Son muchos los autores que con mayor conocimiento y experiencia lo están haciendo. El reto de este artículo es, aunque también pueda resultar muy pretencioso, presentar

Gorka Espiau es portavoz cualificado del movimiento social Elkarri.

una alternativa seria y práctica al conocido como antiterrorismo global. Constataremos primero cómo esta teoría no sirve para garantizar la seguridad, ni mucho menos la paz, entendida ésta de forma positiva y relacionada con el desarrollo humano, y posteriormente trataremos de presentar una experiencia concreta de la que poder extraer algunas claves para responder a los retos de seguridad a los que se enfrenta la sociedad internacional contemporánea.

Los atentados del 11 de septiembre, la guerra en Afganistán, el agravamiento del conflicto palestino-israelí o la invasión de Irak son acontecimientos que han potenciado los modelos más autoritarios y militaristas y menos proclives a la diplomacia, la negociación o la mediación en la resolución de conflictos. La única forma de responder a esta nueva situación, proclaman los responsables del nuevo paradigma antiterrorista, es el recurso a la fuerza. Internamente, recortando derechos y libertades fundamentales, y externamente, atacando al potencial enemigo allí donde se encuentre «de forma preventiva».

No tenemos que ir muy lejos para comprobar la puesta en práctica de estas ideas. Aznar apoyó incondicionalmente la invasión de Irak y puso en marcha una ofensiva interna en base a los mismos parámetros: deslegitimación del diálogo como instrumento democrático de transformación de conflictos, ilegalización de Batasuna, instrumentalización partidista de la lucha antiterrorista, etc.

En cualquier caso, las preguntas fundamentales que alguien debería responder son: ¿es legítimo vulnerar derechos y libertades fundamentales para garantizar la seguridad?, y sobre todo ¿sirven estas medidas para garantizar realmente la seguridad? Dejando momentáneamente de lado la primera de ellas, lo que si podemos constatar es que la masacre de Madrid demuestra la incapacidad de las estrategias de fuerza para garantizar la seguridad de las grandes potencias. No sólo eso, la respuesta antiterrorista global impulsada por Bush y apoyada incondicionalmente por Blair, Aznar o Berlusconi, la amenaza poderosamente.

Un nuevo arma letal

Hace unos meses, tuve la oportunidad de presentar el trabajo de Elkarri en la Universidad Tufts de Boston. El marco era un simpósium sobre el concepto de intervención militar. Lo que más me llamó la atención de aquel encuentro fue el hecho de que nadie parecía haberse percatado de que algo nuevo hacía tambalear los parámetros de seguridad reinantes hasta la fecha. Había expertos en seguridad del Departamento de Estado norteamericano, de Naciones Unidas, académicos y activistas de los Derechos Humanos, pero nadie puso el acento en el hecho de que los ejércitos, la policía, las fronteras y las nuevas tecnologías resultan totalmente inservibles ante un nueva arma mortífera: la existencia de miles de personas que están dispuestas a inmolarse para cometer un ataque violento contra los que consideran sus más terribles enemigos. Estos grupos constituyen el catalizador necesario de una realidad inapelable, de la injusticia más evidente: más de la mitad de la población del planeta vive en los umbrales de la pobreza. Así las cosas, los sistemas de seguridad que estaban pensados para el combate con fuerzas regulares, y para organizaciones con lógicas políticas que parten del valor de la vida del militante, nunca habían tenido en cuenta el hecho de que al enemigo no le importase morir.

Las autoridades civiles y militares de EE UU, así como sus aliados se resisten a aceptar este cambio. Al contrario, reiteran la apuesta por la intervención militar (Afganistán e Irak), la represión (Palestina) y la vulneración de derechos fundamentales (Guantánamo) como respuesta. Parecen desconocer una de las reglas más contrastadas en la historia de la humanidad. Esta dinámica basada en la fuerza represiva genera a su vez más personas que apoyan a los suicidas, y más personas que están dispuestas a morir matando.

De esta forma, o aquellos que buscan su seguridad por encima de todas las cosas cambian de mentalidad, o sus antiguas estrategias antiterroristas van a ir generando más y más personas dispuestas a aterrorizar el corazón de las sociedades avanzadas. ¿Cómo se puede garantizar la seguridad de los ciudadanos de

Madrid, Washington, Londres o Moscú si existen cientos de personas dispuestas a adosarse cincuenta kilos de explosivo y hacerlos explotar en cualquier edificio del centro de sus ciudades? El objetivo es la población civil. ¿Cómo se puede proteger a todos y cada uno de los habitantes de una gran ciudad? Es materialmente imposible.

En este contexto, además de por la convicción que parte del compromiso con la no-violencia y los Derechos Humanos, no hay otra alternativa que buscar estrategias de construcción de paz que resulten efectivas. Éste es, seguramente, el gran reto del Siglo XXI. Por eso, este artículo presenta una experiencia práctica que siendo limitada y modesta, plantea algunas claves sobre las que hacer girar el paradigma de la seguridad. No son cosas nuevas, los principios se han ido desarrollando a lo largo de muchos siglos, tal vez su aplicación a las características de las sociedades actuales sea lo más interesante.

Un ejemplo

A continuación hablaremos del conflicto vasco. Evidentemente, nada tiene que ver con el fenómeno de la violencia religiosa, ni con la pobreza como generadora de revueltas sociales. Sin embargo, los modelos de transformación del mismo también presentan dos posibilidades: la utilización de la fuerza o la búsqueda de un proceso de paz basado en el diálogo.

Los últimos años representan un periodo terrible para los esfuerzos encaminados hacia la construcción de un proceso de paz y de soluciones dialogadas. Este análisis se debe enmarcar en el contexto creado con la ruptura de la tregua a finales de 1999. El año 2000 estuvo dominado por una desgarradora ofensiva de amenazas y atentados mortales de ETA y por una intensa crispación política que se extendió hasta las elecciones autonómicas del 13 de mayo de 2001. Los resultados de estos comicios constituyeron un serio revés para la estrategia del Gobierno del PP y una contundente respuesta ante la ruptura de la tregua. Los años 2002 y 2003 vuelven a caracterizarse por una tensión política intensa, alimentada por la amenaza de ETA, que se extiende a sec-

tores cada vez más amplios, y por la estrategia de ilegalización de Batasuna que impulsó el Partido Popular. Al mismo tiempo, el Lehendakari Ibarretxe presenta la propuesta conocida como «nuevo pacto para la convivencia». Todo ello ha ocurrido dentro de un clima convulso que se mezcla además con un permanente ambiente electoral muy enrarecido por la situación de amenaza y exclusión.

Sin embargo, pesar de los acontecimientos y mensajes que recibimos a través de los medios de comunicación diariamente, somos muchos los que pensamos que el conflicto vasco se encuentra en un periodo de transición entre el final de un ciclo de confrontación y el principio de un ciclo resolutivo. En base a este análisis, y como todo periodo de transición a un proceso de paz, vivimos situaciones contradictorias. El momento actual tiene características del pasado, pero anticipa también tendencias de cara al futuro. Lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer. En este momento, conviven iniciativas e intentos por poner en marcha procesos de diálogo con situaciones muy duras de violencia y enfrentamiento. Todas las cuestiones que afectan a las razones que se encuentran en el fondo del conflicto vasco están en un momento de encrucijada, de incógnita, de necesidad de redefinición para el futuro y de apertura a un nuevo ciclo.

El escenario político ha estado hasta las elecciones de marzo de 2004 fundamentalmente ocupado por tres apuestas estratégicas con sus correspondientes liderazgos. La estrategia de violencia de ETA, la estrategia del Partido Popular y el Plan Ibarretxe del Gobierno Vasco. En este contexto, todas las corrientes políticas logran conformar mayorías de bloqueo, pero ninguna conseguía agrupar alianzas para desbloquear la búsqueda de posibles soluciones. El debate político y mediático no encontraba una senda constructiva, estaba instalado en la crispación y dominado por la desconfianza.

La situación política estaba además caracterizada por una extendida y multilateral percepción de grave amenaza. La más importante y objetiva, por el nivel de vulneración de los Derechos Humanos que representa, es la que sufren los partidos PP, UPN,

PSOE, PSN, PSE-EE y UA, víctimas de la inaceptable persecución, la amenaza y los atentados de ETA. En otro plano y con características muy diferentes, organizaciones de la denominada «izquierda abertzale» sufren restricciones directas en el ejercicio de las libertades fundamentales a través de la ilegalización y suspensión de sus actividades. Por último, los partidos que forman el Gobierno Vasco denuncian una tenaza de presión mediática y política.

Sin establecer equiparación alguna entre situaciones cuantitativa y cualitativamente muy distintas, esta descripción sirve para resaltar que la actuación de unos y otros actores políticos se desarrolla, en gran medida, desde la prioridad de la autodefensa ante el temor a ser asesinados, agredidos o excluidos. Un factor éste, objetivamente muy poco propicio para la búsqueda del interés común y la superación de escenarios de suma cero.

También existían elementos positivos. Tendencias y realidades que invitaban a pensar en un futuro diferente. Entre éstos, destaca como clave absolutamente necesaria para entender la realidad vasca, la cohesión integradora y moderadora de la sociedad. Se trata de una sensibilidad compartida muy consolidada que rechaza la violencia, pide diálogo para resolver los conflictos pendientes, demanda una solución plural y quiere tener la posibilidad de decidir sobre su futuro. Lo más relevante de este posicionamiento social es su transversalidad, que atraviesa todo el espectro político y se convierte en el principal espacio de oportunidades para construir un proceso de paz.

Una oportunidad para construir un proceso de paz

Los resultados de las Elecciones Generales de marzo de 2004 han producido un vuelco y un cambio histórico en el escenario político vasco. Este cambio ha sido provocado en última instancia por los propios errores del Gobierno del PP y por la insostenibilidad de sus políticas. Pero los cambios se llegan a producir porque anteriormente se han ido creando condiciones que los hacen posibles. En este sentido, deben destacarse -por su importancia en la

creación de condiciones favorables al cambio- la fuerza e incidencia de las voluntades sociales mayoritarias o el sostenimiento y perseverancia, a pesar de las dificultades, de iniciativas sociales y políticas de carácter alternativo a aquellas políticas dominantes.

Conviene en todo caso identificar con claridad qué es lo que ha cambiado y qué es lo que permanece igual, para poder realizar a continuación una interpretación adecuada de la nueva situación. Hay al menos tres grandes factores que no se han modificado: persiste la violencia y la amenaza de ETA, persiste también la exclusión e ilegalización de Batasuna y de otras organizaciones de la Izquierda Abertzale, y sigue existiendo un importante déficit de diálogo fluido, articulado y sostenido entre las fuerzas políticas. Permanecen también, o incluso se fortalecen las voluntades sociales mayoritarias por la no-violencia, el diálogo, el pluralismo y la voluntad popular.

De lo que ha cambiado, podemos destacar hasta cinco elementos. Ha cambiado el Gobierno en Cataluña y se ha iniciado un proceso de modificación del Estatut, hay un nuevo Gobierno en Madrid, se ha iniciado el debate en el Parlamento Vasco sobre la propuesta para un «nuevo acuerdo de convivencia», hay una predisposición general favorable al diálogo por parte de todos los agentes políticos excepto el PP, y la Izquierda Abertzale está acentuando su discurso hacia la búsqueda de soluciones negociadas.

Como vemos, este momento ofrece grandes oportunidades pero presenta también muchas incertidumbres. Destacaremos las tres que, de modo más claro, condicionan las posibilidades de este nuevo escenario político.

En primer lugar, en los próximos meses conoceremos si el Gobierno Vasco logra articular un proceso real de debate, diálogo y acuerdo plural sobre la «propuesta para un nuevo marco de convivencia». En segundo lugar, comprobaremos también qué va a hacer el nuevo Gobierno socialista, si apuesta por abrir una política de diálogo múltiple, resolutivo y sin exclusiones, o por el contrario, pone el acento en un pacto antiterrorista ampliado con diálogos condicionados y limitados.

En cualquier caso, la incógnita más urgente a despejar es lo que hará ETA en los próximos meses. En este contexto, sólo parece haber dos posibilidades, si ofrece un cese de la violencia serio y creíble o no. Las dos primeras interrogantes de las que hemos hablado puede que dependan también de esta circunstancia.

Existen otras muchas claves e iniciativas que habrá que tener en cuenta, pero éstas se presentan como las más determinantes. Su resultado escribirá en nuestra historia si fuimos capaces de aprovechar este momento o si por el contrario fue una nueva oportunidad perdida.

Una alternativa real

Según todos los expertos en gestión y transformación de conflictos, una intervención efectiva en esta materia necesita combinar tres espacios de actuación. El primero de ellos, el que puede denominarse como central, es el ámbito político. No tenemos que extendernos demasiado en explicarlo porque es el más visual y conocido. La práctica totalidad de experiencias en gestión, mediación y transformación de conflictos tienen como protagonistas a gobiernos, partidos políticos y organizaciones armadas. De hecho, para muchos observadores de estos procesos, el ámbito político sería el único ámbito relevante de actuación.

El segundo espacio es el ámbito internacional. Además de las iniciativas que se desarrollan en el espacio político local, cada vez más intentos de gestión positiva de conflictos introducen una dimensión internacional que afecta a instituciones internacionales, organizaciones interestatales y medios de comunicación de cobertura global. De hecho, ya muy pocos conflictos escapan a una participación internacional.

El tercero, y el más desconocido, es el ámbito o dimensión social. Los esfuerzos por la paz necesitan verse apoyados y en muchos casos promovidos, desde el corazón de la sociedad afectada. Este ámbito de trabajo es un gran desconocido. Pueden encontrarse muchas referencias teóricas pero apenas hay seguimientos prácticos.

Como venimos señalando, las nuevas tendencias en transformación positiva de los conflictos identitarios resaltan la importancia de combinar estos tres ámbitos de actuación para conseguir una intervención efectiva. La clave sería por lo tanto el equilibrio entre ellas. Es evidente que cada caso es diferente y por lo tanto en función de sus características requerirá mayor implicación internacional, intensificar el espacio político o centrarse en la dimensión social. Sea cual fuere la situación, lo que será común a todas ellas, es que cuanto más equilibradas en estos ámbitos, más efectivas resultan.

Hablando de ejemplos recientes, podemos citar los casos de Palestina e Irlanda. En ambos, con desarrollos muy diferentes, los sucesivos intentos de acuerdo han venido chocando contra factores de resistencia muy poderosos. En Irlanda, tal vez el más evidente haya sido la negativa de una gran parte de la comunidad unionista a apoyar procesos de diálogo y acuerdo que contemplasen cualquiera tipo de modificación del status político dentro del Reino Unido. Sin embargo, en el momento en el que la dimensión política y la ayuda internacional encuentran receptividad social, el acuerdo de Viernes Santo se hace realidad. No podemos dejar de mencionar la interrelación que existe entre los tres niveles, pero los hechos demuestran que sin el apoyo y la participación social que protagonizaron movimientos como la Coalición de mujeres, Diálogo democrático, Initiative 92 o Peace People, éste no hubiera sido posible.

En Palestina, la evolución de los acontecimientos no invita al optimismo. Sin embargo, en los últimos meses, y por primera vez las demandas de una solución dialogada promovida por la comunidad internacional cuentan con importantes apoyos sociales. Hasta cuatro iniciativas de paz se están construyendo con una importante participación de la sociedad civil, siendo la conocida como Iniciativa de Ginebra la que más repercusión internacional ha conseguido. No existe ninguna garantía de éxito, pero por primera vez asistimos al nacimiento de una iniciativa de construcción de paz integral.

La importancia de la participación social

Son muchas las experiencias que pueden presentarse para abordar las cuestiones que estamos planteando. A continuación se presenta la del movimiento social por el diálogo y el acuerdo en el País Vasco, Elkarrri. Este trabajo se denomina mediación social y trata de complementar la dimensión social con la intervención política y la participación internacional, tal y como planteábamos al comienzo de este artículo.

Nacido el 20 de diciembre de 1992, el objetivo de este movimiento social ha sido desde entonces trabajar por transformar la situación de conflicto y violencia en el País Vasco en una situación de diálogo y acuerdo. Transformarlo, en definitiva, de manera positiva y no violenta. Tomando como punto de partida el diálogo y el acuerdo, se formula la idea de la mediación social. La lucha por el diálogo y el acuerdo necesitaba que la propia sociedad vasca se convirtiese en sujeto activo de esta lucha, impulsando el diálogo y participando en la construcción del acuerdo. La propia sociedad vasca convertida en mediadora.

En una primera etapa, Elkarrri se centró en difundir masivamente la idea del diálogo y el acuerdo. Más adelante, trató de llevar esta idea a la práctica haciendo propuestas concretas para su desarrollo. En lo que podríamos denominar la tercera etapa, este movimiento social está impulsando en todos los niveles procesos participativos para la definición de espacios de acuerdo.

Desde 1992, al mismo tiempo que se desarrollaba el trabajo en la base de la sociedad descrito, Elkarrri ha elaborado con la colaboración de la práctica totalidad de los partidos políticos vascos diversas propuestas concretas para explorar aquellas ideas compartidas por todos y con potencialidad para abrir un proceso de diálogo. El trabajo posterior de seguimiento y contraste de las diferentes aportaciones, a través de una metodología interactiva, ha llevado a este movimiento social a profundizar en las cuestiones que ofrecen una mayor virtualidad para llegar a acuerdos, y a elaborar propuestas sobre principios del diálogo y metodología que forman ya parte del bagaje político con el que contamos para iniciar un proceso de paz. Como ejemplo de los resultados de este

trabajo podríamos mencionar la existencia de un incipiente lenguaje común, la presentación de numerosas propuestas concretas que tratan de mejorar nuestras normas básicas de convivencia y la diferenciación entre reivindicaciones partidistas legítimas y proceso de paz.

En el ámbito internacional, Elkarri ha tejido una importante red de contactos que reciben información puntual sobre el trabajo que se está desarrollando en el conflicto vasco y con la que se estudia diferentes posibilidades de participación adaptadas a las características de cada entidad. De esta forma, este movimiento social cuenta hoy en día con el apoyo explícito de importantes referencias internacionales como John Hume, Dalai Lama, José Ramos Horta, Rigoberta Menchú o Danielle Mitterrand, ha colaborado con las principales organizaciones de Derechos Humanos y transformación de conflictos, UNESCO, Amnistía Internacional, Human Rights Watch, Centro Carter o la Comunidad de San Egidio, y envía información mensual sobre el conflicto vasco a más de 30.000 organizaciones y expertos en todo el mundo.

El conflicto vasco es, en definitiva, un buen ejemplo de la potencialidad de la participación social en la construcción de la paz. De hecho, no es fácil encontrar experiencias de participación social que hayan influido tanto en su contexto político, ni que hayan recibido un apoyo ciudadano tan masivo.

El proyecto de Conferencia de Paz

En base a estos argumentos y prioridades, Elkarri ha decidido *impulsar un nuevo escenario de diálogo multipartito para el acuerdo sobre principios y procedimientos de un proceso de paz*. Crear ese nuevo escenario de diálogo es, en consecuencia, lo que denominamos Conferencia de Paz.

La I Conferencia de Paz reunió en 1995 a cinco partidos durante cinco días y ofreció reflexiones compartidas pero no suscritas sobre consensos y disensos. La II Conferencia de Paz ha reunido entre los años 2001 y 2002 a diez partidos. El resultado ha sido una negociación inacabada con dos borradores de consenso, no apoyados, ni rechazados. Desde una perspectiva de proceso,

parece oportuno realizar un tercer intento de crear un nuevo espacio de diálogo multipartito que trate de (1) completar la negociación, (2) convertir en acuerdo los borradores y (3) lograr la participación de todas las fuerzas políticas. Aceptar que la conquista de un objetivo puede requerir más de un intento es, en opinión de Elkarri, simplemente un ejercicio de madurez.

Las dos Conferencias de Paz organizadas hasta ahora han constituido la más clara aproximación al modelo de solución dialogada que defiende Elkarri. La II Conferencia de Paz ha representado además la más importante expresión de apoyo social e internacional obtenida por el diálogo y el acuerdo como método de transformación de esta realidad. La experiencia y los resultados de la II Conferencia de Paz han hecho que Elkarri reciba peticiones expresas de continuidad y de crear un nuevo espacio de diálogo multipartito. Ciudadanos/as, partidos políticos, moderadores, colaboradores, asesores y miembros de los Comités de apoyo o de la red internacional han coincidido en una misma idea: lograr un punto de inflexión en una situación de bloqueo como la nuestra requiere tiempo y más de un intento.

Esta propuesta tiene el objetivo de crear un espacio de diálogo multipartito para lograr un acuerdo plural sobre principios, procedimientos y compromisos para un proceso de paz resolutivo y complementar éste con una dinámica de foro social y político para el consenso sobre escenarios de futuro. La estructura de la propuesta responderá a un esquema de participación social, apoyo internacional y diálogo político. Su diseño definitivo se deberá realizar buscando los más amplios consensos. En cualquier caso, su fase de desarrollo se celebrará a partir de la primavera de 2004. Las fechas concretas se decidirán mediante la consulta con los diferentes agentes participantes en el proceso. Elkarri promoverá este espacio de diálogo multipartito mediante el consenso, la colaboración y la organización con otros agentes locales, estatales o internacionales.

Conclusiones

1.-En base a los argumentos expuestos, podemos concluir que vivimos un momento de gran trascendencia en el que debate sobre la seguridad lidera la agenda internacional. Sin embargo, las medidas basadas exclusivamente en la utilización de la fuerza armada, la guerra preventiva y los recortes de libertades fundamentales retroalimentan los conflictos que afectan a la seguridad y los Derechos Humanos en todo el mundo.

2.-Los ataques suicidas representan un instrumento desestabilizador letal para el que no tienen respuesta los instrumentos de defensa con los que cuentan los miembros de la comunidad internacional. El atentado de Madrid es la demostración más reciente y brutal de este fenómeno.

3.-Es necesario buscar nuevas formas de abordar los conflictos internacionales que sean respetuosas con los Derechos Humanos y las libertades fundamentales, y que tengan capacidad real para identificar las raíces de estas situaciones de violencia, desarrollar una gestión adecuada y poder transformarlas positivamente.

4.-Las experiencias más exitosas en prevención, gestión y transformación de conflictos nos indican la necesidad de combinar tres espacios de actuación para la construcción de procesos de paz con garantías: participación social, ámbito político y facilitación internacional.

5.- De estos tres niveles, la participación social es el menos conocido y desarrollado. Sin embargo, su potencialidad es igual o superior al espacio político o a la participación internacional. Una sociedad activa y comprometida puede convertirse en la mejor garantía de éxito.

6.-Elkarri es un movimiento social que trata de aplicar estos tres niveles de trabajo de forma equilibrada con el objetivo de construir un proceso de paz en el País Vasco. El proyecto que concreta estas ideas es conocido como Conferencia de Paz y ha recibido el apoyo de más de 120.000 personas en un universo poblacional de menos de tres millones de habitantes.

7.-Este tipo de proyectos representan una alternativa comprometida con los Derechos humanos, real y mucho más eficaz que la exclusiva utilización de la fuerza.

Referencias:

www.elkarri.org

www.revistaelkarri.org

III

La solidaridad como paradigma

Intervenciones humanitarias: de la intervención militar a la prevención de conflictos

Juan Hernández Zubizarreta

Introducción

En el actual contexto internacional la confusión terminológica y la manipulación de categorías para la comprensión de los distintos conflictos internacionales son una constante. Se analizan como sinónimos términos como ayuda humanitaria, intervención militar humanitaria, guerra preventiva, guerra humanitaria, catástrofes humanitarias, genocidios... y un sin fin de conceptos contradictorios atravesados, no obstante, todos ellos por una revalorización y manipulación de la guerra como instrumento de la resolución de conflictos.

Por tanto, se requiere, en primer lugar, clarificar los contornos del debate para poder proponer propuestas de intervención.

Por otra parte, los medios de comunicación recogen en los últimos meses un conjunto de noticias relacionadas con la cuestión tratada. La gravísima situación humanitaria generada en Irak¹ por la ilegal e injusta guerra, junto al bloqueo decretado por Naciones Unidas, mientras gobernaba Saddam Hussein, son dos caras de una misma moneda; en ambos casos la sociedad iraquí es quien sufre las «bondades» de la intervención humanitaria.

Juan Hernández Zubizarreta es profesor de la Universidad del País Vasco/EHU y director de Hegoa.

¹ L. Bimbi, *No en mi nombre, guerra y derecho*, Trotta, Madrid 2003.

En Palestina la crisis humanitaria es de altísima intensidad ya que el pueblo palestino se enfrenta al gobierno israelí que goza del apoyo por activa y por pasiva de las grandes potencias occidentales. En Chechenia la guerra continúa con efectos dramáticos en la población civil y sin embargo su eco mediático es muy limitado pese a la intensidad y duración de un conflicto profundamente desigual.

La reciente desestabilización de Haití nos permite analizar la posición conocida y contrastada de Estados Unidos en América Latina y Caribe en las últimas décadas. Se patrocina un golpe de Estado, una intervención encubierta, frente a un gobierno supuestamente dictatorial para, a continuación, intervenir como fuerza de pacificación. Las razones de fondo nada tienen que ver con motivos humanitarios.

En África la tónica consiste en ocultar o tratar parcialmente los numerosos conflictos olvidados que generan crisis humanitarias cotidianas: Sudán, Los Grandes Lagos, Somalia... sólo cuando la situación es extraordinariamente grave y cinematográficamente reseñable, como Liberia en el verano de 2003, aparecen en los medios de comunicación. Se puede añadir el enquistamiento del conflicto del Sahara o del Tibet.

Como puede apreciarse, existen numerosos conflictos que deben, necesariamente, ser analizados con mucha cautela. Todos y cada uno de ellos responden a un abanico multicausal y multidimensional de difícil solución, pero el reto reside en saber cómo abordarlos desde la solidaridad internacional; lo que exige, al menos, delimitar con la máxima precisión qué entendemos por intervención humanitaria, qué situaciones son objeto de la misma y si se puede acuñar en el actual panorama internacional una teoría general al respecto.

Cuestiones previas

Una primera cuestión reside en deslindar las intervenciones humanitarias de las guerras de la última década: la guerra del Golfo de 1991, la de Kosovo de 1999, la de Afganistán de 2002 y la actual guerra contra Irak.² Dicho de otro modo, estas guerras nada tienen que ver con la defensa de los derechos humanos, ni con la

prevención de catástrofes humanitarias, ni de genocidios; responden a otra lógica muy distinta que a partir del 11 de Septiembre se hace muy evidente. La unilateralidad y la guerra preventiva se convierten en las piezas que EE UU utiliza para apuntalar, bajo una retórica humanitaria, las guerras imperiales.

En cualquier caso, los efectos que provocan en la manipulación del concepto de intervención humanitaria conviene reseñarlos:

—El desprecio que demuestra hacia la ya de por sí débil ONU y el Derecho Internacional ratifica la necesidad de regular los conflictos internacionales. La intervención humanitaria requiere una rigurosa y precisa tipificación jurídica subordinada al ordenamiento internacional.

—La identificación entre guerra y el empleo legítimo y razonable de la fuerza implica confundir los intereses de la población civil más vulnerables, objetivo de la intervención humanitaria, con los intereses de los Estados Imperialistas. Es confundir venganza con sanción internacional.

La segunda cuestión que conviene aclarar se refiere a las interpretaciones restrictivas y unilaterales realizadas desde los gobiernos occidentales. A lo largo del planeta son numerosas las situaciones de crisis humanitarias cotidianas generadas por hambrunas, enfermedades, desplazamientos masivos de refugiados... así como por conflictos armados de mayor o menor envergadura que provocan violaciones sistemáticas de derechos humanos de consecuencias dramáticas. Sin embargo sólo en casos muy concretos se producen intervenciones que, además, responden a intereses políticos de las grandes potencias y que sacan a la luz el habitual «uso internacional del doble rasero». ¿Por qué se interviene en Kosovo y no en Palestina o Chechenia? ¿Por qué no se previenen crisis humanitarias o hambrunas detectadas en África Subsahariana?³

² F. Rigaux, *La doctrina de la guerra justa* y L. Bimbi, *No en mi nombre, guerra y derecho*, Trotta, Madrid, 2003.

³ G. Búster, «Ruanda. Las consecuencias de neocolonialismo humanitario», *Viento Sur*, nº16, 1994. R. Betts, «El engaño de la intervención imparcial», *Política Exterior*, nº42, 1994-95. J. Hernández Zubizarreta, «El Zaire: ¿injerencia, intervención o hipocresía internacional?», *RPN-Refugee*, Participation Network, Oxford, nº23, 1997.

Por otra parte, la intervención humanitaria va acompañada de presencia militar de manera que queda subordinada a los intereses de los denominados ejércitos humanitarios.

En el fondo de la cuestión se encuentra la necesidad de supe- ditar las intervenciones a la prevención de conflictos, es decir a políticas que incidan más en una concepción integral de los derechos humanos que en intervenciones militares puntuales, parcia- les, subordinadas a intereses geoestratégicos que provocan, en muchas ocasiones, más daños que beneficios.

Elementos que configuran las Intervenciones Humanitarias

Las intervenciones humanitarias suscitan una serie de interrogantes que nos aproximan a sus elementos constitutivos. ¿Quién interviene, cuándo y cómo se interviene?

Una primera aproximación nos reenvía a cuatro cuestiones. La primera se refiere a la necesaria reinterpretación de la soberanía de los Estados como categoría básica de las relaciones internacionales. La Carta de Naciones Unidas prohíbe la injerencia en los asuntos internos de los Estados miembros. La segunda cuestión afecta a todo lo relacionado con la regulación jurídica de las relaciones internacionales, es decir con el Derecho Internacional, con la democratización de la ONU, el Tribunal Penal Internacional... y con el necesario salto cualitativo a favor de normas internacionales de carácter imperativo. La tercera se refiere a la necesaria delimitación y acuerdo sobre las catástrofes humanitarias y la violación sistemática de los derechos humanos... ¿Quién decide qué es violación sistemática? ¿En qué momento adquieren la entidad suficiente para poner en marcha los mecanismos jurídicos de la intervención? Por último, la previsión de conflictos es un elemento central de la intervención humanitaria ya que el binomio intervención humanitaria-militar debe ceder ante el análisis y transformación de las estructuras económicas.

Soberanía de los Estados-Intervenciones Humanitarias

La Carta fundacional de Naciones Unidas prohíbe la injerencia en los asuntos internos de los Estados miembros. Persigue, básicamente, dos objetivos, la paz mundial, es decir la prohibición de la guerra y la soberanía de los Estados.⁴ La filosofía que subyace es la de someter cualquier tipo de intervención a la aprobación del Consejo de Seguridad y que éstas se ajusten a las excepciones reguladas en el artículo 2.4 de la Carta de Naciones Unidas (defensa propia o fracaso de los medios pacíficos). Junto a estas estipulaciones la Carta incorpora otra, tan fundamental e inédita como las anteriores, de respeto a la dignidad de todo ser humano desterrando definitivamente cualquier tipo de discriminación. Ambas estipulaciones, muy vinculadas entre sí, implican una radical ruptura con la tradición jurídico-política hasta entonces vigente. Se sustrae a la soberanía estatal de uno de sus elementos centrales, el derecho a declarar la guerra, y se convierte los derechos fundamentales en una categoría jurídica vinculante para cualquier Estado en relación con cualquier sujeto; se superan las fronteras estatales como límite para su reconocimiento, pasando a formar parte del derecho positivo.

EE UU en la década de los noventa y fundamentalmente a partir del 11 de Septiembre, ha dinamitado estas estipulaciones adjudicándose el poder de intervenir al margen del Derecho Internacional y de la ONU. El unilateralismo, la guerra preventiva y las intervenciones militares son los nuevos principios en que se sustentan las relaciones internacionales.

Se reinterpretan los derechos fundamentales y se utiliza la guerra como instrumento en defensa de los mismos, acuñándose un nuevo imperativo moral que se sustrae a cualquier norma internacional. Diga lo que diga el derecho vigente, si se trata de prevenir catástrofes humanitarias o genocidios, la intervención militar es inevitable. Se reafirma la guerra o la fuerza armada

⁴ Artículo 2.4 de la Carta de Naciones Unidas. Tema desarrollado por: A. Di Blase, *Guerra al terrorismo y guerra preventiva en el Derecho Internacional*, L. Bimbi, *No en mi nombre, guerra y derecho*, Trotta, Madrid, 2003.

como elemento exclusivo de la intervención, quebrando la soberanía de los Estados, para defender cualquier violación de los derechos humanos e incluso para derrocar dictadores, todo ello al margen de Naciones Unidas. Nos encontramos con una manifiesta disociación de las estipulaciones establecidas en la Carta de Naciones Unidas.

La caída del Muro de Berlín y el final de la guerra fría planteó un nuevo escenario que hubiese permitido reorientar las relaciones internacionales en sentido inverso, es decir, al margen de la guerra, por un lado, y reinterpretando la soberanía de los Estados a favor de los derechos fundamentales, por otro. La prevención de conflictos hubiese sustituido a la intervención militar humanitaria.

No obstante, el debate sobre la desvinculación de la soberanía de un gobierno de la fuente de su autoridad reaparece en relación a la injerencia. Ni las tesis basadas en la defensa de los derechos humanos o de la democracia, es decir en posibles razones humanitarias frente a la soberanía estatal, ni, a la inversa, en la razón de Estado que cierra el espacio estatal a cualquier control exterior, son suficientes. La clave reside en saber quién decide que un gobierno no tiene legitimidad o que viola sistemáticamente los derechos humanos. En la actual coyuntura internacional este interrogante no queda satisfactoriamente solventado. Resulta evidente que no hay que sacralizar categorías como la soberanía estatal o la no injerencia pero tampoco reinterpretarlas alegremente al calor de la homogenización neoliberal. No podemos obviar que las grandes potencias parten de un proceso de globalización y mercado único que elimina fronteras. El intervencionismo humanitario es un buen instrumento del nuevo orden neoliberal que combina lo militar y lo humanitario.

Resulta imprescindible someter toda intervención al Derecho Internacional y a Naciones Unidas.

² Joan Antón Mellon, *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Ariel, 2002.

La ONU ⁵

En la actual coyuntura, en la que Estados Unidos desarrolla una política exterior que dinamita las organizaciones internacionales,⁶ la tentación, muy legítima por otra parte, de relanzar Naciones Unidas y el Derecho Internacional como instituciones básicas no puede aceptarse sin una profunda y radical reforma.⁷ El funcionamiento de la institución internacional por excelencia, la ONU, no alcanza los mínimos de imparcialidad y eficacia exigibles para que adquiera la credibilidad necesaria para liderar procesos de pacificación en los diferentes conflictos que existen hoy en día. El debate sobre su reforma se aborda desde tres ángulos diferentes.

La primera propuesta intenta aprovechar la profunda crisis del orden internacional como estímulo para acometerla. Su filosofía reside en readecuar los principios de la ONU a un mundo en el que los terroristas operan más allá de sus fronteras estatales.⁸ Se parte de las dificultades que tiene para adecuarse en la toma de decisiones a los momentos de crisis. Más que una reforma es una adaptación a la guerra preventiva y al unilateralismo. El propio Secretario General de la ONU plantea la posibilidad de regular las intervenciones preventivas ya que pueden existir situaciones que no se adapten a los procedimientos para lograr el visto bueno del Consejo de Seguridad. Son tesis que subordinan Naciones Unidas a los intereses norteamericanos.

La segunda propuesta⁹ incide, en una primera fase, en el funcionamiento, mediante la eliminación de duplicidades orgánicas,

⁵ Reflexiones muy actuales recogidas en «El País» de 13 de julio 2003 sobre el debate en torno a las Intervenciones Humanitarias publicado en la revista *The Nation*.

⁶ El doble rasero de EE UU respecto a las intervenciones en Afganistán e Irak en nombre de la democracia y el compromiso con los derechos humanos y su reiterada negativa a ratificar la Convención sobre derechos del Niño, eliminación de todas las formas de discriminación de la mujer, minas antipersonales, Tribunal Penal Internacional... son una evidencia.

⁷ Entrevista realizada a Kofi Annan en la que ratifica la necesidad de proceder a la reforma de la ONU coincidiendo con su sexagésimo aniversario el próximo año, *El País*, 18 de Abril de 2004.

⁸ R. Righther, «Cambios en la ONU», *Deia*, 28 de septiembre, 2003.

⁹ P. Kennedy, «¿Qué significa reformar Naciones Unidas?», *El País*, 28 de diciembre, 2003.

contención de salarios, eliminación de burocracia, rapidez en las investigaciones internas... es decir fórmulas que buscan una organización más eficaz. La segunda fase gira en torno a las intervenciones ante guerras civiles o conflictos interfronterizos y pretende agilizar estructuras internas que detecten mejor las crisis, aumentar la capacidad de los Departamentos para Operaciones de Paz de manera que los Estados presten fuerzas antes de los conflictos, conseguir mayor celeridad del Consejo de Seguridad, coordinar los organismos civiles... son propuestas importantes que no implican modificación alguna de la Carta de la ONU y que mantienen el estatus actual.

La tercera propuesta propicia una reformulación de los principios constituyentes. La pertenencia a la organización debería implicar la aceptación del Derecho Internacional y la renuncia a la guerra, el sometimiento a un sistema de arreglo pacífico de los conflictos que profundice en la prevención, el establecimiento de un proceso de desarme progresivo de los Estados, de un sistema de representación proporcional a la aprobación de los Estados en la Asamblea General, fin del derecho de veto, financiación realizada por un impuesto mundial basado en la capacidad económica de los Estados miembros, consideración del crimen de lesa humanidad de todo bloqueo político que repercuta en la población y persecución como principio universal de los delitos de genocidio, fortalecimiento del control jurisdiccional de los actos internacionales mediante el carácter impuesto y obligatorio de las sentencias del Tribunal de La Haya y del Tribunal Penal Internacional, fortalecimiento de las Agencias de Naciones Unidas y de la OIT como garantes de los derechos sociales, subordinación del FM y BM a las reglas establecidas, creación de estructuras en el seno de la ONU que permitan participar a organizaciones civiles de reconocido prestigio en el diseño de sus políticas, utilizando a la OIT, con su composición tripartita (Estados, sindicatos y empresarios), como modelo organizativo.

Estas propuestas se complementan con una reflexión final: la reforma debe culminar con el monopolio jurídico de la fuerza y transformación democrática de la toma de decisiones¹⁰ que son

junto al Tribunal Penal Internacional para los crímenes contra la humanidad y los crímenes de agresión, pilares básicos en la regulación del Estado de Derecho en el ámbito internacional.

Sólo desde esta última propuesta, pueden reinterpretarse las categorías internacionales, los principios básicos de las relaciones internacionales y la regulación de las intervenciones humanitarias.

La Prevención de Conflictos-Intervención Humanitaria

La prevención de conflictos es una propuesta que desplaza a la intervención militar humanitaria ya que pone en primer término los intereses de las poblaciones más vulnerables y sus derechos humanos desde una perspectiva integral.

Las intervenciones parten de dos premisas relacionadas con el amplio consenso existente en la comunidad internacional sobre la definición de genocidio y de crímenes en masa y con la necesidad de que la ayuda alimentaria llegue a las víctimas de los conflictos.

Existen ejemplos históricos que nos demuestran cómo Naciones Unidas y organizaciones de derechos humanos pese a detectar posibles genocidios no desarrollaron ningún trabajo preventivo ya que la existencia de intereses coloniales y geoestratégicos lo impidieron. El caso del genocidio de Ruanda es emblemático. A pesar de las masivas violaciones de derechos humanos y a la existencia de fuertes indicios de genocidio, la ONU retiró todos sus efectivos y autorizó la intervención francesa «humanitaria» denominada «Operación Turquesa»; ésta salvó a muchos tutsis pero también, y fundamentalmente, a los líderes y militares autores del genocidio. Fue una verdadera intervención imperial.

Respecto a la intervención en Somalia el fracaso fue reconocido por la ONU y EEUU.

Después de desarmar a los señores de la guerra, las fuerzas armadas cometieron todo tipo de barbaridades consiguiendo que la mayor parte de fuerzas somalíes se manifestaran contra la in-

¹⁰ Hay que reforzar el papel de la Asamblea General, eliminar el derecho de veto, democratizar el Consejo de Seguridad y someter sus decisiones al poder judicial internacional. L. Ferrajoli, *La guerra y el futuro del Derecho Internacional*, L. Bimbi, *No en mi nombre, Guerra y Derecho*, Trotta, Madrid, 2003.

tervención. Por otra parte, el costo de la operación, cerca de 2.350 millones de dólares, fue muy superior al valor de la ayuda realmente entregada. Nunca tuvieron claro el objetivo humanitario y el interés fue ensayar y marcar precedentes sobre la injerencia humanitaria.

En la crisis de los Grandes Lagos, la dramática situación de miles de refugiados desaparecidos generó un debate muy clarificador. Se centró en la necesidad de enviar tropas militares para crear corredores humanitarios a favor de los refugiados y refugiadas. El Consejo de Seguridad optó por la intervención pero sin precisar fecha. A partir de ahí las diferencias se centraron en cuánto contingente enviar, bajo qué mando, quién cubría los costos y qué papel debían jugar Francia y EE UU países con intereses políticos en la posible «misión de paz.» Mientras se discutían estos temas, la derrota de las milicias y ejército hutu ruandés provocó un flujo migratorio de más de 800.000 refugiados hacia el interior de Ruanda, desapareciendo, a partir de ahí, el conflicto de las agendas de los gobernantes occidentales. La conclusión fue clara, la intervención nunca se llevo a cabo y, sin embargo, fue la única alternativa que se barajó, los ejércitos occidentales quedaron legitimados ante la opinión pública y la crisis se dio por zanjada pese a que los problemas del área y de los refugiados continuaron estando ahí.

A partir de los noventa, la desaparición del enfrentamiento entre dos bloques que apoyaban estratégicamente a gobiernos del Sur dio lugar a la reaparición de confrontaciones internas y a la vieja cuestión de las minorías, lo que generó desestabilizaciones de alta intensidad. La actual civilización capitalista tiende a intervenir allá dónde se produzcan anomalías que pongan en peligro la estabilización de las distintas zonas geográficas y por tanto de los intereses del mercado capitalista. Desde esta perspectiva, considerar que las intervenciones humanitarias deben estabilizar lo que los propios Estados occidentales y las políticas de los agentes económicos internacionales desestabilizan es una falacia. ¿Cómo se explica el millón de muertos al mes por hambre en el mundo?

En relación a la necesidad de que los alimentos lleguen a sus destinatarios en zonas de conflicto, parece difícil aceptar que lo

único viable sea intervenir militarmente. Además si lo que se pretende es salvar vidas ¿hasta cuándo? ¿y después de la intervención? Estas no pueden enmascarar las verdaderas causas de los conflictos ni de los intereses que se esconden detrás de las intervenciones y de las ausencias de las mismas.

No obstante, existen situaciones muy graves donde la ayuda humanitaria es importante que llegue a su destino para apoyar a la población civil.

En esta línea, la presión política y la ayuda humanitaria son dos caras de una misma moneda, por tanto, hay que presionar a los gobiernos occidentales:

—para que propicien negociaciones multilaterales que respeten las decisiones que las partes en conflicto adopten sin interferencias y sin falsos paternalismos que escondan concepciones étnico-racistas.

—cancelen la deuda externa y la reintegren en necesidades sociales.

—prohíban la venta de armas a los países en conflicto y devuelvan un porcentaje de sus beneficios a los sectores sociales más empobrecidos.

—finalicen el apoyo a las dictaduras de los países afectados y embarguen todos sus bienes.

- propicien un trato comercial preferencial con las zonas en guerra.

—apoyen una nueva política de Cooperación al Desarrollo y extranjería.

—impulsen procesos democratizadores y el envío de lo gastos previstos para las intervenciones.

Todo ello en el marco de un nuevo modelo de globalización.¹¹

Ahora bien, la presión política no debe hacernos renunciar a los corredores civiles y a la ayuda humanitaria como salida puntual, no central, y garantizada por organizaciones internacionales y de derechos humanos que permitan la seguridad de las ONGs. Hay que incidir en un trabajo de perfil bajo, fuera de las cámaras

¹¹ S. Fukuda-Parr, «Un pacto para acabar con la pobreza», *El País*, 6 de agosto, 2003.

de televisión y negociando con las autoridades centrales y locales, dando una de cal y otra de arena para desarrollar un trabajo efectivo, ya que la presencia militar pretende apagar fuego con gasolina.

Por otra parte, resulta imprescindible apoyar a los sectores de la sociedad civil que pretenden mejorar las condiciones de vida, el reparto democrático del poder y la convivencia en paz. La militarización de las zonas en crisis suele destruir estos sectores y la intervención militar humanitaria no va a impulsar una vía civil, sino más bien gobiernos e interlocutores sólidos y poderosos a quienes dejar la gestión del país, es decir se apuesta por estabilizar regiones en función de intereses imperiales.

La intervención militar humanitaria debe transformarse en una verdadera política de prevención de conflictos que supedite toda intervención a las normas internacionales.

Los derechos humanos como núcleo fundante de la acción humanitaria

Asier Martínez de Bringas

Marco de comprensión y punto de partida

Tomarse en serio la acción humanitaria supone entender ésta en un sentido estructural. No es posible proceder mediante la separación tajante con la que se expresa la dicotomía ayuda-intervención. Ello es un todo estructural con relaciones referidas y remitidas. La intervención es fruto de una ayuda no prevista o mal gestionada. Resultado de una comprensión militar de la seguridad que evita la implementación de mecanismos de alerta temprana, y de otras formas de comprender la seguridad humana, que sitúen a las víctimas como sus referencias prioritarias. En numerosas ocasiones se implementa la acción humanitaria cuando la crisis y el conflicto han eclosionado y deflagrado; o cuando éstos han alcanzado un grado alto de madurez y desarrollo. No hay un programa intencional de actuación anterior a la crisis y a su trágica irreversibilidad. Muchas veces, se accede a la *acción humanitaria* como la vía corta y abreviada para solucionar un conflicto; como sustitutiva de la acción política civil –la civilidad del poder–, lo que es inaceptable.

En el marco de la acción humanitaria, entender los derechos humanos como *criterio de verdad*, supondrá dar un estatuto de centralidad al hecho de producir, reproducir y desarrollar la vida

Asier Martínez de Bringas es profesor de la Universidad del País Vasco/EHU.

de las víctimas con prioridad lógica, temporal y discriminada hacia los más vulnerables por ser su vida la que más trágicamente exhorta a la conciencia internacional. Las víctimas, como criterio de existencia de toda acción y derecho humanitario,¹ como el contenido que rellena y otorga sentido a una disciplina que sería pura formalidad si no se dejara desbordar y aleccionar por esta condición tan dramática como ubicua, tienen el peligro de quedar abstraídas y diluidas en su corporalidad sufriente y necesitante. La política humanitaria puede dejarse llevar por despliegues espectaculares y prioridades comunicacionales que despierten la sensibilidad del aletargado consumidor-inversor,² lo que tiene el imperdonable desliz de invisibilizar su objeto de lucha y su razón de ser: las víctimas. Que el sujeto colectivo único y legítimo de una práctica humana –la humanitaria– escorde su sentido desde las necesidades radicales de quienes son expoliados por la beligerancia natural o humana, hacia el consumo mass-mediático y la comercialización, supone una inversión perversa y una interpretación alevosa de los derechos humanos.

El sentido de la acción humanitaria procede desde las víctimas –vehiculadas por instituciones normativas privilegiadas: los derechos humanos– hacia el poder. El flujo de consentimiento desde el desgarramiento de las víctimas será el que nos habilitará competencialmente; cualquier subversión en su diagrama nos facultaría para ejercitar los derechos humanos como desobediencia. Por tanto, si un actor humanitario se constituye a priori y en abstracto, sin referencia a las urgencias, condiciones y exigencias de las víctimas, tendrá grandes posibilidades de olvidar los derechos humanos como criterios posibilitadores, y de caer en la mercantilización cosificante de aquellos con quienes se trabaja: los sujeto-víctimas. Olvidar los sustratos que nos constituyen y nos impulsan a trabajar, puede llevar a convertir la acción huma-

¹ Ése sería el tema del libro publicado por la Unidad de Estudios Humanitarios, *Puertas cerradas. El acceso a las víctimas en la acción humanitaria*, Icaria, Barcelona, 2001.

² Vicenç Fisas, *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Icaria&Unesco, Barcelona, 1998, pp. 67 y ss; Ignacio Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Icaria, Barcelona, p. 93 y ss.

nitaria en un negocio que regatea recursos humanitarios, que comercia usureramente con aquello que posibilitará la vida, que distribuye sin criterios lo que exige una racionalidad extrema acompañada con solidaridad.

Esta exhibición de amnesia puede hacer que las víctimas, por la acción confabulada de la ayuda y el poder de dominación de quienes la posibilitan, resultan domésticas y enjauladas. Se procede a una inversión de los marcos categoriales de los derechos humanos por la que se justifica la intervención en nombre de éstos, para acabar violando más derechos. La actitud reparadora patentada bajo el formato de la legitimidad que otorgan los derechos humanos, supone una estrategia muy sutil y bien pertrechada, que abre las puertas de la impunidad sobre *todos* los derechos de aquellos que han sido calificados, de forma irrefutable —ya que no cabe prueba en contrario—, como violadores y enemigos acérrimos de los derechos humanos.³

Eso ocurre cuando se militariza la ayuda humanitaria, cuando el ámbito militar de la acción humanitaria adquiere una preponderancia y omnipotencia tan hegemónica que oscurece y niega toda civilidad de las víctimas que es lo primario y fundante.

El militarismo en su naturaleza constitutiva niega los derechos humanos al proponer como terapia frente a la fuerza del consenso (o disenso) y la palabra, la fuerza de las armas y la lógica de la violencia y la conscripción. Admitiendo pocas inflexiones en este postulado, la de negar la capacidad para ser actor humanitario a los ejércitos, no nos podremos dejar llevar por la esperanza de una idea límite y trascendental como la de un mundo sin ejércitos ni conflictos —propuesta de la que tampoco se abdicó como dinamismo utópico de la política—, y habrá que ubicar la presencia de éstos en la acción humanitaria, aunque de manera subalterna y contenida y nunca como actores y sujetos.

³ Franz Hinkelammert, *Democracia y totalitarismo*, DEI, San José, 1990, p. 161 y ss.

¿Puede el humanitarismo armado ser actor humanitario?

La formulación retórica ya encierra una respuesta inevitable: la de la falta de legitimidad de las FF.AA. como sujetos de la acción humanitaria. Con ello no se pretende una crítica gratuita, enconada y sesgada contra la institución militar; se trata, fundamentalmente, de de-construir el falso busto con el que ha auto-erigido el poder su vertiente militar al presentarlo como plataforma para una filantropía universal y escuela para la construcción de la paz y la libertad. El militarismo, para ganar espacio social y legitimidad, abandera, renovadamente, un estatuto que no le pertenece porque nunca lo ha cultivado, que le resulta extraño y lesivo y que, además, se instauro como una contradicción irrefrenable en el seno de su propia naturaleza constitutiva. Cultura de paz y militarismo lejos de abrazarse y enredarse afectivamente, han sido enemigos históricos. Por ello, la acción humanitaria es una disciplina que por principio resulta extraña al militarismo, lo que exigirá, por tanto, promocionar y fomentar la *acción humanitaria civil* por ser ésta quien más se interesa por conocer y mejor se informa para asistir a las víctimas; para conocer sus necesidades y urgencias; para diseñar planes estratégicos y de logística no derivados de la manera militar de comprenderse y entenderse con los conceptos de seguridad y riesgo. Una *acción humanitaria civil* siempre será más eficiente, frugal en recursos y fructífera desde el punto de vista de los derechos humanos. La inteligencia militar, su racionalidad y estructura, está sensibilizada y habilitada para la confrontación bélica; sin embargo, resulta agnóstica e inespecífica respecto a un humanitarismo centrado en las víctimas. La estructura militar, ni sabe ni pretende derivar y facilitar sus recursos y capacidades al servicio de la *civilidad del poder*.⁴

⁴ En este aspecto y corroborando nuestra posición, resulta enormemente revelador el informe desarrollado por el Development Assistance Committee de la OECD-OCDE en 1997, en donde procede a una auditoría contable y comparable entre los costos de la acción civil humanitaria y la acción militar humanitaria. La propuesta final, a partir de los resultados derivados de este análisis de campo, es la desmitificación y deslegitimación de las ventajas a priori de la intervención

La historia como dinamismo y como tradición nos ha mostrado que la legitimidad militar se ha revelado a través de dos rostros: uno, que se expresaba como *legitimidad tradicional* y *constitutiva*, por la que las FF.AA. jugaban un papel crucial en la modelación y conformación del espíritu y de la identidad nacional; otro, fruto del desgaste y desprestigio que la acción bélica había comunicado a las instituciones militares a lo largo del siglo XX, y que la acción crítica de los movimientos pacifistas, como filtración capilar, había conseguido oscurecer y declinar: sería la *legitimidad instrumental*, aquella que contempla al ejército y a las FF.AA. como mal necesario y tolerable y que desde perspectivas pacifistas se entiende sencillamente como mal innecesario.

A través de la legitimidad militar tradicional se establecía el fertilizante necesario para conjugar de forma acompasada y rítmica la guerra con la construcción de la identidad nacional, desde el postulado de una legitimidad militar asentada y coercitivamente mantenida. Es decir, la legitimidad militar asumía un papel hegemónico en la construcción política del Estado por medio de la ritualización de la guerra.⁵ Se trataba de dar formato a la máxima de Clausewitz de continuar la política mediante otros medios. La conformación política de muchos Estados europeos se produce gracias al cedazo selectivo y homogeneizante que el poder militar aplica sobre la materia prima humana de un territorio, aglutinándolo en torno a una manera común de sentirse y comprenderse.

militar en cuestiones humanitarias. Éstas, ni son más efectivas, ni más eficaces, ni siquiera más económicas desde una perspectiva estrictamente de mercado. Los costos de la intervención militar son exponencialmente más altos que los de la acción civil; el problema está en que mientras los primeros se promocionan intensivamente, los segundos se desatienden intencional y cínicamente. La acción humanitaria no conoce una perspectiva que enfatice, con prioridad indiscutible, el lado civil de la acción e intervención, reduciéndose, muchas veces, a una consideración estrictamente militar de los costos y de la procedimentalidad de la acción. Cf. *Conflict, Peace and Development Co-operation. Civilian and Military Means of Providing and Supporting Humanitarian Assistance During Conflict. Comparative Advantages and Costs*, Report nº 1, en <http://www.oecd.org/dac>.
⁵Anthony Smith «War and Ethnicity: The Role of Warfare in the Formation, Self-images and Cohesion of Ethnic Communities» en *Ethnic and Racial Studies*, vol. 4, nº 4, (octubre 1981), p. 65 y ss.

Todo ello bajo la égida de un liderazgo autoritario soberanizado desde la esfera militar.⁶ La preponderancia militar en el comando estatal y en el despliegue de la soberanía adherido a éste, alcanzaba su paroxismo en la guerra: expresión simbólica máxima para la expansión y establecimiento de la identidad. La guerra, como recurrencia sistemática del poder militar, ha sido la forma más eficaz para la construcción política de los Estados mediante la exhibición y conjugación dialéctica del par amigo-enemigo.⁷

Para ello, el aparato militar ha sido movilizador fundamental, haciendo participar a los sujetos en las guerras y cohesionando sus identidades mediante la participación colectiva; ello iba acompañado, a su vez, de una potente maquinaria de propaganda que eliminaba demagógicamente cualquier escrúpulo sobre el uso de la violencia como medio de acción política; a lo que habría que sumar la potencia cohesionadora y centralizadora que la estructura militar ha desplegado para evitar fracturas y pérdidas en la estructura hermética de su ámbito soberano, lo que evitaría tránsfugas en una solidaridad coercitivamente implantada, y un sentimiento de unidad constitutiva y originaria recogida bajo el concepto de Estado.⁸ Por tanto, la guerra ha fungido como forja de identidades nacionales a la vez que, paralelamente, coadyuvaba a la construcción nacional y a su materialización institucional en

⁶ Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Alianza, Madrid, 1992, cap. III.; X. Aguirre, *Yugoslavia y los ejércitos. La legitimidad militar en tiempos de genocidio*, La Catarata, Madrid, 1997, pp. 110-120.

⁷ «El enemigo político no necesita ser moralmente malo, ni estéticamente feo; no hace falta que se erija en competidor económico, e incluso puede tener sus ventajas hacer negocios con él. Simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intensivo» (57); «Enemigo no es pues cualquier competidor o adversario. Tampoco es el adversario privado al que se detesta por cuestión de sentimientos de antipatía. Enemigo es sólo un conjunto de hombres que siquiera eventualmente, esto es, de acuerdo con una posibilidad real, se opone combativamente a otro conjunto análogo. Sólo es enemigo el enemigo público, pues todo cuanto hace referencia a un conjunto tal de personas, o en términos más precisos a un pueblo entero, adquiere *eo ipso* carácter público» (p. 58-59), Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1991.

⁸ R. Bañón y J.A. Olmeda, *La institución militar en el Estado contemporáneo*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 284 y ss; X. Aguirre, *Op. Cit.*, pp. 112-113.

forma de Estado. Toda esta agresiva dirección ha sido monopolizada y adoctrinada desde la vertiente militar del poder.

Conseguido esto, la legitimidad tradicional es subrogada por la legitimidad instrumental debido al desgaste sufrido por el factor militar. Una vez que la constitución política del Estado adquiere cierta consistencia y solvencia, a la vez que ciertas cotas de democracia, procede a una reubicación del estamento militar que no podrá seguir ocupando una posición expresamente hegemónica en el Estado. El rostro civil del Estado irrumpe con fuerza, controlando y gestionando la estructura militar. Además, el ritmo progresivo con que se va asentando la cultura democrática junto con su blasón más férreo, los derechos humanos, incita el despertar de una conciencia pública cívica que difícilmente tolera la pertinencia de la presencia pública de lo militar en la vida cotidiana del ciudadano.

Hoy el estamento militar trata de recuperar parte de la legitimidad perdida, de reforzar su añeja y altanera hegemonía, colonizando otras esferas y espacios de lo social hasta ahora ignotos para él. Las FF.AA. necesitan renovar e higienizar su expediente para ganar una posición política en la sociedad civil. Se trata de reconstruir la perdida legitimidad tradicional con rostros actualizados. De ahí que, ataviados con las posibilidades que otorga el mercado publicitario, la institución militar se invista como eje cualificado en la construcción y distribución de una cultura de paz como si de una mercancía más se tratara; como fuente dimanadora de virtudes cívicas y como correa de transmisión de las mismas.

La naturaleza de la racionalidad militar se ha venido caracterizando por criterios de funcionalidad, de eficacia y de máxima rentabilidad a corto plazo. La intervención militar viene motejada por su carácter quirúrgico y epidérmico; por el oscurecimiento de intereses nacionales específicos y por la colonización de sectores civiles y recursos humanos. Es significativo, en este sentido, que bajo el criterio de máxima eficacia bélica, se actúe, a su vez, bajo el mandato de mínimas bajas militares, lo que ha exigido un cambio en la naturaleza de las intervenciones militares. Se ha sustituido la presencia territorial del ejército por la intervención área⁹

mediante la pedagogía del bombardeo; lo que supone mínimo gravamen militar con máxima indiscreción sobre víctimas civiles. Se produce lo que habíamos anticipado: se invisibiliza la víctima, se la considera residuo del espectáculo humanitario al nominarla como daño colateral, y se abandona el núcleo fundante básico que había permitido y posibilitado la intervención: los derechos de las víctimas. Además, ciertos Estados, como es el caso de EE UU, desde el fiasco intervencionista de Somalia, recoloca la logística militar reduciendo su participación en futuras operaciones de paz de la ONU a aquellas que tuviesen importancia estratégica directa para sus intereses.¹⁰ Se desenfoca y se desnaturaliza el objeto de la intervención, pervirtiendo la completa estructura de la acción humanitaria. Por ello, este carácter selectivo de la intervención hace de los medios fines, a la vez que el objetivo y el motivo fundante de la acción queda anulado y desplazado. Por ello, como venimos insistiendo, la acción humanitaria civil puede tener más ventajas comparativas que la militar si se la promociona económicamente.¹¹ Someter la acción civil humanitaria a una prodigalidad indigna constituye la clave para la reivindicación y justificación del protagonismo del sector militar en la ayuda humanitaria.

De esta manera bregamos hacia el núcleo fuerte de nuestro argumento. Habíamos sostenido que el principio fundante básico que relata y da contenido último a la acción humanitaria, sería el respeto y la promoción inexcusable de los derechos de las víctimas. Sin embargo, ciertas prácticas humanitarias han relegado este factor por constituir un gravamen demasiado costoso y, por tanto, necesariamente dispensable.¹² Las políticas estratégicas que

⁹ A. Roberts, «El papel de las cuestiones humanitarias en la política internacional en los años noventa» en *Los desafíos de la acción humanitaria*, Op. Cit., p.66.

¹⁰ A. Ramsbotham y J. Raisin, «Ayuda, desarrollo e intervención humanitaria» en *Op. Cit.*, pp. 194 y ss.

¹¹ Cf. *Conflict, Peace and Development Co-operation. Civilian and Military Means of Providing and Supporting Humanitarian Assistance During Conflict. Comparative Advantages and Costs*, OECD-OCDE, DAC, 1997, Op. Cit.

¹² Para Human Rights Watch, el desfase entre realidad e idealidad en la protección de los derechos humanos en las operaciones de paz de El Salvador, Camboya, Yugoslavia, Somalia e Irak, es tildado de «agenda perdida». Se procede a una adulteración tal de los verdaderos motivos de intervención, que lo que acabó

ocultan las intervenciones militares (intereses político-económicos específicamente identificados con Estados-Nacionales concretos), resultan inversamente proporcionales a la protección y promoción de los derechos humanos. El coste de éstos supone una minorización de los réditos y ventajas que impulsaban los verdaderos motivos de la intervención: intereses estratégicos de los Estados. Por ello es necesario sacrificar las víctimas para que las injerencias continúen siendo rentables según los criterios que evalúen los intereses de intervención de cada Estado; lo que, dramáticamente, no acaba coincidiendo con los intereses de las víctimas.

Todo ello lleva a un quebrantamiento inadmisibles de los principios de *neutralidad* e *imparcialidad* en que se debe fundamentar la ayuda humanitaria. Los ejércitos tienden a sustituir la imparcialidad por voluntad política. La agenda militar se metamorfosea en ayuda politizada.¹³ El máximo ejercicio de politización e inversión de la naturaleza de la acción humanitaria es presentar la acción militar bajo los velos de una prístina neutralidad que nunca es tal. El doble gravamen de esta ideologización de la neutralidad es que, no existiendo, se pretende también ocultar la naturaleza política de todo mandato militar. Los distintos mandos militares se autodeterminan respecto al mandato formal de la ONU, respondiendo exclusivamente a la voluntad política de sus propios gobiernos. Falsa neutralidad y técnicas de ocultación acompañan como fieles acólitos cualquier intervención militar.

Si no es pertinente, por todo lo expuesto, la investidura de las FF.AA. como actor de la acción humanitaria, ¿qué papel les corresponde desempeñar a éstas cuando la práctica humanitaria está inevitablemente tejida por la tragedia y la confrontación? Sabiendo, por tanto, que el conflicto y la violencia nos constituyen y atraviesan; que la militarización social es un proceso trágicamente presente y absolutamente dermatológico; que la existencia

imperando fueron motivos domésticos, interesados e instrumentales. Las víctimas y los derechos humanos fueron la parte dispensable y olvidada de estas intervenciones. H.R.W., New York, 1993.

¹³ X. Etxeberria «Marco ético de la acción humanitaria» en *Los desafíos de la acción humanitaria*, Op. Cit., p. 122.

de los ejércitos se ensaya, lamentablemente, como la única manera viable y plausible de entender el polivalente concepto de seguridad; que la premura e inmediatez de la tragedia nos abraza y nos sacude cotidianamente, lo que embota la mente de actores sociales y políticos para diseñar procesos y marcos que conciencien, primero, y permitan accionar, después, modelos diferentes para entenderse con los conflictos y convulsiones sociales; parece dolorosamente inevitable la existencia de un ámbito militar en la acción humanitaria.

Sin embargo, la acción humanitaria como acción estructural deberá ir acompañada siempre de una voluntad política que la dirija; de un momento fuerte de neutralidad: la acción humanitaria como acción imparcial. Es este momento el que dará razón ética a la ayuda humanitaria cuyo núcleo central será la preservación y promoción de los derechos humanos de las víctimas. La actividad militar, por tanto, no podrá jugar un papel estructural en la acción humanitaria, sino derivado y donado. Deberá ser la *civilidad del poder*, con voluntad política civil, la que imponga su mando sobre el poder militar desde las necesidades de las víctimas. Dado el potencial bélico que encierra el bloque militar, su capacidad operativa deberá ser siempre ejecutiva, plegada a los mandos de una autoridad civil previamente informada y conformada por las proyecciones de las ONG's y la ONU; nunca, por tanto, legislativa, autónoma y autodeterminada. Todo vacío en la *civilidad del poder* supone un riesgo enorme para la construcción y el mantenimiento de la paz. Toda delegación de la *civilidad del poder* en manos militares, una negligencia inexcusable.

Reconocer al poder militar como sujeto y actor de la acción humanitaria, supondría abrir las puertas a la totalización militar de la realidad como ha venido ocurriendo en el pasado. El germen de muchos conflictos ha tenido y tiene su sustrato germinal en las procelosas aguas que agita el militarismo. Dado el recorrido y expediente con que las FF.AA. se han presentado en la escena de la historia, no podrá otorgarse un papel activo y determinante en la acción humanitaria a aquellos sectores que guardan un potencial altísimo de responsabilidad en las causas y sostenibilidad de los conflictos.

Conclusiones

La acción humanitaria entronca su esencia en la dignidad de las víctimas vulneradas, lo que queda referido y recogido normativamente por medio de los derechos humanos.¹⁴ Sería necesario que esta acción humanitaria, consciente y sensibilizada por la fundamentalidad de los derechos humanos en toda praxis humanitaria, sea vehiculada mediante una acción política (salpicada y modulada en un segundo momento por la acción de las ONG's) a la protección y promoción de los derechos humanos de las víctimas, lo que trasciende la mera acción humanitaria convencional. La acción humanitaria como voluntad política, deberá ser estructural; ello supone asumir el *cotinium* ayuda-desarrollo de manera unitaria, de tal manera que se recombine la ayuda exógena con la promoción de un desarrollo local sostenible. Por ello, la perspectiva de los derechos humanos no puede conformarse con el mero mantenimiento de la vida e integridad física (derechos civiles y políticos); sino que para garantizar el desarrollo, será necesario la capacitación mediante derechos sociales: promoción cultural, educativa, lingüística... Todo ello inserto y formando parte de un programa estructural de Cultura de Paz que deberá, necesariamente, interpretarse localmente. Si se habla, por tanto, de Derecho a la Paz, sus habilitadores materiales primeros serán los derechos sociales. A esta lógica ineluctable de los derechos humanos tendrá que plegarse, adherirse y subordinarse las disciplinas militares, que nunca podrán ser agentes decisorios por estar inhabili-

¹⁴ En este sentido defendemos la utilización de los derechos humanos como mecanismo de desobediencia civil que permitirá la constante movilización, dinamismo y crítica respecto a lo que es criterio único y fundamento de la acción humanitaria: las víctimas con sus derechos. Por ello, lo que podría resultar legítimo y plausible para el Derecho internacional, puede que no sea tal desde la perspectiva de los derechos humanos. Esta dualidad de legitimidades –Derecho internacional versus Derechos humanos- tiene la virtualidad de desplazar el hontanar de la legitimidad desde los derechos humanos al Derecho internacional. Sin embargo, la arquitectónica de procesos, normas e instituciones que ensamblan el derecho internacional, deben someterse a lo que es su criterio posibilitante y legitimante: los DD.HH. Desde ahí, y frente a estos desplazamientos de sentido, tendría sentido formular una utilización de los derechos humanos como desobediencia civil.

tados específicamente para conocer las dinámicas civiles y sociales. Ello es una cuestión de inespecificidad.

Hablar de derechos humanos supone hablar fundamentalmente de capacitación en recursos. Cuando se menta a los derechos humanos como una causa perdida, o se refiere a su imposibilidad de aplicación por su carácter gravoso, se está haciendo referencia a dos planos distintos que se interpretan unitariamente: el existencial y el económico. La auditoría contable de un programa de derechos humanos centrado en las víctimas, es costoso en sí mismo por lo que supone de habilitación material en recursos por medio de derechos; y es costoso, también, por lo que supone de promoción de una política de Cultura de Paz que desmovilice conciencias y cosmovisiones, remueva instituciones, sujete a las partes armadas en conflicto, congele y reforme la potencia bélica-militar del (los) ejército(s).

La neutralidad e imparcialidad, como principios de la acción humanitaria, se conectan aquí con la *independencia financiera*. Una política estructural de derechos humanos en el marco de la acción humanitaria, exigiría recursos no politizados que ni condicionen ni narcoticen las posibilidades de hacer justicia. Una subvención y promoción de derechos humanos interesadamente politizada, puede llevar a su más rotunda neutralización. Sin voluntad política real de situar en el centro de la acción humanitaria los derechos humanos, todo el universo de medios que suponen éstos (los derechos) –tribunales, personal, instituciones, recursos en general– estarán sujetos a la voluntad de los sufragadores; de no ser así, no se sufragarán. La centralidad de una Cultura de Paz como acción humanitaria, supone invertir este sentido.

Suele ser traumático, también, el carácter gravoso de los derechos humanos por los *costos reales* que suponen. Una política de derechos para ser factible exige una inversión grande que no pierda la centralidad que ocupa el *sujeto humano*. Es aquí donde la legitimidad de lo militar, como la partida financiera estrella en el marco de cualquier acción humanitaria y operación de paz, exige también transformación. Es incoherente y perverso que los gastos militares gocen de un despliegue de recursos desorbitado, siendo una partida más dentro del monto total de la acción humanitaria,

cuando, muchas veces, la acción humanitaria no puede ser desarrollada por falta de asignación de recursos a aquellos sectores que constituyen el núcleo y razón de ser del ejercicio humanitario: los derechos humanos. Constituye una dramática ironía el hecho de que los medios militares para la instauración y sostenimiento de la Paz, gocen de una subvención tan abultada que inhabiliten y veten una política de derechos humanos entendida como capacitación. Hoy, el sostenimiento de los gastos militares impide habilitar una acción humanitaria eficaz y rápida.

Mientras los Tribunales Penales Internacionales han sufrido importantes mermas en sus presupuestos, auténticas agonías financieras que condicionaban su viabilidad, el estamento militar —en bloque— de la acción humanitaria ha gozado de una fuerte e ininterrumpida financiación.¹⁵ Ello exigiría un cambio político concienzudo que estableciendo como prioridad los derechos humanos, permitiese la transferencia de recursos de la estructura militar hacia la acción humanitaria en consonancia con los principios y motivos que inspiran la práctica humanitaria. Ello denota que la actividad y práctica militar es mucho más costosa que la actividad y práctica civil. El carácter monumental de los gastos militares impide la rehabilitación de los ciudadanos-víctimas por inexistencia de presupuestos sociales orientados a políticas de derechos. El par gastos militares-gastos sociales exige una revisión muy crítica que se concrete en inversión social y disminución de la presencia y pertinencia de lo militar para la solución de los conflictos y rehabilitación de las poblaciones. Si esto no se produce, será necesario reclamar la centralidad de los derechos humanos como una estrategia más de desobediencia civil.

¹⁵ Así por ejemplo, el presupuesto anual del Tribunal especial para Yugoslavia equivalía, en 1994, a dos semanas de gasto militar destinado a UNPROFOR

Ciudadanía universal, solidaridad y política de desarrollo internacional

Juana Bengoa

Tradicionalmente se ha venido definiendo el concepto de solidaridad como la «*adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros*». Así lo recoge el diccionario de la Real Academia Francesa desde 1914, sin que podamos olvidar sus ancladas raíces jurídicas en la figura de la obligación solidaria que se contempla en el derecho contractual y que Leon Bourgeois en 1902 –(Ensayo sobre la filosofía de la solidaridad, 1902) lo traslada a la obligación social, como expresión del contrato que todos los seres humanos suscriben con sus semejantes por el hecho de formar parte de una sociedad.

El concepto de solidaridad como obligación social, se ha venido incorporando al modelo de Estado del bienestar que disfrutamos en países desarrollados como el nuestro, recogiendo precisamente el reconocimiento de determinados derechos universales –«libertad, igualdad, fraternidad»– y cuyo cumplimiento se considera, se exige actualmente, como una obligación política, un ámbito de la función política. Una construcción paulatina, luchada y conseguida inicialmente a través de las reivindicaciones de los excluidos del sistema en el curso de la revolución industrial, del movimiento obrero durante el S.XIX y que, incorporado al pensamiento y la ideología socialdemócrata desde la segunda mitad del S.XX, está fundamentalmente vinculado al objetivo de la redistribución de la riqueza y de la cohesión social. Es a partir de esta

Juana Bengoa es Directora de la ONGD Solidaridad Internacional.

concepción como se han ido consiguiendo los sistemas de pensiones, el acceso a la educación, la asistencia sanitaria, para el conjunto de la población en los países europeos. La incorporación de nuevos colectivos de ciudadanos procedentes de la emigración, del exilio político, refugiados, de los parados de larga duración, de jóvenes y mujeres sin empleo, sin acceso a la vivienda, o sacudidos por problemas como el de la violencia intrafamiliar, plantean nuevas necesidades de inclusión y de protección específica que configuran las nuevas políticas de solidaridad y de cohesión social que, progresivamente, asume el Estado social y democrático de derecho.

En el orden internacional, sin embargo, todavía no se ha incorporado este concepto político y progresista de solidaridad y cohesión social, que requiere el gobierno del mundo. Es precisamente la transformación de ese viejo concepto humanista «de adherirse a la causa del otro» el que se reclama no coyuntural o circunstancialmente, ni únicamente como expresión de lo que mueve o sigue moviendo las solidaridades individuales y las voluntades colectivas a través de los nuevos movimientos sociales, sino el de configurar una responsabilidad política exigible, que asuma la necesidad de construir un nuevo orden internacional más justo y equitativo, basado en el derecho al desarrollo de los países y poblaciones más pobres, actualmente excluidos del reparto de la riqueza, el crecimiento económico y los beneficios de la globalización.

Señala Peter Singer en su libro *«Un solo mundo, la ética de la globalización»*¹ que ese viejo sueño de John Lennon a finales del S.XX que cantaba que no es difícil *«...imaginar que no hay países... imaginar a todas las personas/compartiendo todo el planeta...»* no es ya un sueño de idealistas; que estamos empezando a vivir en una comunidad global. Cita a la OMC, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional como instituciones que asumen, de forma imperfecta, funciones de gobierno económico mundial. Y al Tribunal Penal Internacional como ejemplo de un proceso para conseguir una comunidad global dispuesta a aceptar

¹ 2003, Ediciones Paidós Ibérica S.A

su responsabilidad en la protección de aquellos ciudadanos cuyos Estados no pueden o no están dispuestos a protegerles de la masacre o el genocidio. También señala que en la Cumbre del Milenio de Naciones Unidas los líderes mundiales han reconocido que hay una responsabilidad global en remediar la grave situación de los países más pobres del mundo, aunque –como este mismo autor señala- esas palabras aún esperan ser respaldadas por hechos.

Hacer de la solidaridad una política comprometida a través de la comunidad internacional es el gran reto del S.XXI.

En la citada Cumbre de Desarrollo del Milenio, los Jefes de Estado y de Gobierno de 189 países de la comunidad internacional, se comprometieron a trabajar juntos para conseguir, en 2015, un mundo más justo y seguro para todos. Con dicho fin, acordaron los 8 Objetivos del Milenio (ODM) orientados en su integridad a hacer del desarrollo humano el núcleo central de las agendas políticas en el ámbito local, nacional y global. Son ocho objetivos que comprometen recíprocamente a países ricos y pobres, a erradicar en el mundo la pobreza y el hambre, a eliminar la desigualdad entre mujeres y hombres, la degradación ambiental, a asegurar el acceso universal a la educación, la salud, el agua. Y para alcanzarlos se requiere construir *«asociación global para el desarrollo»*, lo que implica delimitar una serie de responsabilidades entre unos y otros.

¿Y qué responsabilidades compartidas articulan este pacto global por la cohesión y la solidaridad internacional?

En los países pobres, dicha responsabilidad contraída se concreta en tres frentes:

- El de la «apropiación» de los objetivos y estrategias de desarrollo (ODM) en cada país, incorporando la participación activa de la ciudadanía en la definición de los programas de desarrollo nacionales. Es a los propios países receptores a quienes corresponde liderar su modelo de desarrollo, integrando la gestión de la ayuda externa en asociación con los países donantes.

- El de la obtención de resultados concretos: de ahí que se hayan fijado unos objetivos y metas concretas, unos plazos e indicadores que permitan medir el grado de consecución de los ODM. Así, la eficacia de la ayuda se mide en función del impacto

que dichas políticas públicas alcancen respecto al cumplimiento de las metas fijadas y el alcance de las necesidades sociales cubiertas en cada uno de los países que han adoptado dicha agenda.

El último frente es el de la coherencia de políticas que, en el caso de los países pobres, significa adoptar políticas estables que impulsen el crecimiento económico y el desarrollo social; incorporando la participación social y económica, sobre todo de las mujeres; mediante la buena gestión de los asuntos públicos, la lucha contra la corrupción y las políticas de redistribución fiscal; la protección de los derechos humanos y la consolidación del Estado de Derecho; a través de prácticas de preservación y respecto al medio ambiente; estableciendo mecanismos para la prevención de conflictos y la construcción de la paz.

En cuanto a los países ricos, el compromiso de los países desarrollados se concreta en el incremento y la mejora de la calidad de la ayuda hacia los países más pobres; en resolver el problema de la deuda; en facilitar el acceso a los mercados para dichos países y en la transferencia de tecnologías. Un compromiso, el del Objetivo 8 que, sin embargo no se concretó –a diferencia de los Objetivos 1 a 7 aplicables a los países pobres– en torno al establecimiento de metas, indicadores y plazos concretos, lo que dificulta su seguimiento y la correspondiente exigencia de responsabilidades a los Gobiernos de los países ricos, en cuanto a su cumplimiento.

Como señalaba el pasado 12 de mayo Evelyne Hefkens, Coordinadora Ejecutiva de la Campaña del Milenio de Naciones Unidas, con motivo del inicio de los diálogos en el Forum de Barcelona, nunca la comunidad mundial de donantes ha sido tan rica y, sin embargo –mientras que entre 1961 y el año 2000 se ha visto doblada la riqueza por habitante– la ayuda por habitante de los países ricos es hoy menor que hace cuatro décadas. Por otra parte, la ayuda internacional a nivel mundial sigue teniendo un carácter instrumental y subsidiario; sigue siendo ajena en su concepción a razones de equidad o de cohesión mundial.

La Conferencia sobre financiación para el desarrollo celebrada en Monterrey en marzo de 2000, no logró arrancar de la comunidad internacional ni siquiera el compromiso de contribuir con

los 50.000 millones anuales de dólares que se calculan como mínimo necesarios para alcanzar los ODM. Todos hemos conocido cómo la guerra de Irak, ilegal además de ineficaz, destructiva en vidas humanas, derechos y recursos naturales, está absorbiendo muchos más recursos financieros que los que se necesitarían para erradicar el hambre y la pobreza en el mundo. El llamado «consenso de Monterrey» se limitó, tras más de treinta años de incumplimientos, a mencionar el viejo objetivo del 0,7% del PNB, rechazando propuestas de vincular su aplicación en plazos concretos, así como para crear nuevas fuentes de financiación a través de impuestos globales.

Posteriormente, en la Cumbre de Barcelona de la UE, los Estados miembros acordaron incrementar la ayuda hasta el 0,39% del PNB europeo para 2006. Mientras que únicamente cinco países europeos (Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda y Luxemburgo) cumplen actualmente el objetivo del 0,7%, sólo cinco nuevos países –incluyendo España tras las recientes elecciones– se han comprometido a alcanzar el 0,7% en una fecha concreta: Irlanda para 2007, Bélgica y Finlandia para 2010. España y Francia para 2012.

Alcanzar los ODM significa –como ya hemos destacado– mejorar estratégicamente la calidad de la ayuda. Frente al objetivo crucial de reducción de la pobreza, la mayor parte de la cooperación bilateral de los países desarrollados se orienta prioritariamente, sin embargo, hacia objetivos de carácter geopolítico: gran parte de la ayuda se dispersa y se difumina en países que ni son tan pobres y que, por otra parte, adolecen de políticas adecuadas de gobernabilidad y de reparto equitativo de la riqueza. Un volumen importante de esta ayuda, en lugar de orientarse a los ODM, ha sido canalizada para beneficiar las exportaciones de los países donantes y mejorar la influencia y presencia de las empresas extranjeras. Como ha señalado el Banco Mundial, la ayuda ligada representa un alto coste financiero para los países receptores, limita las alternativas y opciones para utilizar adecuadamente los recursos nacionales e invita a la corrupción.

Cabría finalmente concluir que, tal y como se recoge en la declaración de principios de la «Plataforma 2015 y más», los

Objetivos del Desarrollo del Milenio, vienen a ser la expresión incipiente de una política que puede otorgar legitimidad y hacer viable la globalización. Se trata, por tanto, de que junto a la integración de mercados, se construya a escala global un nuevo espacio político y social. Se trata de diseñar, concertar y aplicar políticas globales de cohesión que —a semejanza del modelo de integración europeo— asignen recursos vinculantes para reducir la pobreza y la desigualdad en el mundo, devuelvan su dignidad a cientos de millones de personas hoy excluidas.

Y ello significa asegurar la coherencia de todas las políticas que tienen incidencia en el desarrollo internacional: las políticas comerciales y de inversión exterior, las políticas de renegociación y de condonación de la deuda, el tratamiento de las migraciones, las políticas de medio ambiente, la política de seguridad y la cooperación internacional. Una coherencia ligada al grado de compromiso con el desarrollo y que en 2004 ha situado a nuestro país en el penúltimo lugar de la escala de dicho nuevo índice, después de Japón.²

Incorporar los Objetivos del Milenio y articular una política pública para su cumplimiento es, en la era de la globalización, reivindicar esa ciudadanía universal que reclama su pertenencia a la comunidad internacional, la que hemos visto nacer en los foros mundiales globales, en las manifestaciones por la paz con motivo de la guerra de Irak y que reclama una globalización alternativa: un paso más en la lucha de los movimientos sociales para avanzar en la conquista de nuevas etapas de la civilización. En ese movimiento a escala mundial, es en el que nos hemos comprometido en España las ONG que formamos parte de la «Plataforma 2015 y más»: es el reto de la solidaridad en el S.XXI.

Las Conferencias de Naciones Unidas celebradas en Viena, en 1993, y en Copenhague, en 1995, asumieron como universales los derechos económicos y sociales, incluyendo el derecho al desarrollo. Derechos que se unieron así a los civiles y políticos aprobados con anterioridad. Ello comporta una obligación exigible a todos los gobiernos del mundo para que pongan los medios y vo-

² Ver índice en www.cgdev.org

luntad a su alcance para promover el desarrollo y erradicar la pobreza, cumpliendo así con lo que ellos mismos han acordado. Y con la participación de 189 países, es en la Cumbre del Milenio de Naciones Unidas del año 2000 cuando se aprueban los siguientes objetivos concretos que, anteriormente, de manera conjunta, habían fijado el PNUD, el Banco Mundial, el FMI y la OCDE. Una serie de objetivos y metas que conforman la agenda política del desarrollo a favor de los más pobres.

- Reducir a la mitad en el año 2015 el porcentaje de población que estaba en situación de pobreza extrema en 1990.
- Acceso universal a la educación primaria en 2015
- Eliminar las diferencias de género en el acceso a la educación primaria y secundaria para 2005.
- Reducir, en 2015, en 2/3 la tasa de mortalidad infantil de 1990.
- Reducir la mortalidad materna de 1990 en 3/4 en 2015.
- Dar acceso para 2015 a servicios de salud reproductiva a quienes los necesiten y demanden.
- Poner en práctica para 2005 estrategias nacionales de desarrollo sostenible a fin de revertir en 2015 la pérdida de recursos ecológicos

Nuestro programa para conseguir los objetivos de 2015

Existen tres grandes retos para erradicar la pobreza y promover el desarrollo humano:

I. Conseguir un mejor reparto de los frutos del crecimiento económico mundial entre todos los países, reduciendo así la gran desigualdad internacional existente.

Los retos para avanzar en una globalización alternativa, que tenga en cuenta las necesidades de la humanidad y no sólo las de las grandes empresas y el capital financiero internacional, son numerosos. Los siguientes están en la agenda de la Plataforma 2015 y más.

1. Deuda externa. Condonación de la deuda externa a los países HIPC's y revisión de la suya a los países de ingresos medianos altamente endeudados.

2. Comercio. Apertura comercial del Norte a los productos del Sur. Suspender las subvenciones a las exportaciones del Norte.

3. Cuestiones fiscales. Medidas para eliminar las transacciones financieras con los «paraísos fiscales»; aplicación de la *Tasa Tobin* o de otras propuestas de financiación para el desarrollo; normas mínimas internacionales sobre tributación del capital.

4. Gastos militares. Reducción y aplicación al «dividendo por la paz». Control del comercio de armas y prohibición universal de las minas terrestres y las pruebas nucleares.

5. Calidad medioambiental. Cumplimiento efectivo de los acuerdos firmados –Protocolo de Montreal, Convenio de Kioto, Biodiversidad.

6. Tecnología. Sistema de patentes que no perjudiquen a los países del Sur –particularmente, pero no sólo, en medicamentos.

7. Código ético de conducta para Empresas Transnacionales. Eliminación de la explotación infantil y respeto a los derechos sindicales. Formulación de normas de competencia a nivel internacional.

8. Regulación de los flujos migratorios. Derechos para los emigrantes.

9. Igualdad de género. Cumplimiento de los Acuerdos Internacionales sobre igualdad.

10. Prevención y resolución de conflictos. Definición más precisa de lo que se entiende por intervenciones humanitarias y por el derecho a la injerencia.

11. Prevención de crisis financieras globales. Reforma de las Instituciones Financieras Internacionales.

12. Prácticas transparentes de gobierno. Lucha contra la corrupción tanto en el Sur como en el Norte.

II. Conseguir una mayor igualdad dentro de cada país, a través de políticas redistributivas que no estén reñidas con el desarrollo

Al contrario de lo que muchas veces se nos quiere hacer creer, el desarrollo humano no está en contradicción con el crecimiento económico. Además de ser un fin en sí mismo por razones de justicia social, estamos convencidos de que las sociedades más equitativas cuentan con muchos más recursos para lograr un buen

desempeño económico. Existen varias vías que nos permiten creer en ello, entre las que se encuentran las siguientes:

- Mejorar las oportunidades y opciones al alcance de los desfavorecidos –su acceso a activos, como la formación, el crédito, un empleo, la tierra y la asistencia técnica–, además de aumentar su dignidad y autoestima y darles medios para combatir la pobreza, significa también que la sociedad aprovechará mejor sus potencialidades productivas, de otro modo desperdiciadas.

- La equidad está relacionada con la estabilidad política y social de los países, la que a su vez está asociada con mejores expectativas y mayores inversiones de los agentes económicos.

- Los países que se han preocupado por la salud y educación universal para sus ciudadanos cuentan con recursos humanos –capital humano– más productivos.

Consideramos que ésta es la verdadera historia del éxito de muchos de los países desarrollados y de los que están saliendo en la actualidad del subdesarrollo, como los del sudeste asiático. El papel del Estado en la formulación y aplicación de políticas de desarrollo y redistribución ha sido y sigue siendo esencial en estos países.

III. Mejorar el funcionamiento y la eficacia del sistema de cooperación internacional al desarrollo

Queremos conseguir:

- Ingresos suficientes para el sistema de cooperación (el 0,7%) y la generación automática de una parte de los recursos para el desarrollo.

- El cumplimiento de los acuerdos adoptados en la comunidad de donantes para lograr una cooperación de mayor calidad, como la Iniciativa 20:20; la aplicación de la cuantía aprobada para los PMAs (el 0,15%); la mejora en la calidad y en la gestión de la ayuda y un mayor compromiso en la lucha contra la pobreza, relegando a un segundo plano el «interés del donante» como motivo de la cooperación.

- El compromiso inequívoco de todas las Instituciones Financieras Internacionales, en especial el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y la Organización Mundial de

Comercio (OMC), a favor del desarrollo humano sostenible de todos los países y la erradicación de la pobreza, subordinando sus decisiones económicas, comerciales y financieras a dicho compromiso. Ello pasa por conseguir una revisión en profundidad del papel y funciones del Fondo Monetario Internacional, haciendo efectiva su democratización, y por garantizar que los acuerdos de la OMC y de la «Agenda de Desarrollo» contengan fines y procedimientos justos, primando los intereses de los países menos avanzados.

¿Desarrollo? Cómo, cuándo y dónde

Tono Albareda

En el año 2000 se reúnen en la sede de Naciones Unidas más de 180 jefes de Estado y primeros ministros para, en la llamada «Cumbre del Milenio», marcar unos objetivos que atenúen significativamente la situación de la pobreza en el mundo. Se trata de conseguir que en el año 2015 la pobreza y sus consecuencias (el hambre, la mortalidad infantil, el analfabetismo, la falta de acceso al agua potable, etc.) sea eliminada o reducida a la mitad. El último de los «Objetivos del Milenio» marca la necesidad imprescindible de incrementar la ayuda al desarrollo para poder alcanzar estas metas.

Esta Cumbre se celebra ante un panorama económico internacional en el que 54 países han empeorado su situación, entre 1990 y 2001. El hecho de que en China se haya conseguido sacar a 150 millones de personas de la pobreza ha sido determinante para que los datos mundiales se puedan contemplar sin un pesimismo total.¹

Por otra parte, parece evidente que, con el actual modelo de globalización neoliberal, una de las características básicas que debe tener un Estado que se precie de ser «moderno» y «eficaz» es el anteponer la preponderancia del mercado a cualquier otro criterio.

Estos dos elementos, una realidad objetiva y una determinada política dominante internacionalmente, son las referencias básicas que deberíamos tener en cuenta para plantearnos cómo pode-

Tono Albareda es Director de la ONGD Cooperació.

¹ PNUD, *Informe sobre el Desarrollo Humano 2003, primer capítulo: Perspectiva General*.

mos actuar para lograr avanzar hacia un desarrollo de acuerdo con los objetivos del milenio.

Parece ser que, en 2002, 40 millones de personas han engrosado los 825 millones que pasan hambre en el mundo, básicamente en zonas del sur de Asia afectadas por las guerras de Afganistán e Irak. Por lo tanto, los conflictos armados, además de acabar con las vidas humanas, generan un panorama futuro de mayor pobreza y exclusión.

Las diversas crisis económicas de los últimos años, desde México (1995) hasta Argentina, pasando por el sudeste asiático (1997-98), Rusia (1998) y Brasil (1999), han significado retrocesos importantes en el nivel de vida de amplios sectores de la población de los países respectivos. No podemos olvidar que, en la mayoría de los casos, el FMI ponía como ejemplo a estos países de lo que era una correcta política económica.

Los objetivos del milenio, aunque no eliminan totalmente el hambre y la pobreza, pueden considerarse ambiciosos y difíciles de alcanzar si los flujos de ayuda no se incrementan sustancialmente y se modifican determinadas relaciones comerciales. Después de la cumbre de Monterrey, donde quedó claro que los países desarrollados no están dispuestos a incrementar de forma significativa su ayuda a los países empobrecidos, y tras los daños «colaterales» de las últimas guerras, podemos afirmar hoy que los Objetivos no van a ser logrados.

La falta de voluntad para generar políticas públicas que impulsen el desarrollo en la mayoría de países y las dificultades para promoverlas cuando hay voluntad pero hay que enfrentarse al pago de la deuda o a los condicionamientos del FMI y del BM, hacen que el papel de las ONG de Desarrollo esté altamente condicionado. Si no hay políticas públicas de desarrollo, ¿qué desarrollo vamos a conseguir las ONGD?

Cuando el Banco Mundial «recomienda» (más bien exige) a los países de África sumidos en la miseria que se pague para asistir a la escuela, poniendo en peligro todo el sistema de educación de un país, cuando las políticas públicas que se impulsan consideran que la enseñanza es una mercancía y no un derecho, ¿el papel

de las ONG se limita a poner parches para que las reformas sean menos traumáticas?

A nivel mediático, la ayuda asistencial se impone claramente a la ayuda para el desarrollo y ello tiene repercusiones importantes tanto para las pequeñas donaciones personales como para la orientación de los fondos de los grandes financiadores institucionales. Quizás sea bueno hacer el cálculo de cómo han de evolucionar los poco más de 50.000 millones de dólares que hoy se destinan a la ayuda internacional para conseguir elevar a los más de 1.200 millones de personas del nivel de miseria (menos de un dólar al día) al nivel de pobreza (menos de 2 dólares día). Sencillemente, si es en forma de ayuda asistencial, necesitaríamos multiplicar la ayuda por más de ocho veces.²

El tema de la seguridad, después de los atentados del 11-S, está también canalizando una parte sustancial de la ayuda. Eso es evidente en el caso de Estados Unidos, donde la ayuda de 2004 va destinada en un 50% explícitamente a seguridad.³

Sin entrar a discutir aquí la eficacia de la ayuda asistencial, y reconociendo que es imprescindible ante las catástrofes y que, evidentemente, salva vidas, esta ayuda no provoca por sí sola desarrollo. Considerando que la seguridad, sobre todo de la manera que es entendida por las grandes potencias, tampoco es por sí misma un elemento de desarrollo, habría que ver qué parte de la ayuda se destina realmente a desarrollo.

Con una ayuda al desarrollo cuantitativamente pequeña, en un panorama de crecimiento lento, con unas relaciones de intercambio comercial injustas, con barreras para los productos que podrían exportar los países empobrecidos y con un peso de la deuda que absorbe partes sustanciales de los presupuestos, está claro que, los que trabajamos para conseguir un desarrollo sostenible, lo tenemos difícil.

Al mismo tiempo, tanto a nivel internacional como dentro de los países, se está produciendo un fuerte incremento de las des-

² Para conseguir que 1.200 millones de personas recibiesen un dólar diario, necesitaríamos 438.000 millones de dólares anuales.

³ José Antonio Sanahuja «Guerras hegemónicas y ayuda al desarrollo», *Le Monde Diplomatique*, octubre 2003, ed. española.

igualdades de tal manera que nunca en la historia de la humanidad había habido una concentración de la riqueza como la actual. Por otra parte, la teoría de que primero hay que crear riqueza y después ya se producirá un efecto de redistribución, se ha demostrado que no funciona y menos si se acompaña con prácticas destinadas a debilitar la función social de los Estados.

Todo ello nos lleva a una situación realmente complicada que de hecho obliga a las ONG de Desarrollo a plantearse cuál es su función en el mundo actual y qué requisitos deben cumplir para poder asumir esa función.

En la práctica, la mayoría de ONGD están tan inmersas en su trabajo cotidiano que les queda poco tiempo para pensar y discutir sobre su función social presente y en el futuro y, en cualquier caso, el trabajo que se realiza aparece como tan necesario que difícilmente estamos dispuestos a ponerlo en cuestión.

Si analizamos el trabajo en los países empobrecidos deberemos analizar, en primer lugar, el instrumento básico de trabajo: el proyecto. El proyecto implica unos objetivos de desarrollo explícitos, una financiación determinada, unos beneficiarios y unos ejecutores. Normalmente no contiene una evaluación posterior que analice cómo se han cumplido los objetivos (puede tener una auditoría, pero eso mide dinero, no objetivos sociales).

En un porcentaje elevado de los casos, la financiación proviene, al menos en una parte importante, de la administración pública y eso condiciona tanto los objetivos, como los beneficiarios y los ejecutores. Igualmente condiciona las formas de trabajo y la necesidad de que las facturas sean claras y homologables. Será más aceptable, por ejemplo, que se compren semillas a una multinacional que nos emitirá una buena factura que no al pequeño campesino que no sabrá qué documento debe hacer. Esto nos lleva a un doble resultado: será más fácil hacer proyectos con países más ricos y, por otra parte aparecerán en los países empobrecidos los especialistas en proyectos.

Como tendencia, por lo tanto, se observa la realización de proyectos, no en los países de renta más baja ni en las zonas o sectores más desfavorecidos. Además, los proyectos tienden a contar con técnicos y contables especializados en los condicionantes

Europeos, no en el desarrollo social del país donde se ejecuta el proyecto. Si tenemos en cuenta, por otra parte, que los países más empobrecidos no son precisamente los que aparecen en los primeros lugares del ranking de interés de los países donantes, podemos entender la dificultad para alcanzar el objetivo de destinar el 0,15% del PIB de los países miembros del CAD a los Países Menos Adelantados.

Cuando la financiación proviene de fuentes privadas o de donaciones particulares, nos encontramos, muchas veces, que son el resultado de campañas relacionadas con desastres y, consecuentemente, van destinados a ayuda humanitaria. O bien resultado de apadrinamientos, un fenómeno cada vez más extendido en España y que, en numerosos casos, reconvierte el dinero donado a individuos en ayuda para comunidades (cabría analizar si esa ayuda promueve desarrollo o si supone un proceso colonialista y generador de mayor dependencia).

Se puede afirmar que los fondos privados destinados explícitamente a financiar el desarrollo son muy limitados en España. Y la tendencia no va, precisamente, en la dirección de corregir esa situación, ya que los medios de comunicación favorecen la ayuda frente a desastres y determinados personajes de TV parecen estar «encantados» de poder explicar que son padrinos de «niños pobres».

La tarea de las ONG de Desarrollo no es fácil, si pretendemos ser consecuentes aunque sea sólo con nuestro nombre. La situación política internacional y el papel de los organismos multilaterales, la falta de políticas públicas en el interior de los países donde trabajamos, la falta de financiación para el desarrollo, son factores que influyen de manera determinante en nuestro trabajo y siempre de forma negativa.

Todo ello puede servir como argumentación para explicar las dificultades y las debilidades de las ONGD. A partir de ahí, estamos las que seguimos pensando que el desarrollo pasa necesariamente por una transformación social y eso se debe reflejar necesariamente en la práctica diaria, también en los proyectos.

Es importante que los proyectos puedan formularse explícitamente con el objetivo último de la transformación social ya que eso permite dar un enfoque global distinto, donde los Derechos

Humanos pasan a ser el elemento central. El refuerzo de las organizaciones contrapartes (vaya nombre, parece más un insulto) pasa a ser, no una consecuencia, sino un objetivo básico, único medio para luchar por la defensa de los Derechos Humanos, especialmente los derechos económicos, sociales y culturales.

Para que el objetivo de la transformación pueda aparecer explícito, es necesario poder discutir el papel de las ONGD abiertamente con la administración pública, y entre nosotros, ya que no sólo es necesario conseguir fondos para nuestro trabajo, también aprender más. El reto es importante, habrá que ver si somos capaces de asumirlo.

El estallido de las fronteras entre la solidaridad y la cooperación al desarrollo: ¿amenaza o nueva oportunidad para las ONGD?

Javier Erro Sala

En este breve trabajo hago un rápido recorrido por las amenazas y oportunidades que el actual estallido de las fronteras entre las disciplinas científicas, las instituciones y las prácticas sociales que convergen en los campos de la solidaridad y la cooperación al desarrollo puede traer para el futuro de las Organizaciones No Gubernamentales de Desarrollo (ONGD).

Por un lado asistimos a la disolución de los límites de las disciplinas y apenas somos capaces de distinguir ya cuándo estamos «*haciendo*» solidaridad, cooperación al desarrollo o ayuda humanitaria. Las ONGD se ven, además, empujadas a competir por los escasos recursos dedicados a la cooperación al desarrollo con un número cada vez mayor de instituciones procedentes de otros ámbitos y nacidas para otros fines. Se alimenta así la crisis del sector.

Por el otro esta situación inaugura nuevas vías de avance para las ONGD. Les puede ayudar a redescubrir las muchas posibilidades inexploradas de la cooperación al desarrollo; les ofrece la posibilidad novedosa de globalizar la solidaridad y devolver el protagonismo de la acción solidaria a quien corresponde: el con-

Javier Erro es profesor e investigador de comunicación y educación para el desarrollo. Miembro del equipo de sensibilización y educación para el desarrollo de PTM-Mundubat.

junto de la sociedad; y les permite reencontrarse con la sociedad a través de formas activas de participación que superen el «*consumo de solidaridad*». Por último, pero no menos importante, les sirve de apoyo a la hora de que las ONGD afronten la urgente tarea de reinventarse como «*movimientos sociales*».

Creo que estamos ante uno de los temas claves que destapa con lucidez lo que en estos momentos está en juego y no siempre se sabe ver: a qué llamaremos *solidaridad, desarrollo, cooperación* y *ONGD* en las próximas décadas.

Encuentros y desencuentros de las ciencias sociales, la solidaridad y la cooperación.

El mundo de la solidaridad y de la cooperación internacional para el desarrollo es muy rico en encuentros y experiencias vitales, pero se mueve tradicionalmente rezagado a la hora de incorporar los avances teóricos y metodológicos del ámbito científico. ¿Son las ciencias sociales, la solidaridad y la cooperación al desarrollo campos separados y mal comunicados, como a veces puede parecer?

Actualmente los circuitos científicos se nutren de un discurso que denuncia la insensatez de una ciencia con *valor universal y desinteresada al servicio de la humanidad* (Martín Barbero 2002:48), y anuncia el estallido de las fronteras de las ciencias sociales. «*Hoy, como nunca, las ciencias sociales se constituyen en un lugar de síntesis, de encuentros más o menos novedosos entre la realidad y sus modos de comprensión, de diálogos entre disciplinas, entre pensamientos diversos, diálogos que han puesto en crisis las nociones de límite y frontera*» (Reguillo, 1999: 9). Ha calado la idea de que ninguna mirada es capaz de explicar toda la realidad, ni puede dar cuenta de los problemas sustanciales de una «*sociedad del riesgo*» hipercompleja, polivalente, multidimensional y, sobre todo, contradictoria. Se reconoce la necesidad y urgencia de «*abrir las ciencias sociales*» (Wallerstein, 1996) y de despejar ventanas en los tabiques de las disciplinas.

En el plano teórico todos nos declaramos ya menos «*disciplinarios*» y, en consecuencia, intelectualmente más libres. Otra cosa es cuando nos movemos en el terreno de las prácticas. Entonces,

como esa libertad tiene su precio, el de fuertes dosis de incertidumbre y cierta confusión, y la mentada «*pluridisciplinariedad*» no siempre llega acompañada de las suficientes herramientas conceptuales y metodológicas que la hagan digerible y eficaz, las reacciones son otras. De aquí que paradójicamente, si nos fijamos en el caso de la universidad, podemos comprobar que como institución no cesa de hacer apología del discurso pluridisciplinario, mientras sus gestores y académicos se atrincheran en sus disciplinares despachos utilizados como torres de marfil.

Necesitamos conocer qué fronteras son las que en verdad están saltando por los aires. Se trata de saber qué está suponiendo esa desaparición violenta de algunos de los límites de las ciencias, pero también de los lindes entre los campos de acción de la solidaridad y de la cooperación internacional para el desarrollo, en las ONGD y en las culturas de los sujetos que las conforman.

El paradigma de la modernidad con el que miramos nuestras sociedades y nos pensamos dentro de ellas se levantó sobre una serie de conceptos maestros interdependientes que se elevaron a la categoría de principios «*universales*». Desde el culto a la *Razón* se nos hizo creer que por medio de un proceso de *Desarrollo* desembocaríamos naturalmente en el *Progreso*.¹ Nos ha costado mucho descubrir que esos principios no son en realidad más que mitos, que no describen objetivamente la realidad porque son instrumentos de un modelo de organización social concreto: el productivista (Ibáñez 1994; Estevan 1995).

La idea de *Desarrollo* es en realidad una construcción social e histórica, una de las muchas posibles para imaginar el mundo y organizar la relación entre sociedad e individuo. Pero, sobre todo, el desarrollo constituye un concepto clave en las ciencias sociales, porque no puede separarse del mito científico. Se nos prome-

¹ Nada dice tanto del declive del proyecto moderno como la puesta en tela de juicio del mito del Progreso. La publicidad, siempre atenta al imaginario social, reconoce sin tapujos que estamos dejando de creer en esa idea de Progreso ilimitado. «El progreso no es una ilusión», proclama un anuncio de Audi, en el que se dice: «De repente algo sacude nuestras certezas cotidianas. De pronto, nuestro cerebro se debate entre creer lo que está viendo, o aceptar lo que te dice la razón. Así es el progreso. Así es nuestro nuevo Audi...». Sobre este tema puede verse el ya clásico trabajo de Nisbet (1996).

tió que la *ciencia* y la *técnica* nos *desarrollarían*. Por eso cuando decimos *Desarrollo* no nos referimos sólo a una manera de sobrevivir, sino también a una forma de sentir y de hacer ciencia. ¿Somos conscientes, desde las ONGD, de que cuando hacemos cooperación en realidad también estamos «*haciendo ciencia*»?² Lo cierto es que, como no podía ser de otra forma, cuando se han abierto las ciencias sociales y han estallado sus fronteras, también ha saltado por los aires el concepto de desarrollo y ha irrumpido «*el desarrollo de la crisis del desarrollo*».³

La idea preconcebida de *Solidaridad* que nos ha inyectado el proyecto moderno también hace aguas. Ya Durkheim, Tönnies, Simmel y el propio Weber señalaron que la solidaridad y los vínculos comunitarios se van desintegrando en la medida en que las sociedades se «*modernizan*» y «*desarrollan*» (es decir, adoptan el modelo de civilización occidental). Estos autores denunciaron que en una sociedad de un individualismo extremo⁴ la solidaridad siempre irá contracorriente y será marginal. Entendida así, la solidaridad se desliga de lo social, se especializa y se convierte en «*disciplina*».⁵ Desde esta perspectiva no cabe más acción solidaria que la «*indolora*» (Lipovesky), que se agota en la filantropía o en el consumo.⁶ Se persigue trasladar las políticas sociales de las ma-

² Martín Barbero destaca en sus trabajos que la verdadera dependencia de las ciencias sociales en América Latina no reside tanto en la incorporación automática de teorías del mundo «desarrollado» sino de la asunción inconsciente de su concepto de ciencia.

³ Morín muestra cómo las categorías que según el proyecto moderno debían traernos la felicidad, como ciencia, razón, progreso, Estado y desarrollo, se han convertido precisamente en la mayor amenaza para nuestra supervivencia. Se han descontrolado (ya no podemos controlar los efectos perversos de nuestros «desarrollo») y se han convertido en «fábricas de irracionalidad» (1995:399).

⁴ Sobre este tema puede verse Camps (1999).

⁵ Pero también se disocia de los usos y avances científicos. Por eso, en manos del mercado, la ciencia no está obligada a ser solidaria, sino a producir grandes beneficios para determinados países, grupos y personas. El caso del SIDA y la industria farmacéutica resulta paradigmático.

⁶ Zubero (1998) cataloga como «solidaridad finsemanista» al ejercicio de un tipo de solidaridad que no penetra en nuestra vida cotidiana y no nos cuestiona nuestro estilo de vida. Por ejemplo, que nos permite colaborar con una ONGD y sin embargo llevar una vida diaria consumista y perfectamente insolidaria con la realidad y las personas que nos rodean.

nos del Estado a las del mercado, convertir en negocio los derechos de la ciudadanía. De hecho aquellos temas y sujetos dignos de la acción solidaria pero que el mercado no considera rentables serán, simplemente, excluidos. Ésa es la «cultura de la solidaridad» dominante en nuestra sociedad (Díaz Salazar, 1996) que es, en realidad, una «cultura de la exclusión» (García Roca, 1998).

Pero esta concepción de *Solidaridad*, tan domesticada como la de Desarrollo, también viene perdiendo vigencia. Tiene como verdugo al proceso de globalización que día tras día se empeña en señalar sus contradicciones. El problema estriba en que las amenazas sin precedentes que enfrenta la sociedad global del riesgo exigen, para asegurar su propia subsistencia y la del planeta, una solidaridad real entre los ciudadanos y las ciudadanas.⁷ Los gobiernos se ven obligados a llamar a la solidaridad para abordar problemas como la seguridad, el terrorismo, la llamada «violencia de género», o un sin fin de situaciones más.

A la vez la solidaridad estalla cada día en infinitas formas de solidaridades concretas, intermitentes pero eficaces, que se resisten a ser controladas desde arriba o a ser desactivadas desde cualquier disciplina. Un buen ejemplo fue la reacción popular ante la tragedia del chapapote en Galicia.

El drama es que mientras la solidaridad se amplía, rompe fronteras, la cooperación al desarrollo parece estrecharse, ir disciplinándose sin conseguir romper su dependencia de las fuentes de financiación, que siguen imponiendo las reglas, temas, ritmos y herramientas metodológicas.

¿Puede pensarse hoy la cooperación internacional sólo como una disciplina de las relaciones internacionales?

Entendemos por cooperación internacional para el desarrollo «*el conjunto de actuaciones, realizadas por actores públicos y privados, entre países de diferente nivel de renta con el propósito de promover el progreso económico y social de los países del Sur de*

⁷ Sobre los modelos de solidaridad puede verse Gonzalo Aranguren, 1998:30. Sobre las condiciones actuales de la solidaridad Zubero (1994,1996 y 1998).

modo que sea más equilibrado en relación con el Norte y resulte sostenible. A través de la cooperación al desarrollo, se pretende también contribuir a un contexto internacional más estable, pacífico y seguro para todos los habitantes del planeta» (Gómez Galán y Sanahuja, 1999:17). Se trata por tanto de un subsistema o si se quiere una disciplina dentro del sistema general de las relaciones internacionales (Gómez Galán y Sanahuja, 2001). La pregunta es: ¿Puede seguir pensándose hoy la cooperación sólo desde aquí, como disciplina, cuando las ciencias han reventado y el sistema de relaciones internacionales atraviesa una crisis sin precedentes en la historia moderna?⁸

Ya Dubois (2000:14), que ha distinguido los modelos formales de cooperación, ha señalado que sólo podemos decir con propiedad que cooperamos cuando descendemos de un modelo de política exterior, asistencial o de políticas sociales, a un modelo de cooperación solidaria. Hoy parece que el tema debe repensarse desde el estallido de sus conceptos de apoyo, como el de desarrollo, y desde la disolución de las fronteras disciplinares entre solidaridad, cooperación o ayuda humanitaria. Señalo brevemente estos aspectos.

A) EL ESTALLIDO DEL CONCEPTO MODERNO DE DESARROLLO.

El desarrollo ha estallado en «*desarrollo humano y sostenible*».⁹ Se ha producido un cambio de protagonistas, de una disciplina científica, la economía, se ha pasado a un sujeto pluridisciplinar por naturaleza, las personas. Se descubre así la complejidad de relaciones que el desarrollo pone en marcha y se coloca la cuestión del poder en el centro de las intervenciones (Gimeno y Monreal 1999).

Se habla del «*derecho al desarrollo*» y se entiende que hay que enfocar el tema en plural. Es el paso del desarrollo a los «*desarrollos*», puesto que se asume que a cada sujeto, individual y colectivo, le asiste el derecho a «*orientar su propio desarrollo*» (Gómez, 1999).¹⁰

⁸ Recordemos que esa dependencia orgánica de relaciones internacionales plantea paradojas a la cooperación descentralizada que en el estado español depende sobre todo de las políticas y departamentos de Bienestar Social en la mayoría de comunidades autónomas.

⁹ Sutcliffe, en K. Pérez de Armiño (dir.), *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*, Hegoa, Icaria, Barcelona, 2000.

Lo que aquí me interesa apuntar es que ya no cabe encerrar a la cooperación en una sola disciplina y además pedirle eficacia. Materias como la sociología, la antropología, la psicología o la comunicación, se integran ahora al campo de la cooperación y del desarrollo de una forma novedosa. No ya como elementos auxiliares de apoyo a la hegemonía económica, como sucedió en el pasado, sino con todo su bagaje multidisciplinar. Estas disciplinas se han revuelto contra lo económico y nos muestran que el desarrollo deja de ser sólo un asunto de números y se convierte, sobre todo, en «*un problema de cultura*».¹¹

B) EL ESTALLIDO DE LA FRONTERAS ENTRE SOLIDARIDAD, COOPERACIÓN AL DESARROLLO Y AYUDA HUMANITARIA.

El debate en torno a cómo se vinculan, donde comienzan y dónde acaban, la ayuda humanitaria y la cooperación al desarrollo está ahora mismo abierto y en plena efervescencia. El desconcierto reinante en torno al «*nuevo humanitarismo*», tiene mucho que ver con la irrupción de las llamadas «*emergencias políticas complejas*». El nuevo humanitarismo sostiene que los objetivos tradicionales de la ayuda humanitaria –salvar vidas y aliviar el sufrimiento de las víctimas– son insuficientes. Postula que la ayuda debe promover otros objetivos más amplios, como la construcción de la paz, la defensa de los derechos humanos, y, sobre todo, el desarrollo. Visto así, se interpreta que ayuda humanitaria y desarrollo no son más que dos actuaciones concretas de un mismo proceso integral, que simplemente se

¹⁰ Sobre este tema y sobre las críticas procedentes de las corrientes posdesarrollistas que desde ámbitos como la antropología se cuestionan hasta el concepto mismo de desarrollo (no sólo sus apellidos), puede verse Escobar (1995), Ferguson (1990), Esteva (1996) y Olivella (1995).

¹¹ Un ejemplo excelente de los aires renovados que lleva la antropología a la cooperación al desarrollo es el trabajo de Carmen Martínez Novo *Empresas mixtecas: desarrollo y poder en una cooperativa indígena en la frontera México-Estados Unidos*, en Gimeno y Monreal, 1999. También puede verse el texto de Javier Gómez Ferri, *Sensibilizando a los otros, solidarizándose con ellos: la antropología en la intervención social solidaria*, en Benet y Nos Aldas, 2003. También el campo de la ayuda humanitaria va incorporando miradas pluridisciplinarias, desde la psicología social (Martín Beristain, 1999), o desde la antropología (Comisión Europea 1998).

sucedan en el tiempo (la idea de «*continuum*») o incluso que deben producirse simultáneamente (la idea de «*contiguuum*») (Pérez Armiño, 2002:6).¹² Una vez más, las fronteras se diluyen.

Pero no menos importante me parece la irrupción en los países del Norte de una figura hasta ahora imperceptible, la del emigrante. El emigrante se ha convertido en una metáfora que nos recuerda las contradicciones del campo de la cooperación para el desarrollo y la amplitud del mundo de la solidaridad. Si no se sabe interpretar puede descolocar a las ONGD porque rompe los lindes artificiales que habíamos asumido en torno a la distancia entre el Norte y el Sur, el trabajo en torno a la paz y a la cooperación, o la sumisión de la tarea de sensibilización y educación para el desarrollo a la «*tiranía del proyecto de cooperación*». ¿Qué sentido tiene hacer proyectos en un país que expulsa a sus hijos y no ayudarles cuando los tenemos junto a nosotros, de vecinos, en sus procesos de integración? Las administraciones públicas ya comienzan a darse cuenta de esta paradoja que la gente de la calle hace tiempo que detectó.¹³

Pero aunque estos nuevos fenómenos pongan en entredicho que pueda explicarse la actual cooperación al desarrollo sólo desde el sistema de las relaciones internacionales, en la práctica, tienen todavía mucha fuerza los intentos de hacer de este sector un campo disciplinario de naturaleza esencialmente técnica.

Creo que seguir pensando el tema disciplinariamente aumenta, como por otra parte estamos comprobando, los riesgos de dependencia y tergiversación. Me parece que tiene que ver con los

¹² Sobre este tema también puede verse Rey, F. y Currea-Lugo, V. (2002); y Rief (2003).

¹³ El Ayuntamiento de la localidad navarra de Burlada ha dado un giro radical a su política de ayudas a proyectos de cooperación al desarrollo. En su convocatoria de 2004 ha decidido entregar sus recursos al mejor proyecto que se presente para realizarse en Ecuador. Lo ha hecho después de constatar de que de los 18.000 vecinos censados extranjeros el 46% son de nacionalidad ecuatoriana y con el ánimo de implicar a los vecinos y colectivos en la solidaridad. «Los proyectos deben realizarse prioritariamente en el país de origen del grupo de inmigrantes más numeroso de los empadronados en Burlada, que ahora es Ecuador, aunque esta condición tendrá carácter rotatorio. Incluso se busca que se desarrolle en aquellas poblaciones ecuatorianas de donde proceden la mayoría de los ecuatorianos que ahora viven aquí». Diario de Navarra. 14-04-04, 33.

mecanismos de control y extensión de los intereses nacionales y globales de los Estados, grandes grupos y organizaciones transnacionales por hacer de la solidaridad, de la cooperación al desarrollo y de la ayuda humanitaria un conjunto de instrumentos más para conseguir sus intereses particulares. El mayor ejemplo lo tenemos en eso que se ha llamado la «*guerra preventiva global*» contra el «*terrorismo*». De aquí que estemos observando, impasibles, ejemplos sin precedentes: la conversión sin disimulos de la ayuda humanitaria en arma psicológica y vital de guerra, y de la cooperación en herramienta de chantaje y de despliegue de nuevos imperialismos. Estaríamos asistiendo pues a un intento de secuestro, en toda regla, de la solidaridad, la cooperación y la ayuda humanitaria.

ONGD: ¿más problemas o novedosas oportunidades?

¿Cómo está afectando directamente el estallido de la solidaridad a las ONGD?

Sin reparar en los diferentes tipos y en las distintas generaciones de ONGD,¹⁴ podemos decir que estas organizaciones representan un fenómeno contradictorio porque tienen una doble naturaleza: son parte del Sistema Internacional de Ayuda y Cooperación Internacional de Relaciones Internacionales, con el que mantienen una relación de dependencia política y económica; y están integradas en el conjunto de fuerzas de resistencia al capitalismo global que luchan por construir «*otro mundo posible*» (Erro 2002: 73). Hay autores que hablan incluso de una doble condición cultural dentro de las ONGD: una *cultura o racionalidad instrumental*, y una cultura opuesta, de carácter *expresivo* (López Rey, 2001).

Pero en términos más prácticos nos interesa reparar en que, en general, el estallido de las fronteras entre solidaridad y cooperación al desarrollo se está interpretando desde las ONGD más como un obstáculo que contribuye a emborronar más la definición del campo teórico y práctico de actuación de estas organizaciones, que como una nueva oportunidad.¹⁵ Desde una lectura positiva

¹⁴ Recordemos la clasificación que hace Senillosa (1996) partiendo de Korten del tipo de ONGD por generaciones.

¹⁵ En la legislación española no hay una distinción clara entre ONG y ONGD.

vislumbro la posibilidad novedosa de tres reencuentros fundamentales en el horizonte de las ONGD que no se daban en el pasado:

En primer lugar un reencuentro con la idea de cooperación solidaria, en su sentido más amplio, que les puede ayudar a redescubrir las muchas posibilidades inexploradas de la acción cooperativa con objetivos de desarrollo.

Por una parte el «*descubrimiento*» reciente de que las ONGD se mueven en terrenos culturales les obliga a dotarse de nuevas miradas, metodologías e instrumentos, algo de lo que todavía están lejos. La gran mayoría de ONGD carecen de las infraestructuras y recursos necesarios para poder incorporar en sus plantillas a expertos de ciencias sociales y formar equipos pluridisciplinarios, algo que sin embargo las grandes agencias internacionales, como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, ya lo vienen haciendo desde hace tiempo (Martínez Novo, en Gimeno y Monreal, 1999).

Pero lo fundamental es que esas disciplinas de las ciencias sociales se incorporan a la cooperación de forma independiente y autónoma –no supeditadas a la mirada económica–, amplían las opciones nuevas en el horizonte monotemático del proyecto de cooperación en el trabajo de las ONGD y también de complementariedad entre ellas. En efecto, la filosofía y método del «*marco lógico*» hoy por hoy, con todas sus innegables aportaciones, no es capaz de dar cuenta de la dimensión cultural de las intervenciones de cooperación. Se abre así una ventana para comenzar a superar las angosturas del marco lógico y resolver el grave problema de la mediación –para algunos «*dictadura*»– del proyecto que se ha apoderado, a través del aparato técnico-administrativo, de toda la infraestructura de las organizaciones, y se ha convertido en un fin en sí mismo. Ahora las ONGD podrían comenzar a recuperar su «*capacidad de iniciativa*» perdida (Serrano, 2001). Las ONGD tienen hoy la oportunidad de redescubrir las múltiples formas y posibilidades de cooperar para el desarrollo.

En segundo lugar un reencuentro con el sueño, hoy factible, de *globalizar la solidaridad*, y de devolver el protagonismo de la acción solidaria a sus legítimos dueños, todos los ciudadanos y ciudadanas.

Es cierto que las organizaciones sin ánimo de lucro para el desarrollo asisten a las irrupción en su campo de trabajo de otros agentes sociales, como universidades, entidades con obra social, empresas o medios de comunicación, por citar algunos, que se abren paso en la cooperación para el desarrollo y compiten, no siempre lealmente, con las ONGD por los escasos recursos existentes. Visto así, el panorama no resulta alentador. Pero también puede y debe hacerse otra lectura.

Por una parte, compartir el espacio con otros tipos de instituciones puede ayudar a las ONGD a volver a mirar a la cooperación al desarrollo desde su prisma natural, el de la solidaridad. Les recuerda también a estas organizaciones que deben ceder niveles de protagonismo adquirido en las últimas décadas y pasar a cumplir un papel de «*facilitadoras o dinamizadoras de intercambios*», permitiendo así que la sociedad en su conjunto asuma la responsabilidad de la cooperación solidaria.

Por la otra, no debe pasarse por alto que entre esas instituciones que se incorporan a la acción cooperativa destacan, entre otras, las asociaciones de emigrantes procedentes de países del Sur. Esto imprime un giro radical a la situación. Las ONGD tienen la ventaja de poder reencontrarse cara a cara con el «*rostro del otro*» (Lévinas), a través de la figura del emigrante, pero ya no de una manera abstracta y teórica, sino concreta y materialmente porque vive entre nosotros. Pero además las asociaciones de emigrantes deben servir como mediación clave –de características cualitativas novedosas–, para que las ONGD sean capaces de conectar la realidad concreta del excluido del Norte con el del Sur, de la vida cotidiana de la gente de aquí con la de allí. Ese «*Sur*» que justifica la existencia de las ONGD ya está, físicamente, todos los días entre nosotros, ofreciéndonos la oportunidad, por primera vez, de globalizar la solidaridad, y liberándonos a las ONGD del lastre de tener que «*representarlo*».

En tercer lugar percibimos la posibilidad de un reencuentro entre las ONGD y la sociedad a través de formas activas de participación que superen el «*consumo de solidaridad*».

Por un lado las ONGD se debaten entre convertirse definitivamente en agencias de servicios y organizaciones filantrópicas

—practicando una cooperación indolora y prosistema—, o apostar decididamente por reconstruirse como movimientos sociales que buscan el cambio estructural. Deben elegir entre una *opción técnica*, que las acabe convirtiendo, de facto, en *empresas atípicas* suministradoras de servicios para el mercado, y una *opción política*, basada en la solidaridad y la profundización democrática, que las reencarne en el tejido social.

Por el otro, al abrir la cooperación a la solidaridad surgen nuevos espacios de convergencia entre las ONGD y los «*movimientos altermundialistas*», lo que ayudaría a las ONGD a afrontar esa tarea de reinventarse como «*movimientos sociales*». Se trata de repolitizar nuestra identidad colectiva para ser auténticas promotoras del cambio social y no quedarnos reducidas al papel de meras gestoras de recursos, dicen las propias ONGD.¹⁶ Aquí entra en escena la relación entre ONGD y «*movimientos altermundialistas*» que, en contra de lo que pudiera presuponerse, no es todavía muy fluida. Por eso me parece tan importante que las ONGD rompan su aislamiento frente a los «*movimientos altermundialistas*» y se acerquen a ellos con aspiraciones sinceras de aprendizaje mutuo y complementariedad, y no sólo con pretensiones instrumentales.¹⁷ Tienen mucho que aprender de ellos, de su afilada mirada de lo social, de su demostrada capacidad proyectiva, y de los usos novedosos que estos movimientos vienen haciendo de las nuevas tecnologías para comunicarse, movilizarse y generar procesos de educación social.¹⁸

¹⁶ *Globalicemos la solidaridad*, Conferencia ONGD 2000, Hegoa, Bilbao.

¹⁷ En contra de lo que pudiera pensarse a primera vista, las relaciones entre el conjunto de ONGD y los movimientos altermundialistas son muy escasas y además están marcadas por el conflicto (Ver Erro y Ventura, 2003). Sobre este tema también puede consultarse Erro, *¿Son las ONGD movimientos antiglobalización?*, Colatino, 22-02-2002, El Salvador.

¹⁸ Hay un giro sincero en las ONGD. Como ejemplo, el caso de la Coordinadora de ONGD del País Vasco. En su Asamblea General del 7-6-2003 aprobó un texto en el que se apuesta por las «alianzas con otros movimientos sociales y redes para organizar la resistencia en las esferas de la política, de las luchas, de las ideas, y proponer alternativas económicas, de organización social y de nuevos valores». Reconoce que la presencia de las ONGD «en el movimiento antiglobalización, con sus fortalezas y debilidades, es testimonial y únicamente de pocas organizaciones», y señala que «las ONGD no podemos, no debemos

Como destaca García Roca (1998), los movimientos altermunicipalistas construyen la *globalización desde abajo* frente a la globalización impuesta desde arriba y llevan ya un largo camino recorrido en torno a la definición y puesta en práctica de *la narración de otra globalización* y a la apropiación del futuro del planeta por sus habitantes. Pero en esta empresa las ONGD tienen mucho que aportar porque constituyen *laboratorios de solidaridad* al poner en práctica formas de solidaridad directas y cotidianas, y porque lo que se persigue en definitiva es la creación colectiva de una *contracultura de la solidaridad*.

Ahora bien, para acoplarse a este objetivo las ONGD están obligadas a revisar el concepto de solidaridad que difunden. Se trata de promover la idea de que la solidaridad, más que aportar dinero con una participación social de bajo perfil, tiene que ver con implicarse de forma directa y contribuir a la creación de otro mundo tomando como punto de partida las necesidades de los sectores excluidos y más desfavorecidos. Eso que Dubois (2000) llama una *cooperación solidaria* y cuyas condiciones identifica y analiza Zubero (1994).¹⁹

En conclusión, creo que se ha abierto una oportunidad sin precedentes para reforzar el poder de las ONGD en esa negociación soterrada pero crucial que ahora mismo se está produciendo en torno al sector solidario. Como ya he citado, lo que está encima de la mesa es el significado y las prácticas dominantes de solidaridad, desarrollo y cooperación. En otras palabras, qué diremos que es hacer solidaridad, desarrollo, cooperación en los años venideros y, por extensión, a qué llamaremos ONGD.

permanecer ajenas a ese movimiento. Nos lo exige nuestro código de conducta». Sobre este tema también puede verse Marí Sáez (2004).

¹⁹ Creo que las ONGD están, como digo, obligadas a buscar nuevas formas de participación social activa en la solidaridad entre otras cosas por las propias inercias del proceso de globalización. Sin ir más lejos, el Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz ha llamado también a las ONGD, como al resto de asociaciones ciudadanas, a participar en la construcción de una nueva política ciudadana para la ciudad.

Bibliografía citada

- Aranguren Gonzalo, L. M. (1998). *Reinventar la solidaridad. Voluntariado y educación*, PPC, Madrid.
- Benet, V. J. y E. Nos Aldas, eds. (2003). *La publicidad en el Tercer sector. Tendencias y perspectivas de la comunicación solidaria*, Icaria, Barcelona.
- Camps, V. (1999). *Paradojas del individualismo*, Crítica, Barcelona.
- Díaz-Salazar, R. (1996). *Redes de solidaridad internacional. Para derribar el muro Norte-Sur*, Hoac, Madrid.
- Dubois, A. (2000). «Equidad, bienestar y participación. Bases para construir un desarrollo alternativo. El debate sobre la cooperación al desarrollo del futuro», *Cuadernos de trabajo Hegoa*, nº26. Bilbao.
- García Roca, J. (1998). *Exclusión social y contracultura de la solidaridad. Prácticas, discursos y narraciones*, Hoac, Madrid.
- Gimeno, J.C. y P. Monreal (1999). *La controversia del desarrollo. Críticas desde la antropología*, Catarata, IUDC/UCM. Madrid.
- Gómez, F. (1999). *El derecho al desarrollo como derecho humano en el ámbito jurídico internacional*, Universidad de Deusto, Bilbao.
- Gómez Galán M. y J. A. Sanahuja (1999). *El sistemas internacional de cooperación al desarrollo. Una aproximación a sus actores e instrumentos*, Cideal, Madrid.
- (2001), *La cooperación al desarrollo en un mundo en cambio. Perspectivas sobre nuevos ámbitos de intervención*, Cideal, Madrid.
- Ibáñez, J. (1994). *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*, Siglo XXI, Madrid.
- Erro, J. (2002). *Comunicación, desarrollo y ONGD*, Hegoa, Bilbao.
- Erro, J. y J. Ventura (2003). *La situación de comunicación en las ONGD del País Vasco*, Hegoa, Bilbao.
- Esteva, G. (1996). «Development», en *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*, W.Sachs (ed.), Zed Books, Londres, pp.6-25.

- Estevan, A. (1995). «Por una convivencia equitativa y autónoma, en paz con el planeta», en VV.AA., *FMI, Banco Mundial y GATT. 50 años bastan. El libro del Foro Alternativo. Las otras voces del plantea*, Talasa, Madrid, pp. 89-118.
- Escobar, A. (1995). *Encountring development*, Princenton University Press.
- (1995). «El desarrollo sostenible: diálogo de discursos», en *Economía política*, nº9, pp. 7-25.
- European Comisión (1998). «European University Degree in International Humanitarian Assistance», HOHA, vol. 4, *Anthropology humanitarian assistance*.
- Ferguson, J. (1990). *The Anti-politics Machine: «Development», Despoliticization and Buresucratic Power in Leshoto*, Cambridge University Press.
- López Rey, J. A. (2001). *Solidaridad y mercado*, Netbiblo, A Coruña.
- Marí Sáez, V., coord., (2004). *La Red es de todos. Cuando los Movimientos Sociales se apropian de la Red*, Popular, Madrid.
- Martín-Barbero, J. (2002), *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Fondo de Cultura Económica, Chile.
- Martín Beristain, C. (1999). *Reconstruir el tejido social. Un enfoque de la ayuda humanitaria*, Icaria, Barcelona.
- Morín, E. (1995). *Sociología*, Tecnos, Madrid.
- Nisbet, R. (1996). *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona.
- Olivella, M. (1995). «Cooperación intercultural para liberarnos del desarrollo», en VV.AA., *FMI, Banco Mundial y GATT. 50 años bastan. El libro del Foro Alternativo. Las otras voces del planeta*, Talasa, Madrid, pp. 153-169.
- Pérez de Armiño, K. (2002). *La vinculación ayudahumanitaria-cooperación al desarrollo. Objetivos, puesta en práctica y críticas*, Hegoa, Cuadernos de Trabajo, Bilbao.
- Reguillo R. y R. Fuentes, coords., (1999). *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*, ITESO, México.
- Rey, F. y V. Currea-Lugo (2002). *El debate humanitario*, Icaria, Barcelona.

- Rief, D. (2003). *Una cama por una noche. El humanitarismo en crisis*, Taures, Madrid.
- Wallerstein, I., coord., (1996). *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, México.
- Senillosa, I. (1996). «El papel de las ONGD en el Norte», *Intermón: Jornadas Sur-Norte*, Barcelona.
- Serrano, M. (2001). «Las ONG entre la empresa y el Estado: ¿Cambio o reproducción del sistema?», en L. Nieto Pereira, coord., *Cooperación para el desarrollo y ONG. Una visión crítica*, La Catarata, UCM, Madrid.
- Zubero, I. (1994). *Las nuevas condiciones de la solidaridad*, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- (1996). *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, HOAC, Madrid.
- (1998). «Solidaridad y participación socio-política», en VV.AA., *Hacia una sociedad más solidaria*, Mensajero, Bilbao.

A vueltas con la dimensión política de las ONGD

Teresa Burgui

Invocando el mito de la «neutralidad» y la «independencia» gran parte de las ONGD siguen, todavía, colocándose por encima o al margen de lo político. Parecen olvidar que son hijas de un sistema internacional muy concreto y que se mueven detrás de objetivos esencialmente políticos.

Defiendo en este artículo la necesidad de tomar como punto de partida el carácter ambivalente, complejo y paradójico de las ONGD. Apuesto, también, por someterlas, sin complejos, a un análisis desde la óptica política. Primero porque, como intentaré demostrar, no pueden escapar a su condición política y, segundo, porque la autoproclamada apoliticidad, en la práctica, no necesariamente garantiza su independencia.

Si partimos de una concepción amplia del término político, como el ejercicio de la ciudadanía para la búsqueda de una sociedad más humana, muchos de los procesos y campos de actuación que se dan en una ONGD persiguen fines políticos y, por tanto, contradicen esos reiterados pronunciamientos de apoliticismo. Defender lo contrario supone mantener una actitud arriesgada frente a una sociedad que reclama ser tratada como mayor de edad, exige conocer la verdad y ha comenzado ya a castigar a los que pretenden engañarla. Más aún cuando incluso detrás de esa ilusión de *apoliticidad* vertida en la opinión pública y, a buen seguro, interiorizada en las pro-

Teresa Burgui es experta en comunicación y educación para el desarrollo. Miembro del equipo de sensibilización y educación para el desarrollo de PTM-Mundubat.

pías ONGD, se escudan organizaciones cuya vinculación con otras siglas resulta evidente y es más o menos conocida.

El problema residiría en desmarcarse de uno de los principales desafíos que afrontan hoy las ONGD, contribuir a *repensar* el papel de la solidaridad y de las propias organizaciones no lucrativas dentro de la reconstrucción de lo político a través de proyectos alternativos, nacidos desde y para la sociedad civil.

La apoliticidad, un mito insostenible

Cuando las ONGD niegan su dimensión política, muestran una concepción negativa de la política. Temen quizá que el mismo fenómeno que las catapultó, que convirtió la solidaridad en el eje de nuevos valores y lanzó a la ciudadanía a la búsqueda de nuevas formas de participación alejadas de la política formal, hasta recalar en las ONGD, es decir, el «desencanto» y rechazo de la política formal y de algunas de sus instituciones (López Rey 2002:29), acabe también, ahora, con ellas».¹

Para protegerse, como señala López Rey, se muestran «muy recatadas»² a la hora de hacer público su «ideario» y su «carácter», sin darse cuenta que ese discurso pretendidamente ambiguo y generalista que emplean a la hora de definirse está teniendo consecuencias no deseadas porque, al impedir que sean correctamente percibidas por la sociedad, lo que genera es desconfianza.

Esta apoliticidad es sostenida incluso por aquellas ONGD que forman parte del radio de acción ideológica de un partido político (podemos hablar de las *ONGD del PP*, pero también de las del PSOE, de IU, etc.), o de otras instituciones con entramado ideológico o religioso (por ejemplo, algunas ONGD vinculadas a organizaciones sindicales, empresariales, o a estructuras, confesiones

¹ Para un análisis de la naturaleza de las ONGD desde sus relaciones políticas pueden verse, M. Revilla, op. cit.; Serrano y Verdú (2003); Zubero (1996); y Erro (2002).

² «Parece como si el hecho de adoptar claramente una opción ideológica pudiera restar público, mercado e imagen, y prefirieran mantenerse en un montón gris e informe donde resulta difícil distinguirse una de otras. Esto sugiere la idea de que existen ciertos temores desde las ONGD» (López Rey, 2002: 27).

u opciones religiosas de innegable peso político en la vida social). Si hacemos un recuento cuantitativo y cualitativo del plural panorama de ONGD del Estado español –atendiendo, por ejemplo, a cómo se reparte el dinero público de la cooperación al desarrollo– comprobaremos que las ONGD con lazos políticos más o menos estrechos con otras instituciones –«institución madre», como las califica López Rey (2002)– destacan entre las de mayor tamaño y disponibilidad de recursos.

Cuando apolítico no es igual a independiente

Las ONGD han surgido, crecido y se han legitimado ligadas a un sistema de cooperación al desarrollo que constituía una pieza política clave del sistema occidental. Hoy la mayoría de ellas dependen económicamente de la financiación pública, controlada y adaptada a los intereses de los gobiernos de turno o de las agencias internacionales, que deciden no sólo cuánto, sino dónde, con quién, para qué –habitualmente ni son los sectores sociales básicos, ni los países menos desarrollados– y cómo –imponiendo instrumentos, como el proyecto, y metodologías, como el «marco lógico».

Hoy, de alguna forma, las ONGD se encuentran subordinadas al donante y no al «beneficiario», participando más de las estrategias del primero –la mayor parte de las veces políticas– que de los intereses del último (Tortosa, 1998: 17).

A partir de aquí todo el proceso de relaciones que se genera (por ejemplo, los vínculos entre donante y receptor) aparece viciado, determinado por un pesado lastre de elementos, normas y subjetividades, de innegable carácter *político*. Porque políticos (macroeconómicos, geoestratégicos) son los criterios que las agencias internacionales y los gobiernos imponen cada vez con mayor rotundidad. Las condiciones –la famosa «condicionalidad»– que las agencias internacionales y gobiernos exigen a los países y sectores receptores de ayuda y cooperación, como respeto a los derechos humanos, democracia y buen gobierno ¿acaso no entran de lleno en el ámbito político?

Por otra parte la dependencia financiera de las ONGD de los gobiernos compromete el papel de estas organizaciones en la crítica de la política oficial. Como señala Sogge (1998:204-217), las ONGD no se atreven a hablar porque no pueden morder la mano que les da de comer.

Simultáneamente a este acercamiento al Estado, y ahora al mercado, las ONGD se alejan de la sociedad. La cultura que coloca a las personas en el centro y otorga valor a aspectos como la participación, queda a un lado para dejar paso a otra que antepone lo económico y se muestra con modos y maneras más cercanas a la empresa que a un movimiento social. Como consecuencia, las ONGD, están perdiendo la capacidad de movilizar a la sociedad.

A la dependencia económica se suma la institucional, en la medida en que muchas ONGD diseñan la mayor parte de su estructura y centran toda su actividad en función de la figura de los proyectos, que lo determinan todo: desde el perfil de las personas que trabajan en las ONGD hasta su organización interna, tal como denuncia Serrano (2001).

Las ONGD frente a su dimensión política: distintas posturas

Son escasas las ONGD que se perciben parcial o íntegramente dentro de la dimensión política, por lo menos si atendemos a su discurso. En general, sobre este tema, las ONGD adoptan dos posturas predominantes distintas.

En primer lugar, la de aquellas organizaciones que se colocan «*por encima*» de la dimensión política en nombre de una neutralidad abstracta. Representa la postura dominante. Algunas declaran abiertamente que viven y trabajan *por encima del dinero, por encima del poder, por encima de la política*», como reza el eslogan navideño de una de ellas, ubicándose como instituciones dentro del marco abstracto e incuestionable de las ideas puras. Situación que, por otra parte, no les impide, paradójicamente, proclamar que trabajan para transformar y mejorar este mundo humano y tangible –aun sin sentirse dentro de él–, y solicitar para ello el donativo o la ayuda de la sociedad.

Es frecuente que el mito del *apoliticismo* sirva de coartada para legitimar la defensa de *un modelo técnico de solidaridad y de ONGD*, creado por y para el modelo de sociedad dominante, que rehuye todo cambio estructural significativo. Desde este idealismo tecnológico, son frecuentes declaraciones como «*nuestra labor es sólo técnica*», obviando lo fundamental: que las intervenciones de ayuda humanitaria y cooperación para el desarrollo no se producen en laboratorios, sino en escenarios sociales (humanos), dentro de estructuras de poder y que, en consecuencia, presuponen y crean oscuras relaciones de poder que hay que identificar, rastrear, tener en cuenta e intentar equilibrar a la hora de planificar e intervenir.

Sale a la luz entonces una contradicción muy marcada: son precisamente las ONGD que trabajan desde la *opción técnica* (acérrimas defensoras de un supuesto *apoliticismo*), las que mayor dependencia parecen mantener del aparato político-económico-administrativo. De aquí que el debate sobre el *apoliticismo* y la *neutralidad* deba pensarse desde el grado de *dependencia* o *independencia de actuación* que las ONGD mantienen de los campos político, administrativo y económico, y desde sus niveles de imbricación con los múltiples sectores de la sociedad civil.

En segundo lugar existen ONGD que, en su intento de reencontrarse con lo político, lo reducen a lo institucional. Más allá del discurso público, la mayoría de las ONGD (incluso aquellas que acentúan su *no politicidad* o se han decidido ya por *opciones técnicas* de renuncia al cambio estructural), no dudan en dedicar sus mejores esfuerzos en la necesidad de hacer *lobby* en la actividad política formal (instituciones y partidos políticos) sobre aquellos aspectos que se relacionan con su campo de trabajo. Saben que dentro de esos ámbitos (instituciones políticas, gubernamentales o administrativas: locales, regionales, nacionales y supranacionales), se decide el grueso de la financiación de sus actividades. Rechazan la política, pero asumen sin problemas la necesidad de codearse con la clase y las instituciones políticas.³

³ Zubero (1998), distingue también otro tipo de ONGD, aquellas que reducen la solidaridad a lo cultural, colocando a los movimientos sociales y la solidaridad en los espacios no-políticos o anti-políticos. Al caer en el idealismo de rechazar

El riesgo es evidente: ceder a la fácil tentación de reducir lo político a la actividad política institucional, sin reparar que supone sólo una expresión incompleta de la rica trama política.⁴ Aquellas ONGD que con tanta vehemencia rechazan toda politicidad y dan fe de su neutralidad etérea, deberían reparar en una peligrosa paradoja: es de esa forma de *institucionalización* de donde viene el principal peligro de *politización* (en formas solapadas) de las ONGD. De hecho, pueden quedar atrapadas en la dependencia directa o indirecta del subsistema político-económico-administrativo (nacional, regional y global), alejándose cada vez más de la sociedad civil.

Está por investigarse qué marcas viene dejando dentro de la cultura de la solidaridad y de las ONGD la conexión estrecha y permanente con esos campos institucionalizados. Pero hay referencias significativas. De la relación directa de las ONGD con el aparato político-económico-administrativo se encargan personas de los órganos directivos o administrativos de las ONGD, por lo general un tanto alejadas de las realidades directas y del trabajo cotidiano de las intervenciones de sus organizaciones. Conviene también no olvidar que ni los partidos políticos, ni los campos administrativos, económicos o mediáticos destacan por el cultivo de la democracia interna; comparten una misma cultura instrumental (con un concepto muy concreto de *eficacia* y unas mismas lógicas cortoplacistas), como bien se demuestra en la adopción de un lenguaje común, muy pobre de expresión, e incapaz de reflejar la multiplicidad, complejidad y riqueza de lo social.

Pero las organizaciones también han de mirarse hacia dentro cuando consideran su ámbito de participación política. Serrano y Verdú (2003:47-49) utilizan la expresión «flujos políticos internos» y sostienen que el déficit de participación interna extrapola

el peso social de las instituciones formales, encuentran grandes dificultades para pasar de la protesta a la propuesta y para dotarse de legitimidad social.

⁴ Parece oportuno preguntarse si las ansias y perspectivas que ponen las ONGD para integrarse en coordinadoras no están más motivadas por subirse al reconocimiento institucional y al carro del lobby, que por buscar formas de articulación entre ellas y de inserción e incidencia en la sociedad, dados los problemas de participación activa que se dan en estos espacios.

los problemas al plano externo y tienen una repercusión inmediata en la legitimidad y efectividad de las organizaciones en el plano externo. Y mencionan a Saxby (1998) para señalar algunos de los síntomas que permiten diagnosticar el «estancamiento participativo» en el seno de las ONGD: directivos o administradores que se perpetúan; representantes del Sur excluidos de los procesos de decisión o ausencia de políticas de representación y fortalecimiento de la base social, en la medida que no participa en la toma de decisiones.⁵

Incluso ONGD *multinacionales* (con miles de millones de fondos propios en sus presupuestos, no hipotecadas frente a la ayuda oficial al desarrollo –AOD), mantienen formas jurídicas y estructuras organizativas impropias de una cultura asociativa democrática y tienden a reducir las relaciones con sus socios a una forma de solidaridad económica y vertical. Sobre todo, parecen haber abandonado la idea de *movilización social* como cordón umbilical con la sociedad, fuente de reflexividad, y eje de una necesaria recreación permanente.

¿Desde dónde y cómo pueden contribuir las ongd a reconstruir lo político y la ciudadanía?

Hoy el sistema político y lo político comienzan a ser desbordados por formas nuevas de política. Los procesos de globalización han puesto en crisis sus instituciones –el Estado-nación como primera categoría para pensar lo político y los partidos políticos como único canal de representación– y, sobre todo, la reducción de la idea de democracia a su visión formal y representativa.

El Estado-nación se presenta demasiado pequeño para encarar con éxito los problemas globales, y demasiado grande para resolver los problemas locales, como ya vaticinó Bell. Los partidos

⁵ El modelo de fundación, con el poder concentrado en unas pocas manos, y la figura del socio-colaborador económico, que dona pero no puede decidir, se abre paso frente a la asociación, con una estructura democrática de participación y un socio con capacidad de tomar decisiones. Sobre el intento de convertir la participación en un simulacro en las intervenciones de cooperación para el desarrollo puede consultarse Dubois (2000).

políticos, al situarse fuera de la sociedad⁶ se alejan cada día más de los ciudadanos. Por último, la democracia se desarrolla en su componente más totalitario: posibilita, pero también limita la participación porque los ciudadanos no deben hacer otra cosa que votar. Los modos de participación más intensos están proscritos y la sociedad se traslada para agruparse en otros lugares, para movilizarse con otras lógicas (De Certeau, 1999).

Esta situación desemboca directamente en una urgencia: la necesidad de *repensar* el papel de la solidaridad y de las ONGD dentro de la reconstrucción de lo político a través de proyectos alternativos, nacidos desde y para la sociedad civil, y con vocación de articular y expresar toda la complejidad y multiplicidad de la realidad que nos ha tocado vivir. Hoy, más que nunca –en tiempos de «*guerras preventivas*» y «*misiones humanitarias*», dirigidas por fuerzas militares– la sociedad interpela a las ONGD sobre su responsabilidad, el papel de la solidaridad, la cooperación y la ayuda en la construcción de una cultura democrática, de una cultura de paz.

Como nos recuerda García Izquierdo (1999:573), asumir la opción política *sitúa a las organizaciones frente a la necesidad de promover una serie de transformaciones que permitan ir abriendo soluciones a los problemas estructurales del planeta. La efectividad de estos posibles cambios está directamente relacionada con el análisis riguroso de la complejidad característica de la situación actual de pobreza y marginación y con el compromiso adquirido en su resolución. Estos factores obligan a cualquier ONGD que los adopte a reflexionar sobre su pensamiento político y reconocer la necesidad de disponer de una polivalencia operativa.*

Esto no será posible desde aquellas ONGD que reducen las relaciones entre el campo de la solidaridad, la cooperación para el desarrollo, las ONGD y lo político a la política institucional.⁷ Este proceso sólo podrá ser liderado por aquellas organizaciones que desde una perspectiva integral se interrogan por la crisis de lo

⁶ Balandier, Citado por Ramírez Saíz, 1999: 163.

⁷ Ignacio Carreras, «Las ONG y la política», *El País*, 11-3-2000, 14.

político en la sociedad actual y por el papel que corresponde a la solidaridad y a las ONGD en su *reinención* (Ramoneda, 1999; Mouffe, 1999).

Sin ese desembarco en la política las ONGD parecen condenadas a ser tragadas por el sistema; a convertirse en agentes residuales dedicados a transferir recursos y prestar servicios *técnicos* allí donde le mandan el mercado o los gobiernos; a ser organizaciones esquizofrénicas que manejan un discurso liberador pero cuyas prácticas están destinadas a no cambiar nada.

No se trata de ocupar un lugar construido, sino de construir lugares nuevos. La crisis del sistema político sólo puede resolverse con la búsqueda y creación de otras formas de hacer política. La sociedad reclama instituciones flexibles, capaces de atender la rica multiplicidad de demandas ciudadanas. Nos referimos a otro tipo de movimientos, *convocadores y articuladores de los ciudadanos, en vez de constituirse en simples usufructuarios de resultados electores o de cargos políticos* (Ramírez Sáiz, 1999:164).

De hecho, la *política* viene ganando formas y actores novedosos, como los «*nuevos movimientos sociales*»⁸ –que no buscan competir por el poder, sino hacer política *de y desde la sociedad*–, empujados por ese reclamo social cada vez más fuerte que exige reconocer al mayor número posible de actores sociales en el sistema de toma de decisiones. Estos «*nuevos movimientos sociales*» son profundamente heterogéneos y contradictorios. En su interior se mezclan empujes de horizontalidad y restos autoritarios, diversidad teórica (a veces idealismo) y reduccionismo práctico (en ocasiones la búsqueda de resultados a cualquier precio), autogestión y fuertes dependencias, pero en todo caso son *laboratorios de experimentación social y constructores de futuro*. Aunque se les acuse de no contar un proyecto delimitado y global alternativo, su riqueza radica en su *poder designador* (señalan las promesas incumplidas), y en la capacidad de generar propuestas y experiencias creativas (De Certeau, 1999). Su desafío reside menos en multiplicar las acciones de participación social y las

⁸ Entiendo «nuevos movimientos sociales» en un sentido amplio y general, donde tiene cabida, un entramado complejo y heterogéneo de organizaciones y movimientos.

denuncias (que tienden a consumirse en sí mismas), como en la articulación de espacios públicos no estatales y espacios privados no mercantiles. La clave residiría en crear *nuevas intermediaciones sociopolíticas institucionales y la ampliación del espacio público que garanticen el establecimiento de puentes entre la democracia representativa y la democracia directa, así como entre lo político y la política* (Ramírez Sáiz, 1999: 164).

Esta coyuntura zambulle a las ONGD de lleno en el debate sobre su identidad. ¿Qué entienden por *democracia* y cómo se materializa en sus prácticas sociales diarias? Las interroga por fuera y por dentro: ¿Cómo construir relaciones democráticas internas? ¿Crean o destruyen tejido, cultura democrática en sus intervenciones? ¿Qué papel les corresponde en la urgente reconstrucción de los espacios públicos? Les obliga a replantearse sus relaciones con el conjunto de la sociedad civil: ¿Cuál es su papel dentro de la sociedad civil?, ¿Qué pueden aprender de los «*nuevos movimientos sociales*»? ¿Qué relaciones debe mantener una ONGD con sus bases sociales? ¿Ayuda o perjudica la forma jurídica de *fundación* para profundizar en una cultura democrática? Les empuja a replantearse sus relaciones institucionales y sus formas internas de articulación —¿Coordinaciones, federaciones o articulaciones flexibles y puntuales cimentadas desde el trabajo cotidiano y basadas en las posibilidades de las nuevas tecnologías?—, tanto en sus dimensiones locales, nacionales o globales.

Desde su especificidad (la lucha para la construcción de formas de desarrollo), las ONGD son portadores del virus de la solidaridad y constituyen *laboratorios* de otra solidaridad, como nos recuerda García Roca (1998), por lo que deben ocupar un lugar privilegiado dentro de ese marco social emergente. Pero son ellas las que deciden.

Bibliografía citada

- De Certeau, M. (1999). *La cultura en plural*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Dubois, A. (2000). «Equidad, bienestar y participación. Bases para construir un desarrollo alternativo. El debate sobre la cooperación al desarrollo del futuro», «*Cuadernos de trabajo Hegoa*», nº 26, Bilbao.
- Erro, J. (2002). *Movimientos sociales y comunicación: ¿Son las ONGD movimientos antiglobalización?* Colatino, Perspectivas, San Salvador, 2002.
- García Izquierdo, B. (1999). «Las principales características estructurales de las ONGD de la coordinadora. Un análisis dinámico y prospectivo de los datos consolidados de 1998», en «*Directorio de ONGD*», CONGDE, Madrid.
- García Roca, J. (1998). *Exclusión social y contracultura de la solidaridad. Prácticas, discursos y narraciones*, HOAC, Madrid.
- López Rey, J.A. (2002). *Solidaridad y mercado*, Netbiblo, A Coruña.
- Ramírez Sáiz, J.M. (1999). «La reconfiguración de la sociedad y la política: compromisos y desafíos para las ciencias sociales», en Reguillo R. y Raúl Fuentes Navarro, *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*, ITESO, México, pp.143-172.
- Ramonedá, J. (1999). *Después de la política*, Taurus, Madrid.
- Renes, V. (1994). *El voluntariado de acción social*, Madrid, CCS.
- Revilla Blanco, M., ed., (2002). *Las ONG y la política*, Istmo, Madrid, 2002.
- Saxby, J. (1998). «¿A quién pertenecen las ONG?», en Sogge, D., ed., *Compasión y cálculo. Un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo*, Icaria, Barcelona, pp. 65-137.
- Serrano, J. y A. Verdú, (2003). *La dimensión política de la Ayuda Humanitaria*, Cuadernos para el debate nº19, MSF, Barcelona.
- Serrano, M. (2001). «Las ONG entre la empresa y el Estado: ¿Cambio o reproducción del sistema?», en L.Nieto Pereira, coord., «*Cooperación para el desarrollo y ONG. Una visión crítica*», La Catarata, UCAM, Madrid.

- Sogge, D., ed., (1998). *Compasión y cálculo. Un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo*, Icaria, Barcelona.
- Tortosa, J.M. (1998). «Motivaciones legítimas, propuestas honestas, contextos tozudos», en D. Sogge, ed., *Compasión y cálculo. Un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo*, Icaria, Barcelona, pp. 13 a 20.
- Zubero, I. (1996). *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, HOAC, Madrid, 1996.
- (1998). «Solidaridad y participación socio-política», en VV.AA., *Hacia una sociedad más solidaria*, Mensajeros, Bilbao.

Más allá del naufragio de la razón

Maribel Montes-Wolf

Me solicitaron participar en este libro de reflexiones para abordar el tema de la solidaridad internacional y la cooperación.¹ Trataré de visualizar el impulso solidario actual a partir del concepto surgido, en el siglo pasado, en una coyuntura histórica precisa. Pienso en los impresionantes movimientos populares que sostuvieron las luchas obreras en el inicio del siglo veinte o las Brigadas Internacionales que combatieron durante la guerra de España. Mi vivencia personal parte del movimiento social europeo e internacional que se consolidó entre 1970 y 1990 en Europa y en América Latina. Un sueño internacionalista buscó construir la solidaridad entre los pueblos basada en el derecho a la autodeterminación y el desarrollo y empujó hacia la democracia las sociedades conservadoras y autoritarias.

Fueron muchos los que arriesgaron todo y aún ofrecieron su vida para derrotar a las dictaduras sangrientas de esos años. La solidaridad tenía en ese entonces un contenido popular y en oposición al concepto cultural compasivo/caritativo, combatía la injusticia de la discriminación entre clases sociales: Solidaridad era sinónimo de liberación y de revolución. Esa fue mi bandera como mujer y como ser humano.

Ahora, para las denominadas ONG/OSI,² solidaridad significa en buena parte cooperación internacional. Una primera y gran

Maribel Montes-Wolf es Responsable de Acciones Internacionales en Terre des Hommes France y Coordinadora del Grupo Sur, alianza europea de ONGs.

¹ Acompañamiento de las organizaciones sociales, llamadas anteriormente movimientos populares, en doce países de América Latina y cuatro de África.

² Organizaciones de solidaridad internacional, como se denominan en Francia.

diferencia que percibo entre esos conceptos consiste en las posibilidades actuales de financiamiento público de los Estados nacionales o de la Unión Europea. Es legítimo entonces preguntarnos cuál es la responsabilidad de los estados democráticos de Europa, en su calidad de representantes de pueblos, y si al definir sus políticas de cooperación responden o no a las demandas y a los intereses de sus representados. En caso contrario el significado liberador de la solidaridad se encontraría desvirtualizado y podría significar un retorno a prácticas pasadas compasivo/conservadoras con contenidos modernos como la alta tecnología, pero sin considerar objetivos duraderos de transformación social.

En estos días, tras una conversación sostenida sobre Palestina, Irak y Colombia en el tren Bruselas-París con mi vecino de asiento, un francés profesor de universidad, quien dijo haber luchado en la segunda guerra mundial, me despidió con esta frase cuando llegamos a París: «lo que estamos viviendo ahora no encaja con la idea de democracia por la que nosotros combatimos».

Sin embargo, aun teniendo a veces ese mismo sentimiento, ese día pensé que no podemos caer en el pesimismo. Estoy observando desde el espacio donde me encuentro el resurgir de una idea de solidaridad basada en el rechazo a la guerra, en un concepto económico redistributivo, contrario a las reglas actuales del mercado impuestas por la OMC. Todavía es un movimiento social no muy bien definido en sus componentes ideológicos, pero basado en la recuperación de una ética fundamental de exigencia de todos los derechos humanos.³ ¿Será capaz este movimiento social de dar respuesta a los grandes problemas que enfrenta hoy una humanidad doliente y desbordada por millones de pobres? ¿Hasta cuándo se va aceptar que la pobreza y la humillación de la mayoría de la población mundial sean el sustento de las democracias? ¿Puede el paradigma social de la interdependencia construir un puente de intereses comunes de los pueblos?

³ Civiles y políticos, pero también económicos, sociales y culturales.

La Paz no es ausencia de guerra

Recuerdo que hace algunos años, durante las negociaciones de Paz en Guatemala, las organizaciones sociales repetían incansablemente que la paz no era ausencia de guerra y que sin Tierra, sin Cultura y sin Dignidad recuperada la Paz era imposible. Posteriormente, hemos asistido, en este caso y en muchos otros, a procesos de pacificación entendidos solamente como entrega oficial de las armas por los sublevados y acuerdos suscritos en el papel. Es así como varios años después, percibimos que los países que negociaron la Paz o que transitaron por la vía de las elecciones hacia la democracia representativa viven realidades de pobreza persistentes, agravadas por nuevos desequilibrios.

En muchos casos se viven situaciones peores que las que provocaron la guerra y lo que es peor, se perdió la esperanza. Mientras tanto, el aumento de la criminalidad de tipo mafioso y el repunte de los métodos del terrorismo internacional tienden a mostrar una degradación ética y social sin precedentes. Estamos viendo y sintiendo cómo la democracia sin desarrollo y sin justicia social no puede producir la Paz.

Un comunicado reciente de la Comisión al Parlamento y el Consejo europeos reporta la existencia en el continente latinoamericano de 227 millones de pobres. Esto es, el 44,4% de la población.⁴ Al mismo tiempo, el comunicado indica que el coeficiente Gini que mide las desigualdades a través de la distribución de la renta es más elevado en América Latina (0,51) que en el Sudeste asiático (0,37) y Europa Oriental (0,29).

Aunque las desigualdades entre ricos y pobres están también en aumento en Europa, despejando las dudas de la responsabilidad de la imperante ideología del libre mercado, el grave caso de América Latina debiera preocupar. La idea de democracia que los latinoamericanos tienen basada en la vida real cotidiana no puede llevar cabalmente a que la defiendan como suya. Así, un estudio realizado por la Organización de Naciones Unidas⁵ en 18 países,

⁴ Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe realizado por la misma fuente.

⁵ El Tiempo, periódico colombiano de 21 de abril 2004.

indica que el 56% de los entrevistados piensan que el desarrollo es más importante que la democracia y declaran que son los grupos económicos quienes realmente manejan los países. En ese estudio, la embajada de Estados Unidos aparece como aliada con los poderes económicos.⁶ En el continente latinoamericano la paz no ha hecho desaparecer la acumulación desmesurada de la tierra y enfrenta a un concepto de seguridad democrática basado en la desigualdad y la injusticia social.

Pobreza y democracia: dos conceptos incompatibles

Dentro de ese contexto no es difícil percibir que las políticas de cooperación internacional de la Unión Europea o de sus gobiernos, no responden a una lógica de cooperación para la Paz que aspire a la erradicación de la pobreza y que los programas que se están ejecutando en apoyo a las políticas llamadas de «reducción de la pobreza» no han arrojado resultados visibles. Por el contrario, es de lamentar que hayan contribuido a la ampliación de la corrupción y en los casos más favorables, sólo han permitido aliviar, por la asistencia de tipo caritativo, algunas comunidades de pobres beneficiarios pero sin atacar el mal en su origen.

Al observar también lo sucedido con la masiva emigración económica de centro-americanos hacia Estados Unidos, o de africanos hacia Europa, se puede percibir que este sacrificio supone un alivio a la pobreza local, pero que tiene como consecuencia el aumento de la dependencia política. Lo ocurrido en El Salvador en las recientes elecciones parece probarlo. Durante la campaña electoral se difundió por los medios de comunicación que en el caso de que la izquierda ganara las elecciones, Estados Unidos podría suprimir o disminuir los permisos de trabajo de la población migrante. No es difícil imaginar entonces el efecto que este riesgo pudo tener en una multitud de familias que viven de las remesas de la emigración. Así me parece evidente que el derecho a la autodeterminación de los pueblos ya no está reconocido.

⁶ De acuerdo con el estudio citado sólo uno de cada cinco latinoamericanos confía en el sistema judicial, sólo un 17% confía en el Parlamento y tan solo el 11% confía en los partidos políticos.

El caso colombiano podría considerarse más dramático. En Colombia el índice de iniquidad es de los más altos del Continente y el de impunidad frente a las violaciones de los derechos humanos alcanza el 98% de los casos registrados. Aunque exista una práctica de democracia representativa, no existe el estado de derecho. Esa evidencia no ha impedido que recientemente la Unión Europea se aproxime a los planteamientos del gobierno colombiano contenidos en el Plan Colombia concebido por los Estados Unidos. Mientras, la cooperación europea en favor de los desplazados internos por la violencia, duda muchas veces en denunciar las violaciones de derechos humanos para no poner en peligro la seguridad de los cooperantes en el terreno.

Cooperación no es siempre sinónimo de solidaridad

En un reciente estudio publicado por la Comisión «Cooperation Développement» del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia para los años 2000/2001 sobre 150 organizaciones de solidaridad internacional se lee que de 712 millones de euros invertidos en programas de cooperación, 352 millones corresponden a programas realizados directamente por las organizaciones francesas en el terreno; sólo 54 millones a subvenciones directas a organizaciones locales y más de 36 millones de euros se invierten en programas en Francia como campañas de sensibilización y manifestaciones diversas. Los gastos de funcionamiento propio de las OSI representan 113 millones de euros y los gastos para la colecta de fondos privados se elevan a 61 millones. América Latina recibe sólo un 7,2% de la cooperación francesa. Francia envía 3.100 expatriados anualmente al terreno y el apoyo a organismos locales ha disminuido de 16% —entre 1998-1999— a 10% del presupuesto total en 2000/2001. Es preciso señalar que, al contrario de lo que ocurre en otros países europeos, en el caso francés el 60% de los ingresos son de origen privado, lo cual habla en favor de la existencia de una cultura social de apertura internacional. La cooperación pública sólo aporta a las OSI (8,4%) lo que resulta ser uno de los más bajos porcentajes de toda Europa.

La cooperación puede convertirse en una manera de absorber una parte de la juventud que tiene dificultades de inserción en el excluyente mundo laboral, disminuyendo, en cierta medida, la presión que pueden producir los jóvenes sin mayores perspectivas económicas. Estas cifras indican que la cooperación aporta, sólo de un modo reducido, puestos de trabajo locales o contribuye a reforzar las organizaciones sociales en los países beneficiarios.

Sin duda, hay que considerar que la conciencia que adquieren los jóvenes en ese quehacer es un elemento positivo para la solidaridad. Es probable que muchos estén integrados en el movimiento social contra la globalización económica. Sin embargo, muchos otros, a su retorno a Francia son captados por las dificultades inherentes a la reinserción en el mundo laboral al cual aspiran llegar con una mejor experiencia. Se constata que ahora los jóvenes retornados no participan en las OSI como voluntarios, como sucedió en la década 60-80. En consecuencia se ha producido un envejecimiento significativo de las bases sociales de las OSI, en Francia y en varios países de Europa, hoy en día en su mayoría compuestas por retirados del mercado laboral que no poseen un conocimiento práctico de los movimientos sociales ni de la cooperación.

De otro lado, en América Latina o en África, los responsables y animadores de las ONG locales, ejecutoras de proyectos de cooperación humanitarios o de desarrollo, se benefician de un nivel de salarios muchas veces superior a la práctica local, lo cual lleva a que algunos los califiquen de «élites» del mundo social. A pesar de todo, es fácilmente perceptible que en las ONG nacionales se encuentran cuadros de valor y más competentes que muchos funcionarios públicos. En muchos casos los gobiernos han captado cuadros de las ONG, lo cual puede contribuir al debilitamiento de la sociedad civil y de su capacidad de lucha ética y aspiración de justicia. Aún es difícil apreciar la posibilidad real de incidencia de dichos cuadros dentro del Estado. Mientras tanto, el poder oficial muestra una formidable capacidad de recuperación del lenguaje y de las prácticas de las ONG, utilizándolas como operado-

res de programas de cooperación concebidos con fines utilitarios, como puede ser la necesidad de captar votos en las elecciones.

Aunque se constata una interrelación evidente entre sociedad civil y Estado en la práctica de la democracia representativa, no existe un concepto de democracia participativa que defina de manera clara el rol de unos y otros.

El retorno del pensamiento crítico

Todos, Estados e instituciones públicas, incluido el aparato judicial, los parlamentos y la sociedad civil estamos regidos por el concepto ideológico mundial de la ley del mercado que, como sabemos, depende de variables aleatorias, de los caprichos de consumo y de imposiciones injustificadas y que está condicionado por quienes determinan los precios y los mercados. Es una ideología que no se apoya, como debería, en la aspiración de justicia, de equidad, de vida y de sentimiento humano que los ciudadanos reclaman. En este escenario debemos felicitarnos por el resurgir del pensamiento crítico y autónomo de la sociedad civil. Es un primer paso pero no suficiente. Cuando las estructuras no brindan posibilidades aceptables de margen de maniobra, las palabras pueden tener más fuerza que los actos. Pienso en la enorme angustia y el condicionamiento que supone la negación del derecho al trabajo dentro de la comunidad mundial y que es un problema que nos atañe a todos. Enfrentamos el grave riesgo de divorcio entre la sociedad civil y el Estado por intereses contrapuestos. Además, hay signos claros de debilitamiento de la cooperación internacional, de hecho ya muy afectada en sus métodos y contenidos sociales y democráticos, lo cual puede dejar el camino libre a las mafias y al empoderamiento definitivo de los sectores económicos incontrolados e incontrolables.

En marzo de 2003, varias redes de América Latina y de Europa realizaron en la ciudad de México un encuentro entre organizaciones de la sociedad civil, del mundo académico, de funcionarios públicos y de organizaciones de derechos humanos sobre el tema «Derechos ciudadanos y responsabilidad del Estado». Recuerdo que todos los participantes insistimos en considerar que

«sólo un Estado solidario puede merecer una sociedad solidaria y viceversa». Faltando esa práctica generalizada, la cooperación bilateral entre Estados niega toda posibilidad de consulta social que no sea simulacro de consulta, lo que ha conducido en estos últimos años a situaciones de corrupción insospechadas, reforzando el empoderamiento de las élites locales con sus prácticas antidemocráticas.

La pobreza es ilegal: por una cooperación en favor de la exigencia de los derechos económicos y sociales

A pesar de la evidencia de que los programas de cooperación responden a muchos y múltiples intereses —de los cuales sólo he aportado unos pocos ejemplos—, creo que la sociedad civil que participa y ejecuta los programas, sea con fondos privados, sea con fondos públicos, se mantiene impregnada de una idea ética y de generosidad que puede ser capaz de recobrar el impulso que permitió en el pasado conseguir la descolonización y la recuperación de los valores de responsabilidad democrática.

El riesgo de rupturas sociales violentas que la situación actual permite predecir podría producir cambios positivos en las políticas de cooperación actuales. También es posible que el impulso social irreductible, basado en una conciencia recuperada, provenga de la movilización social masiva.

Por ahora, el movimiento social —sindicatos y otras organizaciones—, se encuentra fragmentado y no está suficientemente representado en los foros sociales mundiales. Tampoco se percibe una relación de confianza, ni en los métodos, ni en la práctica entre el movimiento social y los partidos políticos. Sin ser pesimista —porque formo parte de los sectores que piensan que la reacción social es inevitable y que sólo es cuestión de tiempo—, debo reconocer que las dificultades que enfrentamos son poderosas.

Sería equivocado, creo yo, considerar que las ONG pueden ser la cabeza del movimiento social, ya que carecen de legitimidad suficiente. La posibilidad de financiamiento de su participación en los foros sociales mundiales les favorece, pero no las legitima como representantes del conjunto de la sociedad civil.

Muchas coordinaciones en ese espacio parecen surgidas más de la preocupación por encontrar una regeneración del sistema ideológico neoliberal que del cuestionamiento del sistema mismo. Por lo tanto, el movimiento de los foros sociales no aglutina un proyecto de cohesión alternativo y convincente. Dentro de la sociedad civil ausente en dichos foros -como son la mayoría de las víctimas directas de esta situación-, la preocupación pareciera más centrarse en perspectivas de solución a corto plazo. No se percibe todavía una conciencia global transformadora a mediano plazo, como ocurrió en el caso de generaciones pasadas.

Como las organizaciones sociales no tienen por el momento una práctica de movilización basada en los derechos y no creen que sea factible la justicia en el contexto actual, no pueden sostener por tiempo prolongado las movilizaciones. En esta situación podríamos encontrar una explicación a la ausencia de resultados permanentes de los reclamos sociales. A pesar de esos límites, los movimientos sociales son capaces de conseguir cambios estructurales en determinados momentos. Los derechos a la salud, a la educación, al trabajo están reflejados en las Constituciones nacionales de casi todos los países. No obstante, pensar los derechos en un mundo globalizado requiere un esfuerzo social consensuado y un destino político compartido más amplio que el espacio del Estado nacional.

En términos de espíritu humano universal, los pretextos que encuentran los Estados para no responsabilizarse de manera consecuente, adoptando medidas para su realización, suponen una negación de la democracia y de la justicia. La pobreza no es un hecho irremediable y dentro de una idea de democracia internacional la pobreza debe y puede ser ilegal.

El derecho a la protección social para los países pobres se debe poder conseguir por la adopción de medidas que correspondan a su propia práctica de solidaridad, no es necesario copiar prácticas ajenas. Reclamar una cooperación internacional que apoye con los recursos necesarios esos esfuerzos, no sólo es una necesidad ética sino que es la única vía posible para evitar el naufragio definitivo de la razón.

Universalizar los derechos: de la globalización del dinero a la globalización de la solidaridad

Imanol Zubero

«Los seres humanos nos dividimos, ante todo, según demos o no la vida por supuesto» (Jon Sobrino). Así es. La inmensa distancia existente entre las condiciones de vida del Norte y las condiciones de muerte del Sur es, sin duda, el más grave de los problemas que afecta a la humanidad.

El *Informe sobre Desarrollo Humano 2003* nos ha vuelto a recordar que el mito del desarrollo sostenible para todos es, en un régimen de capitalismo globalitario, una falacia. Como se indica en el Informe, para muchos países los años Noventa han sido «una década de desesperación». Los datos son inapelables: alrededor de 54 países son ahora más pobres que en 1990; en 21 países se ha incrementado el porcentaje de personas que pasan hambre; en otros 14, mueren más niños menores de 5 años; en otros 34, la esperanza de vida también ha disminuido; en 21 países se ha producido un descenso del índice de desarrollo humano; más de 10 millones de niños mueren cada año a causa de enfermedades prevenibles, 30.000 al día. En resumen y en palabras del propio Informe: «Pocas veces se habían producido semejantes retrocesos en las tasas de supervivencia». Sin embargo, a pesar de su relevancia moral y práctica, la cuestión de la desigualdad (radical y estructural) entre Norte y Sur está prácticamente ausente de las

agendas políticas nacionales y sólo muy levemente presente en las internacionales. Sí, es cierto: abundan las «cumbres mundiales», excelentemente publicitadas, en las que se abordan todas esas cuestiones.

¿Qué es lo que está en juego? Algo fundamental, tan fundamental que constituye el cimiento irrenunciable de nuestra propia concepción de la humanidad: la idea de que el derecho a vivir es un derecho de nacimiento. La idea de que «todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros» (*Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, art.1). Si este fundamento quiebra, quiebra todo el entramado normativo e institucional sobre el que se eleva el edificio civilizatorio que hemos dado en llamar Modernidad. Sin este fundamento, nuestras sociedades sólo pueden ser consideradas «modernas» en el más reducido de los sentidos: en el sentido de «actuales» o, como mucho, para indicar que se trata de sociedades técnicamente avanzadas. Escribe Enzensberger: «Ciertamente que en todas las épocas ha habido grandes masacres y pobreza endémica; los enemigos eran enemigos, y los pobres eran pobres. Pero sólo desde que la historia se ha convertido en historia mundial se ha condenado a pueblos enteros declarándolos superfluos». Si una sociedad bárbara es aquella en la que algunos de sus miembros están de sobra, vivimos los más bárbaros de todos los tiempos.

Pero el problema no es la desigualdad. Somos privilegiados no porque poseemos más, sino porque poseemos en lugar de aquellos que están desposeídos (Melucci). Nuestro sobredesarrollo sobreconsumista sólo es posible porque estamos consumiendo recursos que no nos corresponden, recursos que son necesarios para que otras personas puedan, simplemente, vivir. Somos, literalmente, caníbales.

El *Informe Planeta Vivo 2002*, elaborado por el World Wildlife Fund, ha calculado en 1,9 hectáreas por persona la *huella ecológica* media para el sostenimiento de la población mundial. La huella ecológica de una población es la superficie total de tierra o mar productivos necesaria para producir las cosechas, car-

ne, pesca, madera y fibras que consume, para mantener su consumo energético y para proporcionar espacio para sus infraestructuras sin poner en peligro los recursos del planeta. Pues bien: mientras que la huella ecológica media de un asiático o africano es menor de 1,4 (recordemos que la media mundial era de 1,9 hectáreas por persona), la de un europeo occidental es de 5 y la de un norteamericano de 9,6 hectáreas. En estas condiciones, para que todas las personas del mundo alcanzaran el nivel de consumo actual de Estados Unidos, con la tecnología existente, harían falta otros cuatro planetas Tierra.

Esta insostenibilidad práctica del sistema vuelve a tornarse en un grave problema moral. Pues ante el reto de garantizar la supervivencia del Planeta, el capitalismo global realiza su elección: «Si el mundo no se puede tener en pie en su totalidad, entonces se garantiza la suerte de sólo una parte, la propia» (La Valle).

En su provocador *Informe Lugano*, Susan George responde a la pregunta de cómo garantizar la continuidad del capitalismo en el siglo XXI sin modificar para ello ninguno de sus fundamentos y objetivos. Su conclusión, impecablemente e implacablemente lógica, es la siguiente: el neoliberalismo global no puede comprender dentro de sí a todos, ni siquiera en las naciones más prósperas. No cabe duda de que no puede incluir a 6.000 u 8.000 millones de personas de todo el mundo. Por ello, el objetivo para 2020 debe ser reducir en una tercera parte el número actual de habitantes, de aproximadamente 6.000 millones a 4.000 millones, reduciendo en la mitad la estimación de la variante alta de la ONU de 8.000 millones de habitantes. Dicho de otra manera, la población mundial debe disminuir una media de 100 millones de personas al año durante dos décadas. Nueve décimas partes o más de la reducción deberá producirse en los países menos desarrollados. La alternativa a esta reducción sólo puede ser el caos global en forma de crisis ecológicas, desplazamientos masivos de población, guerras y terrorismo, amenazando permanente a las sociedades más ricas.

¿Cómo puede llevarse a cabo, con éxito y sin escándalo, este auténtico genocidio? Descartado el recurso a medidas de fuerza

explícita, el capitalismo –un sistema que, como denuncia Sábato, «ha legitimado la muerte silenciosa»– cuenta con un excelente medio para ello, pues combina la neutralidad moral con la aparente preocupación por el destino de las víctimas: la inclusión de las poblaciones sobrantes en la dinámica económica del globalismo. Esta oferta, aparentemente incluyente, encubre en realidad la exclusión estructural de millones de seres humanos. Ofrecemos nuestro modelo de vida a todo el planeta, como si fuese efectivamente universalizable cuando no lo es ni siquiera para la totalidad de las sociedades más desarrolladas. Cada vez más y más personas, más y más regiones, más y más pueblos, se ven invitados/seducidos/forzados a participar en la gran tómbola del capitalismo global, donde según sus vociferantes publicistas «¡Todos ganan!». Pero la tal tómbola no es más que un engaño de trileros, de manera que el pelotón de perdedores no deja de aumentar. En la práctica, participar en el juego del desarrollo según las reglas del *turbocapitalismo* es, para la mayoría de los participantes, jugar a perder. Como sostiene George, «donde quiera que los mercados se liberalizan con rapidez, bajo coacción o sin ella, se crea un terreno favorable para que aumente la mortalidad y disminuya la fertilidad».

De esta manera, en las nuevas condiciones generadas por el actual proceso de reestructuración económica mundial, según las cuales «una proporción importante de la población mundial está pasando de una situación estructural de explotación a una posición estructural de irrelevancia» (Castells), una gran parte de los seres humanos se convierten en *personas no válidas* (Thabo Mbeki), en *poblaciones no rentables* (Ziegler), en definitiva, en *población sobrante*. El África Subsahariana es, seguramente, el más dramático ejemplo de esta situación. Y ello a pesar de que, como denuncia uno de los redactores del Informe sobre Desarrollo Humano 2003, «por primera vez en la Historia los ricos son tan ricos y los pobres tan pobres que un esfuerzo diminuto podría poner fin al sufrimiento» (Sachs).

Ciertamente, el *apartheid* –cuando no Auschwitz– es el ideal del capitalismo del tiempo presente.

Sin embargo, a pesar de su relevancia moral y práctica, la cuestión de la desigualdad (radical y estructural) entre Norte y Sur está prácticamente ausente de las agendas políticas nacionales y sólo muy levemente presente en las internacionales. Sí, es cierto: abundan las «cumbres mundiales», excelentemente publicitadas, en las que se abordan todas esas cuestiones. Aún así, mantengamos lo dicho: el mayor de los problemas de la Humanidad se encuentra sólo *virtualmente* presente en el espacio de la deliberación pública. Son otras las cuestiones que realmente absorben nuestra atención práctica. De esta manera se produce la *excepcionalización de la solidaridad*. Y toda excepcionalización es, al tiempo, anormalización. Lo normal no es ser solidarios. Lo normal es dedicarnos a nuestros asuntos de cada día. De esta forma se produce un fenómeno de dualización moral. Se mantienen dos lógicas, dos discursos, una doble moral: por un lado, la lógica de la rentabilidad, del cálculo, de la eficacia; por otro la lógica de la solidaridad, la gratuidad. En la práctica, se acaba por caer en una esquizofrenia social, indiferente al hecho de que pretende resolver en los ratos libres los males que se producen en los ratos ocupados. Es una *solidaridad finsemanista*, construida y sostenida exclusivamente en los tiempos libres.

Lo cierto es que, en términos generales, *no nos sentimos concernidos* por la situación de injusticia global. No va con nosotros. No nos compromete. No nos obliga. ¿Por qué? La preocupación ética, la preocupación por las consecuencias que nuestras acciones (y nuestras omisiones) tienen sobre otras personas, es un fenómeno que tiene que ver con la aceptación de esas otras personas como legítimos otros para la convivencia. Sólo si aceptamos al otro, éste es visible y tiene presencia. ¿Paradójico? No. Todo ver es un mirar. Sólo vemos aquello que miramos. Sólo es visible aquello que previamente reconocemos como digno de ser reconocido. La preocupación ética nunca va más allá de la comunidad de aceptación mutua en que surge. La mirada ética no alcanza más allá del borde del mundo social en que surge. Nos constituimos en personas morales cuando nos reconocemos como parte de un entramado de vinculaciones que nos comprometen con otras personas a las que consideramos *con-lo* que sea: conciuda-

danos, convecinos, compañeros, compatriotas... De ahí que pueda sostenerse que el quicio crítico en toda reflexión sobre la solidaridad, la clave de bóveda de nuestra concepción sobre la solidaridad, tiene que ver con el alcance de esa comunidad de aceptación mutua, de esa comunidad moral a partir de la cual cobran sentido los deberes y los derechos de solidaridad.

Dicho de otra manera: ¿dónde se ubican los límites de mi responsabilidad para con los demás? Hoy vivimos en una *aldea global*, en un mundo intensamente comunicado; y ello, no tanto porque estemos informados de lo que ocurre en cualquier parte del mundo y casi en el mismo momento en que está ocurriendo (si bien esta comunicación informativa vuelve imposible cualquier recurso a la ignorancia para exculpar nuestra falta de solidaridad), sino por existir una comunicación *material*, objetiva, entre la práctica totalidad de los habitantes del planeta. Así pues, ¿qué razones hay para seguir restringiendo nuestra comunidad de solidaridad a los más cercanos, o a los incluidos por una determinada frontera nacional?

Homo sum: humani nihil a me alienum puto. «Hombre soy: nada humano me es ajeno». Cuando el dramaturgo romano Publio Terencio (194 a.C.- 159 a.C.) escribió esta frase no pensaba –no podía pensar– en todo lo que la misma nos evoca en la actualidad. Nada humano me es ajeno. No se me ocurre una manera mejor de expresar el ideal que subyace al proyecto universalista. Hoy es literalmente cierto. Objetivamente –otra cosa es nuestra conciencia de ello– nada humano nos es ajeno. No hay razones morales que puedan sostener esta discontinuidad, esta ruptura en el entramado de nuestras vinculaciones. Sin embargo, seguimos considerando que nuestras obligaciones de solidaridad llegan, tan sólo, hasta un determinado punto, hasta una frontera (casi siempre política, siempre ética), pero ni un milímetro más allá. Por eso asumimos como obligatorio un impuesto del 20% sobre nuestros ingresos, pero consideramos simplemente opcional el 0,7%.

¿Cuál es, entonces, el reto al que nos enfrentamos? La solidaridad sólo será real en la medida en que desarrollemos una perspectiva cosmopolita. Sólo si somos capaces de sostener que aquello

que está ocurriendo, sea donde sea, *nos está ocurriendo*, actuaremos en consecuencia.

¿En qué consiste esto que hemos denominado *perspectiva cosmopolita*? Cohen lo ha expresado así: «Nuestra principal lealtad debe ser por el común de la humanidad, y los primeros principios de nuestro pensamiento práctico deben respetar el igual valor de todos los miembros de esta comunidad». O, en palabras de Kapuœciñski: “Con cierta frecuencia la vida sólo es posible si forma parte de la vida de otros. El recién nacido morirá si alguien no lo alimenta; la planta morirá en la maceta si alguien no la riega. Nuestra responsabilidad es una noción a la que no se puede marcar una frontera». En la práctica, esto significa que los movimientos sociales por la justicia global deben militar a favor de la *ciudadanía universal*, es decir, de la extensión real de todos los derechos humanos a todos los seres humanos.

Es este un viejo sueño: el sueño del reconocimiento incondicionado, de la común e igual dignidad de todas las personas, de la fraternidad universal, de la solidaridad innegociable. El sueño de un mundo en el que ningún ser humano pueda ser privado de sus derechos como persona y que este reconocimiento incondicional de sus derechos fundamentales no pueda hacerse depender de su consideración como nacional o como extranjero. «Quería –hace decir Marguerite Yourcenar al emperador Adriano– que el viajero más humilde pudiera errar de un país, de un continente al otro, sin formalidades vejatorias, sin peligros, por doquiera seguro de un mínimo de legalidad y de cultura». Es desde esta perspectiva desde la que el jurista Luigi Ferrajoli reivindica un constitucionalismo mundial que supere las limitaciones impuestas de hecho al ejercicio de los derechos humanos por su circunscripción al ámbito estatal. En este fin de siglo caracterizado por las migraciones de masas, los conflictos étnicos y la distancia cada vez mayor entre Norte y Sur, la ciudadanía ya no es, como en los orígenes del Estado moderno, un factor de inclusión y de igualdad; por el contrario, la ciudadanía de nuestros ricos países representa el último privilegio de estatus, el último factor de exclusión y discriminación entre las personas en contraposición a la proclamada

universalidad e igualdad de los derechos fundamentales. Por eso, tomar en serio estos derechos significa hoy tener el valor de desvincularlos de la ciudadanía como «pertenencia» a una comunidad estatal determinada, lo que sólo será posible si transformamos en derechos de la persona los dos únicos derechos que han quedado hasta hoy reservados a los ciudadanos: el derecho de residencia y el derecho de circulación en nuestros privilegiados países.

Así pues, para resumirlo con las palabras de Nussbaum: «Sean cuales fueren nuestros vínculos y aspiraciones, deberíamos ser conscientes, independientemente del coste personal o social que ello implicase, de que todo ser humano es humano y que su valor moral es igual al de cualquier otro».

Pero un auténtico compromiso a favor del igual valor moral de todos los seres humanos implica costes personales y sociales. Y porque aspiramos y deseamos en el marco cultural de este capitalismo humanicida el interés propio, la autoafirmación, la autorrealización, que en principio no tienen por qué enfrentarse a la solidaridad y al reconocimiento, en la práctica sí lo hacen. Y en este marco la caridad bien entendida empieza (y, casi siempre, termina) por uno mismo. Es por eso que la tarea fundamental a realizar por los movimientos sociales a favor de la justicia global es una tarea que bien podemos calificar como de *educación del deseo*, de manera que seamos capaces –recordando a Gandhi– de aprender a vivir sencillamente, sencillamente para que otros puedan vivir.

Afortunadamente, los globalistas del libre mercado no son los únicos actores de este nuevo escenario global; también operan en este espacio los internacionalistas de los derechos humanos, no anti-globalistas sino *alter-globalistas*, embarcados en una *política de yudo* que sabe aprovecharse de la prepotencia de los Estados o de las empresas transnacionales mediante una crítica de fuerte contenido moral que hace patente la vergonzosa desnudez de un Emperador que gusta vestir los vistosos ropajes de la democracia y los derechos humanos pero que, al cabo, no deja de incumplir sus propios valores fundacionales cada vez que desarma un poco más a la sociedad frente al ímpetu de los mercados.

Desde una perspectiva pre-política, nos encontramos en fase de constitución de una nueva internacional de la solidaridad y la responsabilidad sin fronteras, por encima de los Estados y, muchas veces, en contra de los Estados. Por esta vía se están derribando muchas defensas de la responsabilidad limitada a «los nuestros», que no son otra cosa que manifestaciones de la irresponsabilidad hacia la mayoría de las personas.

En este tipo de organizaciones descansa la posibilidad de impulsar transformaciones políticas en la dirección de una *política mundial interna* (Habermas), susceptible de promover una concienciación creciente sobre las nuevas interdependencias, simiente de una futura comunidad de Estados cosmopolita. Ésta es su tarea. *Sacar a la solidaridad global, sin fronteras, del armario*. Convertir las cuestiones de justicia global en cuestiones de política nacional o local. Hacer atractivas electoralmente para la ciudadanía tales cuestiones, forzando así a los partidos nacionales a comprometerse efectivamente con ellas.

¿Cuál es el eje de este programa de justicia global? «La nueva sociedad civil planetaria –escribe Ziegler– reivindica el derecho a la vida». No es mal comienzo. A modo de eslogan bien podríamos decir que se reivindica la transición del *american way of life* a un *human way of life*. Esta opción entre estilos de vida es, en el fondo, una opción ética. Y es que la ética no trata en primer lugar de deberes o virtudes, sino de un modelo de sujeto. ¿Qué clase de vida nos parece la mejor para todas las personas? Esa es la gran pregunta que está en la base de la política de la vida. El mundo en el que desarrollamos nuestra existencia es un mundo negador de la vida, un mundo invivible dada la violencia estructural de su organización y el continuo trastorno que provoca en nuestros sentidos, en nuestros cuerpos y en la biosfera en la que estamos insertos. Desde esta realidad es desde donde está surgiendo, recuperando una hermosa expresión de Marcuse, esa «rebelión del instinto de vida contra el instinto de muerte socialmente organizado» que caracteriza a los movimientos sociales de hoy. Recuperar las condiciones para una vida realmente humana, tal es el desafío: la defensa innegociable del derecho a la vida, de la *vida de todos* y de *toda la vida*.

Lo mejor de la historia humana tiene que ver con la progresiva extensión de nuestra obligación moral más allá de la familia, de la tribu, de la nación. Tendencialmente la Humanidad se está convirtiendo en una sola comunidad. No hay, pues, disculpas, para no empeñarnos en la tarea de construir la Humanidad como categoría ética, ampliando hasta el máximo los horizontes de nuestra solidaridad. Y asumiendo que esta solidaridad tiene consecuencias prácticas.

La solidaridad como ideal universal, encuentro de civilizaciones

El hermoso consuelo de encontrar el mundo
en un alma, de abrazar a mi especie
en una criatura amiga.

F. Hölderlin

El afán por lo justo no puede realizarse en el individuo,
sino sólo en la comunidad humana.

Martín Buber

Iosu Perales

La propuesta civilizatoria del capitalismo puede resumirse en una trinidad: Mercado, Capital y Explotación. Son dioses que han configurado una mercantilización universal que lo abarca todo, incluida la naturaleza, los derechos humanos y los sentimientos. Los efectos de esta *teología* dibujan un mundo de lucha de todos contra todos, de guerra permanente por el control de fuentes de riqueza y de extensión del poder. Sin embargo, desde el lado opuesto, la llamada izquierda social y política ha venido sufriendo un declive en el campo de la propuesta de valores cualitativos para una nueva civilización, excesivamente hipotecada a una visión economicista de los cambios y atada a un discurso que se apoyaba en la creencia de las contradicciones internas del propio capitalismo como la clave de un desenlace llamado a ser necesariamente feliz. Hemos precedido tantas veces las crisis estructurales del capitalismo y el comienzo de su fin que fallamos en no dar la importancia que se merece al impulso de un nuevo mundo subje-

Iosu Perales es politólogo. Trabaja en la ONGD PTM-Mundubat.

tivo de las multitudes para una nueva sociedad global, siguiendo lo que Michael Löwy y Frei Betto llaman «civilización de la solidaridad», algo que debemos entender como punto de encuentro de civilizaciones.

Ciertamente a lo largo del siglo XX, en la mayor parte de la izquierda social y política ha predominado la idea de un camino recto, dividido en etapas, hacia una nueva sociedad. La tentación de situarse en las coordenadas del progreso, como si éste fuera necesariamente un aliado cómplice de las aspiraciones de liberación, ha tenido un notable peso tanto en el mundo intelectual como en el activismo social y político. Pero ni el progreso puede presentar un balance limpio que demuestre que lo es en plenitud, ni en todo caso sus coordenadas tienen una simpatía especial por las izquierdas. La convicción de que la historia avanza inevitablemente en la buena dirección y la creencia de que el progreso técnico lleva consigo el progreso social eran principios básicos de una ideología hoy seriamente cuestionada. De este modo, al acoso a que se ve sometida la izquierda por los poderes reales del mundo de hoy, se une una cierta perplejidad, lo que da como resultado, por primera vez, una seria duda acerca de la marcha de la historia.

La mentalidad de la izquierda ha estado muy impregnada por la seguridad de que los hechos *acabarán por darnos la razón*. La fe en el triunfo final le otorgaba seguridad. Así, la actividad social y política, por modesta y limitada que fuese, surgía como parte de un curso trascendente, como un río jubiloso de Hegel. La visión holística predominante durante más de un siglo hacía posible encajar cada acto, cada sacrificio, cada conquista social, en un proyecto intelectual, político y social que daba un sentido finalista, una confianza insustituible en estar recorriendo el trayecto correcto. En ese telón de fondo que concebía el movimiento de la historia de un modo simple y unilateral se desplegó, en palabras de Eugenio del Río, *un espíritu heroico e ilustrado, un talante prometeico*.¹ Los proyectos de largo plazo dibujaban metas se-

¹ Son interesantes las obras de Eugenio del Río *Crisis social y moral en Occidente*, 1991; *Crítica de la política en Occidente*, 1992; *Disentir, resistir. Entre dos épocas*, 2001, todas ellas de Editorial Talasa. Madrid.

guras alcanzadas por grandes sujetos sociales. Ahora, por el contrario, en los comienzos del siglo XXI, cada acto, cada lucha, aparecen dislocados de un proyecto final, y la visión atomística tiende a concentrarse en lo concreto, en lo puntual, en lo local, lo que va acompañado de una fragmentación del pensamiento, de ideologías más débiles y de horizontes más chatos.

Sin duda, el momento en que vivimos nos exige aceptar que el futuro es inseguro, no comprobable, y que lejos de cerrar el círculo de los asuntos a debate hay que abrirlo ya que no existen esquemas preestablecidos que enseñen el camino. Las transformaciones no pueden ser decretadas por ninguna autoridad, ni siquiera por la *autoridad de la historia*. Este ejercicio abierto nos invita a desarrollar una fuerza espiritual e intelectual, una potencia crítica a todo lo existente, una actitud de investigación. Ralph Miliban tenía toda la razón: el cambio de sociedad no es inevitable, ni es por consiguiente el resultado seguro de las contradicciones que vive el capitalismo. Es, nada más y nada menos, una posibilidad. Al igual que son una posibilidad futura nuevas regresiones y peores catástrofes. El cambio de sociedad en Miliban surge como lo deseable en medio de la amenaza permanente de situaciones tenebrosas. Baste decir que los socialistas de finales del siglo XIX nunca imaginaron hasta qué punto el siglo XX se convertiría en un gran matadero. El Holocausto nazi y el gulag estalinista nos dan la medida de una naturaleza humana que invita a dudar seriamente de que la historia camine en el sentido optimista de Kant. Hechos recientes en las relaciones internacionales expresan la existencia de nuevas tentaciones totalitarias que ratifican el carácter ambivalente de la historia. Pero además, está esa indiferencia que muestra el atasco de la conciencia colectiva: casi un millón de personas fueron asesinadas en Ruanda ante un público occidental paralizado frente al televisor.

Sin embargo, no se trata ahora de sustituir una concepción optimista de la historia por otra pesimista de igual peso. De lo que se trata es de concebir la vida como una batalla permanente —en palabras de Norman Geras—, superando todo pensamiento complaciente con el llamado progreso. Durante décadas, muchos partidos de izquierda han vivido de las rentas de creer que serían

dueños del futuro como consecuencia de la esperada crisis fatal del sistema capitalista. Es esta ideología, conservadora, que precedía el triunfo final, la que se ha venido abajo. En adelante todo es más incierto y todo dependerá de las luchas reales de la gente, del movimiento; la historia es una construcción humana, no un movimiento autónomo con final feliz, *no una rueda de luces desplegándose luminosa hacia el futuro*, afirma Geras. Rosa Luxemburgo lo decía: «Sólo la vida, en su efervescencia, sin obstáculos, es capaz de producir miles de formas nuevas de vida, de improvisar, de hacer surgir fuerzas creativas y de corregir ella misma todos los intentos equivocados». Si esto es así, los determinismos históricos ya no tienen lugar en lo que debe ser un nuevo mundo subjetivo de la izquierda social y política. Luchar por la igualdad y la justicia sin saber cuánto podremos lograr, constituye una aventura moral de inspiración netamente humanista, radical. Estos objetivos dan una idea de dirección pero no pueden resolver cómo tomarán cuerpo institucional. Por otra parte, la sustitución de una visión armoniosa por utopías más modestas, lejos de ser un factor desmovilizador debe motivar exactamente lo opuesto: una rebelión cotidiana frente al espanto. Lo que debilitó a la izquierda fue el creerse poseedora del futuro y concededora de todas las soluciones. Esta creencia fue doblemente dañina: «en primer lugar por ilusoria, y en segundo término porque desconsideró profundizar sobre problemas de los que, en realidad, sólo sabíamos el enunciado», dice Eugenio del Río.

Deshacernos del nudo de la historia nos permite la reivindicación del individuo libertario –del que habla Paolo Flores Arcais– y una nueva concepción de lo colectivo; simbiosis que requiere una revisión. En este punto el humanismo radical se rebela contra el destino fatal de lo *históricamente necesario* que ha sido fuente de esquematismos. La meta de *Otro mundo es posible* tiene más que ver con la moral que con la ciencia, en realidad la ciencia no tiene nada que decir pues se mueve en otro ámbito. La idea de que la moral *debe acompañar* al mandato histórico de las contradicciones en el capitalismo era propia de quienes creían que el desenlace de *Otro mundo* sería el resultado inevitable de una fuerza mecánica. Por el contrario, somos nosotros mismos los que deci-

dimos lo deseable, la bondad de la sociedad por la que luchamos, no somos prisioneros del desarrollo de las fuerzas productivas. A tal punto que la posibilidad de alcanzar realmente una nueva sociedad —en nuestras vidas— se vuelve secundario en la biografía de cada persona frente a la importancia del impulso de luchar por ella.

Ya no se trata de hacer de la crítica económica y de la propiedad el núcleo duro desde el que se construye una sociedad ideal, sino de desplegar una crítica multilateral que atienda a todos los aspectos de la condición humana y de la vida en sociedad. En esta nueva época, el ideal de la solidaridad se convierte en un paradigma central —no el único— para una nueva realidad social, para una nueva civilización de civilizaciones. La solidaridad como fuerza, como motor, frente a ese motor que ha dado tanto éxito al capitalismo como es el afán de hacer negocios; esto es, la civilización de la solidaridad expresada en la libertad, la igualdad y la democracia social y participativa; ideas-fuerza que son los materiales morales y políticos del movimiento altermundialista que avanza discutiendo, fracasando, aprendiendo y movilizándose.

La solidaridad no es, en todo caso, ni de lejos, el estado natural de la sociedad. Es el humanismo expresado como crítica y construcción que sólo puede desarrollarse desde la radicalidad e inflexibilidad frente a toda opresión. Es una tensión permanente en favor de la igualdad, de la libertad, del feminismo, de la ecología... En el núcleo humanista late el deseo de felicidad; toda la lucha por la posibilidad de *Otro mundo* busca el fin de la infelicidad en la esfera de lo posible. Esta visión significa un pensamiento y una acción que afronte críticamente el Estado y las prácticas políticas predominantes en Occidente, la dualización de la sociedad y la explotación, las relaciones entre las personas y entre los sexos, el insensato uso de los recursos naturales, la hostilidad de la gran ciudad actual —como síntesis superior de la civilización occidental—, el trabajo, el empleo del tiempo y el ocio, el sistema mundial y la división Norte-Sur, los medios de comunicación, la humillación de algunos grupos étnicos... La solidaridad significa humanizar la sociedad deshumanizada, humanizar la política. Son numerosos los hilos de reflexión que se pueden escoger: el crecimiento selectivo, la decisión democrática sobre qué

producir, el trabajo como satisfacción, nuevas pautas del consumo, la democracia genuina de los consumidores, una educación orientada al conocimiento y a la espiritualidad, el ingreso anual garantizado, el fin del militarismo, el rescate democrático de la política, la sociedad participante, la igualdad universal...

Solidaridad es también el derecho a soñar. La praxis humana exige la utopía, no contemplada como diseño de la sociedad futura (resulta difícil pensar una sociedad física), ni como perfección, ni como armonía, ni como verdad universalizable (siguiendo la crítica de Isaiah Berlin), sino como rechazo de lo existente, imaginación, sueño humano e impulso. No pensamos en una utopía normativizadora, sino que pensamos en ella como tensión humana, *como deseo de ruptura*. Pero, además, ¿no puede decirse que una meta utópica es más realista que el «realismo» de los ideólogos neoliberales? En cierto modo la izquierda tiene un destino utópico. Pero no porque confiemos necesariamente en el futuro, ni en las virtudes de la especie humana, sino porque la utopía como inconformidad con lo que existe y como esperanza de lo nuevo es la conveniencia de creer en algo mejor. Nuestra sustancia moral, nuestro sentido subversivo, nuestro romanticismo radical, no son sentimientos ajenos a la utopía.

La actual civilización occidental y el progreso, bajo la hegemonía del neoliberalismo, extienden el individualismo alienante y la soledad (vivimos una gran soledad en compañía), la angustia, el afán de acumulación, la insatisfacción espiritual, la frustración profesional, las relaciones contaminadas por el interés particular, etc. La solidaridad es la rebelión a esta civilización arcaica a condición de que se ejerza como asociación, cooperación entre iguales y no relación jerárquica de un agente sobre otro. La solidaridad entonces no es el actuar por compasión sino la expresión de un pensamiento radical que va a la raíz de los problemas; de un pensamiento multidimensional; de un pensamiento que concibe la relación entre el todo y las partes, como se da por ejemplo en las ciencias ecológicas; de un pensamiento que considere la relación entre lo social, la economía, lo cultural, la política, lo nacional; de un pensamiento que se reconozca siempre inacabado y negocie con la incertidumbre. Podríamos decir que hay seis fases

secuenciales en la solidaridad concebida como fuerza de transformación social: 1) concienciación, 2) organización-relación, 3) no cooperación con el actual orden mundial, 4) confrontación-lucha contra las dominaciones en sus diferentes manifestaciones, 5) creación de redes para el asedio al neoliberalismo, 6) proponer alternativas en todos los órdenes.

La solidaridad como ideal civilizatorio o punto de encuentro entre civilizaciones es un paradigma de la resistencia frente al diagnóstico condenatorio de Samuel Huntington que ve en el inevitable choque de civilizaciones una guerra entre dioses justicieros, como denuncia Juan Goytisolo. Supone la recreación cotidiana a través de la relación con el *otro*, de valores humanos que construyan nuevas relaciones sociales, sentimentales, el diálogo y el afecto, la imaginación y el gozo, una nueva mirada del mundo y de la vida. Esta solidaridad debería ser el principio vector de una lucha implacable contra la pobreza y la marginación, contra una desigualdad desbordante. Lo humano del hombre y la mujer es desvivirse por el otro hombre y la otra mujer, diría Levinas. ¿Un ideal ingenuo? No, más bien es la última oportunidad. Como dice el tango *el mundo está hecho una porquería* y sabemos lo que hay que hacer; se trata de cambiar la vida, no sólo la economía. El asunto consiste en asumir las consecuencias de esa lucha implacable bajando del mundo de las ideas al mundo de la práctica.² Imanol Zubero lo plantea de un modo tan lúcido como radical: «El proyecto socialista no puede plantearse ya sólo en términos de emancipación. Si bien la política de la vida supone emancipación, si la política emancipatoria es una política de oportunidades de vida, la política de vida es una política de *estilo de vida* (...) Es una política de decisión humana. Y por serlo, inmediatamente exige una remoralización de la vida social, pone sobre el tapete aquellas cuestiones morales y existenciales reprimidas por la modernidad. No es casualidad que todos los movimientos so-

² Nota del autor: Con frecuencia hacemos de la solidaridad un discurso de nuevos proyectos sociales, un valor en el mundo de las ideas, pero nos cuesta una enormidad ser consecuentes en el mundo de la práctica cotidiana, con las gentes cercanas. No vale ser solidarios con lo lejano si ante el otro de al lado huimos de responsabilidades.

ciales contemporáneos pongan énfasis en la cuestión del estilo de vida y den nueva relevancia a los comportamientos individuales». ³ A esto se refiere precisamente Eduardo Galeano al poner el dedo donde duele: *Cuanto más se siente acorralado el mundo rico, menor es la posibilidad de que el aire circule por todos los pulmones. Creo que el Norte tiene la certeza, o por lo menos la sospecha, de que su propio modelo de vida es impracticable a escala planetaria. ¿Nos negamos, realmente, a asumir los costes que se derivan del compromiso de luchar por la erradicación de la pobreza global? ¿Sabemos lo que hay que hacer para intentar lograr la mayor igualdad posible pero no tenemos la voluntad real de vivir de forma más austera?*

Frente a la idea de ayuda de «los que tienen» a «los que no tienen» la solidaridad es entonces la defensa innegociable de la vida digna de todos.

La solidaridad como paradigma del cambio tiene también hoy día unas posibilidades enormes. Frente a la bipolarización entre el Bien y el Mal que responde a una doctrina perversa, administrada en el caso occidental por una derecha fundamentalista norteamericana que adopta la lucha contra el islam como un choque de civilizaciones, la solidaridad ofrece el espacio de una relación dialógica entre culturas desde el pleno respeto. Un espacio que se opone asimismo a quienes desde una interpretación guerrera y apocalíptica proclaman la guerra santa islamista como un espejo que replica a los que mandan en Estados Unidos. La solidaridad se erige en este escenario como una fuerza para derribar los muros mentales y los del miedo, los muros del sectarismo y de la dialéctica violenta; es como un abrazo entre Spinoza e Ibn Jaldún. Con urgencia la solidaridad nos demanda acciones atrevidas de tender las manos a *los otros* frente a todo cuanto empuja a la xenofobia, al racismo, a la exclusión, al cierre de las fortalezas. Ello significa un nuevo internacionalismo, no etnicista, no blanco y cristiano, sino un internacionalismo del siglo XXI capaz de

³ Es de mucho interés la obra de Imanol Zubero *Las nuevas condiciones de la solidaridad*, 1994. Instituto Diocesano de Teología Pastoral de Bilbao.

globalizar una solidaridad sin idioma hegemónico, sin espacio geográfico central, sin proyecto cultural único.

Es de esta manera que en el nuevo mundo subjetivo de la izquierda social y política nos pregunta sobre qué clase de mundo queremos, qué vida es la deseable. Ya no se trata de la vieja contradicción reduccionista entre modo y relaciones de producción. El asunto es mucho más ambicioso: se trata de crear una nueva realidad con materiales liberados de doctrinas que subordinaban los valores, la moral y lo que Zubero denomina política de la vida, a desarrollos tecnológicos y movimientos de una historia mecánica que prometía el paraíso en la Tierra.

Otro Dios es posible

María López Vigil

Hace apenas una semana, un nicaragüense, profesor en Ontario, Canadá, Andrés Pérez-Baltodano, presentaba en Managua un libro con una investigación audaz. En 800 páginas señala cuál es la más gruesa y escondida de las raíces que explican el atraso de Nicaragua, el obstáculo que le ha impedido, y le sigue impidiendo, ser un Estado moderno. Lo identifica: se trata del providencialismo religioso, generador de una cultura política a la que él llama «pragmatismo resignado». Este autor propone como tarea urgente, para ir arrancando esta perniciosa raíz, la transformación de la idea de Dios.

La idea de Dios como supremo poder que gobierna el mundo y el país, la vida colectiva de todos y la vida individual de cada quién, marcando su destino a naciones y a personas, el Dios que ordena a cada instante la realidad de forma inapelable, impredecible también, repartiendo premios y castigos, cosmovisión que promovió la Conquista y consolidaron en la Colonia hacendados y capitanes –propietarios y militares– con la bendición de las jerarquías eclesiásticas católicas –prelados y sacerdotes–, todos ellos varones, todos ellos para conservar su poder, domina las conciencias nicaragüenses hasta el día de hoy. En una encuesta de hace unos años realizada en Nicaragua, más del 80% de los encuestados –de todas las edades y clases sociales– afirmó que el destino de su vida dependía «de la voluntad de Dios».

María López Vigil, escritora y periodista, nació en Cuba, y desde hace 23 años vive y trabaja en Nicaragua como editora de la revista «Envío» de la UCA de Managua.

Este providencialismo y este pragmatismo resignado ha construido Estados pre-modernos, con gobernantes incapaces de asumir las riendas de un cambio y con gobernados incapacitados para reclamarles que lo hagan, ha consolidado Estados no laicos, con políticas públicas imbuidas de creencias, dogmas y moralismos carentes de racionalidad. Esta cosmovisión genera resignación, conformismo, impotencia, alimenta la parálisis social y explica la asombrosa facilidad con que tantísima gente es leal a los caudillos-dioses de la clase política, a quienes entrega su voluntad, confiando en que sean ellos quienes organicen el destino nacional y les concedan favores. Es religiosa esta visión de la política. Campea en los partidos de derecha y también en los de izquierda. Esta cultura política impide el desarrollo de la sociedad civil y la construcción de ciudadanía.

Instalados aún en la Conquista, herederas aún de la Colonia

Para que otro mundo sea posible, para que la política no sea ni ejercida ni vista como una vía para el ejercicio del rango y del poder arbitrario y autoritario, para «acercar la hora en que el iracundo no tenga ya sitio en el mundo» –como lo expresó Pablo Neruda– y con la llegada de esa hora disminuyan los niveles de violencia que signan la historia de la humanidad, para que la apuesta por la paz le gane espacios a las guerras en lo público y también en lo privado, para que todo esto pueda ser, yo creo que lo más urgente es construir ciudadanía dentro de Estados nacionales que sean auténticamente laicos. Y a la par, creo que esa meta no podrá alcanzarse sin dar pasos previos para cambiar la idea de Dios que prevalece en la mente humana.

Pienso y escribo esto desde Nicaragua, desde Centroamérica, desde sociedades del «Occidente cristiano» que en su conciencia colectiva no han superado aún los traumas de la Conquista de hace quinientos años ni el entramado jerárquico de los siglos de Colonia que siguieron. A diario lo comprobamos. Somos países que hace poco más de siglo y medio se hicieron independientes formalmente, pero que siguen albergando a millones de personas, la mayoría, que carecen de autonomía personal, que nunca la han

saboreado. Somos sociedades con la institucionalidad –y también con la teatralidad– de la democracia (separación de poderes, elecciones periódicas, instituciones, cargos, delegados en los organismos internacionales, costosos procesos de modernización estatal), pero que desconocen todo o casi todo de la cultura democrática.

Y todo esto es así no sólo porque el modelo económico que padecemos en estos tiempos del cólera globalizador concentra la riqueza, profundiza la pobreza, ahonda las inequidades, produce migraciones masivas y niega oportunidades a la mayoría. No, no carecemos aún de ciudadanía sólo por causa de estos problemas objetivos, evidentes y lamentables. En lo más hondo de nuestra no-ciudadanía pervive una realidad subjetiva, cultural, con raíces tan profundas y enredadas como las de una ceiba adulta. Perviven ideas religiosas que deben ser entendidas, tenidas en cuenta, analizadas, revisadas.

Las víctimas de un Dios varón

En la descomunal afectación que estas ideas –y sus prácticas derivadas– causan, las principales víctimas son, sin lugar a dudas, las mujeres. Las mujeres y las niñas. En primer lugar, porque esta cosmovisión las coloca, ya de entrada, en un estatus inferior de humanidad. Igual en la cosmovisión religiosa tradicional en su versión cristiana, en la que Dios es un varón todopoderoso; tiene un Hijo único, el Cristo, también varón, según la idea más generalizada algo así como un Dios pleno de poderes que vino al mundo disfrazado de hombre a hacer milagros y a sufrir. Y para reforzar este guiño celestial, los representantes de Dios en la tierra son todos varones.

Ellos –Dios y sus representantes– «pueden todo» (dictadores); «saben todo» y sus designios son «misteriosos» (no susceptibles al control, no obligados a la racionalidad ni a la transparencia y con derecho a la impunidad), «juzgan todo» (arbitrarios, con una legalidad inapelable, administradores de castigos). Este Dios fabricado en la mente humana en los estadios más primitivos de su evolución fue funcional al rey absoluto y al hacendado colonial, y lo sigue siendo al general de ejércitos, al gobernante autoritario, al caudillo del partido, al papa infalible y al sacerdote y al pastor controlador de conciencias. A toda la gama de varones con poder.

El espacio público donde se ejercen estos poderes es «naturalmente» y por designio divino el espacio de los varones. La cultura patriarcal que domina la historia humana desde la revolución agrícola de hace unos diez mil años explica el sesgo totalmente masculino de las grandes religiones históricas... a pesar de que «Dios nació mujer», como sugerentemente documenta el periodista Pepe Rodríguez en uno de sus libros, todos escritos con el afán de divulgar ideas provocadoras.

La ley divina ha dibujado las fronteras. El espacio público —la calle, la tribuna, la institución, la ley, el gobierno— para los hombres y el espacio privado —el hogar— para las mujeres, donde todas son «madresposas», aun cuando no tengan ni esposo ni hijos, aun cuando sean niñas pequeñas o ancianas cansadas. Todas cuidan, todas dan, todas se entregan, todas son las responsables de la casa y de las vidas que la casa alberga. Y en ese esfuerzo ingente de cuidar en silencio la vida en el espacio privado, no todas, pero muchísimas de ellas, reciben en pago violencia de manos de los varones, quienes por tener el poder tienen también el mandato divino de ejercerlo a cualquier costo. La mayoría de la humanidad vive actualmente aceptando como inamovibles esas fronteras diseñadas por ese Dios. En Centroamérica, en Nicaragua. ¿En cuántos países más?

Sobran miradas de hombre, faltan miradas de mujer

En Nicaragua, en Centroamérica, quisimos cambiar las cosas. Las fronteras, las realidades. Menos las ideas, menos las raíces de las ideas. Porque en la forma de ejercer el poder, en la forma de concebir la sociedad, en las vías elegidas para desarrollar la economía y especialmente, en los caminos por los que entramos o dejamos de entrar al terreno de la cultura, en nuestras revoluciones, y especialmente en nuestros revolucionarios, sobró la mirada del varón y faltó la mirada de la mujer. Las distintas expresiones de la guerra que acompañaron todos los esfuerzos revolucionarios de los años pasados ensombrecieron aún más la mirada de los varones. La guerra no es, nunca es «la paz del futuro». Es un producto cultural masculino que acentúa el verticalismo, la agresividad y la intolerancia.

En los esfuerzos revolucionarios de estos años pasados las mujeres se hicieron más cargo del espacio público que los hom-

bres del espacio privado. Las mujeres se apropiaron con más entusiasmo de sus deberes con la sociedad que de sus derechos como seres humanos plenos. Y así, el terreno que quedó más intocado fue el de lo privado. La lucha por la justicia y por la dignidad que vanguardizaron los hombres apenas penetró por las puertas de los hogares, donde siguió reinando la violencia machista. En las calles y en las montañas los revolucionarios combatían a las dictaduras, mientras en sus casas imperaba su poder dictatorial.

Cuánto se reflexiona y se trata de incidir hoy, por ejemplo, en la prevalencia de la impunidad en los sistemas de justicia centroamericanos. Necesario y justo objetivo, pero sin una equivalencia adecuada en la reflexión y las acciones que demanda enfrentar la impunidad en la que permanecen la mayoría de las agresiones físicas y sexuales de los hombres contra las mujeres y las niñas al interior de los hogares centroamericanos, donde los golpes, el abuso sexual y el incesto, también la frecuentísima violación dentro del matrimonio, son males nuestros de cada día. Ninguna institución más antidemocrática en la estructura social de nuestros países que la familia, ningún espacio más antidemocrático que el hogar.

Cuánto se reflexiona y se trata de incidir hoy, por ejemplo, en la inseguridad ciudadana como característica de la violencia estructural que ha quedado en nuestros países como una de las secuelas de las guerras de los años ochenta. Mucho menos se toma en cuenta este dato alarmante: todas las investigaciones y estudios demuestran que el lugar más inseguro para las mujeres centroamericanas no es la calle donde actúan las famosas maras o pandillas ni tampoco es la maquila, donde actúa la voracidad de los inversionistas extranjeros. Donde sus vidas corren más peligro es en el hogar, el lugar en donde comparten la vida con los hombres que son sus compañeros y dicen amarlas. Por no decir que la inseguridad es para las mujeres un estado habitual. Así lo explica magistralmente Pierre Bourdieu, cuando afirma que todas las mujeres, todas, vivimos siempre en una inseguridad profunda, que nace de la que nos provoca nuestro propio cuerpo, tan apetecido y a la vez tan estigmatizado en la cultura patriarcal plenamente sustentada, explicada y justificada en el Dios de las religiones patriarcales.

En dependencia vital y en contradicción existencial

La cultura patriarcal aprendida, profundamente enraizada en nuestros países, enseña a las mujeres que el sentido de su vida es vivir «para los demás». Que se «realizan» amando al marido, a los hijos, a los padres, a los alumnos, a los enfermos, a los pobres... más que a sí mismas y sacrificándose por ellos, sea cual sea el tamaño del sacrificio que ese amor incondicional les imponga. Los sacerdotes del Dios tradicional refuerzan en las mujeres –madres, esposas, monjas– que el secreto de la felicidad está en ese vivir para los demás, en esa «dependencia vital» –como la llama la antropóloga mexicana Marcela Lagarde–... aunque ellos mismos no parecen experimentar su propia felicidad de la forma en que la predicán y proponen a las mujeres.

La cultura patriarcal en versión nica y centroamericana les enseña también desde muy niñas que sólo serán «alguien» y tendrán una identidad social válida si son madres, si tienen un hijo –después vendrá más de uno–, a la vez que les enseñan que la relación sexual con la que se hacen los hijos es algo peligroso, malo y sucio. En esta tremenda contradicción existencial –que explica raptos, una epidemia de niñas-madres y abusos sexuales de toda especie– quedan atrapadas las adolescentes de nuestros países desde muy temprana edad. Para «resolverla» la religión les presta un símbolo igualmente contradictorio: la idolatría a María, virgen inmaculada libre del «pecado» sexual y madre de un hijo excepcional, modelo de todas, y providencial mediadora de la que echar mano para dulcificar el pragmatismo resignado ante la violencia de los hombres y ante el Dios también violento que castiga, juzga y ha escrito fatalmente el destino, especialmente el de las mujeres.

En la era del desempleo, el trabajo por cuenta propia y las maquilas

En todo el mundo, en el siglo que acabó, y aún en las sociedades más marcadas por el machismo, las mujeres han ido consiguiendo un mayor protagonismo económico. Trabajar fuera del hogar

y disponer de recursos económicos propios comienza a introducir más variables en sus destinos marcados desde arriba. Pero nunca ningún avance social es un proceso lineal. La crisis económica de Centroamérica es patente y ha sido ya objeto de una montaña de investigaciones. En el centro de esa crisis se encuentra una contradicción aterradora: quienes sostienen cada vez más la economía, son quienes reciben cada vez mayor violencia.

Las economías centroamericanas, hoy más que nunca antes, se sostienen sobre las espaldas de las mujeres. Tres realidades lo demuestran: el desempleo, el trabajo informal y las maquilas. El desempleo –mutación social de nuestra época– se extiende hoy por toda la región. Pero aunque una mujer esté desempleada, nunca estará sin trabajo. Con ese trabajo las mujeres sostienen el corazón de la economía, que late en los hogares. El trabajo informal –aquel en el que quien trabaja se crea su propio empleo y es su propio patrón– es hoy el más abundante en nuestros países. En la informalidad, las mujeres centroamericanas siempre fueron, y hoy siguen siendo, mayoría: cosen, elaboran todo tipo de alimentos, lavan y planchan ajeno. Se calcula que el 60% de las mujeres de Centroamérica son trabajadoras por cuenta propia, con jornadas de 16-18 horas diarias en triples jornadas interminables. Y en las maquilas, esa única «solución» a la falta de empleo que hoy domina el paisaje regional, más del 90% de las trabajadoras son mujeres. En otra esquina de la realidad económica, las investigaciones demuestran que, resignada a no poder cambiar el país, la población centroamericana cambia de país. La emigración es cada vez más masiva, más indetenible. Y cada vez son más las mujeres que emigran. Con el «mal de patria» a cuestas, envían a sus familias las remesas que les permiten sobrevivir.

Ante este creciente protagonismo y los nuevos recursos económicos en manos de mujeres, factores que alteran el equilibrio de poder tradicional en la familia, ¿qué han hecho los hombres? Aferrarse más a su poder. Hay más violencia en el hogar y más borrachos en las cantinas. «Ahuevados y encachimbados»: así están hoy los varones nicas, perdidos y sin rumbo en un nuevo mapa socioeconómico en donde ya no tienen el poder ni el control que tenían antes, pero aún siguen creyendo que tienen el derecho

divino a mantenerlo. Y cuando no es así, cuando no hay ni golpes ni alcohol, lo que hay es el tutelaje de la mujer, ese paternalismo que, protegiendo, impide la autonomía. Lo que hay es esa jerarquía social y familiar, bendecida en los templos y enseñada en las aulas, donde las mujeres son siempre subordinadas o por el temor o por el amor incondicional al que se deben. Cada quien en su sitio. Porque Dios así lo ha querido.

¿Cómo pensar así en el desarrollo?

Cuánto se reflexiona y se trata de incidir hoy, por ejemplo, en los obstáculos que tienen nuestros países para alcanzar el desarrollo. Mucho menos se toma en cuenta esta conmovedora realidad: las mujeres, que son la mitad de la población económicamente activa, que en el hogar, la calle y la maquila sostienen la economía, reciben un maltrato extremo en sus hogares. En hogares cristianos, católicos y evangélicos. Mientras escribo llegan los datos de una pionera encuesta realizada en Managua, que demuestra que en el 60% de los hogares evangélicos las mujeres confesaron recibir maltrato de sus esposos. ¿Y las que no se atreven a confesarlo para no pecar contra el Dios que desde el inicio del mundo las predestinó a la obediencia, creándolas subordinadas, de la costilla del varón?

¿Cómo llegará a trabajar a una fábrica o a una oficina una mujer que la noche anterior fue golpeada por su marido o violada sexualmente por él? ¿Cómo pensar en el desarrollo si con el sol de cada día la mitad de la población de nuestros países amanece humillada, atropellada en lo que es más suyo, su propio cuerpo? Atropellos que ellos ejecutan y que ellas aceptan con un pragmatismo resignado que se nutre de la religión. Ellos ejecutando el maltrato porque la cultura aprendida les obliga a expresar constantemente su virilidad, que identifican con dominio y que concentran en la actividad genital, lo que les hace entender y vivir toda relación sexual más como una relación de dominación y de afirmación personal que como una relación de amor equitativo. La sexualidad de los hombres no es democrática, es autoritaria. No supone ciudadanía ni puede construirla, ni en ellos ni en ellas.

Es en el nombre de Dios que los representantes de Dios y quienes gobiernan bajo el alero de Dios explican, mantienen, sostienen y defienden el modelo genérico de opresión que se expresa de éstas y de tantas otras maneras en la sociedad nicaragüense, en las sociedades centroamericanas, y en tantas otras sociedades del Sur. Es por eso que cuando Phoolan Devi, la «reina de los bandidos» de la India, nos cuenta su vida desde que era una niña en una aldea de Uttar Pradesh, inicia el relato de su deslumbrante trayectoria de rebeldía ante esta opresión preguntando por Dios: quién es Dios, cómo es, dónde está, qué hace... Necesitó desde que su cerebro empezó a pensar respuestas creíbles a estas preguntas para explicarse un diferente orden del mundo, para imaginar otro mundo posible, y para empezar a construirlo defendiéndose de las superpuestas discriminaciones que la limitaban: por niña, por pobre, por su casta y sobre todo por mujer.

Cuando se cerraba el siglo XX, la humanidad concluyó el esfuerzo científico organizado más grande de su historia sobre el planeta: completó el genoma humano, identificando las «letras» en las que está «escrito» nuestro código genético, el de *Homo Sapiens Sapiens*. Hemos descubierto ya cómo se replica la vida, constante y tenazmente, desde hace cuatro mil millones de años, desde las formas más simples, las de las bacterias, hasta las formas más complejas, las de los mamíferos, entre los que nos encontramos nosotros.

El *meme* más persistente en la mente de la humanidad

En esa cadena de replicación de la vida mandan los genes, con sus cuatro mil millones de letras que se recombinan una y otra vez para mostrarnos miles de millones de formas de ser humanos dentro de nuestra especie. Un eminente genetista británico, Richard Dawkins, nos ha enseñado de la existencia de «otros» genes, los de la cultura humana, los que elaboran y transmiten y heredan los cerebros, los que mandan en nuestras mentes. Estos genes –a quienes él llama *memes* (*mems* en inglés)– no son estructuras bioquímicas que se transmiten por la biología sino estructuras de pensamiento –ideas, valores, conceptos– que se transmiten por la

cultura. Como los genes, los memes se recombinan, se seleccionan, aparecen y desaparecen, y algunos prevalecen sobre otros. Según Dawkins, en el acervo méxico de la humanidad no hay meme tan universal y de tanta persistencia como el meme *Dios*. ¿Sería esto grave? Es discutible. Lo grave es lo que añade: no hay meme más persistentemente asociado al meme Dios que el meme *infierno* o *castigo*.

He aquí la raíz más añosa de todas. Con un Dios castigador que inspira miedo no puede haber ciudadanía, tampoco democracia, tampoco racionalidad, tampoco modernidad. Porque no puede haber ni libertad ni responsabilidad personal ni decisiones autónomas ni ideas propias. Menos aún para las mujeres porque ese Dios es varón. ¿Y si fuera Diosa? Para construir ciudadanía y para desarraigar la inequidad de género, la más arraigada y perjudicial de la civilización humana, es indispensable transformar la idea de Dios.

Se puede. «Belén, donde nació Occidente»: así decían los afiches que la Autoridad Nacional Palestina confeccionó para celebrar el advenimiento del año 2000 de nuestra era. Jesús de Nazaret, cimiento de la cultura occidental cristiana sigue siendo fuente de un humanismo inspirador para millones de mujeres y de hombres. Y sigue estando secuestrado por los turiferarios del Dios castigador y promotor de miedos, dogmas, providencialismos y resignaciones. El más reciente y decidido a nutrir masivamente el acervo méxico prevaleciente, Mel Gibson, con su irrespetuosa y morbosa versión de la pasión del nazareno.

Las ideas del judío marginal que fue Jesús de Nazaret

Con palabras y con acciones, ese «judío marginal» que fue Jesús de Nazaret entregó a la humanidad pistas esenciales para construir una idea alternativa de Dios. Lo llamó no sólo padre, sino papá (*abba*) y habló con él como su «papaíto», comparándolo también en varias ocasiones con una mujer, con una madre. Lo presentó como novio en fiesta de bodas, como quien siempre perdona, quien siempre espera, quien se apasiona por buscar y encontrar a cada hijo y a cada hija. Lo reveló como un Dios parcial

que toma partido por los de abajo, por los excluidos -en el tiempo de Jesús una inmensa mayoría: mujeres, niñas y niños, enfermos, pobres, jornaleros, los sin tierra, las sin derechos, los sin trabajo, las sin marido- y anunció que Dios tenía un plan para la historia humana: que a nadie le sobre y a nadie le falte. Insistió en el «orden» querido por Dios: vida en abundancia. Y para lograrlo, nadie arriba, nadie abajo, ningún maestro, ningún señor, todos hermanos. Planteó como dilema fundamental «o Dios o el dinero» y proclamó que sólo la verdad nos hará libres. Enfrentó, en nombre de ese Dios, fiel a los planes de ese Dios y con una pasión que arrastró a multitudes a los sacerdotes (los hombres sagrados), al sábado (la ley sagrada en el día sagrado), al templo (el lugar sagrado) buscando cuestionar, y hasta arrasar, con cualquier jerarquía basada en esa dicotomía tan propia de las religiones: sagrado-profano, puro-impuro, santo-pecador.

En nombre de ese Dios, Jesús fue feminista: acogió a mujeres en su grupo y les dio autoridad en la comunidad de varones. No habló contra los guerrilleros de su tiempo, aunque propuso la no violencia como camino y habló siempre de anteponer el amor y la compasión al odio y a la venganza. No dijo una sola palabra contra los homosexuales y sí muchas y muy fuertes contra sacerdotes, gobernantes corruptos y fariseos, la secta fundamentalista de los «elegidos» de entonces. Destacó el valor sagrado de la sexualidad, cuestionando el abuso de los hombres contra las mujeres, desde las miradas acosadoras hasta las machistas leyes de divorcio de su tiempo.

No se impuso, propuso, rechazó el poder como ejercicio de arbitrariedad y proclamó el poder como servicio. Apasionado por la justicia que no veía ni en su patria ni en el mundo que conoció luchó denodadamente por hacerla realidad en mentes y en corazones, seguramente soñando que ideas tan novedosas servirían de inspiración para consolidar lo que él llamó «el reino de Dios»: comunidades de creyentes basadas en la equidad, el servicio, la justicia y la búsqueda de la paz. Fracásó en su empeño. Muy pronto fue perseguido y finalmente fue torturado y asesinado por la casta sacerdotal y el imperio romano. Su muerte y su fracaso, como el de tantos otros y otras, antes y después, fue sólo semilla. La fe

cristiana que nació en el Jerusalén de hace dos mil años afirma: pasó haciendo el bien, tenía razón en todo lo que dijo y en todo lo que hizo, y por eso, como evidencia, Dios lo levantó de entre los muertos y está vivo.

¿Será posible otro Dios? Lo necesitamos

Hace muchos años, le pregunté a un gran conocedor del tiempo de Jesús y de su legado, el biblista español Juan Mateos, cómo podría definirse el «proyecto» de Jesús en palabras actuales. «Un socialismo anárquico», me contestó con convicción. Socialismo porque su proyecto fue comunitario, un estilo de vida en común, solidario, no individualista. Anárquico, por su frontal enfrentamiento a las autoridades, al sistema de poder, a los mecanismos del poder y por su defensa de la libertad y la dignidad personales.

¿Podremos, con esta materia prima, comenzar a transformar la idea de Dios que prevalece en nuestros países del «Occidente cristiano», podremos con estas pistas enfrentar la violencia y el empobrecimiento desde otra perspectiva y así construir ciudadanía? Mi esperanza es que sí podemos, que otro Dios, el Dios de Jesús, es posible. Y que al asumir este esfuerzo nos encontraremos con las pistas brillantes que otras religiones nos han ido dejando en el camino para darle nombres al Innombrable.

Mientras la «pregunta religiosa» fundamental sigue siendo ésta: ¿hay vida después de la muerte?, un tercio de la humanidad, sometido hoy a un empobrecimiento deshumanizante, se pregunta: ¿Habrán vida antes de la muerte? Ese empobrecimiento deshumanizante que debe indignarnos y movilizarnos no tiene sólo causas objetivas –hoy, el modelo económico neoliberal, la globalización financiera, la hegemonía militar estadounidense–. Tiene también raíces culturales y subjetivas cimentadas en la religión, en una determinada idea de Dios. Nos corresponde, desde todas las religiones, desde la fe o el agnosticismo, transformarla. Para que otro mundo sea posible.

Epílogo

El camino para la transformación: del conocimiento a los sentimientos

Ángel Elías

Cuando la vida te regala la oportunidad de conocer y querer a personas de diversas culturas y procedencias sientes que somos profundamente iguales, pero, sin embargo, estamos ubicados en realidades muchas veces opuestas, de forma que la pobreza y miseria en que viven más de tres cuartas partes de personas del planeta condiciona decisivamente su desarrollo individual y comunitario.

Frecuentemente se afirma que hay riqueza suficiente para permitir una vida digna de todas las personas, pero, sin embargo, Naciones Unidas asume como Objetivos del Milenio (que están lejos de cumplirse) reducir para el año 2015 a la mitad el número de quienes viven en la mayor de las pobreza -cada día fallecen por enfermedades curables más de 30.000 niñas y niños, siendo más de 815 millones los rostros humanos desnutridos- mientras sabemos que con los 60.000 millones de dólares, que es el coste de los gastos militares mundiales en mes y medio, se podría garantizar la financiación de los planes de lucha contra la pobreza en todo el mundo. ¿Dónde quedan, pues, los derechos humanos si creemos que, de haber voluntad política, la vida –única e irreplicable– de cada una de estas personas podría tener una alternativa de esperanza?

Ángel Elías es vice-consejero de Vivienda y Asuntos Sociales del Gobierno Vasco

En los diversos Foros Sociales Mundiales se ha analizado con acierto las causas de esta situación, así como se han enunciado las propuestas necesarias para hacerle frente. Coincidió plenamente con ellas, lo que implica un cambio de viraje total a las actuales políticas neoliberales presentes en la OMC –y su Acuerdo General sobre Comercio de Servicios que acaba con las políticas públicas para conseguir su ansiada globalización de lo privado–, el FMI y el BM, lo que debe acarrear el fin de la deuda externa y una auténtica ayuda solidaria al desarrollo humano. Urge acabar con un militarismo que sangra las economías y las vidas de los pueblos, debiendo ser prioritario avanzar en un justo reparto de la riqueza.

Pero ahora, en vez de profundizar en las causas estructurales, quiero reflexionar sobre diversas estrategias que nos permitan a quienes vivimos en los países llamados del norte acercarnos mucho más a la tragedia de la humanidad y conseguir entre todas unas condiciones de vida que permitan el desarrollo personal de cuantos habitamos el planeta. Resulta claro que la información es una condición imprescindible para ello, pero también sabemos de los monopolios y manipulaciones existentes, que como consecuencia arrojan una infinidad de datos que habitualmente nos resultan lejanos y, casi siempre indiferentes. Es preciso encontrar modos que nos hagan reaccionar y para ello es necesario incorporar nuestra afectividad.

Un ámbito que creo especialmente idóneo es el escolar. Es una institución universal, presente en casi todos los lugares del planeta, con la que además nos relacionamos en diferentes momentos y de diversas maneras durante nuestra vida. Así, primero fuimos estudiantes, luego tendremos hijas y nietas que lo serán, y además compartiremos esfuerzos como vecinos, profesores, políticos, etc.

En nuestros centros escolares y en los de otras muchas partes del mundo se han hecho presentes las aulas informáticas. Pues bien, creo que internet ofrece una gran oportunidad para que podamos generar redes de comunicación entre centros escolares ubicados en diferentes partes del globo, donde, previa una coor-

dinación entre estamentos docentes y con material pedagógicamente adecuado, las propias alumnas y alumnos completen su aprendizaje de las diversas materias a través de un intercambio por e-mail con otras niñas, adolescentes y jóvenes de otras partes del mundo. Ello, además de favorecer un protagonismo en la persona educanda, permitirá conocer desde la realidad de las vivencias y dará la oportunidad de reflexionar para responder a preguntas que en nuestra cotidianidad casi nunca nos hacemos. Pero, sobretodo, será una ocasión para acercar personas, culturas, modos de vida y generar nuevos espacios –campamentos, intercambios, encuentros– que permitan que el afecto rijan nuestras relaciones.

Y puesto que los centros escolares están insertos en la comunidad, cabrán sinergias con otros movimientos asociativos del municipio, desde Asociaciones escolares de padres y madres, hasta otras que trabajan por la cooperación y desarrollo solidarios, pudiendo generar hermanamientos entre municipios que trasciendan lo meramente simbólico.

También los distintos programas de cooperación que las diversas entidades e instituciones vascas impulsan deben convertirse en una ocasión para que la sociedad vasca sea mucho más sensible y comprometida con la construcción de ese mundo mejor. En este sentido habría que insistir en que cada proyecto propuesto incluya un apartado en el que se describa el modo en que su desarrollo va a ser acompañado desde Euskadi. Así, como ejemplo, cabría que el socio local en el país del sur enviase periódicamente un vídeo donde recogiese el estado del proyecto, así como la opinión y reflexiones de sus protagonistas. A su vez este vídeo sería compartido por la ONG vasca con las distintas personas y estamentos interesados en su seguimiento intentando que, como consecuencia, se desarrollen relaciones directas de ciudadanos de ambas partes del mundo que contribuyan a generar vínculos de afecto y solidaridad mutuos.

De igual manera nuestras cooperantes vascas en distintos programas, incluidos los correspondientes a diversas organizaciones de Naciones Unidas, pueden aportar sus vivencias y reflexiones

gracias a sus distintas experiencias y actuaciones, sumándose desde los diferentes lugares del mundo a diversos foros vascos donde incorporar su vivencia solidaria. Igualmente pueden facilitar contactos en red, generando sinergias y multiplicando los efectos de la solidaridad.

También las personas inmigrantes que viven y forman parte de nuestra sociedad vasca constituyen una gran oportunidad a la hora de permitir un conocimiento cercano con las distintas realidades de sus pueblos. Ellas y ellos encarnan en sus vidas la riqueza y complejidad de esos mundos y culturas, y pueden ser el cauce más idóneo para desde su propia realidad ayudarnos a conocer y sentir este nuestro mundo. Sus propias biografías y su cotidianidad entre nosotros deben permitirnos profundizar en el concepto y sentido de pertenencia a la misma humanidad, lo que debe favorecer que, desde la universalidad de los derechos humanos, nos comprometamos en superar la actual situación dual y de opresión.

Así pues, conocidas las causas económicas y políticas que explican la situación de opresión y miseria en que viven miles de millones de personas, es necesario alimentar una firme voluntad que permita su transformación. Y para ello, en mi opinión es preciso avanzar desde los sentimientos y el afecto en la experiencia de una única humanidad, que sea la suma de las diferentes culturas y experiencias históricas.

Sabemos que quienes ostentan el poder en este mundo no quieren dejar su situación de privilegio, sino que muy al contrario, tratan de reforzarla, no ahorrando en esfuerzos militares. Si entramos en su lógica perdemos, pues son más ricos y poderosos. Nuestra estrategia tiene que ir asociada a la propia naturaleza del ser humano, deseoso de la armonía, la felicidad y el afecto, de manera que generemos vínculos entre las ciudadanas de todas las culturas y los pueblos, y no como hasta ahora ha venido ocurriendo en que las relaciones quedaban entre sus respectivos representantes y ostentadores del poder.

En definitiva, a la lógica de la explotación y el dominio militar y económico de unas minorías hay que contrarrestar con una cul-

tura en red, que permita que los distintos habitantes de este planeta nos conozcamos y queramos, participando conjuntamente en la superación de las causas económicas y políticas responsables del sufrimiento de tantos millones de seres, así como de la destrucción de la Tierra. Creo que en esta dirección van los esfuerzos y experiencias de los diferentes Foros Sociales, como lo viví entre miles de personas recientemente en Mumbai, que deben permitir que en todas partes del mundo se camine en la misma dirección, y nos alimentemos continua y recíprocamente las unas y los otros.

palabras para cambiar el mundo

autores y autoras

| | |
|---------------------|---------------------------|
| Ion Arregi | Mikel Mancisidor |
| Antonio Duplá | Xavier Martí |
| Pedro Ibarra | Gorka Espiau |
| Sergio Yahni | Juan Hernández |
| Luis Nieto Pereira | Asier Martínez de Bringas |
| Carlos Girbau | Juana Bengoa |
| Jaime Pastor | Tono Albareda |
| Marta Harnecker | Javier Erro |
| Miguel Romero | Teresa Burgui |
| Lourdes Castro | Maribel Wolf |
| Julio de la Guardia | Imanol Zubero |
| Lázaro Mora | losu Perales |
| Antonio Casado | María López Vigil |
| Javier Vitoria | Angel Elías |
| Mónica Baltodano | |